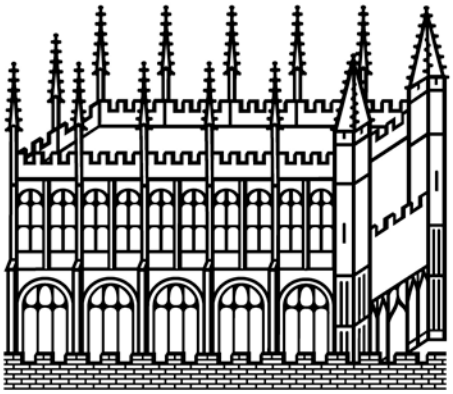


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

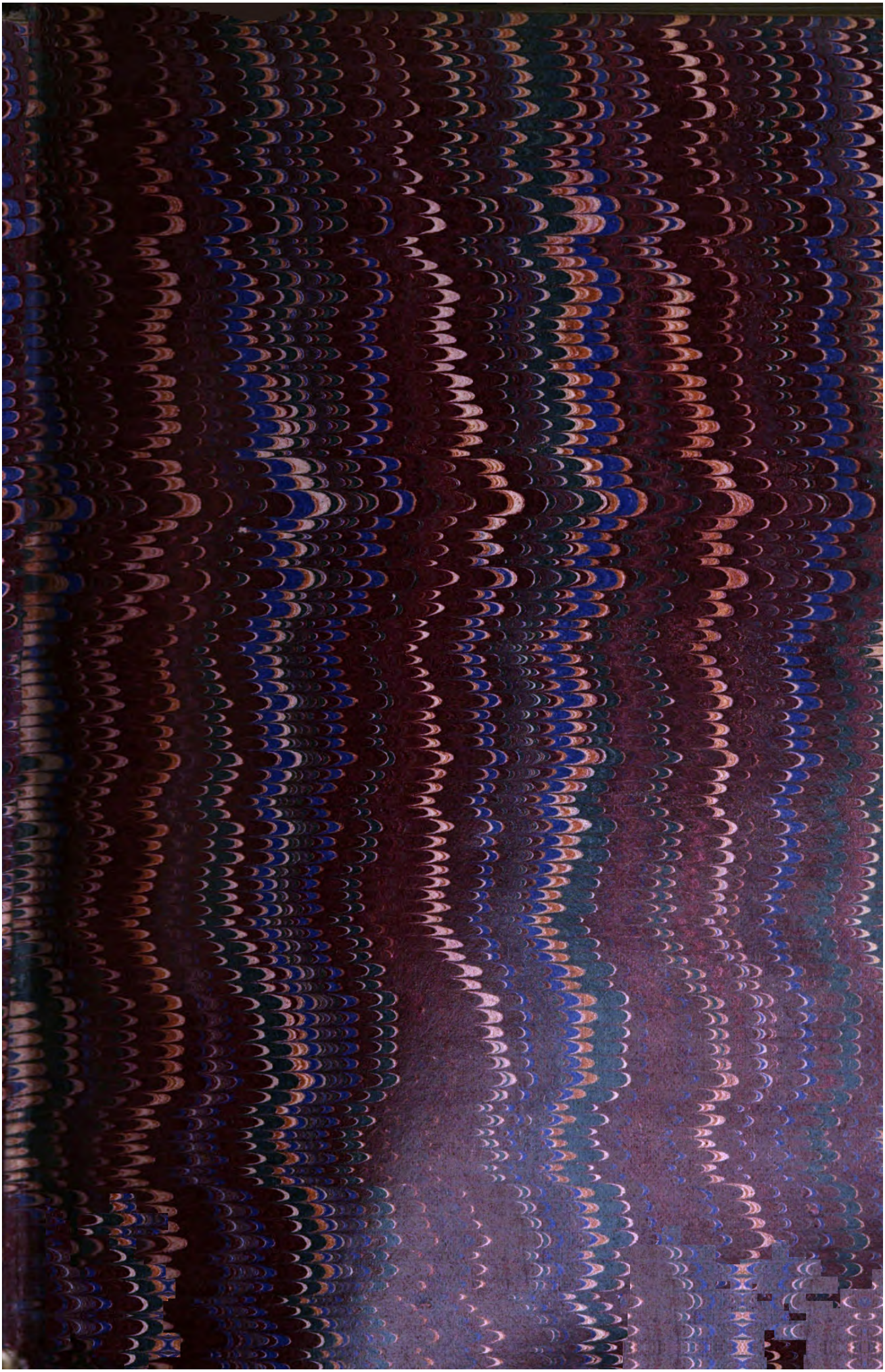
http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

~~106.f.24~~
~~313 a 46~~

1889

REP. 5.1761
~~BSM 7989 A.1~~



RAMÓN DE CAMPOAMOR
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

TAYLOR INSTITUTION
OXFORD.
LIBRARY.

LOS
PEQUEÑOS POEMAS

SEXTA EDICIÓN

LA MÁS COMPLETA DE LAS PUBLICADAS HASTA HOY

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
JACOMETREZO, 72

LOS

PEQUEÑOS POEMAS.

LOS PEQUEÑOS POEMAS

SE VENDEN POR SEPARADO EN LA FORMA SIGUIENTE:

El tren expreso.—La novia y el nido.—Los grandes problemas.—Dulces cadenas: un tomo, 1,25 pesetas.

Historia de muchas cartas.—El quinto no matar.—La calumnia.—Don Juan: un tomo, 1,25 pesetas.

Las tres rosas.—Dicha sin nombre.—Las flores vuelan: un tomo, 1,25 pesetas.

El trompo y la muñeca.—La gloria de los Austrias.—Los amores de la luna.—La música.—La lira rota: un tomo, 1,25 pesetas.

Los caminos de la dicha.—Por dónde viene la muerte.—El amor y el rio Piedra: un tomo, 1,25 pesetas.

Los buenos y los sabios.—Los amoríos de Juana.—Utilidad de las flores: un tomo, 1,25 pesetas.

El amor ó la muerte.—Cómo rezan las solteras.—El anillo de boda.—La orgía de la inocencia.—Los amores de una santa: un tomo, 2 pesetas.

Los 27 poemas componen 2 tomos, y se venden al precio de 6 pesetas en Madrid y 6,50 en provincias.

Encuadernados á la inglesa con elegantes planchas, 2,50 pesetas más.

LOS

PEQUEÑOS POEMAS

POR

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

SÉPTIMA EDICIÓN

LA MÁS COMPLETA DE LAS PUBLICADAS HASTA HOY

PRIMERA PARTE

MADRID

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

JACOMETREZO, 72

DERECHOS RESERVADOS.

MADRID.—Est. tip. «Sucesores de Rivadeneyra».

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

PRIMERA PARTE.

EL TREN EXPRESO

POEMA EN TRES CANTOS.

Al ingeniero de caminos, el célebre escritor

D. JOSÉ DE ECHEGARAY,

su admirador y amigo,

El Autor.

EL TREN EXPRESO.

CANTO PRIMERO.

LA NOCHE.

I.

Habiéndome robado el albedrío
Un amor tan infausto como mío,
Ya recobrados la quietud y el seso,
Volvía de París en tren expreso:
Y cuando estaba ajeno de cuidado,
Como un pobre viajero fatigado,
Para pasar bien cómodo la noche
Muellemente acostado,
Al arrancar el tren, subió á mi coche,
Seguida de una anciana,
Una joven hermosa,
Alta, rubia, delgada y muy graciosa,
Digna de ser morena y sevillana.

II.

Luego, á una voz de mando
Por algún héroe de las artes dada,
Empezó el tren á trepidar, andando
Con un trajín de fiera encadenada.
Al dejar la estación, lanzó un gemido
La máquina, que libre se veía,
Y corriendo al principio solapada,
Cual la sierpe que sale de su nido,
Ya al claro resplandor de las estrellas,
Por los campos, rugiendo, parecía
Un león con melena de centellas.

III.

Cuando miraba atento
Aquel tren que corría como el viento,
Con sonrisa impregnada de amargura
Me preguntó la joven con dulzura:
—¿Sois español?—Y á su armonioso acento,
Tan armonioso y puro, que aun ahora
El recordarlo sólo me embelesa,
—Soy español—le dije;—¿y vos, señora?
—Yo—dijo—soy francesa.
—Podéis—la repliqué—con arrogancia
La hermosura alabar de vuestro suelo,

Pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
Un país tan hermoso como el cielo.
—Verdad que es el país de mis amores
El país del ingenio y de la guerra;
Pero en cambio—me dijo—es vuestra tierra
La patria del honor y de las flores:
No os podéis figurar cuánto me extraña
Que, al ver sus resplandores,
El sol de vuestra España
No tenga, como el de Asia, adoradores.—
Y después de halagarnos obsequiosos
Del patrio amor el puro sentimiento,
Entrambos nos quedamos silenciosos
Como heridos de un mismo pensamiento.

IV.

Caminar entre sombras, es lo mismo
Que dar vueltas por sendas mal seguras
En el fondo sin fondo de un abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas,
Veía allá á lo lejos desde el coche
Agitarse sin fin cosas obscuras,
Y en torno, cien especies de negruras
Tomadas de cien partes de la noche.
¡Calor de fragua á un lado, al otro frío!
¡Lamentos de la máquina espantosos,
Que agregan el terror y el desvarío
A todos estos limbos misteriosos!...

¡Las rocas, que parecen esqueletos!...
¡Las nubes con entrañas abrasadas!...
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!...
¡El horror que hace grandes los objetos!...
¡Claridad espectral de la neblina!...
¡Juegos de llama y humo indescriptibles!...
¡Unos grupos de bruma blanquecina
Esparcidos por dedos invisibles!
¡Masas informes!... ¡Límites inciertos!...
¡Montes que se hunden! ¡Arboles que crecen!...
¡Horizontes lejanos que parecen
Vagas costas del reino de los muertos!...
¡Sombra, humareda, confusión y nieblas!...
¡Acá lo turbio... allá lo indiscernible...
Y entre el humo del tren y las tinieblas
Aquí una cosa negra, allí otra horrible!...

V.

¡Cosa rara! Entretanto,
Al lado de mujer tan seductora
No podía dormir, siendo yo un santo
Que duerme, cuando no ama, á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
Mas fué inútil empeño:
Admiraba á la joven, y es sabido
Que á mí la admiración me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella,
Sin echar sobre mí mirada alguna,

Abrió la ventanilla de su lado,
Y como un ser prendado de la luna,
Miró al cielo azulado,
Preguntó, por hablar, qué hora sería,
Y al ver correr cada fugaz estrella,
—¡Ved un alma que pasa!—me decía.

VI.

—¿Vais muy lejos?—con voz ya conmovida
Le pregunté á mi joven compañera.
—¡Muy lejos—contestó;—voy decidida
A morir á un lugar de la frontera!—
Y se quedó, pensando en lo futuro,
Su mirada en el aire distraída,
Cual se mira en la noche un sitio obscuro
Donde fué una visión desvanecida.
—¿No os habrá divertido—
La repliqué galante—
La ciudad seductora
En donde todo amante
Deja recuerdos y se trae olvido?
—¿Lo traéis vos?—me dijo con tristeza.
—Todo en París lo hace olvidar, señora—
Le contesté—la moda y la riqueza.
Yo me vine á París desesperado,
Por no ver en Madrid á cierta ingrata.
—Pues yo vine—exclamó—y hallé casado
A un hombre ingrato á quien amé soltero.

—Tengo un rencor—le dije—que me mata.
—Yo una pena—me dijo—que me muero.—
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
Siendo su mente espejo de mi mente,
Quedándose en silencio un grande rato
Pasó una larga historia por su frente.

VII.

Como el tren no corría, que volaba,
Era tan vivo el viento, era tan frío,
Que el aire parecía que cortaba:
Así el lector no extrañará que, tierno,
Cuidase de su bien más que del mío,
Pues hacía un gran frío, tan gran frío,
Que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella doliente,
Con el cuerpo aterido,
—¡Tengo frío!—me dijo dulcemente
Con voz que, más que voz, era un balido,
Me acerqué á contemplar su hermosa frente,
Y os juro por el cielo
Que, á aquel reflejo de la luz escaso,
La joven parecía hecha de raso,
De nácar, de jazmín y terciopelo;
Y creyendo invadidos por el hielo
Aquellos pies tan lindos,
Desdoblando mi manta zamorana,
Que tenía más borlas verde y grana

Que todos los cerezos y los guindos
Que en Zamora se crían,
Cual si fuese una madre cuidadosa,
Con la cabeza ya vertiginosa,
Le tapé aquellos pies, que bien podrían
Ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII.

¡De la sombra y el fuego al claro-obscuro
Brotaban perspectivas espantosas,
Y me hacía el efecto de un conjuro
El ver reverberar en cada muro
De la sombra las danzas misteriosas!...
¡La joven, que acostada traslucía
Con su aspecto ideal, su aire sencillo,
Y que, más que mujer, me parecía
Un ángel de Rafael ó de Murillo!
¡Sus manos por las venas serpenteadas,
Que la fiebre abultaba y encendía,
Hermosas manos, que á tener cruzadas
Por la oración habitüal tendía!...
¡Sus ojos siempre abiertos, aunque á obscuras,
Mirando al mundo de las cosas puras!
¡Su blanca faz de palidez cubierta!
¡Aquel cuerpo á que daban sus posturas
La celeste fijeza de una muerta!...
¡Las fajas tenebrosas
Del techo que irradiaba tristemente

Aquella luz de cueva submarina;
Y esa continua sucesión de cosas
Que así en el corazón como en la mente
Acaban por formar una neblina!...
¡Del tren expreso la infernal balumba!...
¡La claridad de cueva que salía
Del techo de aquel coche, que tenía
La forma de la tapa de una tumba!...
¡La visión triste y bella
Del sublime concierto
De todo aquel horrible desconcierto,
Me hacían traslucir en torno de ella
Algo vivo rondando un algo muerto!

IX.

De pronto, atronadora,
Entre un humo que surcan llamaradas,
Despide la feroz locomotora
Un torrente de notas aflautadas,
Para anunciar, al despuntar la aurora,
Una estación, que en feria convertía
El vulgo con su eterna gritería,
La cual, susurradora y esplendente,
Con las luces del gas brillaba enfrente,
Y al llegar, un gemido
Lanzando prolongado y lastimero,
El tren en la estación entró seguido
Cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO.

EL DÍA.

I.

Y continuando la infeliz historia,
Que aun vaga, como un sueño, en mi memoria,
Veo al fin á la luz de la alborada
Que el rubio de oro de su pelo brilla
Cual la paja de trigo calcinada
Por Agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio,
Y una expresión del todo religiosa,
Como llevando á cabo algún misterio,
Después de un—¡ay, Dios mío!—
Me dijo señalando á un cementerio:
—¡Los que duermen allí no tienen frío!—

II.

El humo en ondulante movimiento
Dividiéndose á un lado y otro lado,
Se tiende por el viento
Cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
Verdura y aridez, calor y frío;
Andar tantos kilómetros por hora
Causa al alma el mareo del vacío;
Pues salvando el abismo, el llano, el monte,
Con un ciego correr que al rayo excede,
En loco desvarío
Sucede un horizonte á otro horizonte
Y una estación á otra estación sucede.

III.

Más ciego cada vez por la hermosura
De la mujer aquella,
Al fin la hablé con la mayor ternura,
A pesar de mis muchos desengaños;
Porque al viajar en tren con una bella
Va, aunque un poco al azar y á la ventura,
Muy de prisa el amor á los treinta años.
Y—¿dónde vais ahora?—
Pregunté á la viajera.

—Marcho olvidada por mi amor primero—
Me respondió sincera—
A esperar el olvido un año entero.
—Pero, ¿y después—le pregunté—señora?
—Después—me contestó—¡lo que Dios quiera!—

IV.

Y porque así sus penas distraía,
Las mías le conté con alegría,
Y un cuento amontoné sobre otro cuento,
Mientras ella, abstrayéndose, veía
Las gradaciones de color que hacía
La luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo yo castillos en el aire,
Ó, como dicen ellos, en España,
La referí, no sé si con donaire,
Cuentos de Homero y de Mari-Castaña.
En mis cuadros risueños,
Pintando mucho amor y mucha pena,
Como el que tiene la cabeza llena
De heroínas francesas y de ensueños,
Había cada llama
Capaz de poner fuego al mundo entero:
Y no faltaba nunca un caballero
Que por gustar solícito á su dama
La sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
Cual si fuese el aliento nuestro idioma,

Más bien que con la voz, con las señales,
Esta verdad tan grande como un templo
La convertí en axioma:
Que para dos que se aman tiernamente,
Ella y yo, por ejemplo,
Es cosa ya olvidada por sabida
Que un árbol, una piedra y una fuente
Pueden ser el edén de nuestra vida.

V.

Como en amor es credo,
Ó artículo de fe que yo proclamo,
Que en este mundo de pasión y olvido,
Ó se oye conjugar el verbo *te amo*,
Ó la vida mejor no importa un bledo;
Aunque entonces, como hombre arrepentido,
El ver á una mujer me daba miedo,
Más bien desesperado que atrevido,
—Y ¿un nuevo amor—la pregunté amoroso—
No os haría olvidar viejos amores?—
Mas ella, sin dar tregua á sus dolores,
Contestó con acento cariñoso:
—La tierra está cansada de dar flores;
Necesito algún año de reposo.—

VI.

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
Como aquel que patina por el hielo;
Y en confusión extraña
Parecen confundidos tierra y cielo,
Monte la nube, y nube la montaña,
Pues cruza de horizonte en horizonte
Por la cumbre y el llano,
Ya la cresta granítica de un monte,
Ya la elástica turba de un pantano;
Ya entrando por el hueco
De algún túnel que horada las montañas,
A cada horrible grito
Que lanzando va el tren, responde el eco,
Y hace vibrar los muros de granito,
Estremeciendo al mundo en sus entrañas:
Y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
Nubes arriba, movimiento abajo,
En laberinto tal cuesta trabajo
Creer en la existencia de la tierra.

VII.

Las cosas que miramos,
Se vuelven hacia atrás en el instante
Que nosotros pasamos;

Y conforme va el tren hacia adelante,
Parece que desandan lo que andamos:
Y á sus puestos volviéndose, huyen y huyen
En raudo movimiento
Los postes del telégrafo, clavados
En fila á los costados del camino;
Y, como gota á gota, fluyen, fluyen,
Uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
Y formando confuso y ceniciento
El humo con la luz un remolino,
No distinguen los ojos deslumbrados
Si aquello es sueño, tromba ó torbellino.

VIII.

¡Oh, mil veces bendita
La inmensa fuerza de la mente humana,
Que así el ramblizo como el monte allana,
Y al mundo echando su nivel, lo mismo
Los picos de las rocas decapita,
Que levanta la tierra,
Formando un terraplén sobre un abismo
Que llena con pedazos de una sierra!
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
No conocidas antes,
Del poderoso anhelo
De los grandes gigantes
Que, en su ambición, para escalar el cielo,
Un tiempo amontonaron las montañas!

IX.

Corría en tanto el tren con tal premura,
Que el monte abandonó por la ladera,
La colina dejó por la llanura,
Y la llanura, en fin, por la ribera;
Y al descender á un llano,
Sitio infeliz de la estación postrera,
Le dije con amor:—¿Sería en vano
Que amaros pretendiera?
¿Sería como un niño que quisiera
Alcanzar á la luna con la mano?—
Y contestó con lívido semblante:
—No sé lo que seré más adelante,
Cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante.
¿Que más queréis—me preguntó—que os diga?
Y, bajando al andén, de angustia llena,
Con prudencia fingió que distraía
Su inconsolable pena
Con la gente que entraba y que salía;
Pues la estación del pueblo parecía
La loca dispersión de una colmena.

X.

Y, con dolor profundo
Mirándome á la faz, desencajada,
Cual mira á su doctor un moribundo,
Siguió:—Yo os juro, cual mujer honrada,
Que el hombre que me dió con tanto celo
Un poco de valor contra el engaño,
Ó aquí me encontrará dentro de un año,
Ó allí...—me dijo señalando al cielo.
Y enjugando después con el pañuelo
Algo de espuma de color de rosa
Que asomaba á sus labios amarillos,
El tren (cual la serpiente que escamosa
Queriendo hacer que marcha, y no marchando,
Ni marcha ni reposa)
Mueve y remueve, ondeando y más ondeando,
De su cuerpo flexible los anillos;
Y al tiempo en que ella y yo, la mano alzando,
Volvimos, saludando, la cabeza,
La máquina un incendio vomitando,
Grande en su horror y horrible en su belleza,
El tren llevó hacia sí pieza tras pieza,
Vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO.

EL CREPÚSCULO.

I.

Cuando un año después, hora por hora,
Hacia Francia volvía,
Echando alegre sobre el cuerpo mío
Mi manta de alamares de Zamora,
Porque á un tiempo sentía,
Como el año anterior, día por día,
Mucho amor, mucho viento y mucho frío;
Al minuto final del año entero,
A la cita acudí cual caballero
Que va alumbrado por su buena estrella;
Mas al llegar á la estación aquella
Que no quiero nombrar, porque no quiero,

Una tos de ataúd sonó á mi lado,
Que salía del pecho de una anciana
Con cara de dolor y negro traje;
Me vió, gimió, lloró, corrió á mi lado,
Y echándome un papel por la ventana,
—¡Tomad—me dijo—y continuad el viaje!—
Y cual si fuese una hechicera vana
Que, después de un conjuro, en la alta noche
Quedase entre la sombra confundida,
La mujer, más que vieja, envejecida,
De mi presencia huyó con ligereza
Cual niebla entre la luz desvanecida,
Al punto en que, llegando, con presteza
Echó por la ventana de mi coche
Esta carta tan llena de tristeza,
Que he leído más veces en mi vida
Que cabellos contiene mi cabeza:

II.

—«Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,
Cuenta os dará de la memoria mía.
Aquel fantasma soy que, por gustaros,
Jugó á estar viva á vuestro lado un día.
»Cuando lleve esta carta á vuestro oído
El eco de mi amor y mis dolores,
El cuerpo en que mi espíritu ha vivido
Ya durmiendo estará bajo unas flores.
»Por no dar fin á la ventura mía,

La escribo larga... casi interminable!...
¡Mi agonía es la bárbara agonía
Del que quiere evitar lo inevitable!
»Hundiéndose al morir sobre mi frente
El palacio ideal de mi quimera,
De todo mi pasado, solamente
Esta pena que os doy borrar quisiera.
»Me rebelo á morir, pero es preciso...
¡El triste vive, y el dichoso muere!...
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
Hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!
»¡Os amo, sí! Dejadme que habladora
Me repita esta voz tan repetida;
Que las cosas más íntimas ahora
Se escapen de mis labios con mi vida.
»Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
La idea de los celos me importuna;
¡Juradme que esos ojos que me han visto
Nunca el rostro verán de otra ninguna!
»Y si aquella mujer de aquella historia
Vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
Aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡Yo os hubiera también amado tanto!...
»Mas tal vez allá arriba nos veremos,
Después de esta existencia pasajera,
Cuando los dos, como en el tren, lleguemos
De nuestra vida á la estación postrera.
»¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el día,
De mirar al lucero de la tarde,

Esa estrella que siempre ha sido mía.
»Pues yo desde ella os estaré mirando,
Y como el bien con la virtud se labra,
Para verme mejor, yo haré rezando
Que Dios de par en par el cielo os abra.
»¡Nunca olvidéis á esta infeliz amante
Que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante,
Llorad, porque eso sirve de consuelo!...
»¡Oh Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdón al alma mía!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas;
Mas sufrí por más tiempo todavía!
»¡Adiós, adiós! Como hablo delirando,
No sé decir lo que deciros quiero!
¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
Que sufro, que os amaba, y que me muero!»—

III.

Al ver de esta manera
Trocado el curso de mi vida entera
En un sueño tan breve,
De pronto se quedó, de negro que era,
Mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado
Por la más grande herida
Que á un corazón jamás ha destrozado
En la inmensa batalla de la vida,

Ahogado de tristeza,
A la anciana busqué desesperado;
Mas fué esperanza vana,
Pues, lo mismo que un ciego deslumbrado,
Ni pude ver la anciana,
Ni respirar del aire la pureza,
Por más que abrí cien veces la ventana
Decidido á tirarme de cabeza.
Cuando por fin sintiéndome agobiado
De mi desdicha al peso,
Y encerrado en el coche, maldecía
Como si fuese en el infierno preso,
Al año de venir, día por día,
Con mi grande inquietud y poco seso,
Sin alma y como inútil mercancía,
Me volvió hasta París el tren expreso.

FIN.

LA NOVIA Y EL NIDO.

CANTO PRIMERO.

EL NIDO.

I.

Ya el mes de Abril á la sazón corría;
Y con sus tibias y rosadas manos
La primavera hospitalaria abría
Sus puertas á los pájaros lejanos.
Era el mes en que, eternas peregrinas,
Después que el frío del invierno pasa,
Todos los años, al tranquilo techo
Del cuarto de Isabel, dos golondrinas
Van á anidar como en su propia casa.

II.

Isabel, que era un ángel que pasaba
En leer y rezar horas enteras
Cual si fuese educada en un convento,
Al florecer sus quince primaveras
Ni una hoja en su noble pensamiento
A su corona virginal faltaba;
Y aunque va á ser esposa
Cuando del mal de amor nada recela,
Tomando el novio que escogió su abuela,
Estaba decidida á ser dichosa;
Y ajena á tentaciones y deseos
Con respecto á casados y casadas,
Sólo sabe haber visto en los paseos
Las vides con los olmos enlazadas;
Pues era para ella un casamiento
Reducir á verdad un sueño hermoso,
Ser más querida, realizar un cuento,
Y hacer un viaje al Rhin con un esposo.
Así, en ciega ignorancia,
Isabel, tan sencilla como hermosa,
Aun pensando de un hombre en ser la esposa,
Continuaba en su amor su santa infancia.

III.

Pasan los días, sin contar las horas
Que como sombras huyen,
Mirando con afán cómo construyen
Su nido aquellas aves charladoras,
Que añadiendo canciones á canciones,
Entre ansias dulces y amorosos píos,
Unen hojas y granzas y vellones
Con el gluten y el limo de los ríos;
Y, cuanto más curiosa,
Mirando hacer el nido, se reía,
Entreabierta su boca, parecía
La luz tomando el fresco en una rosa.

IV.

—¿Para que sirve un nido?—con sorpresa
Se pregunta Isabel: cuestión obscura,
Que ocurre á la vaquera y la princesa
Y que una y otra de inquirir no cesa;
Pero que en vano resolver procura
La que el tiempo pasó, casi en clausura,
Entre el rezo, las pláticas, la mesa,
La música, el paseo y la lectura.
—¿Para qué sirve un nido?—Al ver delante
Tan honda obscuridad se confundía,

Y, por más que pensaba, no sabía
Cómo ella, que es tan viva y penetrante,
Y lee tantos idiomas de corrido,
Y sabe tantas cosas de hortelana,
¡Oh ciencia inútil de la vida humana!
No alcanza á comprender lo que es un nido.

V.

Viendo el nido y pensando en su himeneo,
Lanza ardiente, á los pájaros que vuelan,
Las confusas miradas que revelan
Ya inocencia, ya miedo, ya deseo;
Pues ya mujer, sin serlo todavía,
Ante el hondo misterio de aquel nido,
En sus ojos azules se encendía
Poco á poco un fulgor desconocido;
Y una vez que presiente algo de cierto,
Con singular pudor frunce las cejas,
Quedando sus mejillas pudorosas
Con mucho más color y más hermosas
Que las guindas que cuelga á sus orejas
Cuando, alegre, corriendo por el huerto,
Coge lirios y caza mariposas.

VI.

Como nunca guardada
Se ha podido tener ninguna cosa
Detrás de unas pupilas transparentes,
Mostrando candorosa
En la ráfaga azul de su mirada,
Que brilla entre sonrisas inocentes,
Esa inquietud profunda y misteriosa
Que causan en las vírgenes los nidos,
Isabel, más que inquieta, consternada,
Al ver la turbación de sus sentidos,
Como un niño que al brillo de una espada
Se tapa con terror ojos y oídos,
Se juzga una inocente pecadora,
Y se santigua y reza, y casi llora,
Y entra el aire á raudales en su pecho,
Y hallando el sueño, pero no el olvido,
Se cayó desplomada sobre el lecho
Preguntando al dormir:—¿qué será un nido?—

CANTO SEGUNDO.

EL AMOR.

I.

Disipada la noche por la aurora,
La agitada Isabel, desde su lecho,
Que un sol de Mayo dora,
Descorriendo las finas
Colgaduras de encaje de Malinas,
Busca otra vez el nido y mira al techo,
Como accediendo al familiar reclamo
De aquellas habladoras golondrinas
Que nunca acaban de decirse «te amo».

II.

—¿Para qué sirve un nido?—He aquí el problema.
La novia al despertar vuelve á su tema;
Pues cuando va una niña á ser esposa,

En prueba de inocencia,
Es capaz de cortar por lo curiosa
Una rama del árbol de la ciencia.
¿Para qué habrán servido
Los nidos todos que en el mundo han sido?
Saber lo que es un nido es cosa grave,
Pues, según Isabel, nadie ha sabido,
Y lo que es más aún, ninguno sabe,
Por qué se junta un ave con otra ave
Y juntas con amor hacen un nido.

III.

Temblando de pesar y de contento,
Cual la rama agitada por el viento,
De nuevo el nido mira;
Y, aunque nunca manchó su pensamiento
La pureza del aire que respira,
Sin darse cuenta de ello, es aquel nido
Demonio tentador que habla á su oído:
Y dudando, turbada,
Si tiene aún su espíritu dormido,
Cual se rompen las nubes en el cielo,
De sus dudas sin fin se rompe el velo;
Pues en trances de amor, es cosa cierta
Que un nido, un beso, un cuento, una nonada,
En un alma inocente rompe el hielo,
Y á un corazón que duerme le despierta.

IV.

¡Sagrada obscuridad! Como cruzaban
Por su frente las sombras á montones,
Viendo el nido, sus ojos titilaban
Como el cristal que esparce oscilaciones.
Y dudas van, y pensamientos vienen;
Y, haciendo que lo mira distraída
(Habilidad que las mujeres tienen
Desde el día primero de su vida),
Acaba por saber que es aquel nido
Edén por el misterio protegido;
Y hallando en él impresos
Los signos de una boda concertada
Por dos seres dichosos,
Con malicia entendida y saboreada,
Sintiendo arder la sangre hasta en sus huesos,
Ve en las aves del nido dos esposos,
Y en su canto una música de besos.

V.

Porque en saber se empeña
Para qué sirve un nido
Que así el amor le enseña,
Lanzada en pleno cielo, sueña... y sueña!...
Y aguarda á que el misterio incomprensible

Le baje á descifrar, compadecido,
Algún viajero azul de lo invisible;
Y á una malicia, en risa transformada,
Que en su mirada virginal destella,
Se queda avergonzada
Como sale, al salir de una enramada,
Después del primer beso una doncella;
Y á un brillo entre diabólico y divino,
Pensando en el misterio del problema,
Tanto mira Isabel, que al fin vislumbra
En yo no sé qué lúgubre penumbra,
Que un nido es el misterio del destino,
Que es de la vida la explosión suprema;
Y ya, como mujer apasionada,
Mirando á su pesar en lo invisible,
Se perdió vagamente su mirada
En la luz infinita é indefinible;
Y como, al fin, la juventud ligera
No sabe, al estudiar lo que son nidos,
Que hay peligro en jugar con los sentidos
En un día de sol de primavera,
A Isabel, ya febril, le parecía
Que alguna mano que en la luz flotaba
El velo misterioso descorría,
Y en derredor la tierra se le andaba;
Era su alma una noche sin aurora;
Nada distinto oía ni veía;
La cabeza se le iba y le zumbaba,
Y sentía una sed devoradora;
Y comentando grave y resignada,

El secreto á sí misma sorprendido,
—Se conoce—pensaba—que es forzoso
Dar la mano á un esposo;
Querer y ser querida;
Hacer como los pájaros un nido;
Cantar á Dios y bendecir la vida.—

CANTO TERCERO.

LA NOVIA.

I.

Como el amor primero es tan ardiente
Y despierta á las niñas tan temprano,
Isabel se despierta con el día;
Y al apartar de su divina frente
Un raudal de cabellos, con la mano
Que en un vapor de encajes se perdía,
Halla su tez de nieve, nunca hollada,
Tan fresca como el agua de verano
En el fondo de un pozo serenada.

II.

De su lecho de pluma
Salió Isabel cual Venus de la espuma;
Después mirando al techo,

Vibró su corazón dentro del pecho
Al ver la golondrina que cubría
En forma de abanico á sus hijuelos,
Y al padre que en el pico les traía
Pan de la tierra y besos de los cielos.
Tan grande amor su corazón inflama;
Y en sus ojos, con fuego inusitado,
Arde una pura y transparente llama
Al ver en los hijuelos desatado
El nudo misterioso de aquel drama.
Espantada, el misterio comprendiendo,
Casi vuelve á gemir y casi reza;
Y unas veces rezando, otras gimiendo,
Entrando de repente en la tristeza,
Ya marchitas sus puras alegrías,
La niña acaba y la mujer empieza;
Y más cuando la tímida nidada
De aquel nido, asomándose á la entrada,
Parece que le dice:—¡buenos días!—
Y más aún, cuando á los hijos viendo,
Suspirando responde:—¡ya lo entiendo!—
Y encendido su rostro, cual la frente
De una mujer culpable y candorosa,
Sobre sus ojos pudorosamente
Deja caer sus párpados de rosa.

III.

Como el amor es cosa
Que, cual voz de eco en eco repetida,
Palpita en la crisálida metida,
Y brilla al convertirse en mariposa,
Ve Isabel con encanto
Que es un nido la copa misteriosa
Donde está la embriaguez desconocida;
Y así, pasando de capullo á rosa,
Tan turbada se ve y enternecida,
Que llora, aunque riendo bajo el llanto,
Porque hay seres que ríen cuando lloran
Con la risa común de los que ignoran
Que en llorar y reir se va la vida.

IV.

Y cuando, en aquel día,
Convirtiendo en historia la novela,
Al altar de himeneo fué llamada
La gracia de la casa de su abuela,
¡Ay! ¡cuál quedó anublada
Aquella llama azul de su mirada!
¡Cómo llora y su madre la consuela!
Y ¡cómo, en fin, ya enjutas sus mejillas,
Se mira en los espejos á hurtadillas,

Y en ellos viendo de su boda el traje
Se ríe con la risa de la aurora,
Y abisma su mirada en resplandores,
Mostrando pensativa y seductora
Sus dientes y sus labios, maridaje
De las perlas casadas con las flores!

V.

Ya va y viene Isabel, y baja y sube,
Agitándose aérea y diligente
Con una vaga ondulación de nube;
Y aunque era á su belleza indiferente,
Con natural gracejo
Hoy aprende delante del espejo
A conocer lo hermoso de su frente;
Y ora se juzga amada y ora amante,
Y haciendo con el traje un ruido de alas,
Circula como un duende por delante
De los grandes espejos de las salas;
Y al verse retratada, la doncella
Lleva por sí la admiración tan lejos,
Que, á fuerza de mirarse en los espejos,
Siente ya el goce de saber que es bella.

VI.

Al volver de jazmines coronada
Como una campesina desposada,
Sintiendo accesos de calor y frío,
Tiembla el alma en su boca seductora,
Como tiembla á los rayos de la aurora
Sobre una flor la gota de rocío.
Los ojos de Isabel, desconcertada,
Tanto abre para ver, que no ve nada;
La estatua del asombro parecía,
Y no pudiendo respirar apenas,
Un no sé qué de eléctrico en sus venas
En generosa transfusión corría.
Aunque casi educada en un convento,
Ya sentía en su noble pensamiento
Algo más que ilusión y confianza,
Ignorancia y candor, fe y esperanza;
Pues al mirarse de su alcoba enfrente,
Del abismo de amor dulce pendiente,
La sangre que á su rostro se arrebata
La pone del color de la escarlata...
Mas ¡oh Dios del pudor! no tengáis miedo
Que aquel resumen de la vida toda
Con su deliquio y sus misterios cuente...
Yo quisiera contarlo, mas no puedo,
Pues donde hay sueño virginal, ó boda,
Según Góngora, un ángel sonriente
Pone gentil sobre la boca un dedo.

LOS GRANDES PROBLEMAS

POEMA EN TRES CANTOS.

Al ilustre polemista

EL SR. D. SALVADOR LÓPEZ GUIJARRO.

LOS GRANDES PROBLEMAS.

CANTO PRIMERO.

EL IDILIO.

I.

El cura del Pilar de la Oradada,
Como todo lo da, no tiene nada.
Para él no hay más grandeza
Que el amor que se tiene á la pobreza.
Careciendo de pan, con alegría
Lleva paz de alquería en alquería;
Y siendo indiferente
A la necia ambición de los honores,
Se ocupa de los grandes solamente
Cuando llama sus reinas á las flores.
Sin fámulo y vestido de sotana,

Cuida una higuera y toca la campana.
Su alzacuello es de seda desteñida,
Pardas las medias de algodón que lleva;
Y en todo el magisterio de su vida
Sólo ha estrenado una sotana nueva.
Da gracias cuando reza á un Dios tan bueno
Que cría los rosales y el centeno,
Y llama sus orgías á las cenas
En que prueba la miel de las colmenas.
Aunque él está de su pudor seguro,
Ve á una mujer, y como pueda, escapa,
Dispuesto desde joven, por ser puro,
A hacer el sacrificio de una capa.
Reparte á las chiquillas
Las almendras que lleva en los bolsillos,
Y les da un golpecito en las mejillas
Más dulce que una almendra á los chiquillos.
Da á los pobres los higos de su higuera,
Que nació, sin plantarla, en donde quiera;
Y si al vérselos dar uno por uno
—¿Qué guardas para tí?—le dice alguno,
Responde, puesta en Dios su confianza,
Como Alejandro el Grande:—¡La esperanza!—
Así con tanto amor y pudor tanto,
El cura del Pilar de la Oradada
Es, según viene la ocasión rodada,
Ya eremita, ya cuákero, ya santo.

II.

Está el pueblo fundado sobre un llano
Más grande que la palma de la mano,
Y á falta de vecinos y vecinas
Circulan por las calles las gallinas.
Pueblo al cual, aunque corto, en mujerío
Otro ninguno iguala;
De agua muy buena, si tuviese río,
De agua de pozo, á la verdad muy mala.
Pueblo feliz, que olvida el mundo entero;
Que tiene ante la iglesia una plazuela,
Iglesia que es más grande que la escuela,
Y escuela que es más chica que un granero.

III.

En este pueblo, en fin, y ante este cura,
Que no puede beber más que agua pura,
La divina Teodora,
De rodillas postrada ante el anciano,
Con un ramo de flores en la mano,
Ramo cogido al despuntar la aurora,
Mostrando al sonreirse, nacaradas,
En dos filas iguales,
Todas sus perlas justas y cabales
En un coral prendidas y engarzadas;

Inventando aquel día,
Por no haberlos sufrido todavía,
Mucho dolor y muchos desengaños,
Antes de hacer su comunión primera,
Confesándose está como si fuera
Una gran pecadora á los diez años.

IV.

Teodora, que es mujer desde la cuna
Cual todas las mujeres,
Despierta ya, y durmiendo todavía
A la luz misteriosa de una luna
Que hace en su alma de sol de mediodía,
Mira una inmensa flotación de seres,
Sueños de sombra y sombras de unos sueños
Opacos una vez y otras risueños.
Gracia infantil y gracia adolescente,
De niña y de mujer confusos lados,
Ya ve en el porvenir desde el presente
El mundo real y el ideal mezclados.
Sumida en nieblas de color de rosa,
Compuestas de verdad y de otra cosa,
Mira, desvanecida,
Llegar la realidad confusamente,
Y á los diez años, como todas, siente
Su inmersión en las brumas de la vida.

V.

Mirando al confesor con inocencia,
Cual si fuesen sus ojos unas puntas
Que hundiesen del anciano en la conciencia,
Fué haciéndole la niña unas preguntas,
Como ésta, por ejemplo,
Capaz de hacer estremecerse al templo:
—Vos ¿sabéis lo que es malo, señor cura?
—Yo de todo, hija mía, estoy al cabo—
Respondió el sacerdote con premura;
Lo cual no era verdad, mas lo creía,
Porque el breviario con afán leía
A la luz de un candil colgado á un clavo.

VI.

Y del amor ya viendo lontananzas
Con sus ojos tan llenos de esperanzas,
En su candor intrépido del todo
Sigue ella preguntando de este modo:
—El dejarse besar ¿es malo ó bueno?—
De confusión y de sorpresa lleno,
Se turbó el cura, como el hombre que antes
De haber cazado un pájaro, lo vende,
Y sin poder cumplir lo prometido,
Se queda, al fin, como el lector comprende,

El cazador corrido,
El comprador burlado,
Y el pájaro vendido y no cazado.
Echó al cielo una olímpica mirada
Buscando la respuesta en las estrellas,
Mas como nada le dijeron ellas,
El cura del Pilar no dijo nada.

VII.

Con misterio después ella se inclina
Hacia el cura, que la oye fascinado,
Y prosigue:—Me ha dicho mi madrina
Que el que bese á mi primo es un pecado;
Y mi primo ha jurado
Que él me habrá de besar, pese á quien pese,
Pues cree que á mí me gusta que me bese:
Mas como oigo decir que se propasa,
Escapándome de él, toda la casa
Ayer y antes de ayer y todo el año
Corrí desde la cueva hasta el granero;
Siempre quiere él, señor, yo nunca quiero;
Miradme bien, veréis que no os engaño.—
Y abriendo aquellos ojos tan brillantes
Para enseñarle el alma á aquel levita,
Echa al cura una ojeada inoportuna
Aquella virgen, pero virgen de antes
Que en la primer visita
El ángel le anunciase cosa alguna,

Y le dejó corrido y colocado
Del rubor en la cúspide suprema,
De un modo tal, que dijo colorado:
—¡Primera confesión; primer problema!—

VIII.

—Acúsome—la niña proseguía—
Que soy inobediente y perezosa.
Acúsome, además, que el otro día,
Con tristeza soñé que no era hermosa.
Me gusta más correr que ir á la escuela.
Sólo en la misa me entretiene el canto;
Y escucho con más gusto una novela
Que el trozo de la vida de algún santo.
Prometo, obedeciendo á mi madrina,
Huir, si puedo, de él; pero os prevengo
Que al mirar á mi primo, siempre tengo
La voluntad de parecer divina.—
Al ver salir el cura, atropellados,
Con risa de bondad mal reprimida,
Tan enormes pecados
De aquellos labios de carmín, untados
Con la leche primera de la vida,
Dice á la niña, de indulgencia lleno,
Con singular ternura:
—No diré que eso es malo, mas no es bueno.
Más cordura, hija mía, más cordura.
Bien; adelante: vamos; adelante.—

Y por no hablar más claro, el pobre cura
Jugaba con enigmas al volante;
Y no queriendo darle con prudencia
La más leve lección de adolescencia,
Muy peligrosa en almas inocentes,
Sólo después de estas ligeras riñas,
Se atrevió á murmurar, aunque entre dientes:
—Son el diablo estos ángeles de niñas.—

IX.

Y como todo viejo, y más si es cura,
De todo niño es natural abuelo,
Con más amor que religioso celo,
Le dijo á aquella hermosa criatura:
—Ten calma, estudia, y á tu madre imita,
Y entrarás sin rodeos en la gloria;
Reza una salve, toma agua bendita,
Y cómete esta almendra en mi memoria.—
Y después que la niña se confiesa,
La mano al señor cura
En la actitud de un oficiante besa;
Se levanta gentil, con la soltura
De un querubín que hacia los cielos pesa,
Y ante el altar, con adorable gracia,
Entre un corro de gente pecadora
Se arrodilló Teodora
Más grave que un alumno en diplomacia.

X.

Después supo el Obispo de Orihuela,
Por cierta confesión de cierta abuela,
De puro religiosa, condenada,
Que, faltando á los cánones sagrados,
Castiga con almendras los pecados
El cura del Pilar de la Oradada.

CANTO SEGUNDO.

LA ÉGLOGA.

I.

Fué creciendo, creciendo,
Y pasaron diez años; y Teodora
Cuanto en gracia inocente iba perdiendo,
Lo iba ganando en gracia pensadora.
La antigua pecadora,
Que veinte años cuenta hoy exactamente,
Tiene pupilas de horizontes llenas;
Voluptuoso reir en casta frente;
Y deja ver su cutis transparente
Cómo corre la sangre por sus venas.
Con gusto encantador por lo sencillo,
Con flores todo el año en sus cabellos,
Arrollándolos bien, forma con ellos
Detrás de la cabeza un canastillo.

II.

—Decidme, mi querido señor cura—
Decía confesándose Teodora:
—¿No es una gran locura
Que esté tan decidida
A que me case ahora
La pobre madre á quien debí la vida?
¿No es un gran desatino
Casar con otro á quien tan sólo piensa
En... ya sabéis, mi primo, aquel marino
Que tiene el alma, como el mar, inmensa?—
Mientras la escucha atento
—Es muy común—el cura se decía
Entre burlas y veras—
Que todas las muchachas costaneras
Dediquen de un marino al pensamiento
Veinticuatro horas largas cada día.—

III.

—Mi primo... ya sabéis,—siguió Teodora—
Que vive hoy una vida de pesares
En Londres, un lugar donde está ahora,
Más allá de los montes y los mares.
Las playas saben mi constante anhelo,
Pues sin poderlo remediar, suspiro

Cuando se nubla el horizonte y miro
Por el lado del mar cerrarse el cielo.
Mi primo, es aquel primo que, algún día,
Os confesé que alegre me besaba;
Le amé niña, mas yo no lo sabía;
Ya mayor, estoy loca, y lo ignoraba.
Como siempre fantástico el deseo
Me arrastra á orillas de la mar, yo á solas
Que me habla de él y su venida, creo,
El monólogo eterno de las olas.
Siempre aguardo del cielo lo imprevisto,
Siempre estoy esperando,
Y hasta las aves de la mar, pasando,
Parece que me dicen:—¡le hemos visto!

IV.

— Mas sepamos primero—
Dijo el cura prudente y reservado:—
De amaros y volver, ¿él os ha dado
Su palabra de honor de caballero?
—Me juró que me amaba y volvería—
Fué diciendo Teodora—
Cuando el sol por la tarde se ponía,
Y al despuntar la aurora,
Y alguna vez también al mediodía;
Y alguna, y más que alguna,
Por la noche á los rayos de la luna.
Y, perdonad, decir se me ha olvidado
Que en Mayo y en Abril me lo ha jurado,

Por todos sus jazmines y azucenas;
Por los árboles todos, en estío;
Por todos sus cristales, junto al río;
Cerca del mar, por todas sus arenas.—

V.

Mientras Teodora hablando proseguía,
Como era, á fuerza de candor, profundo,
El cura por lo bajo repetía:
—(¡Cómo trae el amor revuelto al mundo!)
—Mi madre quiere que á la fuerza quiera
A un hombre muy de bien, sin gracia alguna,
Como es el que me espera
Para darme su mano y su fortuna.
El verlo nada más me da tristeza;
Él es bueno, es verdad, si no es hermoso;
Tiene favor, honores y riqueza,
Talento, juventud y un nombre honroso...
Mas ¡si vierais al otro, señor cura,
Con gorra de oro y sable á la cintura!...
¡Cuanto mira al pasar de luz se baña!...
Mientras éste de aquí, que va á ser mío,
Tiene una gracia sepulcral y extraña;
Donde quiera que entra él, siento yo frío.
—Pues señor, se conoce—piensa el cura—
Que en la misma inocencia,
Para agotar de un cura la paciencia,
Transformado en hermosa criatura
Coloca Satanás su residencia.—

VI.

Y ella siguió:—Vuestro favor imploro;
Prestadme ayuda en tan difícil paso:
De uno me río, y por el otro lloro;
Éste me hiela, y por aquél me abraso.
No amo al presente y al ausente adoro,
¿Qué hago, señor, me caso ó no me caso?—
Mirando á un Cristo viejo
Por ver si le inspiraba algún consejo,
El cura se callaba,
Y del candor en la embriaguez suprema,
Al ver que el Cristo nada le inspiraba,
Por lo bajo entre dientes murmuraba:
—¡Segunda confesión; otro problema!—
Entre el Cristo, ella y él, no hay uno que hable.
El viejo, que era un niño venerable,
No cayó en que Teodora
Buscaba, tan sutil como traidora,
En la doblez de sus astutos planes
El apoyo moral del cristianismo:
Maniobras de los grandes capitanes
Que ponen de su parte el fanatismo.

VII.

Luego los dos á un tiempo se preguntan,
Y para herirse al corazón se apuntan;
Y cruzan de uno al otro, bien dispuestas,

Como un choque de espadas, las respuestas:
—Me muero, si me caso, os lo confieso.
—Ilusión nada más de los sentidos.
—Hay voces que en el aire me hablan de eso.
—Eso será que os zumban los oídos.
—Bien, lucharé; pero seré vencida.
—No volverá tal vez.—¿Y si volviera?
—Ese hombre os ha hechizado; ¡estáis perdida!
—Así tendrá que ser como él lo quiera.
—Tras vana agitación tendréis reposo;
Yo rezaré por vos, seréis dichosa:
¡Dichoso aquel que os tenga por esposa!
—Y yo ¿seré feliz como él dichoso?
—¿De qué sirve creer en lo increíble?
—Más sabe el corazón que la cabeza.
—¿Qué podrá suceder?—¡Todo es posible;
Yo amo con fe y espero con firmeza!—
Al verla discutir tan bien y tanto,
Siente un temblor de espanto,
Cual si tuviese frío,
Al comprender el santo
Que aquel tipo cabal de las mujeres
Era el más bello y, ¿lo diré, Dios mío!
El más inobediente de los seres.

VIII.

Teodora, ardiente y viva,
Filósofa sutil y positiva,
Que no pasó, cual yo, velada alguna

En cuestiones ociosas,
Buscando la razón de muchas cosas
Que no tienen jamás razón ninguna,
Añadió, de su plan desesperada,
Disparando al huir á sangre y fuego,
Y haciendo una brillante retirada
Mejor que en Asia Jenefonte el griego:
—Yo soy muy viva y de ventura ansiosa;
Y no queriendo á este hombre, os lo prevengo,
Como soy tan fantástica, no tengo
La condición de una excelente esposa.
Mas lo mandan mis padres, y adelante;
Yo quiero á toda costa ser honrada,
Mas no sé si, vivaz y enamorada,
Podré ser buena esposa y buena amante...—
Hablaba así Teodora, y de repente
Callando unos momentos,
Con un silencio diestro y elocuente
Una pausa llenó de pensamientos.
Reticencia tan vil y calculada
Al pobre cura de terror inmuta...
Ante el saber de una mujer astuta
Cicerón y Pascal no saben nada.
Y es que desde Eva, madre de Teodora,
La raza no mejora.
Porque no oye solícito sus quejas,
Anuncia astuta males sobre males:
Yo recuerdo muy bien que eran iguales
Las jóvenes de antaño que hoy son viejas.
Y así serán y han sido

Las que están por nacer ó ya han nacido,
Lo mismo en todo el orbe que en España;
Las madres miserables y opulentas,
Las hijas titulares y harapientas,
Las abuelas del trono y la cabaña.

IX.

—¡Qué locura, Dios mío, qué locura!
¿No veis que rara vez—le dice el cura—
La vida nos enseña
Que esos sueños de niña muy pequeña
Los pueda realizar la edad madura?
Moderad el ardor de los sentidos;
¡Teodora, andad despacio,
Porque siempre nos ven desconocidos,
Dos ojos desde el fondo del espacio!—
Ayudando á llevarla á su destino,
Cual se lleva una oveja al matadero,
Pensó el cura ponerla en el camino
De lo bueno, lo justo y verdadero;
Y después que ella vió desvanecida
La poética imagen de su vida,
Puestas en cruz las manos y llorosa,
Recibió con la frente prosternada,
La bendición del cura, arrodillada;
Besó su mano en actitud piadosa,
Con la fe de una santa resignada,
Y se marchó, si no más consolada,
Menos triste tal vez, y siempre hermosa.

CANTO TERCERO.

LA TRAGEDIA.

I.

Porque triste, muy triste, se moría
Llena de desengaños,
El cura del Pilar, en cierto día
En su postrera confesión oía
A una joven anciana de treinta años.
—¡Ha venido—decía
La vieja que era joven todavía—
Aquel hombre á quien amo con locura!
Y debo confesaros, en conciencia,
Que tengo, desde entonces, señor cura,
Necesidad de sueños de inocencia.
—¿Y es pura todavía vuestra llama?—
Pregunta el cura á la doliente esposa.

—La cama de mi madre es esta cama—
Le respondió;—pues por mi madre os juro
Que soy materialmente virtuosa;
Sólo el alma es culpable, el cuerpo es puro.—

II.

—¡Pues valor,—dijo el cura,
A fuerza de candor siempre profundo,—
Que la mayor tribulación del mundo
La guarda Dios para la edad madura!
—¡Valor, valor!—la enferma respondía;—
¡Lucharé hasta morir! mas ¡cosa extraña!
Resistir á su encanto no podría,
¡Yo que siento en mí misma una energía
Capaz de levantar una montaña!
—¡Luchemos, hija mía—
El cura repetía
De Dios y de su fe siempre seguro;—
No hay grito de dolor que en lo futuro
No tenga al fin por eco una alegría!—
Y luego añade de la Biblia lleno,
Satisfecho de Dios y de sí mismo:
—¡Siempre entre el ángel malo y entre el bueno
Hay luchas en el puente del abismo!—

III.

En querer consolar las grandes penas
De una mujer tan firme y tan amante,
Era aquel pobre confesor un ciego,
Sabiendo que corría por sus venas
La sangre de las viñas de Alicante
Que crían una savia como el fuego.
El cura no sabía
Que el no amar es muy bueno, pero es frío;
Y por eso á Teodora le decía,
Derramando en sus llagas el rocío
De una piedad sincera:
—Van á cumplir veinte años
Que, ajena de pasiones y de engaños,
Vuestra sagrada comunión primera
Fué por vos de mi mano recibida;
¡Sed digna del honor de vuestra historia!
¡Reanimad el valor con la memoria
De los años primeros de la vida!
—¡Quince años hace escasos—
Teodora murmuró—que el dulce ruido
Que levantaron al marchar sus pasos
Quedó como una música en mi oído!
Y hace veinte—añadió con torvo ceño
Mirando al cielo en ademán de queja—
Que es él de mi alma y mis sentidos dueño;
¡Veinte años que pasaron como un sueño!

¡Tenéis razón; no me creí tan vieja!...
Mas no hay medio; ó vencer ó ser vencida;
Ó perder la virtud ó dar la vida.—
Dice así, y tiembla la infeliz esposa
Cuando la causa de su mal confiesa,
Como suele temblar la mariposa
Que siente el alfiler que la atraviesa;
Y el pobre confesor, que no sabía
Que si es bueno no amar, es cosa fría,
Cual sintiendo en la piel la ardiente huella
De un diablo que abrasándole le toca,
Mira á la enferma con pavor, y en ella
Halla una especie de perfil de loca.
Y agarrándole bien con la mirada,
—No soy loca, es que estoy enamorada—
Siguió la esposa—y lo que quiero, quiero;
Vuestra piedad, no vuestra fe, reclamo:
Si le amo, vivo; si no le amo, muero:
Respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo?—
Aguzando el oído,
Y azorado de miedo como un gamo
Que oye en el bosque de repente un ruido,
El cura sorprendido
Dice cayendo en postración extrema:
—¡Tercera confesión; tercer problema!...—
Dudando en su fatal desconfianza
Qué haría y que diría,
Por no romper el hilo todavía
Que enlaza la mujer á la esperanza,
El cura del Pilar, quedando inerte,

Sangre, en vez de agua, el desdichado suda;
Pues á sí mismo con dolor se advierte
Que es, en los actos del deber, la duda
Una pregunta vil que hace la muerte.

IV.

Ahogando la emocion de su ternura
En un áspero y recio resoplido,
Añadió en el umbral de la locura:
—¡Ó viva en el del otro, señor cura,
Ó muerta en el hogar de mi marido!
¿Puede un corazón tierno,
Sufrir eternamente esta cadena?
¿Hay un Dios que nos salva y nos condena,
Ó eso también es un problema eterno?—
Oyendo esta herejía,
Creyó el cura que en ella traslucía
La cara de Luzbel, oliendo á infierno;
Y siendo encantadora,
Y aunque era un ángel de piedad Teodora,
Y el cura lo sabía,
Como todo hombre bueno, algo indeciso,
Oyéndola decir lo que decía,
En su faz la tristeza se veía
Con que Eva dejó un día el Paraíso.

V.

Y al cura que azorado la veía,
Y estaba en todo, esto es, no estaba en nada,
Despues le repetía,
Aceptando, Teodora, resignada
La paciencia que lleva á la agonía:
—¡Adorarlo ó morir, tal es mi suerte!—
Y el cura respondía:
—Pero pensad en Dios, la hora es sombría;
¡Ved que estáis en peligro de la muerte!—
Y enfermo de terror y sentimiento,
Su rostro, que tapó con ambas manos,
Se cubrió de ese tinte amarillento
Que da tanta tristeza en los ancianos.
—Ya veis que sé morir como es debido—
Siguió Teodora con siniestra calma.—
Decidida á partir, tan sólo os pido
Que echéis sobre mi cuerpo y sobre mi alma,
Él su memoria, su piedad el cielo,
Vos el perdón, la humanidad su olvido,
La tumba su pudor, la muerte un velo!—

VI.

Pasan después unos momentos llenos
De calma aterradora.
Y entretanto, ¿qué hacía

En alocada expectación Teodora?
¿Dormía? No. ¿Velaba? Mucho menos.
Con las manos el pecho se oprimía
Queriendo hacerse el corazón pedazos.
Se incorpora después, alza los brazos,
Estrecha en ilusión alguna cosa
En medio de la fiebre que la abrasa,
Y dice con sonrisa voluptuosa
Dejándolos caer:—¡Es él que pasa!—
Al ver aquel amor inexorable,
A su buen Dios el cura inconsolable
La encomienda en sus santas oraciones;
Y al oir, espantado,
Salir de la culpable
Aquella interminable
Tempestad gutural de aspiraciones,
Una oración sobre otra le prodiga,
Y exclama el sacerdote horrorizado:
—¡El ángel llega tarde, y sólo espiga
Lo que ya Satanás dejó segado!—
Y así el buen cura exclama,
Porque ya con dolor ha comprendido
Que es imposible, á semejante llama,
Oponerse á un amante que es querido,
Y entregarse á un marido que no se ama;
Y aunque algo tarde, á conocer empieza
Que es más fuerte el amor que los deberes,
Pues rinde de los hombres la firmeza
Y hasta el débil poder de las mujeres.

VII.

Llegando al fin de su terrible suerte
La enferma medio muerta tiempo hacía,
Después de un gran silencio en que se oía
Muy cercana de allí volar la muerte,
Mirando fijamente, sin ver nada,
Tiende una mano ardiente y descarnada,
Busca con ella al infeliz anciano
Que por su dicha ruega,
Y el rostro le tocó como una ciega
Que tuviese los ojos en la mano:
Se ponen azuladas sus mejillas;
Sale un hondo ronquido de su pecho;
El cura la bendice de rodillas;
Después... ¡después era una tumba el lecho!

VIII.

Más muerto que la muerta el pobre cura,
Cuando luego miraba
El alma triste y bella
De aquella esposa fiel, culpable y pura
Flotar sobre una estrella,
—¡Perdonadla, Dios mío!—murmuraba.
¿Cómo Dios negaría su indulgencia
A una mártir que, fiel á otros amores,

A fuerza de sentido y de paciencia
El luto de su hogar cubrió de flores?
Cuando el cura veía
Aquella alma flotar sobre una estrella,
Y su perdón pedía,
Es porque no sabía,
Héroe feliz de una tranquila historia,
Que cuando muere una mujer como ella,
Toca á muerto la tierra, el cielo á gloria.

IX.

Y cuando el cura, de su buen consejo
El término funesto contemplaba,
Llorando como un niño el pobre viejo
Sobrecogido de terror oraba.
—¡Yo la maté, yo he sido su asesino!—
Gritaba el infeliz, desesperado,
Quejándose de sí como un malvado
Que asesina á la vuelta de un camino.
Mas, fiel á su destino,
Conociendo después, más serenado,
Que así á volverse loco un hombre empieza,
Con honor exclamó:—¡Fuera flaqueza!—
Y valerosamente
Reanimando uno á uno sus sentidos,
A brillar comenzó su noble frente
Con la luz de los seres elegidos.
—¡Hago el bien, y suceda lo que quiera!—

Dice tranquilo y con la frente erguida.—
¡Entre la muerte y la virtud, que muera,
Que es el deber primero que la vida!—
Pasó después un siglo de un momento;
Murmuró otra oración, y de repente
Azotó con los pies el pavimento
Y con las manos se azotó la frente:
Miró á la muerta con viril firmeza,
Y á repetir volvió:—¡Fuera flaqueza!—
Y el cura del Pilar, sereno, mudo,
Rendido el cuerpo y destrozada el alma,
Después de un negro batallar tan rudo,
A recoger volvió su santa calma
Como recoge el gladiador su escudo.

FIN.

DULCES CADENAS

POEMA EN CUATRO CANTOS.

A mi fraternal amigo

EL SR. D. RAMÓN CAMPOS Y DOMENECH.

DULCES CADENAS.

CANTO PRIMERO.

I.

Joven, bella, adorada y poderosa,
Tan rubia como el sol del mediodía,
Y tan fresca además como una rosa,
Jacinta, cuidadosa,
Hasta el dichoso día
En que va á ser una feliz esposa,
En un cuarto atestado de primores,
Y en una jaula de oro envuelta en flores,
Cierto canario hospeda,
Cuya pluma remeda
Casi, casi, del iris los colores,
Y un poco los reflejos de la seda.

II.

En un día de Marzo, húmedo y frío,
Al pasar del antiguo al nuevo estado,
Jacinta, esclavizando su albedrío,
Prefiriendo al ajeno su cuidado,
Y el gozo celebrando de aquel día,
Suelta con alegría
Al canario que cuida con cariño,
Y con el cual, como si fuera un niño,
En inocente intimidad vivía.
Saca al esclavo de la jaula de oro,
Lo acaricia llorando y sonriendo,
Se acerca á la ventana, y luego abriendo
La mano, con la cual se enguja el lloro,
Viendo al ave feliz que va siguiendo
Del aire el insondable itinerario,
Como acerada espina
Un dardo de pesar extraordinario
Su corazón traspasa,
Pues siempre es un canario,
Después de la sociable golondrina,
El ave favorita de una casa.

III.

Libre, alegre, inconstante, casi loco,
Como bebiendo luz, emprende el vuelo
El pájaro, que invade poco á poco

La inaccesible soledad del cielo.
Por no verle partir, Jacinta cierra
Sus ojos de insondables horizontes,
Y en posesión le pone de la tierra
Con sus mares, sus valles y sus montes.
Entregado al calor, y expuesto al frío,
El pájaro, que siendo prisionero
Prefería su jaula al mundo entero,
Fué puesto en posesión de su albedrío
Como el manso arrastrado al matadero.
Y volando, volando,
Se alejaba y volvía,
Y de su inútil libertad gozando,
—¿Adónde voy?—parece que decía.
Y Jacinta, llorando,
Y llena al mismo tiempo de alegría,
Al pájaro dejando
Para volar también tras del esposo,
Mandándole un adiós muy cariñoso
Al ver que una tras otra recorría
Las colinas cubiertas de viñedos,
Con expresiones de cariño extremas,
Tocándose los labios con las yemas,
Le envió un beso en las puntas de los dedos.

IV.

Como dijimos antes,
Era en Marzo, la aurora del estío,
Y en uno de esos días inconstantes

En que alterna el bochorno con el frío,
Con santa devoción, casi á la orilla
Del Manzanares, su paterno río,
Para unir á Jacinta en casto nudo
Con el hombre más noble de la villa,
Como si fuera un celestial saludo
Por su madre escuchado y por su abuela,
En torno del altar de la capilla
El himno sube y el incienso vuela.
Y Jacinta, entretanto,
Cuya gracia inocente
Se convertía en pensativo encanto
Y en la expresión de amor más hechicera,
Hacia el altar avanza
Con la alegre esperanza
Y la planta ligera
De quien lleva, al andar, sobre su frente,
El cántaro inmortal de la lechera.

V.

Así aquel ángel que á mujer subía,
La virgen que iba á convertirse en diosa,
Con el tierno candor que en Dios confía
Camina, á fuerza de ventura, hermosa,
Como una niña grande honrada y pura
Que sueña en ser feliz, pues no sabía
Que, cual la flor del cactus, la ventura
Esperada cien años, dura un día.

CANTO SEGUNDO.

I.

El canario después, desorientado,
Explorando horizontes y horizontes,
Voló al fin por los valles y los montes
Como si fuese un pájaro escapado;
Hasta que ya rendido,
De su fuerza en volar menos seguro,
Con el miedo que da lo indefinido
Halló en la claridad algo de obscuro.
Sintiendo luego el malestar incierto
Que se llama el mareo del desierto,
Y después que el canario
Recorrió el horizonte ebrio de gozo,
Le parecía, al verse solitario,
El universo entero un calabozo.
Y conforme caía
Dentro del mar el día,

Y se aumentaba con la sombra el frío,
Sólo vió estupefacta su mirada
La tenebrosa estancia del vacío,
Y aquel horror que dice: «¡aquí no hay nada!...»

II.

Cuando todo en la sombra era indistinto,
Sintió una sensación vertiginosa;
Después, con el instinto
Natural en un ave cariñosa,
Esperando, inocente,
Que la prisión su dueña le abriría
Y en trance tan cruel le ampararía,
A su casa volvió, cuando inclemente
Ya sus alas el frío entumecía;
Y volando después difícilmente,
Como ni huir ni guarecerse sabe,
De las tinieblas á la luz escasa,
Alrededor girando de la casa,
Más parece un espíritu que un ave.

III.

Como no hay duda que era
Una noche muy buena, por lo fría,
Para asar en alegre compañía
Castañas al rescoldo de una hoguera,

De miedo ya á las olas mugidoras
De una espantosa tempestad cercana,
Y al fastidio y horror de aquellas horas,
Se lanzó de su dueña á la ventana,
Guarnecida de plantas trepadoras.
Mas ¡ay! que ya casada, y siempre pura,
Pensando con vergüenza en su ventura,
Jacinta, con espanto verdadero,
Hallando todo ruido inoportuno,
Todo rayo de luz cosa liviana,
La ventana cerró con tanto esmero
Que no dejó á la luz resquicio alguno,
Pues en noche de boda una ventana
Es la nube de sombra con que Homero
Cubrió á veces á Júpiter y á Juno.

IV.

Cuando el pájaro, hastiado
De aquella inútil libertad del cielo,
A su prisión volvía, enamorado,
Ya había el polo norte desatado
Un recio temporal de escarcha y hielo.
Cada vez más corrientes,
Y cada vez más fríos,
Los arroyos de viento se hacen ríos
Y los ríos después se hacen torrentes.
Directa y reflejada,
Y después toda unida,

Contra aquella ventana tan cerrada
Lloviendo más, sobre la ya llovida,
Chisporrotea el agua ametrallada.
Cuando están á su dueña regalando
Realidades tan dulces como sueños,
Quejándose el canario, está piando
Como pían los pájaros pequeños.
Mientras dentro, amorosa,
Ve en verdad convertida su quimera
En éxtasis profundo,
Por la parte de afuera
Piar á media voz oye la esposa
A un ser que no parece de este mundo.
Matándolo á golpazos
La nieve sobre el pájaro se apiña,
Y mientras él se queja y da aletazos,
Jacinta de su esposo entre los brazos
Le habla con voz del tiempo en que era niña.
Y así al pobre canario,
Sirviéndole la nieve de sudario,
De la ventana contra el duro suelo
Lo sueldan vivo el hielo
Y la escarcha y la nieve endurecida.
¿Qué hará Dios cuando mira desde el cielo
Los injustos dolores de la vida?

CANTO TERCERO.

I.

Ya estaba el sol muy alto, y aun dormía,
Y tras de un sueño largo y retardado,
Sin más cuidado ya que aquel cuidado,
Como sin duda eternizar quería
La inocente ilusión de su deseo,
Jacinta, placentera,
Estando el sol á la mitad del día,
Cual Julieta á Romeo
Le decía á su esposo:—¡Espera, espera;
Que no llega la aurora todavía!—

II.

La heroína feliz de nuestra historia
Miró al fin por la luz desvanecida
Esa noche que deja en la memoria

El recuerdo más grande de la vida.
De su lecho nupcial se alza ligera,
Y con un aire entre terrestre y santo,
Muestra en su cara el religioso espanto
De la casada de hoy y ayer soltera.
Se echó con un pudor algo tardío
Un traje negligente de mañana,
Corrió á abrir las vidrieras, y ¡ay, Dios mío!
Al canario encontró muerto de frío
Metido en el rincón de la ventana.
¿Verdad, lector amado,
Que el querer ser feliz casi es locura?
Jacinta olvida en su reciente estado
Todo antiguo cuidado:
Celebrando su amor y su ventura,
A soltar su canario se apresura,
Y se le muere helado:
Pasa además un día y otro día,
Y un rosal que tenía
Se le seca olvidado.
¡Pobre Jacinta mía!
¡Por el ingrato amor que tanto quiere,
Cuanto ama, en causa de dolor se trueca;
Tiene un ave que suelta, y se le muere;
Tiene un rosal que olvida, y se le seca!

III.

Traspasada de pena,
Viendo muerto por ella á un inocente,
Piensa Jacinta, de ternura llena,
Que es un tirano *Amor* que dulcemente
Ata al pie del esclavo la cadena.
Y así al pájaro muerto le decía,
Con acento el más tierno y doloroso
(Y aunque el pájaro muerto nada oía,
La esposa bien sabía
Que la oía á su lado el tierno esposo):
—Buscar en el amor ventura y calma,
Sólo es variar de penas:
El querer libertad para nuestra alma,
Es cambiar solamente de cadenas.
Como al pájaro, al hombre le es preciso
Esclavizar con libertad su llama,
Porque ser el esclavo de quien se ama
Es tener por prisión el paraíso.—

IV.

Hablando de esta suerte
Profundamente tierna y conmovida,
Besó al pájaro muerto enternecida;
Y después de pensar cómo la muerte

En lo mejor nos llega de la vida,
Fué á darle con ternura
Al pie de un limonero sepultura,
Y esto grabó con la mayor tristeza
Del árbol siempre verde en la corteza:
—Murió un pájaro aquí de pesadumbre,
Porque alejado de su dueña un día,
Rotas ya sus cadenas, no comía
El pan de la dichosa servidumbre. —
Y cuando esto escribía,
Besándolo al grabarlo, tiernamente,
Es la pura verdad que ella gemía:
Aunque es verdad también que al mes siguiente
Ya este recuerdo era una cosa fría.

CANTO CUARTO.

I.

Seis meses, y algo menos, van pasados,
Y ya Jacinta, abandonada, prueba
El rigor de los hados;
Ya de sus ojos á su boca lleva
Dos surcos por las lágrimas trazados;
Pues el dejar de amarse dos casados
Es una historia vieja, siempre nueva.

II.

Pasan las ilusiones,
Y más las ilusiones amorosas,
Y en esa confusión de confusiones
En que parecen ya todas las cosas
Una grande humareda de visiones,

La buena de Jacinta, que creía
Que el Etna ante su amor se apagaría,
Que tuvo en este valle de amarguras
La suerte natural de las mujeres
(Rebaño de apacibles criaturas
Que llenando la tierra de placeres
Recogen á su paso desventuras),
Tan noble y religiosa como bella,
En su inmenso dolor se vuelve al cielo,
Porque, un poco olvidada, empieza en ella
De la ilusión el lúgubre deshielo;
Mas, reina superior á su caída,
Haciendo frente á las pasiones malas,
En su honradez se siente sostenida,
Cual se sostiene el águila en sus alas.

III.

Y aunque el amor ahora
Es, como antiguamente,
Un duelo en que hay traidor precisamente,
Y alguna vez también en que hay traidora,
Jacinta, siempre fiel, escribe y llora,
Y á veces, por variar, llora y escribe;
Y aquella antigua rosa, hecha azucena,
Se muere de dolor, porque no vive
Atada al eslabón de su cadena;
Solitaria, las lágrimas que vierte,
Del fondo de aquel mar perlas preciosas

Las vierte silenciosas
Para que nadie entienda
Cuál es la causa de su triste suerte,
Porque es de esas mujeres valerosas
Que del deber por la terrible senda
Van al través del fuego y de la muerte.

IV.

Desde el funesto día
En que ya de su amor perdió el encanto,
Si alguna vez reía,
Su risa, más que risa, parecía
La amarga contracción próxima al llanto;
Y siempre enamorada
Cual estarlo pudiese esposa alguna
Por su esposo olvidada,
De su pena y su amor arrebatada,
Ya escribía canciones á la luna.
Sin rosal, sin canario y sin amores,
Su propia historia convirtiendo en cuento,
Templaba sus dolores
Volviendo á oir cantar los ruiseñores,
Gemir la fuente y suspirar el viento;
Y hermosa, rica, perspicaz, honrada,
Sola, triste, benévola, estudiosa,
Poetisa, mujer y abandonada,
Tanto y tan bien lloraba y escribía,
Que de su amor y su dolor retumba

El eco todavía
En esta corta y lúgubre elegía
Que se halló en sus memorias de ultratumba.

V.

«A un canario infeliz porque era mío,
La inútil libertad le dí insensata,
Y á buscarme volvió; pero yo, ingrata,
Cerré el postigo, y se murió de frío.
»El esclavo que es fiel nos causa hastío,
Y amamos al tirano que nos mata:
Siempre es y fué la libertad más grata
Tener presa en otra alma el albedrío.
»Libre correr, para humillar la frente
Cambiando de cadena; he aquí el calvario
De todo libre ser que vive y siente.
»El hombre, prisionero voluntario,
Dará su libertad eternamente
Por vivir en prisión como el canario.»

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

POEMA EN DOS CANTOS.

A mi querida sobrina

LA SRA. DOÑA ELVIRA IRULEGUI DE GARCÍA CABALLERO.

Te dedico este poemita, escrito á la memoria de A..., porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro á poner al frente de muchas composiciones el nombre de alguna persona amada, y es porque, desde que me voy haciendo viejo, sólo sé vivir rodeado de los seres que, como tú, me quieren entrañablemente.

CAMPOAMOR.

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS.

CANTO PRIMERO.

ESCRIBIRÉ MAÑANA.

I.

Del mar junto á la orilla
Está Vega, lugar que, aunque pequeño
Para ser una villa,
Casi es un Londres para ser aldea;
Y allí vive, en el punto más risueño,
Tejiendo y destejiendo Dorotea
La tela de Penélope de un sueño.
¡Pobre niña que aun vive
Con la fe de esas almas tan honradas
Que creen que las promesas son sagradas,
Y un ángel en el cielo las escribe!

II.

¡No lo extrañéis, espíritus amantes,
Si veis que el autor llora
Al recordar ahora
Memorias que no tienen semejantes!
¡Nos dicen ¡ay! que el tiempo y la distancia
Sofocan los recuerdos de la infancia!...
¡Yo, al restañar esta mortal herida,
Me olvido de treinta años de mi vida!
Y es tan cierto, lector, lo que te digo,
Que lloro, aguardo, me sereno y sigo.

III.

Nuestra bella heroína
Cumplía quince abriles aquel año,
Y, lo que es increíble por lo extraño,
Se murió sin saber que era divina.
Es la sola mujer que he conocido,
Aunque ya soy tan viejo,
Que con aire modesto y distraído
Se peinase de espaldas al espejo;
Y eso que era envidiada
Por todas las muchachas casaderas,
Cuando, admirablemente despeinada,
Llevaba, entre ondas de oro sepultada,
Cubiertas con el pelo las caderas.

IV.

Creía mucho en Dios, y hasta creía,
Como todas las almas candorosas,
Que Dios suele matar por muchas cosas
Por las cuales yo vivo todavía.
Severa, cuanto afable,
Honraba de sus padres la nobleza,
Teniendo una belleza incomparable,
Y un alma superior á su belleza;
Y pura, como el día
Que recibió las aguas del bautismo.
No entendía el misterio de los nombres
De esas cosas de que habla el Catecismo,
Que una joven llamó «pecados de hombres».

V.

Nuestra hermosa de Vega
A Justo amó; pero le amó tan ciega,
Que ajena de dobleces y de engaños,
En todos sus quince años
No pensó ni un momento
Que es una gran locura,
Que nunca tiene en las mujeres cura,
Eso de amar á un hombre de talento.
Sin poner la virtud en ejercicio,
Todos, todos, de Justo aseguraban

Que ya empezaba *á aborrecer el vicio*.
Prudente, aunque no siempre, en sus acciones,
Amaba la moral que profesaban
Como buenos y cómodos varones
Los Horacios, los Riojas y Leones.
Iba por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido;
Y seguía las huellas
De esos nobles bribones
Que hablan mal y desprecian sus pasiones,
Y que mueren por fin víctimas de ellas.

VI.

Pero Justo ¿qué hacía,
Que prometió escribir á Dorotea,
Y la carta aguardada no venía?
¿Qué hacía?—Ni lo sé, ni él lo sabía.
Teniendo siempre de escribir la idea,
Se iba el tiempo marchando y no volvía,
Y de este modo Justo y Dorotea
Mientras ella esperaba, él no escribía;
Pues aunque en ansia de escribir ardía,
En su alma, entre española y mahometana,
Pudo más la pereza que la gana,
Y así pasaba un día y otro día
Diciendo siempre:—escribiré mañana.—

VII.

Y ¿qué hombre, menos él, no hubiera escrito
A aquel ser adorable y no adorado,
Viendo en sus ojos el color sagrado
Del violeta azul de lo infinito?...

VIII.

¡Gracias á Dios! Con alegría suma
Tomó un día la pluma...
Y después de tomada...
Decidido á hacer algo, no hizo nada.
Y oid, tristes cual yo, de qué manera
Se fué pasando una semana entera:
Lunes; me siento enfermo.
Martes; ¡es tan mal día!
Ya es *miércoles*. ¡Qué sol! La tarde es fría.
Jueves. ¿Escribo? Escribiré. Me duermo.
El escribir en *viernes* me da susto;
Será mucho mejor, á fe de Justo,
Que mañana, que es *sábado*, la escriba,
Y el *domingo*, que es fiesta, la reciba.
Y al fin de la semana,
Cuando el domingo llega,
Mientras él, con la calma que tenía,
—Mañana escribiré—se repetía,

En el puerto de Vega,
Ya presa de mortal melancolía,
Ella decía:—¡escribirá mañana!—

IX.

Ya un día entusiasmado
Al papel y al tintero se abalanza,
Mostrando en su semblante alborozado
La alegre animación de la esperanza:
Y—¡oh Dios, cuánto la adoro!—
Decía enamorado...
Y ¿escribió? No señor. ¿Por qué? Lo ignoro;
Mas no falta quien crea
Que no escribió á la pobre Dorotea
La carta deseada
Porque ¡oh maldad del corazón humano!
El día aquel se lo estorbó la mano
De una cierta coqueta retirada.

X.

Otra vez que, exaltado y medio loco,
Quiso escribir (pero ¿escribió?; tampoco:)
Como un niño pequeño
Se echó enfadado y se durmió tranquilo;
Que es el cansancio material un hilo
Que tira de nosotros hacia el sueño:

Y como á los veinte años que tenía,
El dormir bien no es una cosa rara,
Ya á más de la mitad del otro día
Dijo, brillando en su apacible cara
La risa del candor que en Dios confía:
—Por voluntad del cielo soberana
Mañana podré estar ó muerto ó vivo;
Pero, lo que es mañana,
Lo juro por mi honor, ó muero, ó escribo.—

XI.

¡Siempre igual! Esperando la venida
Del mañana maldito,
¡Cuántas cartas, Dios mío, en esta vida
Debiéndose escribir, no se han escrito!
¡Son tantas!... pero ¡tantas!...
Las cartas ¡ay! que sin nacer murieron!
Y al mismo tiempo ¡cuántas
Sin deber ser escritas, se escribieron!

CANTO SEGUNDO.

MAÑANA ESCRIBIRÁ.

I.

Mientras él en Madrid, que es donde vive,
Piensa sólo en la carta que no escribe,
Ella, encerrada en Vega,
Sólo espera la carta que no llega.

II.

Tan eterna tardanza,
Ya le inquieta de modo
Que siente intermitencias de esperanza:
Y cual la pobre gente
Que es muy poco feliz y es inocente,
Ya cree que el cielo se entromete en todo,
Y que, probablemente,

En castigo tal vez de algún deseo,
La mano del Señor secretamente
Le va á sacar las cartas del correo.
¿Y hacía muchos votos? ¡Ya lo creo!
En materia de afectos y deberes,
¿Qué cosa habrá, por frívola que sea,
Por la cual, imitando á Dorotea,
No hagan votos secretos las mujeres?
Por eso, uniendo á la bondad que tiene
La natural superstición del que ama,
Si canta un gallo en el jardín, exclama:
—Esa es señal de que mañana viene.—
Para todas las luces y los ruidos,
Sus ojos multiplica y sus oídos.
Oye un rumor y dice:—es el cartero;—
Y llega á ser este héroe callejero
La más dulce tal vez de sus manías,
Pues firme en el balcón como una roca,
Abre, al verle llegar todos los días,
El corazón, los ojos y la boca.

III.

Tanto era lo que amaba,
Que daba por muy justas y muy buenas
Sus muchísimas penas
Si la carta llegaba;
Y darle prometió, si se casaba,
A San Antonio un ramo de azucenas.

¡Ay! la pobre ignoraba
Que en materias de amor y matrimonio,
Por muy triste que sea,
Puede más que los santos el demonio...
Por eso no veía Dorotea
Lo mal que se portaba San Antonio.

IV.

Era tal la inocencia
Que á su amorosa obcecacion se unía,
Que haciendo penitencia,
De rodillas y en cruz, pasaba el día;
Y acabando su historia
En la esperanza y la virtud cerrada,
Más que en el mundo al fin pensó en la gloria;
Siendo su fe tan pura y tan ardiente,
Que se puso á pan y agua solamente
Como una pensionista castigada.
Feliz con sus manías
Y dispuesta á hacer frente á los reveses
De tantos desengaños,
Como dió fin un mes de treinta días,
Un año se pasó de doce meses,
Y pasaría un siglo de cien años;
Siendo ya tan completo
Su triste estado de ascetismo inerte,
Que, para ser de veras esqueleto,
Ya no faltaba allí más que la muerte.

V.

Como ella por su médico sabía
Que se suele morir cuando amanece
(Suspirando una tarde, en que parece
Que da un adiós al sol, padre del día),
En su cara preciosa
Más bien que iluminada, luminosa,
Mostrando la expresión de un grande espanto,
Sacó del pecho, humedecido en llanto,
Aquella llavecita sigilosa
Que todas las mujeres guardan tanto;
Llave de honor, bajo la cual había
Dejado, á no dudarlo, bien cerradas,
Las cien contestaciones que tenía
A la carta no escrita preparadas.

VI.

¡Cuántas madamas Sevignés habría
Si saliesen á luz los borradores
De las cartas de amores
Que en el seno del alma se conciben,
Y se escriben después, ó no se escriben!
¡Yo creo que los muchos desengaños
Que dan los hombres de malicia llenos,
Matan todos los años
Un millón de Eloísas por lo menos!

VII.

Pues, como antes decía,
Entre risueña y grave,
Así le habló á una amiga que tenía:
—Si mañana me muero,
Me esconderás aquí, junto á esta llave,
Una carta que espero.—
Y ya cumplido este deber postrero,
El más caro tal vez de sus deberes,
Vuelve á guardar la llave
(Que sólo Dios lo que encerraba sabe)
En aquel pecho hermoso,
Ese rincón de cielo misterioso
Donde todo lo esconden las mujeres.
Y al ver que su esperanza era ilusoria,
Y la carta esperada no venía,
—¡Cuánto siento—añadía—
Morir sin aprenderla de memoria!—
Y acabada esta frase,
Sintiendo ya acercarse su agonía,
La carta que pensaba que llegase
La estrujó entre sus manos todo el día.

VIII.

Mientras su alma enervando
Se iba al calor de su divino fuego,
Fué su cuerpo acabando
Primero el hambre y la tristeza luego;
Y de tal penitencia aniquilada,
Como ni ver ni articular podía,
Ya en lo eterno infinito se perdía
Lo mismo que su acento su mirada.
Presa ya de una angustia intermitente,
De una manera lúgubre tosía,
Y como lentamente
Se iba haciendo su tez más transparente,
Su espíritu divino parecía
Que alumbraba su cuerpo interiormente.

IX.

Hasta que al fin un día, un triste día,
La cabeza inclinando,
Que una gorra de encajes envolvía
Sujeta por debajo de la barba,
Se oye un tartamudeo de agonía:
Con los dedos las sábanas escarba;
Distribuye unos éxtasis mirando;
Se cubre de una sombra su semblante;

Y en su lucha tenaz de agonizante
Vuelve á caer y alzarse, y titubea;
Una oleada de frío serpentea;
Y hundiéndose de pronto su martirio
En la inmersión de un celestial delirio,
En el último instante de su vida
Ve en un fondo de luz desconocida
Lo que al morir, como al vivir, desea,
Y es una carta, en su ilusión fingida,
En cuyo sobre dice: «A Dorotea.»

X.

¡Ay! Cuando á Justo le anunció el correo
El triste fin de la que fué su encanto,
Sentía, como Dante, aquel deseo
De suspirar y de morir de llanto.
—¿Ha muerto?—el pobre Justo preguntaba
En el tono más alto del lirismo;
—¡Qué desgracia!—exclamaba—
¡Yo que la iba á escribir mañana mismo!—

XI.

Nunca escribió la carta deseada,
Pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho,
Ni ha sido más predicho,
Ni Cristo fué tal vez más deseado.

Por eso estaba loco, ó casi loco;
Mas ¿qué culpa tenía el inocente
Si siempre, como á mí, le faltó un poco
Para ser diligente?
El caso es que lloraba sin consuelo,
Porque era bueno, bueno, y, lo repito,
Aunque nunca escribió, ni hubiera escrito,
¡Oh fiel imagen de las cartas mías!
Tan cierto es como Dios está en el cielo,
Que, amándola infinito,
Él pensaba escribir todos los días.

XII.

Y era su pena tanta,
Que ahogaban los sollozos su garganta.
Mira al cielo con aire reverente;
E implorando el auxilio de este modo
Del Ser que en todas partes lo ve todo,
Pidiéndole perdón por sus agravios,
En oración mental mueve los labios;
Y hasta, en medio de un bíblico arrebato,
Casi escribir promete el insensato
Aquella carta que quedó en idea,
Cuando mira entre luz á Dorotea,
Que desde el cielo le decía:—¡ingrato!—

FIN.

EL QUINTO NO MATAR

POEMA EN UN CANTO.

Carta escrita á la niña

PEPITA SANDOVAL Y KRUS,

con motivo de la muerte de mi ahijada Guillermina.

EL QUINTO NO MATAR.

I.

Conque ¿imperiosamente
Me mandas en tu carta peregrina
Que te diga á tí cosas y te cuente
La historia de mi ahijada Guillermina?
En cuanto á tí, á quien amo tiernamente,
Te diré, ¡qué sé yo! que eres divina;
Y con respecto al ángel de pureza
De unos ojos tan grandes y tan bellos
Que se veía en ellos
Cuanto más grandes eran, más tristeza,
Te contaré que es tan fatal mi suerte,
Que soy como aquel bardo de la historia
Que, mientras tuvo voz, arpa y memoria,
Cantó á una niña *ausente por la muerte.*

II.

Con un mirar muy dulce y concentrado,
La pobre ahijada mía,
Como el tuyo, tenía
Un aire serio, encantador y honrado.
Tú sola eres tan bella;
Tú eres como ella el sol más hechicero;
Y tú también, como ella,
Eres un ser que con el alma quiero.
Sus pestañas llevaban
El pudor y la sombra cobijados,
Y, con serena majestad, sombreaban
Sus ojos, por modestia algo asustados;
Y como, en torno de ellos, se sentía
La seducción que viene desde adentro,
Donde quiera que estaba, ella era el centro
De un grande remolino de alegría.
Mórbida y gruesa con igual encanto,
Era airosa aun cubierta con un manto;
Y de salud y de bondad modelo
Se parecía al serafín de un cielo;
Pues, cual si un ángel de Murillo fuera,
A la luz de un candor inextinguible,
Aquella niña buena y hechicera
Parece que podría, si quisiera,
Ser impalpable, es más, ser invisible.

III.

Un día aquella niña candorosa,
Avezada á las tiernas efusiones,
Con cierta ortografía caprichosa
Me escribió estos renglones
(Que los copió, dictándoselos ella,
Otra *Licurga* grande y menos bella),
Cuyas letras, cual notas musicales,
En fantásticas formas dibujadas,
Recordaban, en grupos desiguales,
Los dedos misteriosos de las hadas:
—«Padrino, ven, ó moriré de espanto:
De veras te lo digo.
Como en un mes he padecido tanto,
Tengo un hambre voraz de hablar contigo.
»¡Cuánto recuerdo, de ternura llena,
Que mi madre, formando mis delicias,
Me solía probar que yo era buena
Con razones de abrazos y caricias!
»¡Qué diferencia de hoy, padrino mío!
¿Recuerdas que, al traerme á este convento,
Porque hacía en el coche mucho frío,
Los pies me calentabas con tu aliento?
»Ven pronto á que te cuente
La causa que mis males ocasiona:
Y después, francamente,
Me dirás si una tórtola es persona.

»¡Lo que está aquí pasando es hasta impío.
Me tratan de manera
Como si yo, á mi edad, ya no supiera
Que *el quinto es no matar*, padrino mío!»

IV.

¿El quinto no matar? ¡Virgen María!
En mi interior decía.
¿Si aquel coro adorable
De angelitos de Dios, allí metido
Habrá por inocencia cometido
Alguna atrocidad inconfesable?
Pero luego pensé, Pepita amable,
Que el ser mala, á tu edad, es ser divina;
Y abrigué la esperanza inapreciable
De que la gran culpable
Lo fuese mi adorada Guillermina,
Porque, lo mismo á mí que á todo viejo,
En materias de gracia femenina
Me hace feliz el género diablejo.
Y al convento marché sin mucha pena,
Pues fuí compadeciendo
A la niñez que, de inocencia llena,
Va de un grano de arena
Una montaña haciendo;
Hasta que, el tiempo andando,
Por un gentil error de óptica extraña,

Su tamaño achicando,
Llega por fin, bajando,
A ser grano de arena la montaña.

V.

Llegué y reinaba en el asilo santo
Un silencio profundo,
Hijo sin duda del terrible espanto
Que he de contar, aunque se asombre el mundo.
Es el caso, que un día
Las pensionistas con horror supieron
Que, cuanto ellas pensaban, se sabía;
Y, además, advirtieron
Que cuando alguna averiguar quería
Quién era la habladora
Que á las niñas vendía,
—Todo, todo—la anciana directora—
Me lo cuenta á mí un pájaro--decía.
E irritadas, al pájaro buscando
Con febril movimiento,
Las niñas conspirando
Un plácido rumor iban formando
De hojas de flor movidas por el viento;
Hasta que, al fin, llegando
El terrible momento,
Una niña valiente
—¡Esa es!—gritó con varonil acento,
Señalando á una tórtola inocente

Que amaba con pasión la directora;
Y luego otra oradora
Todavía más fiera y elocuente,
Aseguró que, decididamente,
La tórtola era mala y habladora.
Y juzgándola autora de sus males,
A morir á la tórtola condena
Aquella reunión de criminales
Que imitaba, afilando sus puñales,
El ronco despertar de una colmena;
Y siguiendo á la vaga teoría
La insurrección armada,
Al ave calumniada
Que en el convento había
(Y que por viuda y tórtola tenía
La desdicha de ser dos veces triste),
Aquella desalmada compañía,
Con la gracia á que nada se resiste,
No la volvió ya á echar, desde aquel día,
Migas de pan revueltas con alpiste.

VI.

Poco después el pájaro inocente
Murió; mas claramente
Adivinar se deja
Que, por otras cuidada, dulcemente
La tórtola feliz murió de vieja.
Mas ¡oh qué crueldad, Pepita mía!

En términos fatídicos y obscuros,
La anciana directora, que creía
Que es digna de castigo la alegría,
A aquellos seres puros
Los acusó de corazones duros;
Pues creen algunas, de ternura ajenas,
Que á las muchachas, ángeles sin alas,
Aunque les cause penas,
Para que sean buenas
Es forzoso decirles que son malas;
Y por eso, con aire pensativo,
Ya no alegraron el retiro santo
Con el candor nativo
De aquellas risotadas sin motivo
Que de las niñas son la voz y el canto;
Y era tal el espanto
Que de noche sentían,
Por si en la sombra aparecer veían
El espectro del pájaro ofendido,
Que, despiertas, de miedo que tenían,
Se hacían compañía haciendo ruido.

VII.

Mas tú preguntarás: y, ya pasadas
Esas tristes jornadas
Que de un hombre honrarían el denuedo,
¿Qué hacían las terribles conjuradas?
Como siempre, espantadas,

Rezar juntas, llorar y tener miedo;
Y más cuando la niña tan valiente,
Acobardada ahora,
Se atrevió á preguntar tímidamente:
—¿Las tórtolas, señora,
Tienen, lo mismo que nosotras, alma?—
Y, admirando el candor, la directora
—¡Vaya si tienen!—respondió con calma.
Y al oir tal sentencia,
Lo mismo que unas pobres golondrinas
Temblarían de un buitre en la presencia,
Aquella sociedad de Catilinas
Sintió remordimientos de conciencia.

VIII.

Y hasta aquella preciosa criatura
Que, objeto de mis ansias más constantes,
Llegué á abrazar poco antes
De empezar su postrera calentura,
Al hallarme á su lado, tiernamente
Suspiró, más que dijo, lo siguiente:
—Soy muy mala, es verdad, mas no me riñas.—
Y continuó, mirándome de frente
Con unos ojos grandes, todo niñas:
—Porque apurada ya nuestra paciencia
Dejamos morir de hambre
A una tórtola bruja y habladora,
La madre directora

A todos asegura
Que somos un enjambre
De niñas sin conciencia,
Sin más Dios que el placer y la hermosura.
—Cuenta, cuenta, hija mía,
Lo que de tí la tórtola decía—
Dije á la pecadora
Que confesaba, trémula y sumisa,
La muerte de la tórtola habladora
Con una turbación que daba risa;
Y poniendo en su voz el tono amante
Que hace divina la palabra humana,
Sigue así, mientras brilla su semblante
Con toda la hermosura del mañana:
Y ¡oh, qué grato es oir cómo nos cuenta
Sus muchos desengaños
Una boca de miel de pocos años
A unos torpes oídos de cincuenta!
—Cuando yo me dormía—
La niña proseguía—
La tórtola, mirándome á la frente,
Todo cuanto soñaba me veía,
Por más que, con cuidado
Al dormirme, acostándome de lado,
Con el brazo hasta el pelo me cubría.
Por aquella habladora,
Cuya muerte hoy á todas nos aqueja,
Supo la directora
Que por ser, cual mi madre, una señora,
Tengo yo mucha prisa de ser vieja:

Y no falta quien jura
Que le dijo que yo, por no ser buena,
La lectura amo más que la costura,
Y que cualquiera música que suena
Me gusta mucho más que a lectura:
Que soy tan vanidosa,
Que, si cojo una luz, de amor avara,
Me la acerco á la cara
Para que vean bien que soy hermosa:
Que tengo sentimientos inhumanos,
Porque á veces, muy pocas, se me olvida
Besar el pan que, estando distraída,
Se me suele caer de entre las manos:
Que el semblante risueño
Acostumbro á poner por cualquier cosa,
Y los dientes enseño
Porque, estando resuelta á ser graciosa,
Nunca sé desistir de tal empeño:
Que el ser pobre me pesa;
Y que tal fe la vanidad me inspira,
Que sueño que soy reina, y es mentira,
Porque suelo soñar que soy princesa:
Y en fin, que soy tan loca,
Que sólo pienso en cosas imposibles...—
Y diciendo otras gracias indecibles
Con un beso después cerré su boca.
Y mientras yo estrechaba
Sus manos con las mías,
Y ella en seguir contando se empeñaba
Su serie de preciosas niñerías,

Ya á perturbar su clara inteligencia
La fiebre comenzaba,
Y exaltada la niña, en su inocencia,
A intervalos serena, prorrumpía:
—Si escuchase estas cosas, ¿qué diría
Mi padre, que es tan bueno, y me enseñaba
La piedad, el perdón y la paciencia?—

IX.

Como á la estancia aquella
Un extenso jardín la circundaba,
Junto á la niña enferma se aspiraba
Un perfume de flor que se ignoraba
Si procedía del jardín ó de ella.
Crecía con el mal la calentura;
Y, ya oraba la pobre criatura,
Ya uniendo las ideas con trabajo
Me acariciaba hablándome muy bajo;
Y cuando ya, inconexos, terminaban
Los rezos que sus labios dedicaban
A su padre, á su madre y sus hermanos,
Poniéndolas en cruz, se acariciaban
Cual dos palomas sus redondas manos.
Y en el postrer momento
Fué la tórtola viuda
Su gran remordimiento,
Pues eran tal su horror y sentimiento,
Que el alma de aquel pájaro sin duda

Inquietaba al morir su pensamiento.
¡Así, niña querida,
A aquella criatura
Cuya memoria pura
Tendrá fin con mi vida,
Después de tan horrible calentura,
Llegó la muerte y la llevó dormida,
Mientras yo, inconsolable,
Cuando su almita desplegaba el vuelo,
Por la parte del cielo
Oía cierta música inefable!...

X.

De este modo llegó, como jugando,
El más largo y más hondo de mis duelos.
¡Conforme sopla el viento, va arrastrando
Sueños del hombre y nubes de los cielos!
Y ¿nunca más, alma del alma mía,
He de volver á verte?
¡Cuánta razón tenía
La antigua poesía
Que puso al lado del placer la muerte!
¡Adiós, días serenos,
Que, hundiéndoos de la noche en el abismo,
Dejáis mis ojos de tinieblas llenos!
¡Murió! ¡Cómo ha de ser! ¡Siempre lo mismo!
¡Una tristeza más, y un sueño menos!

XI.

¡Llora por mí, Pepita encantadora;
Y hoy que el pesar mi corazón traspasa,
Ven, por piedad, á reemplazar ahora
A aquella ave cantora
Que ahuyentaba el dolor de nuestra casa!
Tu mano compasiva
Cierre mi herida para siempre abierta,
Porque es muy justo que la niña viva
Me alivie de la pena de la muerta.
Y evitando el atroz remordimiento
De no ser fiel al *quinto mandamiento*,
Te ruego, por lo mucho que me quieres,
Hada, como ella, buena y hechicera,
Que mientras seas niña, como hoy eres,
No ofendas á una tórtola siquiera:
Y teniendo presente la experiencia
De aquella criatura
De quien fué el torcedor de su conciencia
Un pájaro, que es sólo en la Escritura
Emblema del candor y la inocencia,
Cuando llegues á ser en adelante
Más amada que amante,
Como una mujer bella es tan terrible,
¡Honor de Portugal, gloria de España!
Al poner esos ojos en campaña
No mates á ninguno, si es posible.

XII.

¡Santo Dios! ¡Quién creería
Que, antes que yo, á la tumba bajaría
La que, templando de mi edad las penas,
Junto á la mar un día y otro día,
Rebosando alegría,
Después de coger conchas y azucenas
Mecida en mis rodillas se dormía!
¡Adelante, ansias mías, adelante!
Muramos con la niña idolatrada.
Mas ¡ay! si para el pobre caminante
Es larga todavía la jornada,
¿No habrá un recuerdo amante
De mi vida pasada
Que á aligerar constante
Venga el dolor de mi alma destrozada?...
¡Gracias, gracias, espíritu radiante
De mi madre adorada,
Porque al verme llorar, desconsolada,
Has venido á abrazarme en este instante!

FIN.

LA CALUMNIA

POEMA EN DOS CANTOS.

Dedicado á mi querido amigo y paisano

EL SR. D. CAYETANO SANCHEZ Y BUSTILLO.

LA CALUMNIA.

CANTO PRIMERO.

DICEN QUE DICEN...

I.

Es Marcela una esposa honrada y bella;
Pero Jorge, su esposo,
O por falta de juicio, ó por celoso,
Ve con despecho gravitar sobre ella
El peso de un enigma misterioso.
Aunque Marcela ignora,
Como alma casi exenta de pecado,
Qué causa le ha robado
El corazón del hombre á quien adora,
Esa innoble y común maledicencia
Que añade á lo entrevisto lo inventado,

Con reticencias viles
Va trazando, trazando, de ella en torno
Los siniestros perfiles
De unas vagas sospechas sin contorno;
Y siendo una beldad tan candorosa,
Y de pureza tanta,
Que apostar se podría cualquier cosa
A que, más que mujer, es una santa,
Ya siente una tristeza sin objeto,
Pues sabe que en la vida
Se hace verdad mentira repetida;
Y aunque lleva en sí misma su respeto,
Para arrancar del corazón humano
La dicha y el reposo,
Basta el aire sutil de un dicho vano,
Como basta un gusano
Para perder el fruto más hermoso.

II.

Lo cierto es que Marcela, que era buena,
Llegó á saber con pena
Que su nombre llevaba
El sello de un destino misterioso,
Y á creer comenzaba
Que una fuerza invisible la arrastraba
Envuelta en un torrente cenagoso,
Pues una vez que con su airoso talle

De algunos hombres la atención se atrajo,
Dijo uno de ellos, al volver la calle:
—Tiene esa joven...—y se hablaron bajo.

III.

Y en sitios y ocasiones diferentes,
Escuchando á esas gentes
Que de todo maldicen,
Con terror este diálogo oyó un día:
—Dicen que dicen...—una voz decía.
—Pero ¿qué dicen?—¿Qué? Dicen que dicen...—
Así era su virtud inmaculada
Poco á poco empañada,
Con ese vago modo
Con que acostumbra á suponerlo todo
El que no sabe nada;
Pues es cosa probada
Que la calumnia astuta
Crece también entre la gente honrada
Como en un bosque virgen la cicuta.

IV.

Mas ¿por qué Jorge, que á sentir comienza
Un malestar no exento de vergüenza,
Sabiendo que Marcela es inocente
Y siendo él además tan buen marido,

De noble y de galán se ha convertido
En un hombre vulgar é inconveniente?
¿Por qué? Porque en calumnia convertida
Cualquier maligna chanza,
La más serena vida
Llega á ser un infierno sin salida,
Sin amparo, sin luz, sin esperanza.
Y como de ella al corazón herido
Cada vez más la duda la exaspera,
Ya mira á su marido
Con un poco de lástima altanera;
Y el desdichado esposo,
Con rostro enjuto y aire desdeñoso,
Teniendo al qué dirán un miedo horrible,
Duda, observa, medita, y meditando
Si alguna acción perjura
Es posible en Marcela ó no es posible,
Consigo mismo á intérvalos hablando
A media voz monólogos murmura,
Que esta es la presunción inevitable
De una lógica impura:
Mujer posible, es tentación probable;
Mujer probable, es tentación segura.

V.

Pero ¿qué causa había
Para dudar de honor tan acendrado?
No sé por qué sería;

Mas debo confesar, como hombre honrado,
Que todo el mundo en el lugar sabía
Que Marcela tenía
Un precioso lunar en un costado;
Lunar que, oculto, era una hermosa gloria,
Pero que, ya sabido y comentado,
Fué el principio terrible de una historia;
Historia que fué en cuento convertida,
Y hecho el cuento después noticia grave,
Siempre á Marcela unida
La siguió todo el resto de su vida.
¿Adrede ó sin querer? Nadie lo sabe.
Sólo es cosa sabida
Que, en el flujo y reflujo de la vida,
Para cualquier galán, aun siendo hidalgo,
Saber que hay un lunar, ya es saber algo;
Y al contarlo, del modo más sencillo,
La noticia primero corre y corre...
Y después sube y sube...
Y así sobre el lunar se alza un castillo,
Y sobre éste después se alza una torre...
La torre se circunda de una nube,
Y, deshecha en torrentes,
La nube arrastra un nombre por el lodo,
Nombre que infaman las odiosas gentes,
Que, siempre maldicientes,
Encuentran algo que decir de todo.
Por eso Jorge, con el alma herida,
Siente un tósigo arder en sus arterias;
Pues, más que en desengaños, en la vida

Consisten en las dudas las miserias;
Y siempre receloso,
El desdichado esposo
Tornando á su dolor no halla la calma,
Pues vuelve al fin, cuando se está celoso,
Como á la playa el mar, la pena al alma.

VI.

Teniendo ya Marcela, casi loca,
Una arruga imborrable entre las cejas,
Y pálida, además, aquella boca
Que engañaba en el campo á las abejas,
En una idea fijo
Su, hasta entonces, espíritu perplejo,
—Entre la muerte y la deshonra—dijo—
¡Morir!—y del gran trágico al consejo,
Más de virtud que de arrogancia llena,
A la muerte después marchó serena;
Porque ninguno sabe
La abnegación magnánima que cabe
En una alma sencilla, honrada y buena.

VII.

A Marcela, el esposo enamorado
Sin quererla matar como un malvado,
La deja que se muera poco á poco.

Pero, Jorge ¿es un loco?
Es que la ama tan mal el desdichado,
Que, hablándola una noche de ese modo
Con que habla siempre el que no sabe nada,
Le dijo de improviso:—¡Lo sé todo!—
Pero ella, hasta los ojos colorada,
Le replicó con sencillez honrada:
—¡Mientes! ¡mientes! y ¡mientes!...—
Y al decirlo en tres tonos diferentes,
Se elevó á la expresión de una inspirada.

VIII.

Llora un día Marcela... y de repente,
Con ceño entre las cejas permanente,
Coge un vaso con mano temblorosa,
Y fija ante una idea tenebrosa,
Pidiendo á Dios perdón alzó la frente,
Y, después de beber no sé qué cosa,
Con un aire sublime de paciencia,
Mirando á su marido,
Que matarse la ve con indolencia
Como un juez por el opio adormecido,
—¡Adiós!—le dice—¡adiós! Como no puedo
Dejar de amar lo que olvidar quisiera,
En prueba del perdón que te concedo
Pediré á Dios por tí cuando me muera.—
Y hablando de esta suerte,
Por el mortal licor desvanecida,

Sintiéndose morir ve que es la muerte
Mucho menos terrible que la vida.
Ya fría y con los labios azulados,
Fué adquiriendo por uno de sus lados
Su boca esa angustiosa curvatura
Con que un sabio marcó los desahuciados.
Y sin alzar más queja,
Y en secreto llorando,
Su voz se fué apagando
Cual la voz de un viajero que se aleja:
Los grandes ojos, que abre enajenada,
Algo invisible en contemplar se aferran:
Su sien deja caer sobre la almohada,
Y ven sus ojos, que al morir se cierran,
Antes luz, después sombra y luego nada.

IX.

Marcela, virtuosa y sin consuelo,
Murió así; pero Dios está en el cielo:
Y Jorge, tan celoso como amante,
No templando la muerte sus enojos,
El cabello apartó de aquel semblante:
No la dió un beso, la cerró los ojos;
Y mientras en tal día,
Con mezcla de pesar y de alegría,
De su deshonra, que juzgaba cierta,
El término veía,
¡Una lágrima fría
Corrió por el semblante de la muerta!

X.

Por vergüenza, y por orden del esposo,
En la fosa común después fué echada.
¡De este modo el celoso
Perder hizo en la sombra ilimitada
El cuerpo más hermoso
De la mujer más buena, que muriendo
Olvidó sus agravios,
Y noble, á su verdugo bendiciendo,
Como las santas espiró, teniendo
El perdón en el alma y en los labios!

CANTO SEGUNDO.

ERA MENTIRA.

I.

No hay en la vida modo
De guardar un secreto;
Que el tiempo, ese grandísimo indiscreto,
Acaba al fin por revelarlo todo;
Y por eso hoy, sin discreción, revela
Que, cuando era Marcela
La pequeña mimada de la casa,
Su cuerpo entero hizo pintar su abuela
Cubierto con el velo de una gasa;
Pero Jorge el esposo
Nada de esto sabía,
Hasta que el triste, de la abuela un día
Recibió aquel retrato misterioso

Envuelto en un papel que así decía:
«Por si esto te consuela—
La abuela le escribía—
Te remito el retrato de Marcela
De cuando era muy niña todavía.»
Mira Jorge el retrato, y ve un querube
Que á través de una tela trasparente
Se destaca gentil y sonriente
Como el Amor que sale de una nube;
Y á Marcela contempla que, hechicera,
Un pintor de la escuela sevillana
La retrató con luz de la mañana,
Lo mismo exactamente que si fuera
La Asunción de Murillo en carne humana:
Y entre la luz sombría
De burbujas de gasa como espuma
Que á la niña cubría,
En un lado un lunar se traslucía
En lo interior de una sagrada bruma;
Bello lunar, fatal para Marcela,
Pues fué á propios y extraños,
Urbi et orbi, enseñado por su abuela,
Candorosa mujer de sesenta años.

II.

Cuando Jorge, aterrado,
Vió esta ventana abierta de repente
Que arrojaba una luz tan refulgente

Sobre el cuerpo de un ser idolatrado,
Ante el lunar fatídico, suspira,
Pensando en su injusticia del pasado;
Y los ojos con saña,
Como buscando un arma, en torno gira;
Pues claro ya por el retrato mira
Que es más vil la calumnia que con maña
Ingerta en la verdad una mentira,
Y ve cómo la ruin maledicencia,
Dibujando en lo noble lo execrable,
De Marcela adorable
Tendió sobre la cándida inocencia
Esa niebla sutil de lo probable,
Niebla que, ora subiendo, ora bajando,
Se espesa poco á poco, y, desplegando
El imperio terrible de la sombra,
Por su interior impuros circulando,
De la humilde virtud hacen alfombra
Para verter sobre ella su veneno
Los monstruos de las sombras y del cieno!

III.

¡Sí! ¡Sí! Cuando contempla de Marcela
Aquel bello lunar en el costado,
Maldice, enamorado,
El funesto capricho de su abuela:
Pues ve ya claro que en la humana vida
Va la calumnia á la virtud asida
Como al olmo la hiedra,

Que crece luego al viento, y desprendida,
Con savia, en los alientos recogida,
Se alimenta, se agranda, crece, medra,
Y el aire en hondas repetidas hiende,
Como el agua en que cae alguna piedra
En círculos concéntricos se extiende!

IV.

Y esta vez, por lo menos, razonable
Reconoce, sus dudas recordando,
Que un celoso es un ser insoportable;
Y de pronto, soltando
De su dolor el dique,
Con inmensa ternura contemplando
Aquella atroz calumnia echada á pique,
Besa con arrebato
De Marcela el retrato,
Y con la fe de un alma visionaria
Mira al cielo un gran rato,
Como el que hace á una santa una plegaria;
Y piadoso una vez y otra irascible,
Pide perdón con humildad terrible
Á la esposa inocente,
Aquella á quien rodeó constantemente
La vaga hostilidad de algo invisible;
Á aquella esposa, de honradez modelo,
Que, si él tal vez la asesinó celoso,
Seguro está que á cuantos van al cielo
Pregunta con afán si es muy dichoso.

V.

Al volver Jorge en sí, no ve siquiera
Que había encanecido en una hora,
Y mira en derredor como una fiera,
Y al verse solo, se maldice y llora;
Se retuerce las manos, y con ellas
Se cubre una y mil veces el semblante.
¡Oh tú, Marcela amante,
Que con divinos pies los astros huellas,
Bien vengada estarás, si en este instante
Desde lo alto le ves de las estrellas!

VI.

Y ya de rabia y de amargura lleno,
Volviendo á ser tenaz, conciso y frío,
Si la dicha primero le hizo bueno,
La desdicha después le volvió impío;
Pues desde el día aquel, siempre que advierte
Que algún impuro aliento
Suelta una chanza al viento
Que ni encanta, ni ilustra, ni divierte,
Y que la chanza en dicho se convierte,
Se transforma después el dicho en cuento,
Este en calumnia y la calumnia en muerte,
Mirando al cielo, exclama inconsolable:

—¡Señor! ¿en dónde está tu Providencia?—
¡Es, por Dios, una cosa abominable
Lo que el cielo consiente en la apariencia!

VII.

El desdichado esposo
Pide el olvido al sueño, pero en vano;
Y como el buen celoso
Coge cizaña aunque se siembre grano,
Cruzando el cementerio eternamente
Tras el cuerpo inocente
De una mujer tan buena,
Inquiere, busca... pero inútilmente
De tumba en tumba va como alma en pena,
Porque aquella calumnia tenebrosa
De ella pesó también sobre la losa;
Pues Marcela, ya muerta y deshonrada,
En la fosa común siendo lanzada
Como una mala esposa,
Fué por siempre perdida,
Tan infeliz en muerte como en vida.
¿Hubo en la tierra un ser más desdichado?
¡Después que fué su nombre calumniado,
Siguiéndola hasta el fin su mala suerte,
Su cuerpo fué perdido y nunca hallado!...
¡El rayo á la calumnia comparado,
Es comparar al sueño con la muerte!

FIN.

DON JUAN

POEMA EN DOS CANTOS.

Al más constante de mis amigos

DON ECEQUIEL ORDÓÑEZ.

DON JUAN.

CANTO PRIMERO.

LAS MUJERES EN LA TIERRA.

I.

Cuando el Don Juan de Byron se hizo viejo,
Pasó una vida de aprensiones llena
Mirándose la lengua en un espejo,
Prisionero del reuma en Cartagena.
Este gran desertor de las orgías
Conoce, al fin de sus postreros días,
Que, conforme envejece,
Sin ser más respetable, es más risible,
Porque es lo más alegre, en lo terrible,
Ver un antiguo Adonis que encanece;
Y, aunque viejo, es un viejo tan amable

Que, hablando sin rebozo,
Aun después que acabó de ser buen mozo,
Todavía es un tonto razonable;
Y si tomando del placer consejo,
La juventud de su vejez prorroga,
Y cree como de joven, siendo viejo,
Que tiene la virtud algo que ahoga,
Este hombre, libertino á sangre fría,
Que jamás se mató por sus pasiones,
Soporta con más pena cada día
El miedo que le dan las sensaciones:
Y, ansiando bienes y esquivando males,
Se parapeta sólo en su egoísmo
Y se hace el más feliz de los mortales,
Perdiendo por lo mismo
De condenarse por amor las ganas,
Pues, después que se extinguen las pasiones,
Yo he visto sorprendentes conversiones
A la verdad y á la virtud cristiana.

II.

Como era el caballero
Franco por genio y por carácter doble,
Aunque era, en mi opinión, un bandolero,
Solía ser un bandolero noble;
Y, como hombre colmado
De cien felicidades por lo menos,
Siendo, cual buen galán afortunado,

Falaz despreciador que dice amores,
Por quedar como bueno entre los buenos
Se quiso despedir con cuatro flores
De algunas cuyos nombres no ha olvidado;
E hilvanando recuerdos mal cosidos,
Con poca fe y escaso sentimiento
(Porque aquel gran rival de los maridos
Cultivó demasiado sus sentidos
Para ser muy sensible al pensamiento),
Un borrador trazó con mil ternuras,
Y escribió cinco cartas
A otras cinco hermosuras,
Todas bellas, ardientes y maduras,
Nunca de amor aunque de amantes hartas:
«Deja (*aquí el nombre*) que en mi triste est ancia
Recordándote llore;
Que te vea á mil leguas de distancia;
Que me postre á tus pies y que te adore.
»El recuerdo feliz de tu inocencia
Ennoblece el martirio
Del que está repartiendo su existencia
Entre la tos, la fiebre y el delirio.
»Además de lo mucho que te quiero
(*Aquí el nombre*) ¡oh querida!
Déjame que te diga, cuando muero,
Que era tu amor el centro de mi vida.
»No me mata el dolor que me ha postrado;
Quien me mata es tu ausencia:
Pues, sin tu amor, de mí se ha apoderado
Un horror increíble á la existencia.

»¡Es la pena mayor que estoy sintiendo
El dolor de no verte!
¡Te juro que por eso voy teniendo
Más miedo á la locura que á la muerte!
»¡Fuente de amor! Tú fuiste en mis dolores
El único consuelo!
¡Sí! ¡Tú echarás sobre mi tumba flores!
¡Tengo en tí tanta fe como en el cielo!
»El ser que más te ha amado y que más te ama
Te dice adiós, querida!
¡No puedo más! ¡Adiós! ¡Caigo en la cama,
Que he de dejar tan sólo con la vida!»

III.

Y escribe cinco copias, y galante
Remite la primera
A *Catalina Ariosto*, que, radiante,
Lleva en sus ojos de su patria el cielo,
Y tiene una mirada más brillante
Que el lustroso azabache de su pelo.
Por ingenio pagana,
Sigue amando los ídolos caídos,
Y aunque es, como italiana,
Católica apostólica romana,
Es su culto el amor de los sentidos,
Mas, de pureza y santidad modelo,
Como es al acostarse un poco atea,
Envuelve á la Madona con un velo

Por devoción y porque no la vea.
Esta hermosa italiana
Que en Venecia algún día
A espaldas de otro necio y su marido
Con mucha gracia con Don Juan vivía,
Suele tener desde su amor primero
Un sistema nervioso tan somero,
Que el sol de Italia con furor reseca,
Y que ¡ay! aunque es para el placer de acero,
Como un cristal lo rompe la jaqueca.
Por eso, aunque anhelante
No dirige suspiros á la luna,
Es capaz, en un caso interesante,
De abandonar su casa y su fortuna
Por seguir á los montes á un amante.

IV.

Y decidido á despachar de prisa,
Con la perfidia en sus amores propia,
Mandó Don Juan, después de cierta risa,
A *Fanny Moore* la segunda copia.
Fanny, una inglesa de afecciones tiernas,
Que no quiso marido
Después que por Don Juan hubo sabido
Que las lunas de miel no son eternas;
Que es para amar más dura que los bronces,
Pues, aunque fué sensible,
Menos cuando se quema, como entonces,

Se juzga una mujer incombustible;
Que sólo enamorada
De una cosa sin nombre,
Después que por un hombre fué engañada
Ya, más que amar á un hombre, amaba al hombre.
Fanny Moore, ya tarde arrepentida,
Después de conocer muchos ingratos,
Sacó por consecuencia que en la vida
Valen más que el amor unos zapatos.
Mujer á los quince años Byroniana,
Y á los treinta rabiosa luterana,
Se fué haciendo devota
Al ver su juventud algo remota.
Con cierto aire de cisne fatigado
Un ropón, muy estrecho y mal cortado,
Suele colgar de sí cuando se viste,
Y, después que Don Juan la hubo olvidado,
Como único recurso se hizo triste.
Alta, seca, angulosa de estructura,
Glacial y de linfática blancura,
Con tono magistral y algo altanera,
Aspirando á ser cuákera en lo austera,
Una infanta de España parecía,
Pues, sin ser una reina, se aburría
Con el mismo interés que si lo fuera,
Mas la grave doctora
Si se hubiese casado, hubiera sido
Casta, firme y leal á su marido,
Inmutable en su hogar y pensadora:
Pues, recatada ahora,

Siempre mira á las Venus de soslayo
En gracia á su pudor intransigente,
Y, con ver un Cupido solamente,
Se pone azul, se irrita hasta el desmayo,
Y entre otras muchas cosas
Después que *Miss* á envejecer empieza,
La virtud se le sube á la cabeza
Y siente congestiones religiosas.

V.

El ingenio después Don Juan aguza
Para escribir con letra más galana
A *Julia Calderón*, que era andaluza,
Y allá va lo más grave, sevillana;
Que, de sus quince en los primeros meses,
Ya amó para casarse al fin del año,
Y, lo que es más extraño,
Que encantó á los catorce á dos ingleses.
Julia, mujer amable,
De corazón ardiente,
Que al amor y á la iglesia juntamente
Se consagra con celo infatigable,
Sintiendo en la expansión de algún sentido
No sé qué de resuelto y atrevido,
Despreciando el amor de cierto conde
Por irse con Don Juan, yo no sé dónde,
Dejó de ser mujer de su marido.
A esta alma tan sensible,

Caprichosa y amante,
A veces le acomete un imposible,
Que es el dejar de ser interesante.
Sin ser mala, tenía distracciones,
Y como todos, todos la encontraban
Muy leal á sus nuevas afecciones,
Todos, todos después la perdonaban
La insigne buena fe de sus traiciones.
Con flores de naranjo en la cabeza,
La produce el azahar vértigos tales,
Que, enemiga de amores ideales,
Habla en ella esa gran naturaleza
Que impele á hacer mil cosas naturales.

VI.

A *Margarita Goethe* escribió luego;
Una alemana hermosa
Muy sabia y muy curiosa,
Repleta de latín, llena de griego;
Un serafín de Rubens colorado,
De ojos azules que el candor agranda,
Que muestra en su conjunto redondeado,
Con un aire indolente y ocupado,
Bajo un rostro que duerme, un cuerpo que anda.
Es, en lo humano, esta mujer divina
Con espalda de cisne, blanca y gruesa,
Una hermosa princesa palatina
Que hace sudar al verla tan obesa;

Y haciendo vulgarmente esta princesa
Ciertas exploraciones
En un viaje ideal de sensaciones,
A Don Juan vió una vez desde un convento,
Y, como era su guía el sentimiento,
Llegó á lo real por medio de ilusiones.
Hija octava, pero hija interesante,
De una flamenca agricultora y bella,
Que echó tierra en la boca de un amante
Para criar un tulipán en ella,
Mas de amor tan sincero y tan profundo
Que, á pesar de caprichos tan extraños,
Llegó á tener diez hijos en ocho años
Con la mayor serenidad del mundo.

VII.

Riendo con los labios solamente
Don Juan, la quinta copia, impertinente,
Manda á *Luisa Chénier*, mujer amante
Que pone seductora
En relación lo bello y lo elegante,
Y que, aunque algo chafada por delante,
Es, vista de perfil, encantadora.
Aunque Luisa encanece,
Es por eso tal vez menos coqueta,
Pues, cual vieja veleta,
Se fija más conforme se enmohece.
Ninguna otra mujer como ella sabe

Modular el acento,
Para que suene en el mejor momento
Entre voz de mujer y canto de ave.
Sólo ella acierta de agradar los modos,
Pues, con gracia, y graciosa para todos,
Va causando un motín por donde pasa.
Baila con arte, y charla por los codos.
Vivaracha y afable,
Y ubicua y perspicaz, hace en su casa
Los honores con gracia inimitable.
Pérfida y melindrosa,
A disgustos matando á su marido,
Ama viuda al esposo que ha perdido;
Y, deliciosamente,
Hasta por ser donosa,
Se la echa de inocente
Lo mismo que una Lady vaporosa.
Para todo ligera,
No siempre hace pensar, mas siempre encanta;
Y aunque algo aprisa y de cualquier manera,
Caza, pinta, enamora, ríe y canta;
Y artista de placer, de ingenio llena,
Con astucia discurre
Que más que un Juan que desdeñado pena
Sufre un Don Juan hastiado que se aburre.

VIII.

Y después que Don Juan remitió artero
Las cinco copias á las cinco bellas,
Exclamó placentero:
—Ya he cumplido con ellas.—
Y á su oficio volvió de caballero,
Que era hace tiempo el de vaciar botellas.
A impulso del Montilla que le inflama,
Cayó cual un cadáver en el hoyo,
Y al fin del mes se despertó en la cama
Como un Baco en el medio del arroyo;
Y con ojos que apenas se entreabrían,
Miró cinco respuestas
En la mesa revuelta en que yacían,
Y después de exclamar:—¿Qué dirán éstas?—
Abrió las cinco cartas, que decían:
—Voy—contestó la inglesa;
Y—voy—le contestaba la italiana;
Y sus ojos atónitos miraron
Que, en pos de la española y la francesa,
También se lo decía la alemana,
Y, maldiciendo la ternura humana,
Aquellos cinco «*voy*» le consternaron.
Al contemplar el trasnochado amante
Aquella muestra general de aprecio,
Quedó Don Juan en tan supremo instante
Con todo el aire necio

De un poeta que busca un consonante;
Pues decir de Don Juan se me olvidaba,
Que el amor que á las cinco profesaba
Es como cierto cuento que una abuela
Me solía contar con sentimiento,
Y que, aunque el crimen confesar me duela,
No me acuerdo ya de ella ni del cuento.

IX.

Afortunadamente
La inglesa y la italiana,
La francesa después y la alemana,
Tardaron en llegar por lo siguiente:
Aunque fuese más casta que Diana,
Como era el corazón de la italiana
Mezcla del genio griego y del latino,
Todo el mundo asegura
Que, en un lugar á Castellón vecino,
Se detuvo á mirar á un campesino
Que era igual á un Apolo en la figura;
Y yo lo creo así, porque no ignoro
Que ella hacía las cosas más extrañas
Por religión, por arte, por decoro,
Por buscar en las ruinas un tesoro,
Por huir *del mal de ojo* á las montañas,
Por bondad natural de sus entrañas
Y por lucir sus arracadas de oro.

X.

Y la inglesa ¿qué hacía?
La inglesa, á quien un Lord la llamaría
«Mujer de distinción y de modales»,
Aunque ya no es muy joven, todavía
Quiere tener encuentros infernales.
Y los tiene; si bien en ocasiones
Le gusta mucho parecer bisoña,
Como toda mujer de pretensiones
Que necesita amar y es muy gazmoña;
Y ama, como quien siente
Haber sido una vez condescendiente,
Pues con respecto á amores
Ya ha visto, con perdón de sus deberes,
Las cadenas de flores
Que los hombres traidores
Enlazan á los pies de las mujeres.
Como su honor es joya
Que guarda, con dos vueltas, bajo llave,
Lo que ama en Dios lo apoya,
Que el abandono por mayor no cabe
En la instrucción de una mujer que sabe
Que fué el amor la perdición de Troya.
Mas como al fin su pecho es pecho humano,
Con la Biblia en la mano
(Que la suele entender sabe Dios cómo)
Camina cual un plomo,

Porque á un joven é incrédulo marino
Que encontró en el camino,
Silbando inglés le enseña á ser cristiano;
Y Fanny de esta suerte,
Volviendo al cuerpo de un papista el alma,
Caminando con calma,
Como es tan desgraciada, se divierte.

XI.

Su paso la francesa deteniendo,
Como quien va con ansia descubriendo
En el azul del cielo un millonario,
Se encontró con el caso extraordinario
De que hirió á un oficial un bandolero,
Y ella al bandido desarmó primero,
Y al oficial después curó la herida,
Porque Luisa Chenier, como ya he dicho,
Beneficencia, amor, gracia, capricho,
Ligereza y amor, tal es su vida.

XII.

Muy detrás de la inglesa y la italiana
Camina la alemana
Leyendo un gran latino, y hasta creo
Que estudiando botánica en Linneo
(Porque entre otras rarezas que tenía,

Criar la rosa azul fué su manía),
Y al llegar á Valencia,
La ciudad de más ciencia
En materia de rosas y de amores,
Se detuvo á estudiar filosofía
Con un joven muy docto, que sabía
Que un musgo es una pléyade de flores:
Mas la dejo estudiar, porque aseguro
Que no hará más que acciones decorosas
Su tierno corazón, que salió puro
De diez ó doce intrigas amorosas.

XIII.

Al «voy» de aquellas fieles hermosuras,
Infiel Don Juan, premeditó una huída,
Pues la mucha tensión de sus venturas
Ya ha roto los resortes de su vida;
Y lo mismo que el que huye de una hiena,
Abandona Don Juan á Cartagena
Con la esperanza vana
De que ninguna en su excursión le siga:
Pero Julia, ardorosa y sevillana,
Era española, y la nobleza obliga:
Y le sigue, y le sigue, y entretanto
Que ella corre eficaz tras del amante,
Él, escapando de ella con espanto,
Mientras mira hacia atrás, sigue adelante.
Y á su edad, bien comprendo

Que por andar huyendo
Del fulgor de unos ojos españoles,
Fuese Don Juan capaz de andar corriendo
Diversas tierras y diversos soles.

XIV.

Caminando Don Juan sin rumbo cierto,
Vió á la derecha el sol, y ya orientado,
De Torrevieja hacia el estéril puerto,
Por el terror llevado,
Corrió como escapado
Lo mismo que Mazeppa hacia el desierto;
Mas, como es la mujer un torbellino
De tul, de terciopelos y de encajes,
Oyó Don Juan tras sí por el camino
El rumor peregrino
Que harían al moverse unos ramajes;
Y con la prisa y el terror de un ciervo,
Cruzó del Pinatar la antigua aldea,
Y al llegar por la *Rambla de la Glea*
A la *Peña del cuervo*,
Don Juan, ya fatigado,
Respira, toma aliento,
Y después, apoyado
Contra el tronco de un árbol corpulento,
Digno de ser por Títiro cantado,
No lejos del edén de *Matamoros*,
Vió, en el sitio de que hablo,

Una cueva en la cual enterró el diablo
Al último rey godo y sus tesoros:
Y al verla tan oculta entre dos cerros,
Huyendo del amor, que ya le aterra,
En ella se escondió bajo la tierra,
Cual liebre que se escapa de los perros.

XV.

Cuando oculto Don Juan (más divertido
Que al lado de la joven más risueña),
Se encontraba metido
Como un sapo en el hueco de una peña,
Julia á la cueva se asomó entretanto
Por cima de una loma,
Como aquella paloma
Que trajo á Clodoveo el óleo santo;
Y antes, mucho antes, que Don Juan la viese,
Con furia le da abrazos y le besa
Con la gracia del tigre que extendiese
Las garras por encima de su presa;
Y al mirar que no hay medio
De evadir su existencia del asedio
De una mujer tan bella,
Don Juan siente junto á ella
La angustia complicada con el tedio:
Y es que, habiendo querido con vehemencia,
Su corazón gastado, estaba frío.
Vuelve el amor del odio y de la ausencia,
Pero no del desprecio y del hastío.

XVI.

Al ver amor tan tierno,
Don Juan contiene por vergüenza el lloro,
Y con dolor—¡misericordia!—exclama,
Cuyo gemir sonoro
Tan sólo encontró un eco en el infierno:
Y Julia repitiéndole—¡te adoro!—
Le envuelve de sus ojos en la llama,
Y con piedad inmensa
Con los labios cubriéndole la boca,
Su último aliento aspira, y le sofoca;
Y Don Juan sofocado
Dirige al cielo una mirada extensa,
Y por Julia, al morir, acariciado,
De su amor le dedica en recompensa
Una lúgubre risa de forzado.

XVII.

La pobre Julia luego,
Por un impulso de cariño extraño,
Le dió un beso de fuego
Que matándole al fin le hizo un gran daño:
Y viajó después mucho, hasta que un día,
Pensando en sus amores,
Brotó de su tristeza la alegría

Como se crían en las tumbas flores.
Con respecto á Don Juan no pasó nada.
Sólo se habló del tétrico homicidio
De un cierto inglés á quien mató el fastidio
De un barranco á la entrada;
Y como, por las señas,
Era, más bien que un loco,
Un bribón escapado de presidio,
Ninguno fué á llorarle, ni tampoco
Su cadáver sacó de entre las breñas,
Al cual se le comieron poco á poco
Las aves que habitaban en las peñas.
Muerto el gran amador, de puro amado,
Fué por su mala suerte
Comido por los cuervos y olvidado...
Como todo buen mozo jubilado,
Su vida hizo más ruido que su muerte.

CANTO SEGUNDO.

LAS MUJERES EN EL CIELO.

I.

Muerto Don Juan por fin, y muertas ellas,
El linde al trasponer del otro mundo
(Según refiere un teólogo profundo
Que sabe lo que pasa en las estrellas),
Conforme iban entrando,
Un ángel grave, de equidad modelo,
Fué sus almas pesando
En medio del vestíbulo del cielo.
Y mientras con delicia
Ve el ángel de la gracia y la justicia
Que, por su grande amor y su esperanza,
Pesaban de ellas más en la balanza
Los días buenos que las malas horas,

Y con risa inefable
El ángel á las cinco pecadoras
Les promete la gloria perdurable,
Ve Don Juan con espanto
Que sus muchos pecados pesan tanto
Que lo pintan, como es, abominable.
Pero él el fallo del Señor sumiso
Aguarda esperanzado, porque sabe
Que aquellas cinco hermosas
Que él quiso, ó mejor dicho, que él no quiso,
Aunque sea robando alguna llave
A espaldas de San Pedro, generosas
Las puertas le abrirán del paraíso.

II.

Y la fe que tenía
En sus pobres amantes, ya gloriosas,
Era justa, á fe mía,
Porque ¿quién lo creería?
Aquellas cinco víctimas piadosas
Que Don Juan tantas veces ha vendido,
Al cielo le han pedido
Que salve del bribón el alma impía,
Y Dios, por excepción, ha permitido
Que Don Juan pueda ser en aquel día
Por los méritos de ellas redimido.
¡Oh encantadores seres
Del alma humana incomprensible abismo!

¡Si el hombre sabe poco de sí mismo,
Sabe menos quizás de las mujeres!
¡Por eso yo, que indago su destino,
Y el alma humana en estudiar me afano,
Veo en el hombre el corazón humano
Y en la mujer el corazón divino!
¡Y por eso por ellas,
En mis locos amores,
Del mundo entero devasté las flores,
Y descolgué del cielo las estrellas;
Y por eso jamás el alma mía,
Pintándolas un día y otro día,
Pudo agotar sus gracias por escrito,
Porque pintar una mujer sería
Verter lo inagotable en lo infinito!

III.

La entusiasta italiana que veía
Perder un alma que salvar quería;
Que, siempre seductora,
A aquella luz de un alba sin aurora,
Como era tan morena, parecía
Una flor colonial encantadora,
Viva, arrebatadora,
Sobre el platillo que Don Juan vencía
Este mérito echó que le sobraba,
Y es la alta acción de que jamás cantaba
Una canción de frases muy picantes

Que aprendió siendo joven, y mucho antes
De saber la malicia que encerraba.
  Mas con tristeza viendo
La poca gravedad de tal presente,
Fué echando en el platillo lentamente
Todas las penas que sufrió, teniendo
Una jaqueca, á ratos, persistente;
Y viendo que tampoco estos dolores
Alcanzaban para él el paraíso,
Echó después sus méritos mejores,
Que son los de hacer caso á sus mayores
En tanto que quisieron lo que quiso.

IV.

  Vió este inútil afán, y en el momento
La alemana, radiante de contento,
Alza su cara roja
Y en el platillo arroja
El caso peregrino
De que, odiando el alcohol, siempre aguó el vino.
  Y viendo que no alcanza
A inclinar del platillo la balanza
Por mas que echó á montones
Las muchas ocasiones
En que quieta y pastosa su belleza
Sacrificó el placer á la pereza,
También, con vano intento,
Echó por fin el bello sentimiento

De que fué muy honrada
El tiempo en que encerrada
Estuvo tras las rejas de un convento.

V.

Pero, de pronto, lleno
El corazón de Luisa de esperanza,
Al ver que no se inclina la balanza
Ni un ápice hacia el lado de lo bueno,
Mira á Don Juan con tierno coquetismo
Y en el platillo del opuesto lado
Echa el inmenso afán que le ha costado
El raspar su partida de bautismo.
Después, enternecida,
El mérito arrojó de que en su vida,
Atenta al bien de su razón tan solo,
Prefirió el dios millón al dios Apolo,
Y méritos y méritos echando
(Siempre á Don Juan mirando),
Lanzó en el fondo del platillo Luisa
La acción dudosa de venir amando
Los huesos de su esposo á lo Artemisa.

VI.

Como eterna rival de la francesa
Fanny Moore, la inglesa,
Que, entre muchas acciones honorables,
Siempre había tenido

El dolor impagable de haber sido
Víctima de perfidias adorables,
El mérito mayor que le sobraba
Lánguida echó sobre el rebelde plato,
Y era el tierno relato
De un antiguo amador que ella no amaba,
Al que oyó tan arisca como un gato;
Añadiendo un tratado de exorcismos
Que ella escribió, repleto de aforismos.
Mas viendo que era inútil su cuidado,
En el platillo echó de la balanza
Las horas de fastidio en que no ha amado
Y aquellas en que amó sin esperanza;
Y hasta con aire altivo y pudibundo,
Volviendo al cielo de extrañeza loco,
Echó después el mérito profundo
De que, estando en el mundo,
Solamente en la edad mentía un poco.

VII.

Mirando Julia el invencible peso
Que el alma inicua de Don Juan hacía,
Se sintió acometida de un acceso
De antigua y renovada idolatría;
Y como ama con fe todo lo que ama,
Y siempre, amando, hasta el delirio toca
(Cual una indiana cuerda que está loca
Y se quema al morir su viejo Brahama),

Al mirar á su amante condenado,
Pensando en su ternura del pasado,
Calcula resignada
Que ir por él condenada
Al infierno es preciso...
Mas ¿qué importa? para ella el paraíso
Es el ser bella, amar y ser amada.
Julia, por ver al punto rescatado
Aquel bribón dichoso,
Nunca cautivo y siempre enamorado
Ya el semblante de cólera amarillo,
Juntando con lo altivo lo gracioso,
En cuerpo y alma se arrojó al platillo;
Y así, perdiendo su alma la española,
El alma redimió del caballero
Con tal valor, que el peso de ella sola
Hubiera redimido al mundo entero.

VIII.

Y es esto tan verdad, que el cielo siente
Una ternura á nada comparable
Mirando tristemente
Caer desde el empíreo á la inocente
En el abismo del amor culpable,
Y al ver que, tan resuelta como bella,
La española, esa caña inquebrantable,
El noble fin de sus amores sella
Salvando del infierno á un miserable.

¡Oh, cuán cierto es que en pechos como el de ella
El amor imposible es el probable!
Mas ¿por qué, cielo santo,
Esa hermosa á Don Juan ha de amar tanto
Que él se lleve el honor y ella el castigo,
Siendo ella la virtud y él el infame?...
Dice San Agustín:—Dadme uno que ame
Y veréis cómo entiende lo que digo.—

IX.

Viendo el amante celo
De esta especie de Cristo,
De amor terreno y redención modelo,
Resonó en el vestíbulo del cielo
Cuanto tiene el asombro de imprevisto:
Y cuando Julia, altiva,
Al sacrificio su locura eleva,
A sus rivales maliciosa y viva
Les echa una mirada de hija de Eva;
Y al ver á tan sublime visionaria,
Quedando como heridas por el rayo,
La contemplan las otras de soslayo
Con cierta estimación involuntaria:
Rápida la francesa
Con ojos la miró de envidia llenos;
Y prorrumpió la inglesa
—*Veriwel, veriwell*,—que son dos buenos;
Y callando humillada la italiana,

Se admiró en una frase la alemana
De treinta consonantes por lo menos:
Pues era en aquel día
Del cielo el entusiasmo tan ardiente,
Que hasta Don Juan gritó:—¡Perfectamente!
¡Si fuera yo mujer, lo mismo haría!—

X.

Julia, en momentos tales,
Se encuentra tan divina,
Que perdonar no quieren sus rivales
La grande admiración que las domina;
Y las cuatro, frenéticas de celos,
Ven que cuanto ella mira se alboroza
(Pues lo mismo en la tierra que en los cielos
Era técnicamente buena moza);
Y, á pesar de la augusta
Caridad de San Pablo,
Como nunca á la envidia le disgusta
Ver cómo á un alma se la lleva el diablo,
Como es la más genial y peregrina
Imagen de la raza femenina,
Celosa la italiana en tal momento
Unos hondos suspiros lanza al viento;
Después la inglesa, con sonrisa amarga,
Echa hacia arriba una mirada larga;
Y con faz tan divina como humana,
Sin repetir su interminable frase,

Paciente la alemana
Parecía una estatua que llorase;
Y la francesa, que con ojos mira
De un color, entre blanco y azulado,
Que daba á su mirada un aire frío,
Hasta llegó á decir, siendo mentira,
Que en Sevilla una vez mató con ira
A otra cierta mujer en desafío;
Y las cuatro rivales
No notaron jamás, hasta aquel día,
Que la española, al parecer, tenía
Los ojos un poquito desiguales:
Y aunque eran, como Julia, todas bellas,
Por su belleza era la envidia tanta,
Que, bajando la voz, dijo una de ellas:
—Se va al infierno por fingirse santa.—

XI.

Pero ¿qué vil conjuración es ésta
Contra un ser tan paciente?
Es la mujer tortuosa que detesta
Por celos del oficio á la serpiente.
Ser rival es odiar y ser odiada.
Hasta la misma sombra condenada
Cuando, al andar, con cadencioso talle,
Y al ver el no sé qué de su mirada
Las almas al pasar le abrían calle,
Sin respeto tal vez al lugar santo,

Humilla á sus rivales con encanto,
Porque estos bellos seres
Aunque se ocupan de los hombres tanto,
Se ocupan mucho más de las mujeres.

XII.

Y ¿qué era de Don Juan? Don Juan tranquilo
Dos lágrimas soltó de cocodrilo:
Y porque al cielo su elegancia asombre,
Mira en torno con plácido cinismo,
Con aquel aire fanfarrón de un hombre
Que tiene una alta idea de sí mismo;
Y cuando entra en los cielos insensible,
Su pobre redentora despreciada
Con ojos de limpieza irresistible
Le acaricia al pasar con la mirada;
Pero él, exagerando pretencioso
La parte teatral de su manera,
Volviéndole la espalda, ni siquiera
Dejándose adorar fué generoso;
Y en tanto que los buenos serafines
Ancho paso le abrían,
Sus miradas decían:
—Vedme bien; soy Don Juan. ¡Sonad clarines!—
Y la española, aunque contiene el llanto,
De mirar tal desprecio casi loca,
A juzgar por los ayes que sofoca
Nunca mártir alguno sufrió tanto;

Porque ¡oh Dios! ¿quién creyera
Que aquel hombre galán y degradado
Dejase á Julia, sin mirar siquiera
A una mujer tan noble y hechicera,
Que, si volviese á verle desgraciado,
Su propia sangre á su salud bebiera?
Pero aquella alma vana,
Probando que era cierta
La expresión italiana
De—pensamiento oculto en cara abierta,—
Deja á Julia, sabiendo
Que queda su ex querida
De alma y cuerpo perdida,
Y en el cielo se entró como diciendo:
—Que Dios os dé salud y larga vida.—
Y dolor afectando,
Las rivales le siguen, ocultando
Su rabia y sus enojos;
Y entran con él las pérfidas mostrando
Rabia en el corazón, llanto en los ojos.

XIII.

Cuando Julia después ya no veía
Al león que la había fascinado,
Y en su aire consternado
Revelaba el martirio que sufría,
La madre Eva, saliendo de repente
Del fondo de la gloria,

Le dijo á Julia cariñosamente:
—Aun vive en tí el honor de mi memoria;—
Y, abrazando á la sombra despreciada,
—¡Hija mía! ¡hija mía!—
Nuestra madre primera le decía,
Y cien veces, teniéndola abrazada,
—¡Eres tan hija mía!...—entusiasmada
Eva le repetía.
Y contemplando en Julia al tipo eterno
De esas almas benditas
Que tornan por lo que aman el infierno
En un sueño de dichas infinitas,
La madre universal de las naciones
Cuando deja del cielo las regiones,
Más que por propios, por ajenos vicios,
Llena á Julia de santas bendiciones
En nombre de los buenos corazones
Que comprenden los grandes sacrificios.
¡Ay! ¡Aunque os jure la estulticia humana
Que una mujer es todas las mujeres,
Yo os juro por el padre de los seres
Que aquella alma infeliz no tiene hermana!

XIV.

Viendo á Julia que marcha resignada
Del cielo azul hacia las puertas de oro,
Todo el celeste coro
Suspira por la sombra desterrada,

Y de Julia las huellas
Sigue con paso incierto
Por las regiones bellas,
Donde se ven, como en un libro abierto,
Poemas cuyas letras son estrellas.
Y cuando Eva doliente,
Al volverla á decir:—¡pobre hija mía!—
La atrajo hacia su pecho dulcemente,
De Julia un gran torrente
De luz apocalíptica salía;
Y cuando Eva así exclama
Y aquellas almas buenas
Ven ir hacia el infierno, por el que ama,
A la noble mujer por cuyas venas
No circulaba sangre sino llama,
Por algunos momentos
Reinó por las regiones bonancibles
Uno de esos terribles
Silencios que rebosan pensamientos.

XV.

Julia después, con altivez suprema,
Con el velo arrollado
Por la frente, á manera de diadema,
Lo mismo que una reina que ha abdicado,
Para seguir con paso reverente
De su Calvario la desierta vía,
Su vestido de luz graciosamente,

Como un ave sus alas, recogía;
Y un serafín que de los cielos vino,
Y que, admirado, á su pesar lloraba,
De la sombra el camino
Con su espada de fuego le mostraba;
Y al ir andando la heroína aquella
Que al coro de los ángeles asombra,
La luz dió fin en palidez de estrella,
Y quedándose fueron ellos y ella
Los unos en la luz y ella en la sombra!

FIN

LAS TRES ROSAS

POEMA EN TRES JORNADAS.

A mi invariable y afectuoso amigo

EL SR. D. TOMÁS PÉREZ ANGUITA

en prueba de reconocimiento y cariño,

CAMPOAMOR.

PERSONAJES.

—

ROSA, *madre de*
ROSAURA, *madre de*
ROSALÍA.
JULIO MONTERO.
BLAS, *marido de Rosaura.*
DANIEL, *novio de Rosalía.*
UN AMANTE OLVIDADO POR ROSA.
UN MÉDICO.
SOR LUZ.
TITÁN, *perro de Terranova.*
SATANÁS.

ROSA.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

Los dos miedos.

JULIO.—ROSA.

I.

Al comenzar la noche de aquel día,
Ella, lejos de mí,
—¿Por qué te acercas tanto?—me decía;—
¡Tengo miedo de tí!—

II.

Y después que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí:
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí!

ESCENA II.

La última palabra.

EL AMANTE OLVIDADO.—ROSA.

Cuando yo con el alma te quería,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaría
En tí y por tí la humanidad entera?...

ESCENA III.

A rey muerto rey puesto.

JULIO.—ROSA.

Murió por tí; su entierro al otro día
Pasar desde el balcón juntos miramos;
Y espantados tal vez de tu falsía,
En tu alcoba los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiescat* se oía. Al verte triste,
Yo la trenza besé de tus cabellos,
Y—¡traición! ¡sacrilegio!—me dijiste.
Seguía el *de profundis* y gemimos...
El muerto y el terror fueron pasando...
Y al ver luego la luz, cuando salimos,

—¡Qué vergüenza!—exclamaste suspirando.
Decías la verdad. ¡Aquel entierro!...
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...
Después ¡la obscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traición! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

ESCENA IV.

Hastío.

JULIO.—ROSA.

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía.

ESCENA V.

Las dos copas.

UN MÉDICO.—ROSA.

I.

Le dijo á Rosa un doctor:
—«Se curan de un modo igual
Las dolencias en amor,

En higiene y en moral.
»Yo, aunque el método condene,
Lo dulce en lo amargo escondo:
Esta copa es la que tiene
Dulce el borde, amargo el fondo.
»Y por si quiere esa boca
Cumplir una vez mi encargo,
Tiene esta segunda copa
Dulce el fondo, el borde amargo.
»Dios, sin duda, así lo quiso,
Y esto siempre ha sido y es:
Tomar lo amargo es preciso,
Bien antes ó bien después.»—

II.

Rosa luego, de ansia llena,
Dice en su amoroso afán:
—«Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo van.
»Merced á doctor tan sabio,
Ve, aunque tarde, mi razón,
Que aquello que es dulce al labio
Es amargo al corazón.
»Yo, que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera,
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.
»Fuí dejando, por mejor,

Lo amargo para el final,
Y esto, según el doctor,
Sabe bien, mas sienta mal.
»Cumpliré una vez su encargo:
Tú, copa segunda, ven,
Pues tomar antes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bien.
»¡Oh, cuán sabio es el doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral!»—

ESCENA VI.

Un drama de familia.

JULIO.—ROSAURA.—ROSA (*oculta*).

I.

Siendo Rosa Valdés, según mi cuenta
(Si bien por excepción un poco rara),
Una mujer hermosa de cuarenta
Que no tiene veinte años en la cara,
Casi es su otoño una estación florida,
Lo mismo que lo fué su primavera;
Que es más bella tal vez que la primera
La juventud segunda de la vida.
De Rosa la hermosura es tan cumplida,

Que, cual si fuese un velo,
Cuando lo suelta al viento, toda entera
La oculta la madeja de su pelo;
Pelo que todavía
Un torrente sería
Del ébano más puro, si no fuera
Porque á veces, si lo ata ó lo desata,
Tiene ¡oh dolor! que eliminar severa
Unos hilos de plata
Que matizan su negra cabellera.
Lozana como un fruto ya maduro,
De buena fe aseguro
Que si á los quince abriles encantaba,
Y á los veinte admiraba,
Seguía á los cuarenta mereciendo,
Pues toda la ciudad aseguraba
Que Rosa (y es verdad) más bien ganaba
Que solía perder, envejeciendo.

II.

Pero la pobre Rosa
Es más que desgraciada, está celosa;
Y ya á la languidez de sus miradas
Se une de día en día
En su rostro de madre una sombría
Palidez de facciones fatigadas;
Pues de cierta ilusión roto ya el prisma,
Su pena, más que pena, es un martirio,

Y vive en una especie de delirio
En que duda de todo y de sí misma.
La idea de su edad la atormentaba,
Pues aunque nunca se la oyó una queja,
Por momentos notaba
Que el amor de los otros la dejaba,
Aunque el que ella sintió jamás la deja...
¡Nada á madama Sevigné curaba
Del inmenso dolor de hacerse vieja!

III.

Mas como ya sabemos
Que los años que cuenta,
Aunque parecen veinte, son cuarenta,
Haciendo Rosa de dolor extremos,
Asegura que Julio es un infame
Porque la va olvidando... Mas ¡Dios mío!
Después de mucho tiempo, aun cuando se ame,
En el fondo de todo ¿no hay hastío?
¡Sí! y por eso, á pesar de sus traiciones,
Es, ha sido y será Julio Montero
Un gentil y cumplido caballero,
Que vive según Dios y sus pasiones.

IV.

Como es Julio una débil criatura
Que en sus varios amores
Gustaba del amor por sus favores,

Como hombre que cree sólo en la hermosura
(Como se cree en la esencia de las flores),
Olvida después que ama,
Y ama después que olvida.
Mudar, siempre mudar, ¡ley de los seres!
Dulce ley que fué el norte de su vida,
Pues poco escrupuloso en sus deberes,
Practicando esa máxima sabida
De que es fuerza adorar á las mujeres,
Después que á Rosa amó con fanatismo
Adoró de Rosaura los encantos.
Mas ¿fué en Julio cinismo
Hacer lo que hacen tantos?
No lo creo, sabiendo por mí mismo
Que á quien más tienta el diablo es á los santos.
Por eso, aunque la madre es tan hermosa,
Ve Julio que es la hija hasta divina,
Y, en consecuencia, á Rosa
Con Rosaura reemplaza,
Pegándose aquel hombre á aquella raza,
Como se pega el muérdago á la encina.

V.

Rosaura, hija de Rosa,
Como niña nacida entre las flores,
Además de ser bella, era graciosa,
Pues no sé en qué botánico he leído
Que una hermosa mujer, cuando ha nacido

En medio de un jardín es más hermosa.
Morena verdadera,
¡Cuán morena sería,
Que bien seguro estoy que pasaría
Por morena en Jerez de la Frontera!
Pecando en esta bella criatura
(Si se peca por eso)
Por demasiada gracia su hermosura,
Produce la dulzura
De su voz musical tanto embeleso,
Que el que la oye suspira,
Y hermosa hasta el exceso,
En los labios de todo el que la mira
Casi se ve cómo palpita un beso.

VI.

Perdidas y enterradas
En Rosa sus primeras emociones,
En la joven Rosaura recobradas
Volvió Julio á encontrar sus ilusiones.
Mas cuando Rosa vió que él tiernamente
A Rosaura miraba embelesado,
Casándola de pronto honradamente,
La eliminó con honra de su lado;
Y así fué la infeliz casada en frío
Con un joven galán de mucho brío,
Que, como un Lord, de sus haciendas vive;
Que aunque se llame Blas, es muy celoso;

Que toca, baila, canta y hasta escribe
Muy poco y mal como cualquier esposo;
Y con tal casamiento,
Rosa, aunque buena madre, amante artera,
Puso por el momento
Entre Julio y Rosaura una barrera.

VII.

De todos los encantos
Que Rosaura tenía,
Era el mayor, aunque tenía tantos,
Que á través de sus ojos todavía
Sólo cruzaban pensamientos santos,
Y por eso, entregada
A nobles expansiones,
Aunque mujer casada,
Es una niña grande tan honrada,
Que no piensa en las malas intenciones;
Y de Julio Montero, que la amaba,
Ella el amor oía
Con un cierto candor que enamoraba,
Pues, casada de prisa, se creía
Libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII.

Estando Julio de Rosaura al lado
En una noche, al acabarse el día,
Bajo el fresco rincón de un emparrado

Que entre la casa y el jardín había,
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,
Poniendo en no ser vista un gran cuidado,
Se arrastró del jardín hasta la puerta,
Y dejándola á obscuras y entreabierta,
Se puso á oir en alevoso acecho.

IX.

Y mientras Julio, que á Rosaura adora,
Con los ojos devora
Lo hermoso que nos causa calentura,
Muestra Rosaura, de abandono llena,
Aquel rostro en la flor de su hermosura,
Y ¡lo que es el amor! aunque es morena,
Salta de ella una especie de blancura.
¡Noche de amor en que el amor rebosa,
En la cual las ideas son pasiones,
En que ostentan las flores sus botones
Con toda su turgencia misteriosa!
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,
En la que en sombras, en rumor y flores,
Y en cánticos de amor de ruiseñores,
Se agota todo un mayo en una hora!
Y cuando así los dos gozan unidos
De una dicha sensual y candorosa,
Encienden el ardor de sus sentidos
Los magnéticos ruidos
Que, electrizando la campiña toda,

En blando movimiento,
Pasando por los nidos,
Los va arrastrando y dispersando el viento,
¡Cantor eterno de la eterna boda!

X.

Entre la sombra de la noche aquella
En que ambos frente á frente se miraron,
Y sus almas los dos se derramaron,
Ella en el pecho de él, y él en el de ella,
Se dijeron amores
Como se abren las flores,
Como un ave es cantora,
Como lo quiere, cuando se ama, el cielo,
Como en todo lugar y á cualquier hora
Alegre y bullidora
Coge el placer la juventud al vuelo;
Mientras Rosa, escondida y desalada,
Oía cada frase
Cual si sintiese el frío de una espada
Que su pecho á traición atravesase.

XI.

Como hace amar á prisa, muy á prisa,
El ardor que circula por las venas,
Cuando se aspira una templada brisa

Que es en lo dulce un céfiro de Atenas,
Julio ciego y Rosaura placentera,
Bajan enamorados
La pendiente hechicera,
Por la cual nos empuja arrebatados
La noche, nuestro amor, la primavera...
¡Aquel dosel tan bello
Que forma lo gentil del emparrado!...
¡La bruma de un lugar poco alumbrado!...
¡Lo obscuro y lo nupcial de todo aquello!...
¡Allá suspiros, ramas y dulzura,
Y acá fe y esperanza!...
¡A una parte deseos y ternura,
Por otro lado el odio y la venganza,
Y aquí y allí los débiles quejidos
Que murmuran los pájaros dormidos!...
¡Oh imagen de la vida,
La dicha siempre á la desdicha unida!...
¡Vértigo que formaron combinados,
La tierra, los abismos y los cielos,
Eternos remolinos encontrados,
Bien y mal, luz y sombra, amor y celos!...

XII.

Viendo Rosa llegar el gran instante
En que á su fin camina
La audacia habitüal de todo amante
Que conoce la ciencia femenina,

A un ruido de suspiros que hizo el viento,
Como el vago rumor de una arboleda,
Exhaló un rudo acento
Cual si en aquel momento
Se hallase en el suplicio de la rueda;
Y cuando Rosa con furor repara
Que ya llega el instante de la hora
En que se hunde aquel puente que separa
Á Eva inocente de Eva pecadora,
Al pie de la vidriera
De la puerta que daba á la terraza
Mira más... mira más... se desespera,
Y cae desmayada, cual si fuera
Una estatua que el rayo despedaza.

XIII.

Cuando Rosa caía sin sentido,
Cual si hubiese sufrido
Un fuerte martillazo en la cabeza,
Rosaura ante la culpa, con nobleza
Casta, retrocedía,
Pues cuando ya perdía
Su corazón la calma
De un modo que no sé cómo aquel día,
Sin saber lo que hacía,
No añadió el don del cuerpo al don del alma.
Al corazón venció con su cabeza,
Pues, aun envuelta en fuego,

Sabía con certeza
Que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,
Pero no vuelve á un alma la pureza.
Y siempre decidida
A hacer guardar del deshonor su vida,
Y sabiendo además que es más seguro
Que arrostrar las pasiones
Poner en ocasiones
Entre el deber y el corazón un muro,
Se lanzó hacia la estancia,
Santuario de los juegos de su infancia.
Del jardín á la puerta se avecina,
Y, viendo que no cede, empuja airada,
Y encendida, jadeante, fatigada,
Pisa un bulto, se inclina,
Vuelve á erguirse, y camina
Como si el bulto aquel no fuese nada;
Y la enferma, que á su hija huyendo mira,
Siente, al verse pisada,
Unas ráfagas de ira
De toda madre al corazón extrañas;
Y, más rival que madre, entonces Rosa
Al tocarla aquel pie, sintió celosa
El demonio del odio en sus entrañas.

XIV.

Cuando ve Julio que Rosaura, huyendo
Del fuego que la abrasa,
Corre ciega, y corriendo
Sobre su madre moribunda pasa,
Al umbral de la puerta,
De sorpresa y terror petrificado,
—¡Rosa!...—exclama espantado.
Mas Rosa, medio muerta,
La cabeza, que á intervalos levanta,
Como cortada con un hacha gira;
Va á contestar, pero su angustia es tanta,
Que entre sus labios la respuesta espira;
Vuelve á querer hablar y se atraganta;
Y al fin, más que decirlo, así suspira:
—Me asesinaste, adiós; duerme si...—Muere,
Y el «si puedes», que apenas lo profiere,
Se le heló con la vida en la garganta.

XV.

¡La luna indiferente entonces muestra
Su disco ensangrentado,
Y una espantosa lividez siniestra
Echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII.

Mal de muchas.

EL MÉDICO.—ROSAURA.

—¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?—
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caída.
—¿Pues de dónde cayó?—Cayó del cielo.—

ROSAURA.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

Bodas celestes.

JULIO.—ROSAURA.

Te ví una sola vez, sólo un momento;
Mas lo que hace la brisa con las palmas
Lo hace en nosotros dos el pensamiento;
Y así son, aunque ausentes, nuestras almas
Dos palmeras casadas por el viento.

ESCENA II.

Las dos esposas.

ROSAURA.—BLAS.—SOR LUZ.

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto día
Casándose con Blas,

—¡Oh, qué esposo tan bello! se decía,
¡Pero el mío lo es más!—
Luego, en la esposa del mortal miraba
La risa del amor,
Y, sin poderlo remediar, lloraba
La esposa del Señor!

ESCENA III.

Madrigal.

JULIO. —ROSAURA.

Brotó un día en Rosaura el sentimiento
De su primer amor, y en el momento
Volando un ángel, con fervor divino,
Para guiarla al bien del cielo vino,
Mientras un diablo del infierno, ardiendo,
Para arrastrarla al mal, llegó corriendo.
Ante Rosaura bella
Angel y diablo, enamorados de ella,
Divinizado el diablo, se hizo bueno,
Y el ángel se impregnó de amor terreno;
Y al ser transfigurados de este modo,
Por voluntad del que lo puede todo,
Fué el ángel al infierno condenado,
Y el diablo al cielo fué purificado.
¿De qué gracia y malicia estará llena
Mujer que con mirar salva ó condena?

ESCENA IV.

Memorias de un sacristán.

JULIO.—ROSALÍA.

I.

Dos de abril.—Un bautizo.—¡Hermoso día!
El nacido es mujer, sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordán su sien rocía;
Todos se ríen y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
Mira, gime y se aleja: aquí hay misterio.

II.

A unirse vienen dos de amor perdidos.
El novio es muy galán, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?
Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
Un primo á la mujer, y él á una prima.

III.

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto ó se murió? Todo es incierto.
Solos estamos sacristán y cura.
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: después... ¡quién sabe!

ESCENA V.

La gran noche lúgubre.

JULIO.—ROSAURA (*muerta*).—BLAS.—TITÁN.

I.

Imagen de su madre á los veinte años,
Rosaura, hija de Rosa,
No murió con los mismos desengaños;
Mas, como ella, murió triste y hermosa.
Poco feliz, como tan mal casada,
Fué la mujer más buena entre las buenas,
Y aunque al amor de Julio encadenada,
Derramó en torno suyo, siempre honrada,

Casta, noble y altiva,
Ejemplos de virtud á manos llenas;
Hasta que al fin, rompiendo sus cadenas,
La muerte con amor, caritativa,
La libró de la carga de sus penas.

II.

Mujer tan infeliz como adorable,
Aunque era su virtud inquebrantable,
Su amor á Julio, de pureza lleno,
Fué inspirando al marido
Uno de esos rencores sin olvido
Que se arman del puñal y del veneno.
Pero el esposo, á medias ofendido,
Alcanzó, más dichoso que temido,
Hacer en ella respetar su nombre,
Y la amó, aunque la amó sin esperanza
De ser jamás querido.
Muerta Rosaura, aun le quedó á aquel hombre
Un objeto en la vida: ¡la venganza!

III.

Julio Montero, en tanto,
Fiel de Rosaura la memoria adora,
Pues si fué en vida su terrestre encanto,
Su dulce nombre le parece ahora,

Unido ya á la muerte, grande y santo.
Y como él, además de su tristeza,
Es amor de los pies á la cabeza,
Todo el mundo repara
Que morirá por consunción de cierto,
Pues desde el día en que Rosaura ha muerto,
Su cara es el cadáver de una cara.
Y aspirando, en su inmenso desconsuelo,
A gozar á ella unido
Trasportes de la tierra allá en el cielo,
Aunque está inconsolable
No pide al cielo olvido;
Pues como todo ser que se ha querido
Al morir se dilata en lo impalpable,
Su mal no tiene cura,
Porque, ausente su imagen hechicera,
A la tumba bajando intacta y pura
Ya era, más que una muerta, una quimera.
Y como siempre el que ama está celoso,
Y aquel que está celoso es desgraciado,
Para hallar en la vida algún reposo,
Pensó en abrir con el mayor cuidado
Un hoyo en el rincón del cementerio,
Y el cuerpo de Rosaura, cariñoso,
Trasladar á aquel hoyo con misterio,
Y secreto dejar lo misterioso;
Y de su vida en el postrero día
Ser con ella enterrado, y de esta suerte,
Dormir por fin con la que más quería
Descansando en los brazos de la muerte.

IV.

Cuando con gran misterio
Camina Julio á trasladar la muerta
A otra tumba, que abierta
Tenía en un rincón del cementerio,
Torpes, volando, lúgubres gemían
Los pájaros nocturnos por el cielo,
Y rastreando amarillas por el suelo
Lucecillas de fósforo corrían.
Mas venciendo impasible
Esas negras visiones
Que, aterrando á los bravos corazones,
Suele el miedo sacar de lo invisible,
Hacia la tumba de Rosaura avanza
Con pie seguro y cauteloso oído,
Aunque no había en torno un solo ruido
Que no fuese un terror ó una esperanza;
Y á Rosaura exhumando, en el instante
Que descubrió con ansia verdadera
Su rostro de alabastro,
El color de aquel lívido semblante
Alumbró el cementerio, cual si fuera
La luminosa palidez de un astro.

V.

Cuando Julio veía,
A la espectral penumbra que salía

De la lívida faz de aquella muerta,
Que su boca entreabierta
Respirar parecía,
Creyó su pensamiento
Que alguna hada, tal vez compadecida,
Tomándola, al morir, con mucho tiento
En el sueño del último momento,
Se la llevó al sarcófago dormida;
Y acercando su boca,
Besar quiso su frente;
Mas viendo un Crucifijo
De su cuello pendiente,
Con la misma dulzura con que toca
La golondrina el agua con sus alas,
Besó piadosamente
Con sus labios amantes
El Cristo de marfil lleno de galas,
Que tenía por lágrimas diamantes
Y sangre de rubíes en la frente.

VI.

Coge en brazos la muerta,
Que estrecha convulsivo contra el pecho,
Y al caminar derecho
Hacia la tumba por su mano abierta,
Blas (que en pérfido acecho
Con ojos de serpiente
Velaba oculto entre la sombra incierta)

Con expresión furiosa de alegría
Desenvaina un puñal y, de repente,
Clavándolo en el bulto que veía,
De los brazos de Julio derribada,
Cayó la pobre muerta asesinada;
Pues con tan mala suerte
Blandió el arma, furioso,
Que el marido celoso
En su mujer apuñaló á la muerte.

VII.

Viendo Julio, al hallarse sorprendido,
Que es menester herir ó ser herido,
Hace frente, de cólera azulado,
Al vengativo esposo,
Que le sigue, tornándose, celoso,
Blanco, rojo y después amoratado;
Y cuando Blas airado á Julio alcanza,
Uno del otro asidos,
Por todas sus potencias y sentidos
Respiran el placer de la venganza.
Sigue á un golpe mortal otro más recio;
La rabia los trasporta hasta la furia;
Se devuelven desprecio por desprecio,
Y es cada golpe una mortal injuria;
La lucha, más que lucha, es un tanteo;
Se repelen, se abrazan, se sofocan,
Y cada vez que contra el suelo tocan

Adquieren nueva fuerza, como Anteo.
Se espían el marido y el amante,
Uno de ellos sagaz y otro siniestro,
Hasta que cae en el supremo instante
Sobre el hombre feroz el hombre diestro;
Pues el ciego marido
Hacia atrás impelido
Como una mole por el rayo herida,
Resbalando en la tierra removida,
Cayó de espaldas en la tumba abierta.
Julio después, amontonando activo
Sobre él la tierra que á coger acierta,
Entierra al hombre vivo,
Dejando así sin enterrar la muerta.

VIII.

Después Julio, aterrado
Ante la inmensa atrocidad del hecho,
Viendo al vivo enterrado
É insepulta á la muerta,
Tres veces hizo, con la boca abierta,
El signo de la cruz sobre su pecho.
Luego volvió los ojos espantado,
Con la mirada incierta,
Como un tigre enjaulado
Que busca para huir cualquiera puerta;
Pues ya era entonces su cuidado tanto,
Que creyó que la muerta se movía,
Y en su mortal quebranto

Con evidencia tal Julio creía
Que hacia sí algún fluído la atraía,
Que á la salida del retiro santo
Ya fué miedo el cuidado que tenía,
Y el miedo al fin se convirtió en espanto;
Y huyendo de Rosaura y del marido,
Cuanto más presto corre, más se asombra,
Al notar que al huir se ve seguido
De un sudario que andaba precedido
De algo negro, más negro que la sombra.

IX.

Y al escapar, del miedo que sentía,
Cual teniendo alas en los pies volaba,
Y el sudario arrastrando le seguía,
Y en su horror se fingía
Mil ruidos inauditos que escuchaba,
Mil cosas invisibles que veía;
Y cuanto más corría,
Viendo aquella blancura
Por una cosa negra arrebatada,
Dudando si existía ó no existía,
Pensaba en su locura
Si aquella forma pálida y obscura
Ya del mundo hasta el fin le seguiría,
Pues al cruzar por montes y laderas,
La muerta parecía
Que, tendiendo la mano, le decía:
—¡Siempre te seguiré; vé donde quieras!—

X.

Y á un cielo que parece, aunque estrellado,
De ceniza cubierto,
Viendo el campo desierto,
Y el desierto de espectros erizado,
Cual si á danzar surgieran á su lado
Las fantásticas momias del *Roberto*,
Corre á campo traviesa, perseguido
Por cien deformidades misteriosas;
Y aunque sólo entrevé, desvanecido,
Los vagos lineamentos de las cosas,
Mira el cadáver que le sigue amante,
Y el bulto negro que entrevé delante
Lanzándole miradas horrorosas;
Y conforme le sigue, él huye y huye,
Y la tierra, entretanto, rueda y rueda,
Y viendo cuanto en torno le circuye
Sumido en una lúgubre humareda,
Ya ver le parecía
En un abismo el universo hundido;
Pues rendido, jadeante,
Viendo siempre delante
El negro azul, la inmensidad sombría,
Es tal su estado de visión completa,
Que cree en su desvarío
Que el mundo se ha volcado en el vacío,
Y que él pasó de un salto á otro planeta.

XI.

Aunque ya para Julio se convierte
En visión lo visible y lo invisible,
Como siempre, invencible,
Aun flota en aquel caos de la muerte
De su ser la conciencia insumergible:
Y al ver brillar un río, que parece
Un espejo de acero,
Que líquido ondulando fosforece,
Arrebatado al fin Julio Montero,
Con varonil firmeza
Se echó aterrado al agua de cabeza.
Mas cuando ya indolente
Se dejaba arrastrar por la corriente,
En medio de su horrible desvarío
Sintió que le agarraba alguna cosa,
Y una mano invisible y poderosa
Le iba sacando con afán del río,

XII.

Volviendo Julio en sí pausadamente,
Se halló echado á la orilla del torrente;
Y estando ya de su razón seguro,
A la margen del río, al pie de un cerro,
De la noche y del agua al claro obscuro,

Entre la muerta y él mira su perro
Que fija en él tranquilas,
Pardas, cual las del buho, sus pupilas.
Y, como el ebrio que sacude el sueño,
Entonces se da cuenta poco á poco
De que el perro, fielmente,
A la muerta arrastrando hasta el torrente,
Fué volviendo á su dueño
Feroz de miedo y de pavura loco.
Y repentinamente
—¿Qué haré?—se preguntó. Dudó un momento,
Y entrando en posesión de su existencia,
Pasó del pensamiento á la conciencia,
Después de la conciencia al pensamiento,
Y al fin con la entereza del espanto
Echa el cadáver de Rosaura al río,
Y arrepentido ya de amarla tanto,
Más que en su cuerpo, en su alma siente frío.

XIII.

Avezado á su noble servidumbre,
Titán, el perro fiel de Terranova,
Echándose tras ella por costumbre,
Lucha por ver si al agua el cuerpo roba
Que su dueño arrojó sin pesadumbre;
Mas Julio, indiferente y alelado,
Que lo que antes amó detesta ahora,
Sube al cerro empinado,

Donde se sienta triste y casi llora.
Y allí puesto en alerta,
Y presumiendo que jamás sería
La huella de su crimen descubierta,
Desde lo alto del cerro
Mira con alegría
De Rosaura el entierro
Que en el agua va á hallar tumba sombría;
Y al perro y al cadáver contemplando,
Arrastrados los ve por la corriente
Que flotaban dejando
El rastro de una luz fosforescente;
Y con ojos abiertos
Por el terror desmesuradamente,
Ve al perro que, luchando sin descanso,
Ya hundiéndose en las aguas, ya subiendo,
Pide auxilio, gimiendo,
Hasta que al fin, del río en lo más manso,
Se cumplió su destino,
Pues al llegar á un pérfido remanso
Se los sorbió á los dos un remolino.

XIV.

Todo esto lo ve Julio desde el cerro
Con el cuerpo aterido, el alma yerta...
Mucho más fiel que el hombre, el pobre perro
Ni siquiera al morir soltó á la muerta,

ESCENA VI.

El anónimo.

JULIO.—UN ANÓNIMO.

Sobre la tumba de ella escribió un día:
«¡Por darte vida á tí me mataría!»
Y al otro día, por autor incierto,
Con lápiz al final se vió añadido:
«Si ella hubiese vivido,
Ya de hastío tal vez la hubieras muerto.»

ROSALÍA.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

Madrigal.

JULIO.—ROSALÍA.

Hay un rincón maldito en el infierno
Desde el que, en vaga y celestial penumbra,
Para aumentar el sufrimiento eterno,
Otro rincón del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
La hermosa luz de tu semblante alumbra,
Si es mirarse en tus ojos retratado
Hacerle ver el cielo á un condenado?

ESCENA II.

El almez.

JULIO.

I.

Junto á este mismo almez á *Rosa* un día
Hice votos de amarla eternamente.
Se está oyendo en el aire todavía
De mi acento el rumor.
¿Por qué siento, mis votos olvidados,
Esclavo de otra fe, nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
Mas no pasa el amor.

II.

Otro día, á *Rosaura* encantadora,
Al pie del mismo almez juré lo mismo,
Y recuerdo que entonces, como ahora,
Cantaba un ruiseñor.
Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores
Vinieron á cantar á otra hermosura;
Porque se van amados y amadores,
Pero queda el amor.

III.

Después, al pie de este árbol he sentido,
Extático mirando á *Rosalía*,
Momentos de emoción, en que he perdido
Para siempre el color.
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron antes,
Si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí! ¡que es siempre, siendo otros los amantes,
Uno mismo el amor!

IV.

Almez, á cuyo pie tanto he adorado;
De amores, que aun vendrán, altar querido;
Que enciendes, recordando mi pasado,
De mi sangre el ardor...
Tú morirás, cual muere nuestra llama,
Y otro árbol nacerá de tu semilla,
Porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
Es eterno el amor.

V.

Y cuando el mundo al fin sea extinguido
Y se oiga en las regiones estrelladas

Del orbe entero el último crujido
En inmenso fragor,
Dios de nuevo la nada bendiciendo,
De ella hará otros almeces y otros mundos,
E irá un hervor universal diciendo:
—¡Amor! ¡amor! ¡amor!...—

ESCENA III.

¡Así!

ROSALÍA.—DANIEL.

I.

—Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada
¿Por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcán! ¡muero abrasada!
¡No me mires así!—

II.

—Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes
Ya no se clavan con ardor en mí;
Si he de vivir, mírame *así*... como antes...
Fíjate bien: *¡así!*—

ESCENA IV.

Las églogas modernas.

ROSALÍA.—JULIO MONTERO.—DANIEL.—LA LUNA.

EL POETA.

I.

Ya había poca luz en la montaña
Y era casi de noche en las honduras,
Viéndose á un tiempo, en perspectiva extraña,
Bajo un monte con luz, valles á obscuras.
En unos de los valles de esta sierra
Se halla un jardín obscuro y pintoresco
Que parece olvidado de la tierra;
Y del jardín en el rincón más fresco,
Un cenador formado por almeces,
Donde no se ve luz ni se oyen ruidos,
Y hay tanta paz en su interior, que, á veces,
Hacen en él los pájaros sus nidos.
Contándose los dos esos secretos
Que suelen escuchar los cenadores
Cuando á oídos discretos
Se acercan unos labios habladores,
Están al fin de este apacible día
En aquel cenador, sin luz ni ruidos,
Sobre un banco, Daniel y Rosalía,
Deshojando unas flores distraídos.

II.

Hermosa nieta de su hermosa abuela,
Rosalía, entre flores confundida,
Sobre el banco, que el musgo aterciopela,
A Daniel escuchaba embebecida
Cuando tenía apenas
La edad en que ya corre por las venas
El alma confundida con la vida.
Además de ser bella,
Se admiraban en ella
Los lindos pies y las pequeñas manos,
Y su cutis tenía
Ese matiz que se llamó algún día
El *bético color* por los Romanos.
Pasando en Avilés por gaditana,
En Cádiz se decía
Que era prima del sol y perüana,
Pues siendo tan morena, Rosalía,
Con la tez de su abuela competía
Su tez de cuarterona de la Habana.

III.

Nuestro Julio Montero,
Que á Rosalía con furor amaba,
Recuerda cuando Rosa le juraba

Que es el último amor el verdadero.
Con respeto profundo
Cumplía como noble sus deberes,
Y á no encontrar morenas en el mundo
Sería un Escipión con las mujeres.
Pero ignorando yo por qué razones
A su ardoroso seno
En el color moreno
Le enviaba Satanás mil tentaciones,
Fué una tras otra, y en creciente, amando
Tras de Rosa, á Rosaura y Rosalía,
Las tres morenas y las tres hermosas;
Y por eso con honda simpatía
Fué en su pecho reinando
La bella dinastía de las Rosas.
Sólo tuvo en el mundo tres amores,
Ligero uno, otro grave, otro profundo;
Positivo y equívoco el primero;
Casto, ardiente y fantástico el segundo;
Y ultra-amante y platónico el tercero,
Y, según la sentencia del profeta,
—*Como los hombres para amar son ciegos*—
Halló Julio en sus sueños de poeta
En la abuela, en la hija y en la nieta
Toda la gracia antigua de los Griegos:
Y amante, á su pesar, de Rosalía,
Estaba tan celoso, tan celoso,
Que el pobre, un poco viejo, no sabía
Pensar en Luis catorce, que decía:
—A mi edad, mariscal, nadie es dichoso.—

IV.

Era tanta la fe con que quería,
Que ¡perdonad la execración, Dios mío!
El lecho de su madre quemaría,
Si los viese con frío,
Por calentar los pies de Rosalía.
No hay crimen ni bajeza
Que no cometa un hombre, si celoso
Tiene un horno encendido por cabeza;
Por eso el día aquel, Julio, envidioso,
Siendo más bien que un necio un insensato,
¡Oh inocente candor de los sesenta!
Quiere escuchar un rato
Lo que Daniel á Rosalía cuenta;
Y como antes ya dije que tenía
El bello cenador por ambos lados
Asientos de granito desgastados,
En uno de los cuales aquel día
Juntos están Daniel y Rosalía
Con dejadez asiática sentados,
Julio, que amaba con senil terneza
Y era más bien demente que culpable,
Poco antes, sacudiendo la cabeza
Como un loco incurable,
Queriendo ver y oir el miserable
Lo que había en su amor de misterioso,
Exaltada su ardiente fantasía

Se escurrió cauteloso,
Cual si fuese un reptil, bajo el asiento
En que estaban Daniel y Rosalía...
Julio en aquel momento,
Siendo un hombre hasta bello, era espantoso.

V.

Mientras están del cenador á un lado
Daniel y Rosalía
Sentados en el banco, que tenía
Por la lluvia el cimiento socavado,
Bajo el asiento echado,
Y oculto en situación tan vergonzosa,
Se acuerda Julio de Rosaura y Rosa
Cual de un eco lejano del pasado;
Y agolpársele siente,
Ya arrepentido de su mal consejo,
El rubor á la frente,
Pues tarde ve que, desdichadamente,
Sin llegar á ser sabio, se hizo viejo.
Y ¡pobre Julio! su ansiedad es mucha,
Pues cree que encima del asiento imitan
Del tormentoso amor la ardiente lucha
Las ramas que se agitan...
Y es que para un celoso, cuando escucha,
Los silencios parece que palpitan.
Mas ¿qué hacen esas almas encantadas
De corazón tan joven como ardiente?

Nonadas nada más, simples nonadas;
Lo que se suele hacer naturalmente
Cuando brota el amor de dos miradas;
Lanzar ayes de amor que hacen un ruido
Como de santa intimidad de nido;
Esas cosas henchidas de placeres
Que, cuando se aman hombres y mujeres,
Se dicen muy cerquita y al oído;
Lo que se dice en víspera de boda,
Por lo cual Rosalía hablando quedo,
Murmura como todas
Las que van á casarse:—¡Tengo miedo!

VI.

¡Pájaro fascinado, que aturdido
En la boca cayó de la serpiente,
Ve Julio, arrepentido,
Que nada oye ni ve, pues solamente,
Como si fuese el aura,
La hija encantadora de Rosaura,
Haciéndole cosquillas en la frente,
Le roza sin querer con el vestido!
Y á aquel roce magnético, sintiendo
Los celos de la carne acres y extraños,
Sin poder oir nada, estuvo oyendo
Diez segundos más largos que diez años;
Y unos ojos abría
Cual los que abre un ahogado en su agonía

En el fondo del agua;
Mas ni el pie vió siquiera á Rosalía,
Porque un doblez de encaje de la enagua,
Como á un astro una nube, lo cubría;
Y su amor maldiciendo,
Echa al cielo, gimiendo,
Con un resto de juicio,
La mirada de un hombre que está viendo
Que en el fondo se echó de un precipicio,
En tanto que despiden á porfía
Los ojos de Daniel y Rosalía
Relámpagos de luz y de deseos
Al rumor de los tiernos cuchicheos
De pájaros nacidos aquel día.

VII.

¡Ay! una vez que de gentil manera
Dió un salto sobre el banco Rosalía
Como una cervatilla en la pradera,
Julio vió que el asiento se bajaba
Y al grave peso de los dos cedía...,
Y al verlo, su cabello se erizaba,
Y ahogándose, el aliento retenía,
Y el curso de su sangre se paraba.
Mas como es su desgracia una vergüenza,
A resistir el peso maldecido
Con el valor de un Hércules comienza,
Y ya en su hueco de reptil metido

Para oir á Daniel y á Rosalía,
Ni pudo articular ningún sonido,
Ni moverse del sitio en que yacía;
Y al fin, cuando repara
Que si el banco á la base mal sujeto
Baja algo más le aplasta por completo,
Toma de Julio la siniestra cara
Un color de cabeza de esqueleto.

VIII.

Julio, echando hacia arriba
La mirada de un lobo encadenado,
Con temor infinito
Ve que el cimiento en que el asiento estriba,
Por el tiempo y la lluvia descarnado,
Deja correr hasta el nivel del suelo
El banco de granito,
Como si fuese un témpano de hielo;
Y aunque ahora, como antes,
Creen oir los amantes
En lo profundo de la sombra un ruido
Parecido al rumor de unas congojas,
Creyendo que habrá sido
El dulce remolino de unas hojas,
Siguen quietos Daniel y Rosalía,
Mientras Julio sentía
Un momento de angustia inexplicable...
¡Miserable! ¡oh, mil veces miserable!

¡Qué escena tan cruel parecería
Si nos pintasen con su ardiente estilo
Situación de dolor tan lamentable
El fiero Dante ó el poderoso Esquilo!

IX.

Quejoso Julio de su suerte inicua,
Tiende hacia el cielo una mirada oblicua,
Y al través de la trémula enramada
Ve la luna plateada
Que alzándose, cual nunca placentera,
Con su luz entre blanca y azulada
Cree que le viene á hablar de esta manera:
—Oye, Julio, á tu vieja conocida.
¿Qué suerte adversa á sostener te trajo,
Vil Sísifo, esa losa desprendida?
¡Qué amor arriba, y qué dolor abajo!
Nace uno y otro muere: esta es la vida.
¡Asesino de Rosa,
Por quien Rosaura se murió de pena,
Ya ves que es esta vida una cadena
En que nace una cosa de otra cosa;
Y por eso sin duda al cielo plugo
Que sea en esta noche tan serena
Dios tu juez, Rosalía tu verdugo!
¡Qué burla tan amarga de la suerte!
Nada se pierde, Julio, ni se olvida.
Hoy la nieta de Rosa, al darte muerte,

Une el fin y el principio de tu vida.
¡Adiós! Se hunde la losa, gime y reza;
Aprovecha piadoso
El último momento luminoso
Que nos presta al morir naturaleza.
¡Adiós! ¡Adiós! Tu amor era un delirio.
Pide al cielo piedad y muere en calma.
¡Tal vez Dios te perdone, pues que tu alma
Llegó á la expiación por el martirio!—
Y al soñar que la luna así le hablaba,
Metido en aquel lecho de Procusto
El semblante de Julio ya tomaba
La térrea y fría palidez de un busto,
Diciendo, porque á Rosa recordaba,
En vez de blasfemar:—¡El cielo es justo!—
Y al trasponer la cima de un vallado,
La luna parecía
Que recordando á Julio su pasado
—¡La expiación!...—cruel le repetía.

X.

Y en tanto que seguía indiferente
La luna su camino,
Y que arriba y abajo eternamente
Marchaba cada cosa á su destino,
Ni sentados ni en pie, medio apoyados
Para contarse el fin de algún secreto,
Derriban los amantes por completo

Del banco los cimientos socavados.
¡Y en el fatal momento
En que al peso insufrible del asiento
Los poros de sus miembros aplastados
Brotaban un sudor sanguinolento,
A tientas Rosalía y vacilante
Para hacer más graciosa una postura,
Sobre el rostro de Julio agonizante
Con el pie se asegura;
Pisa, se afirma, la sedienta boca
Del moribundo con el pie sofoca;
Suena un ruido, la losa desprendida
Aplasta á Julio en su mortal caída;
Y siendo á un tiempo muerto y enterrado,
Besó el pie que le ahogaba, el desdichado,
Con el último aliento de su vida!

ESCENA V.

El alma en venta.

JULIO.—SATANÁS.

Así con Satanás Julio habló un día:
—Quieres comprarme el alma?—Vale poco.
—Tan sólo por un beso la daría.
—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
—La compras?—No.—Por qué?—Porque ya es mía.

DICHAS SIN NOMBRE

POEMA EN UN CANTO

Al popular escritor

EL SR. D. RAMON DE NAVARRETE Y LANDA (Asmodeo)

su antiguo amigo y compañero

El Autor.

DICHAS SIN NOMBRE.

I.

Lo tengo bien presente.
La quinta de Pombal, honra del Tajo,
Se encuentra río abajo, río abajo,
Saliendo de Lisboa hacia el Poniente.
En Portugal los sueños son pasiones;
Y en el bello jardín que os he nombrado,
Hecho por algún sabio enamorado
Del arte de avivar las tentaciones,
Un día, el más hermoso de mi vida,
Niñas bellas y jóvenes rendidos,
Jugamos á escondernos, y en seguida
A volvernos á hallar bien escondidos.

II.

¡Cuánta divina cosa
Se agolpa á arrebatarnos el reposo

En esa edad dichosa
En que es encantador lo peligroso!
Así una inglesa, hasta dar miedo, hermosa,
En aquel día para mí dichoso,
Merced á la bondad de cierta prima
Que me dió cierta fama de poeta,
Al verme se animó, como se anima
Al soplo del Abril la violeta;
Y siendo aquella vez la vez primera
Que del amor la música escuchaba,
La niña me miraba
Poniendo en su mirada el alma entera;
Pues su candor, que era su grande encanto,
Era tan ultra-inglés, que todavía,
Teniendo ya quince años, no sabía
Por qué los hombres la miraban tanto;
Y sin saberlo, ardiente,
No os engaña mi lengua si os confiesa
Que en sus labios tenía, aunque era inglesa,
Los mortales perfumes del Oriente.

III.

Yo la miré también con vivo fuego,
Y, después de mirarnos,
Corrimos á escondernos: si bien luego
Jugamos, escondidos, á adorarnos,
Que en el mundo el amor siempre está en juego.
Y, mientras llena de inquietudes ella,

De un rincón del jardín tomó el camino,
Más rápida y más bella
Que una fúlgida estrella
Que corre por los cielos sin destino,
Yo la seguí atrevido
Sintiéndome exaltado
Por el vapor caliente y colorado
Que arroja el Tajo por el sol herido;
Y en un cierto rincón que parecía
A trechos arenal y á trechos prado,
Se escondió bien á espaldas de un vallado,
Para que yo la hallase si quería.
Mas lo que es una infamia, es que aquel día
Me dijo ella su nombre y lo he olvidado;
Y no encuentro manera,
Por más que la conciencia me remuerde,
De recordalo ahora, que era... que era...
Ya lo diré después cuando me acuerde.

IV.

No sé bailar como se baila hoy día;
Mas llegué hasta á bailar con elegancia
Cuando yo, á los veinte años, escribía
Mis versos para el uso de la infancia;
Y hoy todavía entiendo
Que á correr (no á bailar) nadie me gana,
Aunque ya voy teniendo
Bastante edad para morir mañana.

Por eso corrí tanto, aunque sentía
Mis nervios por el rayo sacudidos,
Cuando al irse á esconder ella corría
Como una cierva al escuchar ladridos.
¿Si por estos pueriles devaneos
Me mirará, algún día, el cielo airado,
Como miran los jueces á los reos?
¿Por qué el tener amor será pecado?
¿Qué mal harán á Dios nuestros deseos?

V.

Y aunque es fama que, ardiente y seductora,
Coge el saber la adolescencia al vuelo
Y mira con placer, cuando lo ignora,
Cuánta ciencia se aprende en una hora,
Si es la hora marcada por el cielo,
Echando entonces del pudor el velo
Ni de una sola esquina
Tiraron mis amantes inquietudes,
Pues siempre, entre ella y yo, la muselina,
Haciendo una aspillera de virtudes,
Levantó una muralla de la China.

VI.

Sólo una vez, al estrechar su mano,
Robó de mis entrañas el sosiego
Un poco de aquel fuego
Que ha enterrado á Pompeya y á Herculano.

Víctima del mutismo
Que da el amor, cuando en la fiebre toca,
Se quedó en celestial sonambulismo;
Y no pudiendo hablarme con la boca,
Me hablaba con los ojos, que es lo mismo.
¿Estaba ella en el mundo? Lo ignoraba...
Mas ¿cómo se llamaba?... Se llamaba...
¿Echarán nuestros nombres en olvido,
Lo mismo que los hombres, las mujeres?
Si olvidan, como yo, los demás seres,
Este mundo, lector, está perdido.

VII.

Después quiso el destino
Que por un claro enorme que tenía
Aquel vallado pérfido de espino,
Se asomase una faz que parecía
Conservada en espíritu de vino;
Y era la cara extraña
De la madre dichosa de la inglesa,
Que á aquel sol, que es igual al sol de España,
Tomaba esa apariencia de la araña,
Pronta siempre á caer sobre su presa,
Y que, creyendo un crimen descubierto,
Me parecía con la boca abierta
La hiena que olfatea carne muerta
En el viento que sopla del Desierto:
Mas la joven, prudente,

Fingió serenidad con tanta gracia
Ante el horror de la acritud materna,
Que me hizo ver que, cuando se ama y siente,
En materias de amor y diplomacia
Cualquiera niña es *la mujer eterna*.

VIII.

Mientras la madre á su malicia atenta
Me echaba unas miradas de soslayo,
Miradas mitad sal, mitad pimienta,
La niña, traspasada,
Como quien siente el látigo de un rayo,
Se volvió del jardín hacia la entrada,
Velados de estupor sus ojos bellos,
Roja la frente, pálida la boca,
Y además llenos de heno los cabellos,
Aunque no, como Ofelia, por ser loca;
Y mirándonos fuimos á hurtadillas,
Cuando ya, huyendo el sol de las estrellas,
Nos volvió á la ciudad, entre otras bellas,
Un coche empavesado de sombrillas.
Y en tanto que en la eléctrica corriente
De sus calores vírgenes se ahogaba,
Besaba con mis ojos santamente
A la niña gentil, que se llamaba...
¡Oh malhadado olvido!
Para sacar del fondo de mi historia
Su nombre en mis entrañas escondido,

En vano reavivando mi memoria,
Con mi tambor, por la metralla herido,
Toco llamada á mi perdida gloria!

IX.

Y cuando el hado adverso
Me arrebató hacia España al otro día,
Lo mismo que Rousseau, cuando sentía,
Me ahogaba en la extensión del universo.
Y ¡lo que es el amor, divino cielo!
Aunque olvidé su nombre,
De pensar si habrá amado á algún otro hombre
Casi frunzo las cejas como Otelo.
¿Se habrá casado? ¡Oh pensamiento horrible!
¡Cómo arde mi cabeza! ¿Estaré loco?
¿Si habrá muerto de amor? Es muy posible;
¡Los niños muy precoces viven poco!

¿Qué habrán hecho los años envidiosos
De aquella imagen de serena frente,
Con uno de esos rostros candorosos
Que hacen pecar á un hombre mortalmente?
¿Acaso en este crítico momento
Mandará un regimiento
De héroes futuros, cual su madre, hermosos,

Como una valerosa coronela,
Sorda al ruido del fuego y de las balas?
Y como el tiempo vuela,
¿Formará entre las viejas generalas?
¡Generalas!... Esto es, ¿será ya abuela?
¿Será abuela la niña encantadora
Que... (esperad que me acuerde) se llamaba...
¡Diera un millón por recordar ahora
Su nombre... que acababa... que acababa...
No sé bien si era en *ira* ó si era en *ora!*

XI.

Estoy desesperado
Al ver cuánta lectora,
Viendo mi olvido, exclamará:—¡malvado!—
¡Malvado! Sí, señora;
Pero yo, ¿qué he de hacer si lo he olvidado?
Mas ¿seré el primer hombre
Que se olvidó de una mujer querida?
¡Ay! Yo bien sé que el olvidar su nombre
Es la eterna vergüenza de mi vida.
¡Dejad que á gritos al verdugo llame!
¡Que me arranque á puñados el cabello!
¡Soy un infame, sí, soy un infame!
¡Ahórcame, lectora: he aquí mi cuello!

XII.

Mas si he de ser ahorcado
Por alguna mujer que, consecuente,
El nombre de un amor no haya olvidado,
Entonces, confiado,
Aun pudiera vivir eternamente.
Pero quiero morir, ¡oh rabia! ¡oh mengua!
¡No hay tormento más grande para un hombre
Que el no poder articular un nombre
Que se tiene en la punta de la lengua!
¡Oh tú, mi antiguo fiador, el viento!
Dí á todos, pues lo sabes,
Cuántas veces mi amor de pensamiento
La remitió memorias por las aves.
Recuérdale á mi oído,
Canoro ruiseñor de la enramada,
El mágico sonido
De aquel nombre olvidado, aunque querido!
¿Era Sara?...¿Era Emma?... Nada, nada,
¡No sale, aunque lo tengo aquí escondido!

FIN.

LAS FLORES VUELAN

POEMA DRAMÁTICO.

PERSONAJES.

CLARA, *viuda.*
JUSTINA, *su doncella.*
SIMONA, *su planchadora.*
EL CONDE DEL ESPLIEGO.
ALEJO, *su ayuda de cámara.*
GUSTAVO, *poeta.*
MÁSCARAS, etc.

LUGAR DE LA ESCENA.

El teatro representa la galería de un baile de máscaras. La música se oirá más ó menos distintamente durante toda la representación.

LAS FLORES VUELAN.

ACTO ÚNICO.

ESCENA PRIMERA.

GUSTAVO.—SIMONA.

(Los actores se pondrán ó quitarán la careta, según lo exija la necesidad de la representación.)

SIMONA.

¡El baile está esplendente!

GUSTAVO.

Me avergüenzo de verme entre esta gente.
Vertida aquí la población entera,
Rueda como si fuera
Una tromba marina,
Dando y llevando, al ir por donde quiera,
Los codazos que daba Mesalina.

SIMONA (*aparte*).

(¡Qué joven tan sabido!
No extrañaré en conciencia
Que después de estos trozos de elocuencia
Tenga un rato de tos muy merecido.)

GUSTAVO.

Aunque es ya mi pobreza tan visible,
Con este dominó no se ve nada
De mi frac de color indefinible.

SIMONA.

Vuestra casaca nueva está aviejada.

GUSTAVO.

Lo malo es que la vieja está inservible.
¡Sentir la inspiración, ser caballero,
Y no tener un céntimo, Dios mío!

SIMONA.

Es verdad: el talento, sin dinero,
Es un horno sin fuego, que da frío.
Pero no ha de faltar quien os proteja
Mientras puedan planchar las manos mías.

GUSTAVO.

Tenéis razón, sois cariñosa y franca.
De vos mi gratitud no tiene queja;
Os debo el hospedaje de unos días;
Me planchái con primor la ropa blanca,
Y me volvéis muy bien la ropa vieja.

SIMONA (*aparte*).

(¡Es buen muchacho! y mi postrer maniobra
Será hacerle mi esposo,
Porque, aunque tiene ingenio que le sobra,
Es mucho más ingenuo que ingenioso.)

GUSTAVO (*aparte, mirando hacia el salón*).

(Tan sólo una esperanza
En su miseria mi talento alcanza.
La busco inútilmente hace una hora.
Tal vez sea el remedio de mis males
El hada encantadora
Que escucha con piedad las ansias mías,
Y que va á hacer un mes y algunos días
Que la colmo de amor y madrigales.)
Conque á bailar, Simona, y con prudencia;
No sea que algún pillo...

SIMONA.

¿Dónde hay pillo mayor que mi inocencia?
(*Aparte.*) (Es tan casto y sencillo,
Que tiene un mal recuerdo en su existencia,
Porque me vió una vez hasta el tobillo.)

GUSTAVO.

Os digo esto...

SIMONA.

Es inútil vuestro empeño,
Porque soy tan honrada,
Que si encuentro una cosa, busco al dueño
Y se la vuelvo, aunque no valga nada.

GUSTAVO.

Es en un baile tan continuo el roce...

SIMONA.

¿Estoy acaso en Babia?
Yo soy, aunque ninguno lo conoce,
Menos en la gramática, una sabia.

ESCENA II.

GUSTAVO, SIMONA.—Después CLARA,—Sucesivamente ALEJO, el CONDE y JUSTINA.

(Los actores se colocarán entre otras máscaras, formando una especie de semicírculo del modo siguiente: Gustavo á la derecha del espectador, Clara, el Conde, Justina, Alejo y Simona que, delante del proscenio, ya estará cerca de Gustavo.)

(*En un grupo.*)

GUSTAVO.

¡Mi Clara!

CLARA.

¡Mi poeta!

GUSTAVO.

Ya, junto á vos, mi corazón reposa.

CLARA.

Perdonad, se me cae la careta...

GUSTAVO.

Distracción excusable en una hermosa.

CLARA.

Pronto me visteis.

GUSTAVO.

Sí, por los reflejos.

CLARA (*aparte*).

(Echo reflejos... ¡ay!... no lo sabía.)

GUSTAVO.

Os conocí al miraros desde lejos,
Cual se conoce al sol del mediodía.

(*En otro grupo.*)

ALEJO.

¿Simona?

SIMONA.

Por venir más distrazada,

Vengo vestida de beata honrada;
Y aquí no me llaméis «Simona mía».
Hoy mi nombre de guerra es «Atalía».

ALEJO.

¿Quién es el que os hablaba?

SIMONA.

Es el poeta.

ALEJO.

¡Ah! sí, vuestro pupilo: el poetastro.

SIMONA.

Va á buscar, como un perro, por el rastro
Virtudes con olor á violeta.

(*En otro grupo.*)

JUSTINA.

¿Quién soy?...

CONDE.

Una mujer divina.

JUSTINA.

Soy Tina, abreviatura de Justina.

CONDE.

Estoy de eso, y de todo, en el arcano.
¡Sublime criatura!
¡Qué virtud! qué candor! qué pie! qué mano!
Y todo en la mayor abreviatura.

JUSTINA.

Tenéis conmigo un proceder ambiguo;
Y sé muy bien, y no por experiencia,
Que se ama más lo nuevo que lo antiguo.
Dudando si me amáis, á veces lloro.

CONDE.

Clarísima doncella,
Vuestra ama es rica, y me uniré con ella.
Pero á vos, aun casándome, os adoro.
¿Quién habla de llorar á estas alturas?
Tina, y Tina querida,
¿No sabéis, como yo, que se halla el oro
En el fondo de todas las pinturas
De todas las escenas de la vida?

(*En otro grupo.*)

CLARA (*aparte.*)

(Ni siquiera imagino
Cómo existe á su edad tanta inocencia.)

GUSTAVO.

Ha sido vuestra entrada en mi existencia
La llegada de Dios á mi destino.

CLARA (*aparte, mirando hacia el grupo en que está el Conde*).

(Me alegro; el Conde allí. Veré si ahora
En la carnada de los celos muerde,
Y en su pecho de viejo, y viejo verde,
Deslizo alguna duda roedora.)

GUSTAVO (*sacando una camelia del sombrero*).

Doy esta flor que guardo en el sombrero
A la mujer del mundo á quien más quiero.

CLARA.

¿La guardáis para mí? Mi dicha alabo.

GUSTAVO.

Os juro que vos sola
Sois digna de este honor.

CLARA.

Y á vos, Gustavo,
¿Qué flor os negaría su corola?

GUSTAVO.

Os la doy en memoria...

CLARA.

Sí, ya entiendo, en memoria de aquel día...

GUSTAVO.

Tomad, mi gloria.

CLARA (*tomando la flor*).

Hasta después, mi gloria.

(*Se aleja mirándole.*)

GUSTAVO.

¡Oh ventura! Me ha dicho ¡gloria mía!

(*En otro grupo.*)

ALEJO.

¿De dónde es ese mozo?

SIMONA.

Un provinciano.
Debe ser un gallego algo asturiano.

ALEJO.

Y el pillastre no es feo.

SIMONA.

Es muy guapo, y tan listo,
Que cuando escribe versos, y los leo,
Me recuerda unas cosas que no he visto.

ALEJO.

¡Cuidado!...

SIMONA.

¡Es tan afable!...

ALEJO.

Mira que los poetas no son buenos.

SIMONA.

Como tengo esta fama de impecable,
Nadie me dice nada, ó poco menos.

GUSTAVO (*mirando de lejos á Clara*).

¡Con qué bondad tan bien acentüada
Me acarició, al partir, con la mirada!

ALEJO (*aparte, poniéndose un cigarro en la boca y acercándose á Justina*).

(Por si al hablar con Tina, cual presumo,
Me pongo de vergüenza colorado,
Me ocultaré la cara tras el humo
De este habano imitado.)

JUSTINA (*aparte, viendo acercarse á Alejo*).

(Si ha conocido á su amo, y se me enfada...
No ha conocido nada.
¡Oh, qué hombres tan sencillos!
¡Todo ha degenerado, hasta los pillos!)

ALEJO.

¿Pensáis en Dios, hermosa?

JUSTINA.

No pienso en Dios, que pienso en otra cosa.

ALEJO.

¿En qué pensáis?

JUSTINA.

Como futura esposa,
Pensando en nuestros cortos intereses,
Tengo *spleen*, como dicen los ingleses.

ALEJO.

Lo ahorrado ya...

JUSTINA.

No es tren que corresponde
A la ayuda de cámara de un Conde.

ALEJO

¿Pensabais algo más, Tina querida?

JUSTINA.

Pensaba que, en estando establecida

A todo halago de los hombres sorda,
Pasaré entretenida,
Como muchas señoras, esta vida
Pensando en no ser flaca ni ser gorda.

ALEJO.

¿Y en qué más, y en qué más?...

JUSTINA.

Pensaba, en suma,
Que me voy á casar probablemente
Con un bribón del género corriente
Que jura, bebe, juega...

ALEJO.

Fuma...

JUSTINA.

Y fuma.

(*En otro grupo.*)

CONDE.

¿Clara? No hay quien os vea.

CLARA.

No me he vestido bien; estaré fea.
Os traía esta flor... (*Dándole la camelia*).

CONDE.

¡Oh, don divino!
Yo estoy loco de amor.

CLARA.

¡Ah! no imagino.
Que el Conde del Espliego llegue á loco.
(*Aparte.*) (Veo por el olor que no agua el vino.
Como es tan gran señor, beberá un poco.)

CONDE.

Tengo celos.

CLARA.

¿De veras?
Y ¿de quién?

CONDE.

De ese joven que está enfrente.

CLARA.

¿De aquel adolescente
Que aun se corta las barbas con tijera?

CONDE.

¿Dónde habéis á ese joven conocido?

CLARA.

Es un pobre estudiante
Que una moza que plancha ha recogido;
Que me hizo un madrigal muy divertido
Del género llorón y suplicante.

CONDE.

Algo más os haría...

CLARA.

Es verdad; cierto día
Me ha escrito el inocente
Otros versos un poco subversivos,
Y en ellos me decía
Que me adoraba interminablemente,
Añadiendo unos puntos suspensivos.

(*En otro grupo.*)

SIMONA (*á Gustavo*).

La que hablasteis, Gustavo, es la señora.
Yo soy su planchadora.

GUSTAVO.

Pues planchádnosla bien.

SIMONA.

Os daré gusto.
¡Mucho almidón, y mucho fuego!...

GUSTAVO.

Justo.

CLARA (*aparte, alejándose del Conde*).

(A este viejo Narciso
Hay que asirle con uñas afiladas.
Inquietarle con celos es preciso.
Está más indeciso
Que un zorro entre dos puertas entornadas.)

CONDE (*mirando alejarse á Clara*).

¡Si viese Clara bella

Que regalo esta flor á su doncella!...

CLARA (*mirando al Conde*).

(¡Cómo mira! Si no es aprensión mía,
Se ablandará el ingrato.
Ya está el Conde lo mismo que estaría,
Viendo un nido de tórtolas un gato.)

GUSTAVO.

Por caridad os ruego
Que tanto amor vuestra bondad no irrite.
¿Cuándo no amó la luz un pobre ciego?

CLARA (*aparte*).

(¡Qué humildad! ¡Qué pasión! Esto derrite.)

(*En otro grupo.*)

CONDE.

Tomad la vida como Dios la ha hecho.

JUSTINA.

Estoy celosa como buena amante.

CONDE.

Poned, Justina, esta camelia al pecho,
Y juntaréis lo hermoso á lo elegante.

JUSTINA.

Gracias mil. ¿Conque tengo mejor cara
Que mi ama doña Clara?

CONDE.

Sí.

JUSTINA.

Pero es rica, y tiene tanta suerte
Que á los hombres que la aman con delirio
En santos los convierte.

CONDE.

¿Cómo?

JUSTINA.

Está claro; dándoles martirio.
(*Aparte.*) (Dejando al Conde muerto de sensible,
Daré esta flor á su criado Alejo.

Con estos dos tunantes me manejo
Con una diplomacia irreprensible.)

CONDE (*aparte*).

(Habla mucho, y muy mal: esto es que debo
Tener su lengua entre sus pies sujeta.
La enredaré, para que esté bien quieta,
En la inmensa amplitud de un traje nuevo.)

ALEJO (*viendo acercarse á Justina*).

¡Oh, qué flor y en qué manos seductoras!

JUSTINA.

¿Esta flor? Esta flor os la he comprado
En cambio del reló que me habéis dado,
Y que es cápaz de señalar las horas.

ALEJO.

Esto me prueba...

JUSTINA.

Que esa criatura
Nunca debió soñar en la ventura
De conquistar una mujer como ésta,
Que cree, lo mismo que si fuese un cura,

Que vale la virtud lo que nos cuesta.

ALEJO (*aparte*).

(Es una santa, como soy Alejo.)

JUSTINA (*aparte*).

(El día en que se case mi ama Clara,
Al Conde me lo dejo,
Y me caso con éste hecha una fiera.
¡Vamos, no sé, si yo no me casara,
Adónde pararía mi carrera!)

(*En otro grupo.*)

GUSTAVO.

¡Que sea eternamente bendecida
Esa mirada que mi ser redime,
Decidiendo del resto de mi vida!

CLARA (*aparte*).

(No lo entiendo esto bien, pero es sublime.)

GUSTAVO.

Os amaré, lo juro,
Como vos, sin doblez y sin engaños.
Para toda alma pura, todo es puro.

CLARA (*aparte*).

(¡Oh abril encantador de los veinte años!)

GUSTAVO.

Es para mí el amor cosa tan santa,
Que en tan loca embriaguez y en dicha tanta
Os consagro mi vida y mi albedrío...

CLARA (*aparte*).

(¡Después de esto, la mar! ¡la mar! ¡Dios mío!)

GUSTAVO.

Sólo por vos, sería mi deseo
Ser rico, ¡ser muy rico!...

CLARA (*aparte*).

(De veras que este chico,
Visto con buena voluntad, no es feo).
¡Ay, Gustavo! El tener no importa nada.
Yo soy viuda... porque fuí casada;
Mi marido tenía,
Y me hizo, sin embargo, desgraciada.

GUSTAVO.

Lo siento.

CLARA.

Fué un bolsista acreditado,
De aplastada nariz, de sien enjuta,
De candidez astuta,
Terrible variedad del hombre honrado;
Mas cuando iba á empezar su vida honrada,
Se murió de una fiebre mal curada.
¡Ah! perdonen los cielos
A aquella alma metálica y piadosa
Que, al juzgarme capaz de cualquier cosa,
Cayó en el prosaísmo de los celos.

GUSTAVO.

¡Qué aprensión!

CLARA.

Él ha muerto, pero al cabo
No ha de faltar quien consolarme pueda.
En amor y en política, Gustavo,
Se muere un rey, pero la patria queda.
¡Adiós! (*Aparte.*) (Veré si el Conde, como pienso,
Siendo mío por fin, quiere ser rico,
Antes que esté mi corazón propenso

A hacer con este chico
De expresiones de amor un gasto inmenso.)

(*En otro grupo.*)

ALEJO.

Viéndoos todos los días,
Por semana os daré siete alegrías.

SIMONA.

De celos, esa Tina del infierno
El corazón me abrasa.

ALEJO.

¡Ay Simona!... ó Atalía, el tiempo pasa;
Pero no pasa en vano.
En la vejez es menester pan tierno,
Y el invierno se va, vuelve el verano,
Y cuando éste da fin, vuelve el invierno.
Toma. (*Dándole la camelia.*)

SIMONA.

¡Ay qué flor!...

ALEJO.

Si Tina lo recela,

Como tiene un humor tan iracundo...

SIMONA.

No tengáis miedo; en cosas de este mundo
Alcanzo tanto ya como mi abuela.

ALEJO.

En cuanto aquel galán, tened presente
Que me fastidia soberanamente.

SIMONA.

Él es tan bueno como vos ingrato.

ALEJO.

Pues casaos con él.

SIMONA (*aparte*).

(¡Ay! de eso trato.)

(*En otro grupo.*)

CLARA.

¿Conque sabéis amar?...

CONDE.

Con fanatismo.

CLARA (*aparte*).

(Seré condesa; llevaré su nombre.
Y eso que está para casarse este hombre
Mucho peor de lo que piensa él mismo.)

(*En otro grupo.*)

SIMONA.

Señor Gustavo, aunque es una locura,
Recordaros quisiera
Que ocupada hace tiempo en mi ternura,
Se me olvidó casarme, y soy soltera.

GUSTAVO.

Gracias por la noticia.

SIMONA.

Lo digo, no sin falta de malicia.

GUSTAVO.

¿Una malicia?

SIMONA.

Sí; y en su memoria
Os regalo esta flor: tomad, mi gloria.

GUSTAVO (*con extrañeza al tomar la camelia*).

¡Calle! ¡Mi flor! ¿No es mi presente? El mismo.
¡Oh juego vil de la perfidia humana!
¡Entró como el Guadiana en un abismo,
Y volvió á salir de él como el Guadiana!

SIMONA (*aparte*).

(¿Luego ha dado esa flor á otra primero
Y después vino á mí? ¡Mal caballero!)

GUSTAVO.

A este golpe fatal de la experiencia,
Todo el palacio de mis sueños cae.
Doy á aquélla una flor, y ésta la trae.
¡Esto enciende una luz en mi conciencia!

CLARA (*aparte, mirando al Conde*).

(Ya dió el Conde mi flor, mas no me quejo.)

CONDE (*mirando á Justina*).

Ya no tiene Justina mi presente.)

JUSTINA (*mirando á Alejo*).

(¿Y la flor que dí á Alejo?)

ALEJO (*mirando á Simona*).

(Simona dió mi flor. ¡Ah, delincuente!)

GUSTAVO (*á Clara, escondiendo la camelia*).

El presente que os dí corrió instantáneo
Un largo derrotero subterráneo.
¿No es bien que—¡infame!—con razón os llame?
(*Le vuelve la espalda.*)

CLARA (*haciendo que busca la camelia*).

Dejadme ver... (¿Qué haré? No sé lo que haga.)
(*Pasando rápidamente por el lado del Conde como buscando la camelia.*)
Conde, sois un infame. (*Le vuelve la espalda.*)
(*Aparte*). (Si se casa conmigo, me la paga.)

CONDE (*haciendo también como que busca la flor*).

Sí, sí, dejadme ver... (No sé lo que hago.

Si me caso con ella, se la pago.)
(*A Justina.*) Tina, por más que os ame,
Os tengo que decir que he descubierto
Que sois...

JUSTINA.

¿Muy consecuente?

CONDE (*volviéndole la espalda*).

Muy infame.

JUSTINA (*aparte*).

Esto me irrita mucho, porque es cierto.
Mas ¿quién será el traidor? Alejo ha sido.
(*A Alejo.*) ¡Infame seductor, me habéis vendido!
(*Le vuelve la espalda.*)

ALEJO (*aparte*).

Son tan justas sus quejas,
Que ya siento el rubor en las orejas.
Mas ¿quién me habrá vendido?
¿Si habrá sido Simona? Por si ha sido,
Bueno es que en ella mi rencor derrame:
(*A Sim.*) ¡Me habéis vendido, seductora infame!
(*Le vuelve la espalda.*)

SIMONA.

¿Yo una infame? ¡Qué escucho!
Oir esta verdad me duele mucho.
¿Qué extraño es que venganza al cielo clame?
¿Señor Gustavo?

GUSTAVO.

¿Qué?

SIMONA.

¡Sois un infame!

GUSTAVO.

¿Qué escucho? Esto es para que el juicio pierda.
Mando una flor ufano
Diciendo—gloria—por la diestra mano,
Y—gloria—y flor me vuelven por la izquierda.
Luego un—infame—suelto,
¡Y es como un eco á mis oídos vuelto!
¡La voz como la flor cruzó el abismo!

CLARA (*aparte, mirando al Conde*).

(El Conde es siempre el mismo.)

CONDE (*mirando á Justina*).

(¿Quién me diera saber á qué persona?...)

JUSTINA (*mirando á Alejo*).

(Estoy de celos llena.)

ALEJO (*mirando á Simona*).

(¿A quién daría aquella flor Simona?)

SIMONA (*mirando á Gustavo*).

(¡Bribón!)

ALEJO (*mirando á Simona*).

(¡Bribona!)

JUSTINA (*mirando á Alejo*)

(¡Oh, qué bribón!)

CONDE (*mirando á Justina*).

(¡Bribona!)

CLARA (*mirando al Conde*).

(¡El Conde es un bribón!)

GUSTAVO (*mirando á Clara*).

(Clara no es buena.)

CLARA (*mirando al Conde*).

(¡Hombres falsos!)

CONDE (*mirando á Justina*).

(¡Mujeres perniciosas!)

JUSTINA (*mirando á Alejo*).

(¡Miserable!)

ALEJO (*mirando á Simona*).

(¡Coqueta!)

SIMONA (*mirando á Gustavo*)

(¡Miserable!)

GUSTAVO (*reflexionando*).

¡Todo esto es un enigma indescifrable!
¡La vida es el misterio de las cosas!
Y, pues amo á los pérfidos tan poco,
Aunque me llamen loco,
Pondré en claro este arcano, porque, en suma,
Mas que al mismo huracán temo á la bruma.
(*A Clara*) ¿Y mi flor?

CLARA.

Voy á ver... Se habrá perdido...
(*Haciendo como que la busca se acerca al Conde con disimulo.*)
¿Conservaréis mi flor?

CONDE.

¿La habrán robado?...
(*A Justina.*) ¿Qué ha sido de mi flor?

JUSTINA.

No sé qué ha sido...
(*A Alejo.*) ¿Y mi flor? ¿Y mi flor?

ALEJO.

¡Ay, la he olvidado!...

(*A Simona.*) ¿Tenéis ahí mi flor?

SIMONA.

Sí, la he tenido...
(*A Gustavo.*) Devolvedme mi flor.

GUSTAVO.

¿Quién os la ha dado?

SIMONA.

Me la ha dado... no sé... se me ha olvidado.

GUSTAVO.

¿Y quién os la ha pedido?

SIMONA.

No sé... me la pidió... me la ha pedido...

GUSTAVO (*aparte*).

Voy á hacer otra prueba.
(*Dando la flor á Simona.*) Tomad.

SIMONA.

¡Gracias!

GUSTAVO (*aparte*).

(La flor de nuevo envío,
Para observar qué viento se la lleva.)

SIMONA (*después de ocultar la camelia bajo el manto se la da á Alejo con disimulo*).

La camelia, bien mío.

GUSTAVO (*sin separar la vista de Simona*).

Pronto veré si sube como baja.

ALEJO (*á Justina*).

Mi bien, tomad la alhaja.

SIMONA (*aparte*).

(¡Cómo mira! Es que ignora
Que el que más mira menos ve...)

GUSTAVO (*aparte*).

(¡Traidora!
No te pierdo de vista.
Terco á esa flor la seguiré la pista.)

JUSTINA.

Tomad, Conde, la flor.

CONDE.

¿La flor? ¡Qué he oído!

JUSTINA.

La tenía enredada en el vestido.

SIMONA (*mirando con disimulo á Gustavo*).

(Llegó, como celoso, al triste estado
De un hombre que, espiando, es espiado.)

CONDE (*á Clara*).

Tomad la flor.

CLARA.

Conde, ¡me maravillo!...

CONDE.

La metí distraído en el bolsillo...

CLARA.

¿Y la hallasteis al cabo?...
Muy bien, Conde, muy bien...
(*Mientras Gustavo permanece con la vista fija en Simona, Clara le coloca la camelia en la mano izquierda.*)
Tomad, Gustavo.

GUSTAVO.

(¡Santo Dios! ¡Santo fuerte!)

SIMONA (*aparte*).

(Ya á Alejo contenté, ¡no es poca suerte!)

ALEJO (*aparte*).

(¡Ya sonríe la pícara Justina!)

JUSTINA (*aparte*).

(A ese tuno de Alejo,
Si la flor no me vuelve, me lo dejo.)

CONDE.

(Pues es muy fiel, aunque es muy raro, Tina.)

CLARA (*aparte*).

(Es, como todos, regular el Conde.)
(*Se acerca á hablar con él.*)

GUSTAVO (*reflexionando*).

La flor que fué, volvió. ¿Cómo?... ¿Por dónde?...
(*Vuelve á guardar con rabia la flor en el sombrero.*)

CLARA (*al Conde*).

¿Es decir que he de ser precisamente
Poetisa ó Condesa?

CONDE.

¿Poetisa decís? ¿Qué cosa es ésa?

CLARA.

Poetisa es casarse con Apolo,
Un buen mozo que toca como él solo.

CONDE.

Pues escoged: al Conde, ó al poeta.

CLARA.

Entre él y vos ¿quién á dudar se atreve?
Yo soy una completa
Filósofa del siglo diez y nueve.

CONDE.

Pues le voy á decir...

CLARA.

¡Qué bobería!
Yo le hablaré, pues soy quien le abandona.
Hablarle vos, podría
Comprometer un poco mi persona.
¿No veis que eso sería,
Como se dice hoy día,
Dejar en descubierto á la corona?

GUSTAVO (*viendo acercarse á Clara*).

(Ella vuelve hacia aquí.)

CLARA (*aparte*).

(¡Firme en la brecha!)

GUSTAVO (*á Clara*).

¿Podré saber por medio de qué arcano,
Lo mismo que una flecha
Volvió á su dueño por la izquierda mano
La misma flor que os dí por la derecha?

CLARA.

¡Ah! ¿Conque fué, y volvió?...

GUSTAVO.

Sí.

CLARA.

¡Quién creyera
Que un objeto robado así volviera!...
La ida es natural, mas la venida...
Vamos, parece un sueño.

GUSTAVO.

Llamadle una ilusión desvanecida.
¿Qué corriente esta flor volvió á su dueño?...

CLARA.

¡Qué sé yo! La... corriente de la vida.

Decís bien; ¿quién creyera
Que huyesen con tan rápida carrera
A hurtadillas las flores?
Aunque hay cosas mejores y peores
Que dan de esa manera
Al círculo social la vuelta entera.

GUSTAVO.

Pero un don del amor...

CLARA.

Precisamente
Es el dar una flor, indiferente.

GUSTAVO.

¡Una camelia, Clara, tan bonita!...

CLARA.

Pero escasa de olores.
Dar una flor, aun al mayor tunante,
Eso, ni da ni quita.
Tan solamente es símbolo el diamante
De los firmes amores.
Después de todo, joven estudiante,
Al amor, el amante
Es lo que al verso el ripio;

El amor, no el amado, es lo importante;
El príncipe no es nada, ante un principio.

(*En otro grupo.*)

ALEJO (*á Simona*).

¡Cuidado! Si te encuentras oprimida
Por un tropel de gente...

SIMONA.

No hay cuidado, que yo toda mi vida
He tenido un pudor intransigente.
Sois un impertinente
En encargarme nada,
Pues yo, naturalmente,
Todo el tiempo que quiero soy honrada.

(*En otro grupo.*)

CONDE.

¡Tina, cuidado!...

JUSTINA.

¡Inútil vigilancia!
No hay hombre que me siga;
Que es tanta y tan terrible mi arrogancia,

Que, como creen en Francia,
Casi llevo un revólver en la liga.

CONDE.

Cierto que nada á la bravura iguala
De esos ojos tan bellos,
Aunque fulgura en ellos
Todo el candor...

JUSTINA (*aparte*).

(De un tigre de Bengala.)

(*En otro grupo.*)

GUSTAVO.

Pero ¡señor!...

CLARA.

Todo eso es muy sencillo.
Cuando una flor las almas alboroza,
Corriendo el mundo entero,
Baja desde el castillo hasta la choza:
Y, cambiando después de derrotero,
Con un allí te cojo, aquí te pillo,
Sube desde la choza hasta el castillo.

GUSTAVO.

Pero, Clara, ¿no os llena de horror santo
Esa flor que volando va en secreto?...

CLARA.

A mí no; ya me dió contra el espanto
Mi madre, siendo niña, un amuleto.
Mas ¡qué idea!... ¿Queréis ganar dinero
Con la flor que guardáis en el sombrero?...

GUSTAVO.

¿Cómo?

CLARA.

Escribiendo versos, y probando,
Ya que sois tan profundo,
Que hay cosas que volando, que volando,
De corazón en corazón pasando,
Dan, en menos de un mes, la vuelta al mundo.

GUSTAVO.

Pues, todavía comprender no puedo...

CLARA.

¿No comprendéis la ida y la venida
Del viaje de esa flor, que es un remedo
Del misterioso viaje de la vida?

GUSTAVO.

A hacer del mundo á la virtud juguete
Mi honor y mi conciencia se rebelan.

CLARA.

Pues debéis escribir un buen sainete,
Que podéis titular: «LAS FLORES VUELAN.»

GUSTAVO.

¿Llamáis sainete á esta feroz tragedia?

CLARA.

Bien, sainete ó comedia.

GUSTAVO.

Esta flor maldecida
Que, en la sombra escondida,
De mano en mano vuela arrebatada,
Que se abisma comprada,

Vuelve á surgir vendida,
Y se vuelve á abismar, y reaparece,
Más bien que una comedia, me parece
Un pasaje de Job sobre la vida!

CLARA.

¡Ahora sí que estoy de espanto llena!
Hablando de ese modo,
Me parece que hacéis la última escena
De un drama en que el verdugo lo hace todo.

GUSTAVO.

Viendo morir la luz de mis amores,
¿No he de perder la calma?
¿Son todas las mujeres cual las flores?

CLARA.

Toda mujer es una flor con alma.

GUSTAVO.

Si eso es verdad, señora, á Dios alabo
Por no haber presentido estos horrores...

CLARA.

Pues estas cosas las veréis, Gustavo,
En donde quiera que se críen flores,

(*En otro grupo.*)

ALEJO (*á Justina*).

Venid con vuestro Alejo
A beber dos botellas de lo añejo.

JUSTINA.

Mas...

ALEJO.

¿No fiáis de mi bolsillo?

JUSTINA.

Nada.
Mas tengo el mío. *¡Allons!* Y cuidadito.

ALEJO.

¿Tampoco confiáis en mí?...

JUSTINA.

Tampoco;
Pues, cual roban las aves
Granito tras granito,

Los hombres, muy süaves, muy süaves,
Nos roban el candor poquito á poco.
(*Se entran al salón de baile. El Conde se pasea.*)

ESCENA III.

DICHOS, menos ALEJO y JUSTINA.

CLARA.

Pues, decía, que el Conde hace una hora
Me ha dicho, oliendo á ponche, que me adora...

GUSTAVO.

¿Qué me decís, señora?...

CLARA.

Y que está por mí muerto
Hace ya muchos años; y por cierto
Que era entonces tan viejo como ahora.

GUSTAVO.

Eso es darme á entender que yo desista...

CLARA.

Tened calma. No sé si os he contado
Que mi esposo el bolsista,
En títulos y en casas me ha dejado
Una inmensa riqueza;
Deuda del personal, consolidado...
Pero entre tantos títulos, no he hallado
Ni un título siquiera de nobleza.

GUSTAVO.

Mas ¿qué tiene que ver mi pecho amante?...

CLARA.

Bien, dicho esto, pasemos adelante.

GUSTAVO (*aparte*).

(¡Mi desgracia es completa!)

CONDE (*aparte*).

(¡Desbancarme un poeta!
¡Un ser de utilidad desconocida!)

CLARA.

Como soy bien nacida,

Que he debido escuchar, bien se os alcanza,
De varios y de vos, enternecida,
Dos mentiras:—amar sin esperanza—
Y—estar desesperados de la vida!—

GUSTAVO.

¿Dos mentiras? ¡Qué escucho!
¿Creéis que mi amor rendido?...

CLARA.

¡Ah! sí ¡el amor! Lo he conocido mucho,
Cuando aun no conocía á mi marido.

GUSTAVO.

Pero, señora...

CLARA.

Acabaré la historia.

GUSTAVO.

Vos, sin duda, perdisteis la memoria...

CLARA.

Tal vez lo que decís es verdadero:

Padecí de unas toses muy nerviosas,
Y creo desde entonces, caballero,
Que tengo en la cabeza un agujero
Por el cual se me pierden muchas cosas.

GUSTAVO.

Pero ¿no recordáis que el otro día?...

CLARA.

¿Dije alguna locura?

GUSTAVO.

¿Locura? yo creía...

CLARA.

Pero ¿quién cree esas cosas, criatura?

GUSTAVO (*aparte*).

(Su frialdad me aterra.
¡Después de abrirme el cielo, me lo cierra!)

CLARA.

Lo que os juro, y os juro, suspirando,
Que mientras por la noche esté velando,

Y mi esposo roncando
Con un sueño completo y concienzudo,
Lleno, muy lleno de dolor agudo,
Vuestros castos y dulces madrigales
Recordará mi pensamiento loco...
Porque siempre en los lechos conyugales,
Cuando uno duerme bien, duerme otro poco.

GUSTAVO.

¡Yo, imbécil, que creía
Que ha de morir el que ama
Por su Dios, por su Rey y por su dama!

CLARA.

¿Morirse por todo eso? ¡qué simpleza!

GUSTAVO.

¿Qué queréis? ¡no sé amar sin poesía!

CLARA.

Si un médico os oyese, os echaría
Chorros de agua bien fresca en la cabeza.

GUSTAVO (*indignado*).

Pues, señora bolsista...

CLARA.

Precisamente la cuestión es esa;
Por eso me decido por el Conde;
Por eso voy adonde
Me llamen:—mi señora la Condesa.—

GUSTAVO.

Pues vaya usted con Dios.

CLARA (*haciéndole una cortesía*).

Hasta la vista.

GUSTAVO (*aparte*).

(¡Ser gran señora! La cuestión es esa.)

CONDE (*aparte, cogiendo del brazo á Clara*).

Ya soy rico. ¡He triunfado!

CLARA (*aparte*).

(¡Gracias á Dios! Por fin seré Condesa.
Es viejo, pero está mal conservado.)
(*Entran en el salón de baile Clara y el Conde.*)

ESCENA IV.

GUSTAVO.—SIMONA.

SIMONA.

Vengo á hablaros, Gustavo.

GUSTAVO.

Hablad, Simona.

SIMONA.

¿Me tenéis por amiga?

GUSTAVO.

Y por patrona.

SIMONA.

Es igual nuestra suerte.

GUSTAVO.

¿Cómo igual?

SIMONA.

Porque el que escribe ó plancha...

GUSTAVO.

Es verdad, es verdad, se quema ó mancha.

SIMONA.

Y el débil se hace infame.

GUSTAVO.

Y grande el fuerte.

SIMONA.

He pensado una cosa.
No quiero callar más; yo soy muy llana.
¿Me queréis por esposa?

GUSTAVO.

Yo soy muy llano; no, beata hermosa.

SIMONA.

¿Y por qué?

GUSTAVO.

Porque no me da la gana.

SIMONA.

¿Pero es verdad, Gustavo?

GUSTAVO.

Sí, Simona.
No os quiero por mujer, ni por patrona.

SIMONA.

¡Se muda de mi casa, y no se casa!

GUSTAVO.

No me caso, y me mudo de su casa.

SIMONA.

Pues debíais casaros.

GUSTAVO.

Con la gloria.

SIMONA.

¿Y quién es esa joven?

GUSTAVO.

Una vieja.

SIMONA.

Rica, ¿es verdad?

GUSTAVO.

Tanto, patrona mía,
Que estropeáis sin piedad la ortografía,
Que toda su familia de inmortales
Va poblando, al morir, los hospitales.

SIMONA.

Tendríais en mis manos un apoyo.

GUSTAVO.

No quiero depender de vuestra plancha.

SIMONA.

¿Dónde os mudáis?

GUSTAVO.

Al medio del arroyo.

SIMONA.

Muy buena casa.

GUSTAVO.

Al menos es bien ancha.

SIMONA (*aparte*).

(Otro chasco, ¡por vida!...
Este golpe me ha herido como un rayo.
¿Me desmayo?... No, no, no me desmayo,
Pues tengo una galop comprometida.)
(*Se dirige al salón de baile.*)

GUSTAVO.

Metedme en un pañuelo el equipaje.

SIMONA.

Cuando vuelva á mi casa. ¡Adiós!

GUSTAVO.

¡Buen viaje!

ESCENA V.

GUSTAVO.—Grupos de máscaras.—Después CLARA.

GUSTAVO.

¡Otra ilusión perdida!
¡Suerte común de grandes y pequeños!
¡Siempre que el viento sopla en nuestra vida,
Va, más que nubes, arrastrando sueños!
Ya, sin amor ni protección alguna,
¿Qué puedo hacer, Dios mío!
¿Espero con tu ayuda la fortuna,
Ó busco el medio de tirarme al río?
(*Empiezan á atropellarle las parejas bailando.*)
¡Cuánto feliz bailando!
Es que les pesa la conciencia poco.
Faltando aquí al undécimo estorbando,
¿Serán ellos los cuerdos y yo el loco?
Maldigo los placeres
De este hormiguero de hombres y mujeres;
Pues siendo engañadores y engañados,
Verdugos hoy, y mártires mañana,
Lo mismo que mi flor van arrastrados
Por el abismo de la vida humana.
(*Le vuelven á atropellar las parejas.*)
De aquí me va á arrojar, si no me quito,
El remolino eterno

De este baile maldito,
Feliz respiradero del infierno;
Donde, de gloria y de virtud exentos,
Confundiendo traidores y traidoras
Los falsos juramentos
De efímeros amores,
En rauda confusión, vuelan las horas,
Los juegos, las mentiras, los alientos,
Los requiebros, las risas y las flores.
(*Se aumenta la confusión del baile con una galop infernal.*)
Pues aunque vea la virtud negada,
Y la gloria vendida,
Sin gloria ni virtud, no diera nada
Por el mejor destino de la vida.
¡Sí! Buscaré con incesante anhelo
La virtud y la gloria,
Dedicando mi vida á la memoria
De mi madre infeliz que está en el cielo.
¡Sol de la gloria!...

UN GRUPO DE MÁSCARAS.

¡Atrás!

GUSTAVO.

¡Por tí me abraso!
¡Oh virtud! ..

OTRO GRUPO.

¡Paso!

GUSTAVO.

He de decirlo...

OTRO GRUPO.

¡Paso!

GUSTAVO.

Aunque me arrolle la ciudad entera...

OTRO GRUPO.

¡Apartarse!

OTRO.

¡Apartarse!

OTRO.

¡Fuera!

OTRO.

¡Fuera!

GUSTAVO.

Señores, poco á poco.

UNO.

¡Es un loco!

OTRO.

¡Es un loco!

GUSTAVO.

¡Eso no es cierto!

OTRO.

¡Es un loco!

GUSTAVO.

¡Mentira!

(*Gustavo dando vueltas arremolinado por las máscaras, es echado á empujones de la escena en medio de una gritería general.*)

CLARA (*saliendo del salón*).

¡No es un loco!
¡Es San Juan predicando en el desierto!...

(*Risa general.*)

CAE EL TELÓN.

FIN DEL POEMA DRAMÁTICO.

EL TROMPO Y LA MUÑECA

POEMA EN UN CANTO.

Al niño Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós.

EL TROMPO Y LA MUÑECA.

I.

Que no quiero te digo.
¿Cómo hoy al trompo ha de jugar contigo
El que ya de su edad perdió la cuenta?
¿Quieres que caiga en la pueril afrenta
De Catón el austero
Que aprendía á bailar á los sesenta?
Te digo que no quiero, y que no quiero.

II.

¡Salud, salud, memorias candorosas
De mi antigua inocencia!
¡Oh trompos! ¡Oh muñecas! ¡Grandes cosas!
¡Las más grandes tal vez de la existencia!
¡Oh memoria feliz de mi pasado!

¡Tu trompo, niño hermoso, me convida
A recordar, de pena traspasado,
Los muchos seres que en la tierra he amado
Y que sólo he de ver en la otra vida!

III.

Pues, como iba diciendo,
Guarda ese trompo, niño, porque entiendo
Que lo que vale un trompo bien guardado
Lo has de saber mañana,
Después que haya pasado
El tiempo que echarás por la ventana.
Ya verás, ya verás bien claramente
Que es sólo afortunado
El hombre que, inocente,
Procura en lo pasado
Encontrar la razón de lo presente.
Y, por si no lo crees, oye una historia
Que, á más de cuarenta años de distancia,
Aun trae á mi memoria
Así como un recuerdo de mi infancia.
Tan sólo temo que, de juicio falto,
Me oigas hablar sin atención alguna.
¿Que escucharás? Pues bien, ponte más alto:
Súbete á mis rodillas: ¡á la una!...
¡A las dos!... ¡á las tres!... ¡á las...! ¡buen salto!
¡Estos niños son ángeles traviesos
Que en vez de tener alas tienen huesos!

¡Ay! como tú, cuando iba yo á la escuela,
Por subir al regazo que adoraba
De mi madre ó mi abuela,
No saltaba, volaba,
Pues todo el mundo sabe
Que la niñez, ligera como un ave,
Cuando anda, salta, y cuando salta, vuela!

IV.

Conque empiezo mi historia, y oye atento:
—Sin la sonrisa de sus buenos días,
Alicia, la heroína de mi cuento,
Con la hiel de su propio pensamiento
Se ocupa en amargar sus alegrías.
Y conforme es mayor su desconsuelo,
Más en la fe de su ilusión se aferra,
Pues ella es de esas almas que, en su vuelo,
En vez de gravitar hacia la tierra,
Parece que gravitan hacia el cielo.
Fué Alicia el pasmo de la villa toda
Cuando era yo muy joven todavía,
Y recuerdo que un día
Puso en Madrid las pálidas en moda.
Mas ¡ay! tuvo un marido
Que, aunque no la olvidó, la echó en olvido.
Casada de los pies á la cabeza,
Quiso á su esposo con ardor profundo,
Y pagó, como muchas, en el mundo
Horas de amor con siglos de tristeza.

V.

De esta madre infeliz es el tesoro
Una niña pequeña,
A cuya cara, por demás risueña,
Sirven de marco unos cabellos de oro.
Cara infantil, trasunto de los cielos,
Donde lucir se ven tres maravillas,
Pues tiene, cual la tuya, tres hoyuelos,
Uno en la barba y dos en las mejillas.
Mejillas ruborosas
Que hacen pensar con júbilo á la gente
Que, el que las tiene, come solamente,
Como la Venus de Schiavone, rosas.
Y á riesgo de espantar doctos oídos,
Añado que Rebeca, sin disputa,
Aunque tiene siete años, no cumplidos,
Es, como un viejo cardenal, astuta.
Calcula por los dedos de la mano;
No hay fábula moral que ella no entienda;
Y hasta sabe que un niño, que es su hermano,
Se lo compró su madre en una tienda.
Y contando además cuentos extraños
Con voz que es una música inefable
(Porque no hay sinfonía comparable
Al son de una alegría de siete años),
Disipa enternecida

De su madre las penas.
¡Toda niña, al nacer, trae aprendida
La canción que cantaban las sirenas!

VI.

Cuando Alicia, la madre sin ventura,
Vió amontonarse sobre su alma pura
Engaños sobre engaños,
Se resignó á morir sin calentura,
Que es la muerte senil á los treinta años.
Tendida sobre el lecho,
Al siniestro fulgor de una luz mate
Que oscila en la pared y alumbra el techo,
De Alicia el corazón con ansia late
Cual si fuera á saltársele del pecho.
Teniendo en su cabeza de esqueleto
Una gorra de loca,
Y oyendo á un cura, que la exhorta inquieto,
Se sonríe la infiel con media boca,
Dudando entre la burla y el respeto.
¿No es verdad, niño hermoso,
Que el hecho escandaliza?
No temas el ejemplo. Esto horroriza,
Y aquello que da horror no es peligroso.

VII.

Ya he dicho en otra parte, y lo repito,
Que si no se halla el corazón contrito,
Toda la humana ciencia es cosa poca
Para templar el ansia de una boca
Abrasada con sed de lo infinito.
Y así, como es tan vano,
Cuando no hay fe, todo consuelo humano,
El corazón de Alicia, de ira lleno,
Como un puñal indiano
Empapó su mirada de veneno,
Y con un gesto frío de amargura,
Con ojos fijos y los labios mudos,
Despidió al pobre cura
Haciéndole el menor de los saludos.
Y el sacerdote, el corazón sintiendo
Traspasado con flechas de ironía,
De la alcoba saliendo,
La frente señaló como diciendo:
—Por allí no anda el juicio todavía.—
Y Alicia, en tanto, con el cuerpo inerte
Los ojos apartó de un Crucifijo,
Y, resignada á su implacable suerte,
Con más suspiros que palabras, dijo:
—¡Marchemos al encuentro de la muerte!—
¡Oh, Alicia sin ventura,
A qué terrible estado

La arrastró el ideal de su ternura!
¡Bien dice la Escritura
Que la muerte es la pena del pecado!

VIII.

Mas ¡oh resurrección inesperada!
Pero, antes que de Alicia cuente nada,
Te diré que Rebeca
Heredó de su madre una muñeca,
Y que, haciendo con ella de persona,
Crece, piensa, compara y reflexiona;
Muñeca, en fin, para la cual cosía
Un traje cada día,
Y á quien daba á comer un guiso nuevo
En unas tazas que la niña hacía
De unos trozos de cáscara de huevo:
¡Guisos y tazas ¡ay! que aun son mi encanto,
Pues me hacen recordar, bañado en llanto,
Ciertas tortas de pan, que ella amasaba,
Y que, feliz cual yo, me regalaba
Mi nodriza en los días de mi santo!
¿Por qué, por qué nunca echará en olvido
Memorias tan dichosas
Mi espíritu, ya medio sumergido
En esa paz inmensa de las cosas?

IX.

Mas ya el hilo perdí de nuestro cuento.
¿Estábamos?... Es cierto; en el momento
En que, hablando de Alicia á la muñeca
Con su voz argentina,
Iba muy pronto á parecer Rebeca
Cicerón flagelando á Catilina.
Pues al morir la madre, tristemente
Habla la niña á su muñeca, enfrente
De un espejo tan claro como extenso,
Que recuerda, por limpio y por lo inmenso,
Los tiempos fabulosos del Oriente:
Y merced á un reflejo
De la pálida luz que da en Rebeca,
Le enseña á Alicia en ideal bosquejo
La imagen de la niña y la muñeca
El ángulo visual en el espejo;
Y como ya Rebeca comprendía
Si su madre creía ó no creía
(Pues las niñas curiosas
Tienen noticias ciertas,
Y aprenden muchas cosas
Cuando andan escuchando por las puertas),
Con labio purpurino,
Meciendo á su muñeca, le decía:
—¡Pide al cielo, hija mía,
Que Dios vuelva á mi madre al buen camino!—

¿Te burlas del candor de la inocente?
Yo también, niño mío,
Viendo á Rebeca hablar tan seriamente,
Teniendo ganas de llorar, me río.

X.

Mientras la niña, del espejo enfrente,
Esta infantil catilinaria dice,
La madre, de reojo, dulcemente
La mira, la acaricia y la bendice;
Y recordando en el momento mismo
Que vió algún día cual fulgente estrella,
En el espejo aquél la niña aquélla
Antes de ir á la pila del bautismo,
Recobrando el candor de la existencia,
Se enternece, suspira,
Y, admirada de ver tanta inocencia,
Manda un beso al espejo en que la mira;
Y las cosas más tiernas y sencillas
De sus días primeros recordando,
De aquel cuadro infantil saltan, volando,
Recuerdos, como alegres avecillas;
Y pensando en su madre, llora, y luego
Al calor de sus días de inocencia
Se ablanda poco á poco su conciencia
Cual cede el hierro de la fragua al fuego.
Y, puesta sobre el lecho de rodillas,
Gritando con fervor—¡perdón, Dios mío!—

Su frente se empapó de un sudor frío
Que resbaló después por sus mejillas.
Y al ver que, ya sensible á sus deberes,
Alicia mira al cielo,
La niña, que, cual todas las mujeres,
Sabe á fondo la ciencia del consuelo,
La abraza alborozada,
Y á su madre abrazada,
Rebeca parecía
Un ángel que, radiante de alegría,
Presenta á Dios un alma extraviada.

XI.

¡Lo que son los destinos!
De Alicia, descreída y virtuosa,
La muñeca fué el hada misteriosa
Que á sus pasos abrió santos caminos;
Pues por ella al final de su existencia,
Con la bondad del alma de una santa,
Juntando el buen humor á la inocencia,
Y uniendo lo que alegra á lo que encanta,
Volvió á beber las aguas cristalinas,
De la inocencia de la edad primera,
Lo mismo que se van las golondrinas
A buscar una nueva primavera;
Y satisfecha ya, fué Dios su guía;
Y ya inocente recobró la calma;
Que es la inocencia la salud del alma,

Y es la salud del cuerpo la alegría.
Y olvidando sus males,
Volvió á reconquistar desde aquel día
La religión, la gracia y la energía,
Potencias invencibles é inmortales;
Y recordando con filial ternura
Los dioses lares de su hogar paterno,
Tornó Alicia á adorar con alma pura
Al Ser vivo, absoluto, uno y eterno,
Fe, esperanza, verdad, bien y hermosura.

XII.

¿Has comprendido bien, Pedro adorado,
Cuán útil puede ser á la conciencia
Un trompo como el tuyo bien guardado?
¿No ves, por experiencia,
Que un juguete infantil desenterrado
Puede ser una ciencia
Que enseñe á desandar lo mal andado,
Y á recordar los días de inocencia
Uniendo lo presente á lo pasado?
¡Ya ves cómo á toda alma descreída
Del alto cielo la clemencia alcanza,
Y que, en trompo ó muñeca convertida,
En todos los naufragios de la vida
Echa el cielo el tablón de una esperanza!
¡Ya ves cómo un juguete que se deja
Y que á encontrar se vuelve casualmente,
Hace que Alicia vieja, y ya muy vieja,

Torne á ser inocente;
Y que, pensando ya cómo refleja
Sus objetos el agua de la fuente.
Con sus sentidos y potencias todas,
Turbios los ojos y las manos secas,
Toma el pretexto de ensayar las modas
Para jugar, ya anciana, á las muñecas;
Y al olvidar sus muchos desengaños,
Aunque vieja, muy vieja,
Viviendo se asemeja
A una niña, muy niña de cien años!
¡Saber envejecer! Esta es la ciencia
Que yo con más ardor al cielo pido,
Ahora que se extingue mi existencia
Primero entre las brumas de la ausencia,
Y después en la noche del olvido!
¡La fe en la ancianidad, son los favores
Que pedirán al cielo tus dolores
Cuando hayas aprendido
En tu vida precaria
Que, á más de un receptáculo de horrores,
La tierra es una tumba solitaria,
Sobre la cual derrama sus fulgores
El sol como una antorcha funeraria!

XIII.

Pero ¡ay! olvida, olvida
Este final tan lúgubre y sangriento,
Que sé, por mi desgracia y mi escarmiento,

Que es un gran mal el conocer la vida.—
Y pues llegó á su término mi cuento,
Aunque es, por su fortuna,
Poco menos que ocioso
Aconsejar al que, cual tú, dichoso,
La ciencia y la virtud halló en su cuna,
Oye un consejo y deja que te abrace:
Sé leal á la gloria de tu nombre,
Pues la mayor traición es ser el hombre
Desertor de las filas en que nace.
No olvidando esta historia,
Y guardando ese trompo y siendo bueno,
Seguirás por la senda de la gloria
Que te trazó con su inmortal memoria
Tu ilustre abuelo de modestia lleno (1).
Aprende bien que *obliga la nobleza*,
Y Dios te lo demande
Si no imitas con ciencia y con firmeza
La rectitud, la gloria y la entereza
De aquel á quien su patria le hizo grande
Y que fué superior á su grandeza.

XIV.

¿Me juras que lo harás? ¡Pues adelante!
Toma un beso, y adiós, que estoy de prisa:
Que dure eternamente en tu semblante

(1) D. Pedro José Pidal, primer Marqués de Pidal.

La bella obstinación de tu sonrisa.
Y, en prueba de lo mucho que te adoro,
Ruego al cielo que, alegre y sin hastío,
No tengas que llorar, como yo lloro,
Penas sin causa en horas de vacío;
Y que las Parcas hilen, hijo mío,
El hilo de tu vida en husos de oro!

FIN.

LA GLORIA DE LOS AUSTRIAS.

A mi buen amigo el profundo filósofo

DON URBANO GONZÁLEZ SERRANO.

LA GLORIA DE LOS AUSTRIAS

POEMA EN UN CANTO.

I.

¡Musa viril de la Epopeya, canto
Aquella acción tristísima en que vino
A ser de niño el héroe de Lepanto
Un hermoso juguete del destino!
¡Canto, Musa, al varón que siendo espanto
Del turco, el holandés y el argelino,
En la historia aprendió de unas manzanas
La caridad y la virtud cristianas!

II.

¡Canto también al héroe que de horrores
Fué la Europa y el Africa llenando,

Hasta que, harto de goces y de honores,
La tristeza de Tito halló en el mando;
Al que la suerte, incierta en sus favores,
Le hizo saber por fin, el tiempo andando,
Cómo puede parar un campesino
Al conductor del carro del destino!

III.

¡Lector, lector! ¡Aprende en la aventura,
Que siempre el que honra á un pobre sale honrado,
Y que son la ventura ó desventura
Reflejos nada más de lo pasado!
¡Verás en esta rápida lectura,
Por tu gran corazón iluminado,
Que no siempre da dicha la victoria,
Que es la virtud más grande que la gloria!

IV.

Muy niño aún, descalzo y sin montera,
Subió á robar manzanas á un manzano
Don Juan de Austria: era una alma aventurera,
Y el mundo es un festín para el milano.
Se ignora de él en la comarca entera
Que es hijo de su excelso soberano.
Pues ¿qué hace en Yuste? Es paje de Quijada.
Nada. Un poder desconocido, es nada.

V.

El mismo Emperador con extrañeza
Ve que, en cuanto á perales y manzanos,
Los esquilma Don Juan con la destreza
Que envidiaría un jugador de manos.
Lo ve, porque arrastrando su tristeza,
De incógnito por cumbres y por llanos
Vaga el Rey junto á Yuste sin objeto,
Dejando ¡gloria á Dios! al mundo quieto.

VI.

El hijo natural del padre augusto,
Convirtiendo el manzano en su despensa,
Comía las manzanas con un gusto
Que denotaba una salud inmensa.
—«Siete veces al día peca el justo»,—
Disculpando á Don Juan, Don Carlos piensa.
—«Siete veces»... siguió en su pensamiento,
«Menos justos cual yo que pecan ciento.»—

VII.

Lo ve también el dueño del manzano,
Y le arroja á Don Juan tales pedradas,

Que hace correr hasta el lugar cercano
A un rebaño de cabras asustadas.
Al verlo, grita el Rey:—«Basta, villano.»—
¡Cómo! diréis, ¿en épocas pasadas
A un príncipe apedrea un campesino?
Así pasó. Cuestión: ¿qué es el destino?

VIII.

Del árbol baja al fin sin escalera
Don Juan, ve al Rey, y sin dudar escapa,
Y por correr, cruzando la pradera,
Deja al pie del manzano gorra y capa.
Huyendo así aquel héroe, que aun no lo era,
Un resfriado de cabeza atrapa.
Es la misma canción y el mismo cuento:
Siempre en guerra la dicha y el talento.

IX.

Corre Don Juan, é infiel á su destino
De héroe futuro y noble caballero,
Se agazapa en la acequia de un molino,
Del cual quisiera ser el molinero.
Viendo huir á Don Juan, el campesino
«¡Cobarde!»—le gritó; después «¡ratero!»—
Y al Rey «¿quién eres?»—preguntó el vasallo,
Lanzando aquí la interjección que callo.

X.

Con la altivez de un hijo de la luna
El Rey le contestó:—«¡Carlos de Gante!»
—«Y ese niño, ¿quién es?»—«De noble cuna»,
Le replicó ya el Rey de mal talante.
—«Pues tú responderás con tu fortuna
De ese ladrón con trazas de estudiante.»
—«Bien hecho, piensa el Rey, es un malvado
El que tala la mies que no ha sembrado.»—

XI

Cual buen patán cree el labrador artero
Que el Rey es algún pillo disfrazado
Que lleva en la cabeza por sombrero
Un tubo más ó menos prolongado.
El destino es muy poco caballero,
Y aquel jayán, tan ciego como el hado,
Al más grande y más bravo de los reyes
Lo encerró en el establo de unos bueyes.

XII.

¡Ved, lector, á un mortal casi divino,
Por no ser conocido, aprisionado!

¡Oh golpes imprevistos del destino!
¿De dónde arrancará lo inesperado?
Pensó el Rey corromper al campesino,
Mas no halló en su bolsillo ni un ducado.
Y por primera vez vió el caballero
Que no hay héroes sin fuerza y sin dinero.

XIII.

—«Irás ante el alcalde de Plasencia»,—
El labrador con furia le decía;
Y, según el temblor de su conciencia,
El pobre Emperador se lo creía,
Pues sabía muy bien, por su experiencia
De Villalar, de Roma y de Pavía,
Que, ante la innoble realidad del hecho,
La fuerza, aunque brutal, vence al derecho.

XIV.

Y ni pudo matar á aquel pechero,
Porque el día anterior el Soberano
Pensando en poner fuego al mundo entero
Cayó un candil, y le quemó una mano.
No lo mató por eso, aunque, altanero,
«¡Villano!»—dijo, y repitió:—«¡Villano!» —
¡Justo es, gran Rey, que sufras, y recuerdes
El cuento de las uvas que están verdes!

XV.

¡Poder de la justicia! El Rey temía
Ser llevado al alcalde de Plasencia,
Pues siempre en su alma fué, como en la mía,
Su genio y su defecto la prudencia.
Detenido tres horas aquel día,
Tres ovillos gastó de su paciencia
El hombre á quien, humildes hasta entonces,
Adulaban los mármoles y bronces.

XVI.

Y ¡pobre Rey! su corazón devora
El dolor más atroz de los dolores,
Porque lo ve humillado una pastora
Que mantiene carneros con las flores.
Y ¡oh amor, amor! su noche se hace aurora
Viendo de ella los ojos tentadores,
Pues el Rey en victorias y en mujeres
Tiene un alma glotona de placeres.

XVII.

Después quiso el destino caprichoso
Que con hambre voraz y escasa ropa

Pasase por allí *Roque el leproso*,
Que iba al convento á demandar la sopa.
Y hablando al labrador, que está furioso,
Pide perdón para el señor de Europa
Quien no tiene en verano ni en invierno
El gusto de saber lo que es pan tierno.

XVIII.

¿Librar un pordiosero á un poderoso?
He aquí, lectores míos, realizado
El cuento, para muchos fabuloso,
Del ratón y el león aprisionado.
Libró al Emperador *Roque el leproso*,
Porque aquél una vez desde un terrado
Un mendrugo le echó de pan moreno
De trigo malo y de peor centeno.

XIX.

Roque el leproso convenció al villano
De que una buena acción trae buena suerte;
Que la mujer, el niño y el anciano
Son tres seres sagrados para el fuerte:
Sin saber que era el viejo un soberano,
Pintó con tal fervor su mala suerte,
Que hizo á todos llorar *Roque el leproso:*
Y es que el bien, como el mal, es contagioso.

XX.

Y aunque un juez necesita de un culpable,
Desarruga el labriego el entrecejo,
Y después de llamarle—«¡miserable!»—
Olvidando al muchacho, suelta al viejo.
Humilde el Rey y el labrador afable,
De la Biblia adoptaron el consejo:
Al rico no abusar de su opulencia,
Y al pobre ser sublime en la paciencia.

XXI.

Libre ya el Rey, sólo pensó de veras,
Por padecer de gota y otros males,
En sentarse en su silla de caderas
Que *no valdría en venta cuatro reales*.
Y no sintiendo ya las borracheras
Del licor de los sueños inmortales,
Dijo tocando con la barba al pecho:
—«Todo cuanto hace Dios está bien hecho.»—

XXII.

Y á Yuste vuelve el Rey con paso lento,
Al extinguirse el sol en Occidente,

Y va sus penas confiando al viento,
Que se queja, como él, eternamente.
Al verle dirigirse hacia el convento,
—«¡Buen viaje, Majestad!»—dice la gente.
—«¡Gracias, gracias!» Don Carlos repetía,
Y—«¡buena está mi Majestad!»—decía.

XXIII.

En España no hay cólera durable;
Y, siendo algo español el gran Tudesco,
Ya al morir aquel día interminable
Se le templó la rabia con el fresco.
Y al fin de esta odisea memorable
Confesó con candor caballeresco:
¡Que la ley es más fuerte que la espada;
Que es todo la virtud, la gloria nada!

FIN.

LOS AMORES EN LA LUNA

POEMA EN TRES CANTOS

DEDICADO

AL SEÑOR DON MANUEL DEL PALACIO

INSIGNE POETA.

LOS AMORES EN LA LUNA.

CANTO PRIMERO.

I.

No hay dicha en este mundo: he aquí un gran tema
Para escribir, como escribir confío,
Un poema que, triste por ser mío,
Será más bien un sueño que un poema.

II.

Doña Isabel de Portugal, esposa
Del rey y emperador Carlos Primero,
Miraba al Rey, su primo y compañero,
Con ojos que veían otra cosa;
Y es que, aunque fiel casada,

Siempre fija en el cielo la mirada,
A través de un gentil sonambulismo
Se juzga de Lombay enamorada
(Y amar, ó creer amar, todo es lo mismo),
Y, cada vez que su extravío nota,
Más que amante, devota,
Con conciencia intranquila,
Haciendo cruces la inocente, agota
Toda el agua bendita de la pila.
¡Oh virtud adorable
Que se cree abominable
Porque ama á un ser en la región del viento!
Que me conteste el juez más implacable:
¿Es crimen ser infiel de pensamiento?

III.

Pero ¿cómo y por qué puede una esposa
Hacer saber una pasión que esconde?
Permitid que mi pluma valerosa
Estos misterios del amor ahonde.
Yo sé de cierta hermosa
Que amó con la pasión más tormentosa,
Y amó porque, al pasar por no sé dónde,
Le dijo no sé quién no sé qué cosa.
Y sé de otra también, que aunque pedía
Por la noche á los ángeles consejo
Para ser buena en el siguiente día,
Se hacía amar con tan discreto modo

Que, aunque nada á su amante le decía,
Tan sólo con fruncir el entrecejo
Se lo contaba, sin embargo, todo;
Y es porque sabe el alma enamorada,
Mejor que muchos sabios,
Cuánto nos dicen, sin hablarnos nada,
Un dedo que se aplica á ciertos labios,
Una palabra, un gesto, una mirada.

IV.

No hay cosa más común en los amores
Que esos vagos ardores
Que nuestras almas llenan
De unas locas visiones que envenenan,
Así como envenenan muchas flores.
¡Cuántas mujeres veo
Que del amor padecen el martirio,
Y que, adorando á un hombre con delirio,
No han llegado jamás ni aun al deseo;
Castas mujeres que en secreto adoran,
Y que son adoradas sin medida,
Y que á veces también, aunque lo ignoran,
Son la oculta novela de otra vida!
¡Oh Dios! ¡Cuánta alma buena
Con la mirada llena
De sueños y horizontes interiores,
Como carga importuna
Sacude de la tierra los dolores,

Y luego en busca de mejor fortuna,
Va soñando al país de los amores!...
¿Dónde está ese país?—¿Dónde? En la luna.

V.

Al Marqués de Lombay, noble, severo,
De hombres envidia y de mujeres gozo,
La Reina le llamaba el «caballero»;
Las damas le decían «el buen mozo».
A este insigne varón, después que le hizo
Paje de honor la infanta Catalina,
Por una gran razón que se adivina,
La Reina le nombró caballerizo;
Y por fin, el buen mozo y caballero
(Que á Santo llegó un día),
Que Marqués de Lombay siendo primero
Fué después cuarto Duque de Gandía,
Gozando de la Reina la privanza
(Sin la promesa real de dicha alguna),
Vivió en eterno estado de esperanza,
Que es vivir en un valle de la luna.

VI.

¡Cuántos nobles amores,
Llenos de ansias y celos,
Sin tocar en las puntas de las flores,

En el azul se mecen de los cielos;
Amores que, aunque son de pensamiento,
Embargan por entero nuestra vida,
Y que, al morir nosotros, en el viento
Se pierden como música no oída!

VII.

Y tú, lector querido,
¿No has conocido alguna
Que, aunque fiel en la tierra á su marido,
Ama á otro hombre fantástico en la luna?
De este modo la Reina, embebecida,
Cruzando en ilusión los cuatro vientos,
Un columpio formó de pensamientos,
Y en ellos se meció toda su vida;
Y así tan sólo á comprender alcanza
El alma más severa
Cómo puede un amor sin esperanza
Llenar de dicha una existencia entera.

VIII.

Pero pregunta una mujer curiosa:
—Siendo infiel en los astros á su dueño
La grande Emperatriz y noble esposa,
¿No era culpable?—Sí.—¿De qué?—De un sueño.—
¿Un sueño? ¡Cuántas almas candorosas

Suelen amar contra su mismo intento
Porque en ciertas alianzas caprichosas
Acaso con su propio sentimiento
Se confunde el aliento
Misterioso del alma de las cosas!
¿Un sueño? ¡Cuántas vírgenes piadosas,
En un rapto de amor calenturiento,
Sin restricción alguna
Se van á amar sobre lo azul del viento,
Porque tiene en los valles de la luna
Su derecho de asilo el pensamiento!

IX.

¡Es, vive Dios, una verdad terrible
(Terrible como todas las verdades)
Que un corazón sensible,
Para huir de las frías realidades,
Convirtiendo en posible lo imposible,
Conducido por mano de las hadas
Se tenga que escapar de lo invisible
Por las obscuras puertas entornadas!

X.

¡Oh sueños del amor y de la gloria!
¿Quién no tiene en la luna algún amante?
Oid de esta pasión la eterna historia:

Se llega á ver á un ser un solo instante,
Y después va empezando aquel semblante
A flotar vagamente en la memoria.
¿No veis esa mujer que está delante?
—Sí.—¿Quién es?—Una sombra encantadora
Que, cruzando más rápida que un ave,
Pasa, mira, nos ciega, se enamora;
La vamos á seguir, y se evapora.
¿Quién será? ¿Qué será? Nada se sabe.
¿Dónde se fué? ¿Qué hará? Todo se ignora.

CANTO SEGUNDO.

I.

¿No estáis, lectores míos, admirados
De ver, ora en ausencia, ora en presencia,
Lo mucho que interviene en la existencia
La diosa de los mundos encantados?

II.

Oid por boca del amor más tierno
El placer infinito que se siente
En la interior visión del mundo externo.
A una niña inocente
—¿Te aburres, dí?—su madre le decía;
Y la niña risueña respondía:
—No, madre; me distraigo interiormente.—
¡Modelo de los que aman sin medida

La niña, interiormente distraída,
Como ella, fantaseando hechos y cosas,
Entretienen mil almas virtuosas
Este inmenso bostezo de la vida!
¡Oh ilusión adorable,
Hija del cielo y de la dicha hermana!
A no ser por tu magia soberana,
Nos mataría el tedio inexorable,
Eterno fondo de la vida humana.

III.

Pero mi mente, como todas, vuela,
Y de la grande Emperatriz se olvida;
Y así, dejando á un lado la novela,
Volvamos á la historia de su vida.

IV.

La Emperatriz, hacia los treinta abriles,
Tenía una belleza incomparable.
Yo ví en un medallón sus dos perfiles,
Y la encontré dos veces admirable.
Aquel rostro tan bello
Que á sus Venus después puso el Ticiano,
Lo rodeaban con gusto soberano
Dos matas abundantes de cabello;
Y á su augusta altivez poniendo el sello,

Las gasas de su gola y de su mano,
Sus mangas blancas y su enhiesto cuello
Le daban un aspecto puritano.

V.

Aunque la Reina-Emperatriz, prudente,
Detesta cordialmente
El amor que se acerca demasiado,
Ansía, estando de Lombay ausente,
Corrientes de suspiros de aquel lado;
Y hasta cuenta la fama
Que, sin hacer á su pudor agravios,
Viendo unido á Lombay con otra dama,
Triste ocultó la Emperatriz su llama,
Dijo «¡mejor!» y se mordió los labios.
Pero, aunque ausente, y además casado,
En pensar en Lombay su alma se aferra,
Y con gentil cuidado,
Soñando en el ausente idolatrado,
Para verlo mejor los ojos cierra,
Y tiene así, de su deber al lado,
El alma en lo ideal y el cuerpo en tierra.

VI.

Pero esto, me diréis, ¿no es ser demente?
Cuando se ama en extremo, es lo ordinario
Ser un poco demente, y más que un poco,
Pues siempre fué y ha sido necesario

Para ser muy feliz ser algo loco.
Y en su amor, locamente extraordinario,
Mientras se postra ante ella el mundo entero,
La Emperatriz con culto verdadero
Se arrodilla ante un ser imaginario.
Mas, salvando el honor de su marido,
Siempre el amor con el pudor hermana,
Y así vive, aunque infiel, la Soberana
Con la conciencia del deber cumplido;
Y nunca de la altiva castellana
Puede ser el secreto sorprendido,
Pues sólo antes que alumbre la mañana
Es cuando astuta, si lo ve dormido,
La frente de Endimión besa Diana.

VII.

Mas ¿qué han de hacer, ¡Dios mío!
Sino buscar consuelo en las estrellas
Las reinas que, en sus horas de vacío,
Ven que toman los reyes para ellas
La forma del deber ó del hastío?
¡Ah! sí: mientras la Reina sin fortuna
Cumplía como buena sus deberes,
Don Carlos, en sus múltiples placeres,
Sin miramiento ni prudencia alguna,
No sólo idealmente á las mujeres
Las conduce á los valles de la luna,
Sino que en la vehemencia

De su insaciable pecho
La realidad agota sin conciencia,
Y llama, cual Calígula en demencia,
La misma luna á compartir su lecho.

VIII.

Pero en cuanto á la Reina es muy distinto;
En vano el mundo su conducta acecha,
Pues comprende muy bien su noble instinto
Que la esposa del César Carlos Quinto
Debe estar hasta exenta de sospecha.
Y cuanto más soñando se extravía,
Hablando con sus mismos pensamientos:
«Dios me dará pesares, se decía,
Pero nunca tendré remordimientos...»
Y ya por e dolor purificado,
El amor de su sueño la extasía,
Y así del grande Emperador al lado
Mirando á su marido lo perdía,
Se buscaba á sí misma y no se hallaba.
¿Que esto es ser criminal? ¡Oh, cielo santo!
¡Cuánta mujer, como ella, muy honrada,
Con femenil encanto
Mientras habla á su amante, embelesada,
Sigue con otro diálogos en tanto
Perdida en el espacio su mirada!

IX.

Y ¿qué más? Cuando al cielo levantados
Se ignoran á sí mismos los sentidos,
A la tierra apegados
Por el deber y la palabra unidos,
Yo ví muchos amantes muy queridos
De corazón y de hechos separados,
Hallándose en la luna confundidos
Con sombras de otros seres adorados:
Amantes que, aunque buenos y dichosos,
Persiguiendo ardorosos,
Cansados de lo real, sueños livianos,
Se quieren en la tierra como hermanos,
Y tienen en la luna otros esposos.

X.

¿Dudáis de esta verdad, lector amado?
Pues no estéis en su fe muy confiado,
Aunque tengáis á vuestra amada enfrente,
Pues positivamente
Cuando está distraída á vuestro lado
Es que se acerca á su querido ausente.
¡Cuántas veces, henchida de fragancia,
Besa una boca á su adorado dueño,
Y otro ser, á mil leguas de distancia,

Oye un eco que vibra como un sueño!
Y es que, aunque el beso suena donde toca,
Al ponerse después en movimiento,
Ligero como el viento
Su dirección el pérfido equivoca,
Pues remitido al Norte con la boca,
Se lo lleva hacia el Sur el pensamiento!

XI.

¡Salud, valle encantado de la luna!
En tí, en mi edad pasada,
¡Oh imagen sobre todas adorada!
Tuve yo, entre otras, una,
Hace ya muchos años, secuestrada.
¡Cuánto he amado y sentido!
¡Y tú, joven lector, ten entendido
Que, si amo hoy sólo por amor al Arte,
También, por la ilusión desvanecido,
Caminé por el mundo distraído
Cual si viviese en Júpiter ó en Marte!
Y, aunque ya no me empeño
En seguir á mi ardiente fantasía,
Pues tengo en mi mujer mi fe y mi sueño,
Y en mis libros la calma y la alegría,
Todavía mi mente
Hace brotar ardiente
Del fondo de mi infancia maravillas,
Y es tan verdad, que ayer precisamente

Pasó una antigua imagen por mi frente
Que mi insomnio cargó de pesadillas.
¡Aun suelo recordar en mi ardimiento
Varias memorias, en la luna ausentes,
Con quienes hice yo de pensamiento
Millones de locuras inocentes!
Y aun me acuerdo de alguna
Que, aunque esposa severa,
Con alma llena de ilusiones, era
Fiel en la tierra y pérfida en la luna...
Pero ¡ay! esto pasó. ¡Bien lo he llorado!
¿Te acuerdas de ello, Inés? ¿y tú, María?
Mas ¡qué memoria tan tenaz la mía!
¡Esto también pasó! ¡todo ha pasado!

CANTO TERCERO.

I.

Hay un amor profundo
Que nunca encuentra en nuestra vida calma:
Y hay un exceso de alma
Que jamás halla empleo en este mundo.
Y prueba de ello son las almas puras
Que, para hallar á su cariño empleo,
Extravasan en sueños sus ternuras,
Imitando en su loco devaneo
A todas esas santas criaturas
Que recorren, viviendo en sus clausuras,
Los inmensos pensiles del deseo.

II.

¡Cuánto he envidiado yo, cuánto he admirado
El amor de esos seres elegidos
Que pueden, enfrenando los sentidos,

Adorar sin vergüenza y sin pecado;
Que con sana conciencia,
Alzando lo más puro de su esencia
Hasta uno de los valles de la luna,
Agregan su existencia á otra existencia,
Y pueden conservar sin mancha alguna
Todo el tiempo que quieran la inocencia!

III.

Con tal piedad y con pureza tanta,
Amaron, cual Lombay á la Princesa,
Con ese amor que á la virtud encanta,
Juan á Santa Teresa,
Jerónimo á Paulina, también santa.
¡Honor á estos fantásticos cariños
Que son tan inocentes
Como lo son los sueños transparentes
Que envía Dios á pájaros y á niños!
¡Jamás concebirán de nuestra mente
Amores tan sublimes y tan tiernos
Los que saben amar tan solamente
Como el amor que alegra á los infiernos!

IV.

¡Reina infeliz! cual dice la Escritura,
Vió á un hombre un día por su mala suerte,
Y después con tristeza y con ternura
Se quedó pensativa hasta la muerte.

Don Francisco de Borja la quería
Con tanta abnegación, con ardor tanto,
Que antes de ser un héroe y luego un santo,
Ya un cristiano de Esparta parecía.
Y la Reina entretanto apasionada,
Aunque al pudor no le defrauda en nada,
Casta, y leal, y mística, y severa,
A su angustia febril abandonada,
En su trono imperial vive sentada
Más triste que una virgen de Rivera;
Hasta que lentamente
Sofocando en el pecho aquel misterio,
La Reina-Emperatriz fué tristemente
Bajando esa pendiente
A cuyo pie se encuentra el cementerio.
¿Y qué es morir? Es el morir, en suma,
Un hecho que en idea se transforma,
Y, así como una llama entre la bruma,
La Reina, cual incienso que perfuma,
Ondeó, se disipó, perdió su forma,
Y en espíritu fué de vuelo en vuelo,
De aquí á la luna y de la luna al cielo.
¡ Murió joven aún, pero ¿qué importa?
Va y viene la mujer cuando Dios quiere,
Y en su vida infeliz, ó larga, ó corta,
Nace, brilla, enamora, sufre y muere!

V.

Lombay, que siempre continuó la senda
Del amor y la gloria,
Su vida pasó á historia,
Y su historia después pasó á leyenda:
Y cuenta esta leyenda infortunada
Que el Marqués, para colmo de sus penas,
Partió á inhumar á la feraz Granada
A la gran Reina, y respirando apenas,
En la muerta clavada
Por largo tiempo tuvo la mirada
Que le llevaba el frío hasta las venas;
Y horrorizado, y por el llanto ciego,
—Ya sólo lo que viva eternamente
Volveré á amar—dijo Lombay; y luego
Sus ojos, que brillaban como el fuego,
Se apagaron ante ella eternamente.

VI.

Y esperando el momento
De ir á más alto asiento,
Alzó entre el mundo y él un doble muro,
E hizo acopio de amor en un convento;
Mas ¿de qué amor? de aquel... del amor puro
Que busca el sacrificio y el tormento.

Fué bueno y santo al fin; pero es lo cierto
Que le fueron siguiendo á todas horas
Aquellas ilusiones tentadoras
Que llevó San Jerónimo al desierto.
San Francisco de Borja á Dios alaba,
Mientras la sombra de Isabel adora,
Y su alma fiel, que por su amante llora,
De Dios esposa y el deber esclava,
La dicha del amor, *que es de una hora*,
La da por esa paz *que nunca acaba*.
Y en éxtasis de sueños inmortales,
Ignorando Lombay si sueña ó vela,
Se pierde, como un ángel cuando vuela,
En sueños infinitos é ideales;
Pues en el mundo real, si bien se mira,
Merced á la ilusión y á la memoria,
Solamente es verdad lo que es mentira.
¡Oh novela inmortal, tú eres la historia!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ÍNDICE CRÍTICO

con el extracto de las advertencias de las primeras ediciones.

PRIMERA PARTE.

I.

Páginas.

EL TREN EXPRESO. 7

EL TREN EXPRESO, poema descriptivo, término medio entre lo real y lo fantástico, historia de amor de dos seres desgraciados que se ven una hora para llorarse después toda la vida, probando que la dicha llega cuando no se la espera, pero que se suele alejar cuando se la busca, es una poesía sencilla y grandilocuente, que unas veces toca en lo bucólico y que raya otras en lo épico, pero en la que siempre se hace gala de un lirismo y de una variedad inagotables.

II.

La novia y el nido. 31

La novia y el nido es una composición de esas que la filosofía moderna llama subjetivas, cuya acción pasa dentro de un corazón inocente, en ese instante supremo en que el primer rayo de luz empieza á disipar las tinieblas que envuelven santamente el pensamiento de un alma virgen.

III.

Los grandes problemas. 51

Los grandes problemas es la historia de una mujer que se confiesa á los diez años, á los veinte y á los treinta, y cuyas tres confesiones, reducidas á tres dudas ó preguntas, abarcan los grandes problemas hacia los cuales convergen todos los demás problemas de la vida humana. Más que la historia de una mujer, es la historia de todas las mujeres. ¡Cuántas, al leerle, irán recordando las inocentes dudas y las tiernas emociones de su infancia! Y ¡cuántas, también, sumidas en ese mar de dudas que lleva siempre consigo la lucha entre los afectos del alma y los consejos de la razón, sentirán desfallecer su ánimo al contemplar el trágico fin de la heroína de este poema! Está desarrollado su asunto

con una delicadeza tal de sentimiento, y es tan distinta la forma en que sus tres cantos se hallan escritos, que parece empezado por Samaniego, seguido por Byron y terminado por Goethe.

IV.

DULCES CADENAS. 81

Es un idilio encantador y profundo el poemita que lleva por título DULCES CADENAS. Da libertad á un canario una joven en el mismo día en que ella se casa; el pájaro, cansado de una libertad inútil, vuelve á buscar la prisión en que había vivido feliz; pero sosprendido por una tempestad, muere ametrallado por el granizo en la misma ventana de la alcoba nupcial de su libertadora. El asunto es dramático, el estilo tierno y el fondo elegiaco.

V.

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS. 99

Un joven que abandona su aldea por venir á la corte; que deja el cielo en que sintió latir su corazón acariciado por el fuego de un amor puro, para entrar en el infierno de las grandes ciudades, ese mar inmenso de malas pasiones; que se acuerda á cada momento de su amada, y que á cada momento se promete escribirle, dejándolo siempre para ma-

ñana, mañana que no llega nunca: he aquí el primer canto.—Una pobre niña amante y confiada siempre, y siempre aguardando la carta que no llega; buscando también el mañana en que ha de recibirla, ese mañana que constantemente se renueva y que poco á poco acaba al fin con su vida sin ver realizado su deseo: he aquí el segundo canto.

¡Ay! ¡Cuán verdad es, por desgracia, que esa historia se repite con frecuencia! Esa carta que indefectiblemente dejamos todos de escribir *para mañana*, es acaso el asunto más profundamente humano tratado en Los pequeños poemas. Si viviese aquel D. Benito—decía un amigo nuestro—aquel tipo perfecto del antiguo dómine que con dos pinceladas maestras nos describió el Sr. Campoamor en el *Personalismo*, y pudiese leer esta composición del que fué su discípulo de latinidad en el Puerto de Vega, sin duda hallaría en él más sentimiento, más gracia y más filosofía que en todas las obras juntas de ese maldecido Horacio, que, á pesar de su aticismo, ha sido y seguirá siendo el tormento obligado de nuestros primeros años.

VI.

El quinto no matar. 117

El quinto no matar.—Idilio inimitable. Unas cuantas niñas encerradas en un colegio, se enteran

de que un pájaro cuenta á la Directora todo cuanto hacen y piensan; creen que ese *pájaro fantástico* es una tórtola que hay en el convento, y, para castigar tan chismoso é inoportuno testigo, deciden matarla de hambre, no echándole ya más desde aquel día

Migas de pan revueltas con alpiste.

Algún tiempo después, la tórtola muere de *vieja*, y las niñas entran en remordimientos, que dan lástima y risa, por la muerte que no han causado. El plan, el desarrollo y las ideas, puestas en boca de la niña que muere con el pesar de haber contribuído á la muerte del pájaro, son de una ternura y de una inocencia encantadoras. La idea de hacer morir con remordimientos por un crimen que no se ha cometido á una criatura que aun no puede tener ninguna idea del mal, es un pensamiento precioso. Esta exageración de virtud, esta purificación de lo que hay más puro, que es la inocencia, excede en ternura y en santidad á todos los pensamientos de todos los autores que hasta ahora se han ocupado en describir paraísos.

VII.

La calumnia. 133

La calumnia.—Antes y después de la célebre aria de Don Basilio en *El Barbero de Sevilla*, hay y ha

habido varios cuentos, escritos en diferentes idiomas, que tienden todos á pintar con colores desastrosos los efectos de la calumnia. Este poemita es de seguro lo más nuevo y mejor escrito de cuanto se ha publicado sobre este asunto.

Nace una niña

Con un bello lunar en un costado,

niña que llega á ser una mujer de la más perfecta virtud. La memoria de aquel lunar, encomiado entre unos por amor, y publicado por otros con indiferencia, llega á ser, por último, objeto de maliciosas sospechas para todos; y aquella pobre mujer se da la muerte, desesperada, al verse constantemente blanco de una hostilidad que *se siente* y *no se ve*. Arrojada por su marido, después de muerta, en la fosa común, para evitar la vergüenza de su recuerdo, cuando llega la hora de la rehabilitación, ni siquiera sus restos mortales pueden encontrarse para ser honrados, pues la calumnia siguió á la infortunada esposa hasta más allá de la tumba.

Por lo mismo que la causa de la tragedia es tan ligera como la existencia de un lunar, resalta más la filoscfía de este poemita, cuyo plan, admirablemente pensado, está desarrollado con una energía y una delicadeza de pincel, que no puede menos de sorprender y encantar al que lo lee.

VIII.

DON JUAN. 151

El DON JUAN es uno de los poemas más originales, y acaso el que está escrito con más desenfado por su autor. Alguna extrañeza, y lo hacemos notar de propósito, producirá tal vez el sitio elegido para la acción del segundo canto, que se desarrolla, no en el cielo, sino en el vestíbulo del cielo: pero á los que así piensen les diremos que, respetando la moral, en materias de arte, el arte es lo primero.

No se ha podido hacer una sátira más descarada contra el sentido moral del género humano, que el D. Juan de Byron; ni se puede ridiculizar á este personaje con más originalidad que lo hace el señor Campoamor.

Nuestro poeta coge á D. Juan ya viejo, lo mata ignominiosamente de *puro amado*, y le hace entrar en el cielo, *por desprecio*, redimido por una de aquellas mujeres á quienes siempre había burlado. La intención y el chiste con que está desarrollado el pensamiento de este poema es de un alcance sin ejemplo. Si el gran vate inglés pudiese leer este irónico castigo lanzado contra la escandalosa celebridad de su héroe favorito, es posible que no quisiera cambiar la brillantez de su estilo por la inimitable gracia y morbidez del poeta español, pero

seguramente envidiaría la originalidad y el arte de dramatizar un asunto, cualidades de que Byron carecía totalmente, y en las cuales el Sr. Campoamor es maestro consumado.

IX.

LAS TRES ROSAS. 189

LAS TRES ROSAS, en cuyo desarrollo el Sr. Campoamor hace gala de una forma nueva y sorprendente, es un poema dividido en jornadas, y éstas en escenas, cada una de las cuales encierra un verdadero poemita, el que, aislado, resulta tan completo como unido al todo de que forma parte.

El lector deducirá, al través de la fría realidad que se advierte en casi todo el poema, la enseñanza moral que se desprende de una obra en que un mismo personaje, adorado primero por una mujer de más edad, á quien abandona infielmente, llega en su edad adulta á ser castigado por la indiferencia de otra de sus sucesoras

Aunque no es nuestro objeto señalar aquí una por una todas las bellezas de LAS TRES ROSAS, creemos deber llamar la atención de nuestros lectores sobre algunos detalles que en ésta, acaso más que en ninguna de sus otras obras, demuestran que no es una hipérbole caprichosa el aserto de un crítico cuando dice que nuestro autor suele hablar de las mujeres más apasionadas con el mismo y á veces

con más pudor que lo hacen nuestros místicos al ocuparse de las vírgenes en algunas de sus descripciones extáticas.

Citaremos únicamente, en apoyo de lo que decimos el siguiente terceto:

Al llegar el instante de la hora
En que se hunde aquel puente que separa
A Eva inocente de Eva pecadora...

X.

DICHAS SIN NOMBRE. 241

Es un idilio precioso; descripción de una escena campestre, en la cual un joven tuvo la dicha de jugar en la quinta de Pombal, en Lisboa, con una inglesita muy bella y cuyo nombre no recuerda.

Seguramente que de este poemita no se podría decir lo que Enrique Heine, con algo de desenfado, decía del gran Víctor Hugo, afirmando que á éste, para ser buen escritor francés, le faltaban tres cosas: la *naturalidad*, la *gracia*, y el *buen gusto*. ¡Qué ironía tan natural! ¡qué gracia de estilo! ¡qué riqueza de imágenes! y ¡qué variedad de tonos!

XI.

LAS FLORES VUELAN. 253

LAS FLORES VUELAN, capricho literario que no se sabe si es comedia ó poema, está fundado sobre un pensamiento tan profundo como agudo. Nada hay más gracioso ni más filosófico que esa flor que, saliendo de manos de un pobre poeta, pasa á las de una dama rica y plebeya, de ésta á un Conde, del Conde á la doncella de la señora, de la doncella al ayuda cámara del Conde, del ayuda de cámara del Conde á la planchadora de la dama, y desde las manos de la planchadora vuelve á las del poeta pobre, que fué el primero que echó á volar la flor, á la cual Calderón, con más propiedad que á un ave, la hubiera llamado *ramillete con alas.*

Herida la imaginación del poeta por aquella serie de perfidias, por efecto de las cuales vuelve á ser dueño de la prenda de su amor, pide la flor á la dama, ésta al Conde, el Conde á la doncella, la doncella al ayuda de cámara, el ayuda de cámara á la planchadora, y la planchadora al poeta, quien se la entrega, para poder seguir con la vista el vuelo de aquella flor, símbolo de la inconstancia humana. Pero siéndole imposible al poeta ver los subterráneos sociales por donde la flor vuelve á desandar el camino recorrido, se encuentra de pronto sorprendido con la flor que le devuelve la dama, y en-

tonces cae en el desencanto de que aquella prenda de su afecto ha recorrido todo el círculo social, desde la gran dama hasta la pupilera, sacando por consecuencia que los afectos, ó lo que es lo mismo, las flores que los representan, vuelan como los pájaros, no á la luz del día, sino á favor de las tinieblas de los antros de la vida humana.

XII.

EL TROMPO Y LA MUÑECA. 319

Los hombres debían guardar un *trompo*, y las mujeres una *muñeca*, para que, en vista de estos símbolos de inocencia, pudiesen recordar en la vejez las delicias de la infancia.

Unir los dos extremos de la vida por medio del recuerdo de la *ignorancia del mal*, es un pensamiento que está aquí desarrollado con una novedad y una gracia que encantan.

XIII.

LA GLORIA DE LOS AUSTRIAS. 335

Cuentan las crónicas que un labrador del pueblo de *Cuacos* hizo bajar á pedradas de la cima de un árbol, al cual se había subido á hurtar fruta, á un niño, que después fué D. Juan de Austria, vencedor de Lepanto.

Este es el asunto del poema. Don Juan es corrido á pedradas por el labrador. El Emperador interviene con algo de mal humor en favor del niño. El labrador detiene á aquel desconocido, en nombre de la ley ultrajada. Un pordiosero garantiza al Emperador detenido, en agradecimiento de haber recibido de él algún mendrugo de pan. Pone en libertad el rústico al Emperador, á ruego del leproso, y al dirigirse al convento el gran Carlos V, en la región donde era conocido,

—¡Buen viaje, Majestad!—dice la gente.
—¡Gracias, gracias!—Don Carlos repetía;
Y—¡buena está mi Majestad!—decía.

La versificación, á pesar de la indocilidad del metro, parece un trozo de un canto del Ariosto. La anécdota es graciosa, y la más propia para escribir este dramita, en el cual la gloria y la grandeza del hombre están reducidas á ser unas nadas miserables, ante la majestad impersonal de la razón y de la virtud.

XIV.

LOS AMORES EN LA LUNA. 347

Algunas veces hemos oído al ilustre orador el Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, que Campoamor no *idealizaba lo real*, sino que *sensualizaba lo ideal.*

No comprendemos bien la diferencia de estos dos idealismos, establecida por el Sr. Pidal. Este amor de San Francisco de Borja á la esposa de Carlos V es de una verdad histórica incontestable.

Nuestro autor, al trasladar esta pasión de la tierra á la luna, en vez de *sensualizar lo ideal*, *idealiza lo real*, y he aquí probado que la aserción del Sr. Pidal, aunque parece ingeniosa, no establece ninguna diferencia entre los dos idealismos.

Este pequeño poema, tan original, tan fantástico, tan misterioso y vago que, según la expresión de una mujer, parece escrito con *luz de luna*, es á pesar de su idealismo lo más profundamente humano que ha salido nunca de la pluma de un poeta.

El Editor.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

DOLORAS Y CANTARES.

DECIMOSEXTA EDICIÓN,

ÚNICA COMPLETA, CON EL RETRATO DEL AUTOR.

Madrid, 1882. Un tomo, 8.° prolongado, de LVII-453 páginas. Precio: 5 pesetas en Madrid y 5,50 en provincias.

Encuadernado á la inglesa con una elegante plancha: 1,50 peseta más.

Poesías y fábulas; quinta edición. Contiene: Ternezas y flores.—Ayes del alma. Un tomo, 8.° mayor, 4 y 4,50 pesetas.

El drama universal, poema en ocho jornadas: primera edición de gran lujo, 8 y 9 pesetas.

Idem tercera edición, 3 y 3,50 pesetas.

Encuadernado, 1 peseta más.

Colón; poema, con un prólogo de D. Severo Catalina (nueva edición diamante); 3 pesetas.

Encuadernado lujosamente, 1 peseta más.

Epístola necrológica de D. Luis González Bravo; 1 pta.

Pensamientos: extracto de sus primeras obras; 1,50 peseta.

Humoradas; 3 pesetas.

OBRAS DRAMATICAS.

El honor.—Comedia en tres actos y en verso; 2 ptas.

Guerra á la guerra.—Dolora dramática y en verso; 1 peseta.

Dies iræ.—Drama en un acto y en verso; 1 peseta.

El palacio de la verdad.—Dolora dramática en tres actos y en verso; 2 pesetas.

Glorias humanas.—Drama en un acto y en verso; 1 peseta.

Cuerdos y locos.—Comedia en tres actos y en verso; 2 pesetas.

LOS

PEQUEÑOS POEMAS.

DERECHOS RESERVADOS.

MADRID.—Est. tip. «Sucesores de Rivadeneyra».

LOS

PEQUEÑOS POEMAS

POR

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

SÉPTIMA EDICIÓN

LA MÁS COMPLETA DE LAS PUBLICADAS HASTA HOY

SEGUNDA PARTE

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
JACOMETREZO, 72

TAYLOR INSTITUTION
OXFORD

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

SEGUNDA PARTE.

LA MÚSICA

POEMA EN UN CANTO.

A Carmencita Roca de Togores y Aguirre Solarte.

LA MÚSICA.

I.

Responde, Carmencita encantadora:
Un pájaro que canta, ¿ríe ó llora?
Lo digo, porque oyendo la dulzura
Del ruiseñor que canta en la espesura,
Tú sonríes, tu hermana se divierte,
Tu madre os mira á entrambas con encanto;
Y pensamos, al són de un mismo canto,
Tu padre en vuestro amor, y yo en la muerte.

II.

¡Ay! Por qué ríes cuando yo me quejo?
¡Es para mi alma un insondable abismo
El que haga un ruiseñor á un tiempo mismo
Reir á un niño y sollozar á un viejo!

Y es que, seguramente,
La Música es un hada complaciente
De nuestra dicha amiga,
Que dice solamente
Lo que quiere nuestra alma que nos diga.
Por eso, al lisonjear su melodía
Con más fe al corazón que á la cabeza,
Dando al triste tristeza,
Aumenta del contento la alegría;
Y por eso, al oirla, convertimos
La fría realidad en ilusiones;
Pues al recuerdo de sus buenos días,
Ponen en cuanto oímos
Los ojos de nuestra alma sus visiones,
Nuestro oído interior sus armonías.

III.

Si, como todos vemos,
La Música despierta los sonidos
Que desde el día mismo en que nacemos
Están en nuestro espíritu dormidos,
También probarte intento
Que se lleva la Música la palma
En las artes que anima el sentimiento;
Que así como el estilo es el talento,
El metal de la voz es toda el alma.
Ella es la musa que al amor provoca,
Pues buscando un esclavo, ó acaso un dueño,

Todo el que canta, ó toca,
Si no ama en realidad, ama algún sueño:
Porque su magia es tanta,
Que, aunque eres niña aún, ya habrás sentido
Que, envuelto en el sonido,
Hasta lo amargo del dolor encanta;
Y que la misma senectud que mira
Que cada nota una esperanza encierra,
Con inútil ardor ama y suspira,
Como alma juvenil que, ardiendo en ira,
En oyendo un clarín corre á la guerra.
Respondes que lo crees, ¡bendita seas!
Pues entonces también fuerza es que creas
Que, según nuestras mismas sensaciones,
Cual los hechos imágenes de ideas,
Son las notas pedazos de pasiones;
Y que con fuerza virtüal vibrando,
Y á la vida excitando,
Por el espacio va cada gorjeo
Como una vaga tentación volando;
Y camina, y camina, murmurando
«¡Levántate, y anímate!» al deseo.

IV.

Y ¿qué es el mismo amor? Una armonía
Que hoy se canta y que el aire se la lleva;
Y que luego, mañana ó el otro día,
Con nuevo ardor la misma melodía

La vuelve á repetir otra vez nueva;
Y así en curso variable,
Cuando nace, se espacia, se disuelve,
Y en giro interminable,
Lo que del aire viene al aire vuelve.
Y en raudo movimiento,
Se disipa en el viento
Lo que en el viento por amor vivía:
¡Ideas, armonías, sentimiento,
Flores, músicas, luz y poesía!

V.

Como en cosas de amar yo lo sé todo,
Sé bien que en esta vida
Jamás será perdida
La que cierre el oído á piedra y lodo.
¡El oído, el oído! Ahí se esconde
El gran traidor que al corazón entrega;
El es la senda criminal por donde
Desde fuera el amor al alma llega.
Por él arrobadores los sonidos
En ardiente emoción, ó en dulce calma,
Después de electrizarnos los sentidos,
Arrastran los sentidos hasta el alma:
Y por él, en amante devaneo,
Desde el salto de Léucade, el deseo

Se arroja al mar para templar sus penas,
Escuchando el «¡ven, ven!» que es el gorjeo
Con que á Safo llamaron las Sirenas.
¡Cierra, cierra el oído,
Y ten por cosa cierta
Que es del amor el tentador sentido,
Y que siempre á la voz de un ser querido
Abre nuestra alma á la traición la puerta!

VI.

¡Carmen, perdón! Mi confusión es tanta,
Que ya olvidé mi tema.
Díme otra vez: ¿será siempre un problema
Saber si llora un pájaro que canta?
Y aunque es lo más sencillo
El pensar que ese tierno pajarillo,
En medio de su risa ó de su lloro,
Cantará eternamente el estribillo
De la eterna canción del «yo te adoro»,
Lo cierto es que su canto
Te vuelve más festiva;
Que tu madre entretanto
Ruega á Dios por tu dicha, pensativa;
Mientras tu padre, á tan graciosos sones,
Excitado en sus graves pensamientos,
Ya siente una avalancha de emociones,

Y un vértigo ideal de sentimientos;
Y, presagiando amores,
Más bella que la luz de la mañana,
Entona melodías interiores,
Con más afán que el ruiseñor, tu hermana.
¿Y yo? Víctima siempre de una idea,
Desde que allá en mi aldea
Tocaba siendo niño la campana
En las horas del sueño,
Y á las gentes sencillas
Las obligaba con pueril empeño
A orar puestas en cruz y de rodillas,
Sé que hay sones inciertos
Que forman la cadena prodigiosa
Que enlaza con ternura misteriosa
Las almas de los vivos y los muertos.
Y por esto, ese canto me convida
A que recuerde el fúnebre misterio
De otra ave dolorida
Que oyó mi alma, de dolor transida,
Cantar en un ciprés del cementerio
Donde yace la madre de mi vida!

VII.

¡Mas perdona otra vez la pena mía!
Yo adoro como tú, niña hechicera,
Con ciega idolatría

La música que presta lisonjera
El ritmo, que es la vida verdadera,
A su hermana mayor la poesía.
Y así te lo dirán, si les preguntas,
Barbieri, Arrieta, Oudrid, Marqués y Eslava;
Pues, del sonido la expresión esclava,
Al ir la frase y la armonía juntas,
Lo que la frase empieza, el són lo acaba.
Y te dirán que el arte soberano
Que llena de delicia
La escala toda del concierto humano
Desde el tango sensual de la Nigricia
Hasta el són funeral del canto llano,
Agotadas las frases con su acento
Nuestra ilusión á lo sublime eleva,
Y, ya extinguida la palabra, lleva
La Música hasta el alma el sentimiento.
Y ellos, en fin, te seguirán contando
Que al arte natural sobrepasando
Del genio artificial las filigranas,
Hoy remedan los pájaros cantando
Las dulces melodías italianas;
Y que después que oyeron los primores
De las *Normas*, *Lucías* y *Barberos*,
Creció la afinación en los jilgueros
Y gorjean mejor los ruiseñores.

VIII.

Es el mundo sensible
Un conjunto de notas armoniosas,
Desde el ruido ondulante y apacible
Que forman al volar las mariposas,
Hasta el ritmo visible
De la grande armonía de las cosas.
Y aunque el murmullo universal levanta
Himnos sin forma, é informes elegías,
Para el que sabe oir lo que Dios canta
El orbe es un compuesto de armonías;
Siendo en los campos, para todo el que ama,
Un arpa cada rama
Al ponerse en confuso movimiento
Las notas disconformes que derrama
Todo árbol agitado por el viento;
Y el mar, esa otra música infinita
Que el curso entero del sonido imita
Desde el canto guerrero hasta la endecha,
Remeda sin cesar, murmure ó truene,
La rugiente pasión la ola que viene,
La ola que va nuestra ansia satisfecha!

IX.

Bendecida y bendita
La armonía, es el alma que palpita
En toda acción, solemnidad ó rito.
¡Inmensa, universal, cosmopolita,
La Música es la voz de lo infinito!
Ella á la pobre humanidad hechiza,
Triste, alegre, marcial ó juguetona,
Y el amor del hogar inmortaliza,
Pues, en no escrita tradición, entona
La canción siempre igual y monotona
De la abuela, la madre y la nodriza!

X.

¡Gloria y honor al arte placentero
Que, embriagando las almas de ternura,
Hace del mundo entero
El espejo más fiel y verdadero
De una casa de locos sin locura!
¡Lira de Orfeo, que el amor nos pinta
Alegrando al infierno,

Mi voz te ha de cantar, hasta que extinta
Se desvanezca en el silencio eterno!
¿Qué importa que tu numen vagaroso
Prometa un ideal, que no se alcanza,
Si lo que hay de más real y delicioso,
Aun esperando el cielo, es la esperanza?
¿Qué importa que las dulces emociones
Que despiertan tus cantos halagüeños
Sean sólo visiones de unos sueños,
O más cierto, visiones de visiones,
Si siempre en este mundo
Viviremos soñando
Y estaremos ilusos descifrando
El problema fatal de Segismundo?

XI.

Y el sol ¿en dónde está? Pero ¡qué miro!
Ya las tinieblas al silencio llaman.
Bien dicen los que te aman
Que á tu lado la vida es un suspiro.
Y ya que hermosamente
Se agrandan para ver tus bellos ojos,
Pues ya el sol, como un rey, en Occidente
Se envuelve, al destronarse, en mantos rojos,
Mantos de luz que al acabarse el día
Sólo las cumbres de los montes doran,

Partamos pues. Ya te diré otro día
Si, expresando su pena ó su alegría,
Las aves, al cantar, cantan ó lloran.
Y pues, ya triste de la luz la ausencia
Trae la sombra, y con la sombra el luto,
Y reina la elocuencia
Del silencio absoluto,
Que es la nota en que grita la conciencia,
Marchemos ya: ¿qué esperas?
Vé en la humedad de mi marchita frente
Cómo el aire, al pasar por las praderas,
Se impregna dulcemente
De un lánguido vapor de adormideras;
Y cómo, al confundir todos los ruidos,
En vago remolino nebuloso
Va dejando el crepúsculo en reposo
Pájaros, luz, esencias y sonidos!

XII.

Pues se va el ruiseñor y el día parte,
Tú y yo, y tus padres y tu bella hermana,
Como dice la frase castellana,
Marchemos con la música á otra parte,
Para seguir pensando hoy y mañana
Tu padre en los problemas de la historia,
Tu madre en vuestra suerte,

Tú en la fe y en la gloria,
Tu hermana en el amor, y yo en la muerte.
Pero al decirte adiós, niña querida,
Déjame que primero
Te diga veinte veces que te quiero
Y te querré mientras que tenga vida,
Pues que serás, espero,
Además de alabada en mis cantares,
Adorada por bella y virtuosa,
En el mundo, primero como hermosa,
Y después, como santa en los altares.

FIN.

LA LIRA ROTA

POEMA EN UN CANTO.

A mi buena amiga Anita Canalejas y Morayta.

LA LIRA ROTA.

Unas veces te *dejará Dios*, y otras te *perseguirá el prójimo*, y lo que peor es, muchas veces te descontentarás de tí mismo, y no serás aliviado ni confortado con ningún remedio ni consuelo.

KEMPIS, lib. II, cap. XII.

I.

Era Ginés Briones
Un amante de Euterpe y de Talía,
Que cantaba canciones
De un subido color que él no entendía.
Con la fe de un artista verdadero,
Entró á servir á un músico de orquesta,
Al cual, con todo esmero,
En los días de fiesta

Le limpiaba el trombón con el plumero.
Pasó á aprendiz de monaguillo á poco;
Y llegando á ser luego
Lazarillo de ciego,
Le dió un duro una vez cierto inglés loco,
Y al fin de muchos tratos y contratos,
Compró el ex monaguillo
A un quinto aragonés un guitarrillo
Por diez reales, un pan y unos zapatos.

II.

Dueño ya del endeble guitarrillo,
Coleccionó las coplas que sabía,
Y, remedando al ciego, el lazarillo
Pudo ascender á ciego que veía.
Y cierto el rapazuelo de que encanta
Con las coplas que inventa,
Aunque á las viejas pérfidas espanta
Por no saber á veces darse cuenta
De la sal y pimienta
Que tienen las canciones que les canta,
Punteando por las calles de la villa,
Con aires de buen mozo provinciano,
Era el niño Ginés, el sevillano,
Un pequeño barbero de Sevilla.

III.

Nació en la tierra del amor emporio,
Patria del gran Tenorio,
De quien dicen que un día,
Para aliviar sus penas,
Mandó hacer de las rubias que quería
Una manta de rizos, que tendía
Sobre un colchón de bucles de morenas;
Y alumno fiel de su inmortal paisano,
Ginés el sevillano,
Siendo un tipo acabado de inocencia,
En los doce ó trece años que tenía
Ya era un ser tan precoz, que parecía
Que contaba catorce de experiencia;
Pues haciéndose el loco,
Y así como al descuido,
Para hablar á las niñas al oído
Se acercaba lo justo y otro poco.

IV.

Y su genio era tal, que es muy posible
Que fuese un día un músico perfecto,
A no tener ese vulgar defecto

De abusar del bordón en lo sensible;
Pues, agudo y flexible,
En los muchos cantares
Que solía inventar, ó que aprendía,
Cantaba alegremente sus pesares;
Y otras veces, uniendo con destreza
La pena y la alegría,
Como buen andaluz, también sabía
Cantar sus alegrías con tristeza.
Y, aunque no sin sonrojo,
Sabiendo ya que el suspirar consuela,
Fiel de Don Juan á la amorosa escuela,
Tenía Ginesillo el bello antojo
De alabar en sus coplas inocentes
Diez rubias de diez rubios diferentes,
Desde el rubio castaño al rubio rojo;
Y como era tan pobre ó más que Homero,
De estas diez parroquianas que tenía
El músico y poeta callejero,
En premio de sus coplas, recibía
Ya rosquillas, ya azúcar, ya dinero.

V.

Cantaba el niño una canción un día
A la divina Clara,
Una rubia preciosa que tenía

El corazón más bello que la cara;
Y mientras él la copla repetía,
Alegre como un loco,
La niña el canto oía
Distraída, arrancando poco á poco
Las hojas de una flor que se comía.
¡Distracción natural! pues simpre encantan
Esos tonos süaves,
Tan llenos de ternura,
Del género melódico en que cantan
Los hombres sin ventura,
Las mujeres, los niños y las aves.

VI.

En tanto que él cantaba,
Puesta al balcón la joven hechicera,
En un fondo de luz se destacaba,
Y Ginés, que, cantando, suspiraba,
No sabía siquiera
La canción que entonaba,
Admirado de ver que la niña era
Lo más bello del cielo que miraba.
Y él abajo, ella arriba,
Mientras él, siempre vivo y siempre amando,
Esta tierna canción sigue entonando,
Ella, mucho más viva,

Se parece á Rosina contemplando
A un esbozo de Conde de Almaviva:

«Está tu imagen, que admiro,
Tan pegada á mi deseo,
Que si al espejo me miro,
En vez de verme, te veo.»

VII.

¡Oh extrañas peripecias de la vida!
Escuchando al cantor, agradecida
Clara un suspiro de placer exhala,
Y, de gozo aturdida,
Una gruesa moneda le regala,
Que arroja del balcón, con tan mal arte,
Que la moneda *¡chas!* como una bala
La guitarra pasó de parte á parte.
A este horror el poeta callejero
Creyó que en un abismo
Sus pies se hundían, y que al tiempo mismo
Caía roto el Universo entero.
Mas pronto, vuelto en sí, se orienta y nota
Que no se hundió bajo sus pies el suelo,
Y que, á pesar de su guitarra rota,
No se cuarteó la bóveda del cielo.

VIII.

Al rumor del fracaso, en un momento
Se vió la calle de curiosos llena:
La moneda al caer la hurtó un hambriento,
Y uniendo el buen humor al sentimiento,
En tanto que Ginés muere de pena,
El público le silba de contento.
¡Oh ruin placer de la desdicha ajena!
La envidia es la polilla del talento.

IX.

Renunciando á las artes con trabajo,
Ginés la silba colosal oía,
Y altivo, aunque un poquito cabizbajo,
Las cejas con la gorra se cubría;
Y echando calle abajo, calle abajo,
Con ganas de llorar se sonreía,
Mientras que tristemente,
Aquella pobre Clara que, inocente,
Por hacer un favor mató un destino,
Con el mudo terror de un asesino

Se espantó de manera
Que, de haber sido buena, arrepentida,
Dejó el balcón, cerrando la vidriera,
Más pálida que Bruto el parricida.

X.

Así, con vario estruendo,
Se fueron dispersando,
El público riendo,
El trovador gimiendo,
Y la hermosura del balcón llorando.

XI.

Aunque en su erguido talle
Aun mostraba el orgullo de un Tenorio,
Ginés dobló la esquina de una calle
Para huir de las burlas de las gentes,
Pues en el gran Madrid, como es notorio,
Una esquina es un cabo ó promontorio
Que divide dos mares diferentes.
Detuvo allí sus vacilantes pasos,
Y pensó en su destino venidero

Dos minutos escasos,
Dos minutos, esto es, un siglo entero;
Y al verse sin industria y sin dinero,
Lloró, como lo que era, como un niño;
Y volviendo hacia el cielo la mirada,
Ya olvidando la silba y la moneda,
Tan solo recordó su alma angustiada
De su madre el cariño
Y el amor de su patria abandonada.
¡Patria querida! ¡Madre idolatrada!
Si nos faltáis vosotras, ¿qué nos queda?
¡Dios en el cielo, y en la tierra nada!

XII.

Y salió de Madrid. Y con denuedo
El roto guitarrillo lanzó al río
Desde lo alto del puente de Toledo;
Y arrostrando con brío
La soledad y el miedo,
La sed y el hambre, y el calor y el frío,
Se fué á Sevilla á pie, como un cualquiera,
Pues no teniendo un real su faltriquera,
Claramente discurro
Que no iría á su patria, aunque quisiera,
Como el rey de Ivetot, montado en burro.
Y así marchando hacia el paterno suelo,

Todos los males de la vida prueba,
Sin que le guarde del rigor del hielo
La chaqueta prehistórica que lleva,
Chaqueta que su madre le hizo nueva
De un trozo de una capa de su abuelo.
¡Sigue, Ginés; camina resignado,
Y rinde al peso del dolor tus bríos!
Para vencer todo el rigor del hado,
¿Qué valen tus esfuerzos ni los míos,
Cuando un grano de arena atravesado,
Puede torcer el curso de los ríos?

XIII.

¡Con cuánto desaliento
A su patria volvía
El que en algún momento,
Cuando el redoble del tambor oía,
Soñaba, en su ilusión, que llegaría
A músico mayor de un regimiento!
¡Ay! ¡Con cuánta agonía,
El que aspiró á ser dios de la armonía,
Renuncia ya á la necia vanagloria
De pensar que algún día
Le nombraran los fastos de la historia!
¡El pobre no sabía
Que, al reves de ese sol de Mediodía,
El gran sol de la gloria
Quema de lejos y de cerca enfría!

XIV.

Como nadie le daba
Los dulces y el dinero que ganaba
Cuando echaba sus coplas á las niñas,
En Castilla y la Mancha merodeaba
Comiéndose las uvas que pillaba
A espaldas de los guardas de las viñas.
¡Cuantos seres sentían ó pensaban,
Y sus viles harapos contemplaban,
Contra él inicuos su furor volvían;
Los niños le silbaban,
Los viejos se reían,
Los perros, que antes sólo le ladraban,
Ya, al pasar por las eras, le mordían!
¡Confiesa, Ana, que aterra
El ver á un niño en tan inmenso duelo!
¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra
Quitan las ganas de mirar al cielo?

XV.

Y en el supremo día
En que el suelo feraz de Andalucía
A contemplar volvió por vez primera,

Se sintió tan feliz, que de alegría
El joven trovador se comería
Una hogaza de pan, si la tuviera.
Pero á falta de pan, el pobrecito,
Merodeando también como en Castilla,
Comía, cual si fuesen pan bendito,
En Córdoba cogollos de palmito,
E higos chumbos bajando hacia Sevilla.
Y al ver la gran ciudad, gritó extasiado:
—¡Sevilla, patria mía!—
Pero apenas había
En el recinto de Sevilla entrado,
Cuando Ginés, exánime y gozoso,
Se cayó desmayado.
¡Está bien castigado
Ese artista ambicioso
Que pretendía amar y ser amado,
Tocar la lira bien y ser dichoso!

XVI.

Llevado al hospital, y satisfecho
Cual Nerón moribundo,
Pensó al caer sobre el jergón de un lecho:
«¡Qué gran músico en mí se pierde el mundo!»
Y en la cama *ciento once* abandonado,
Puesto á dieta, aunque hambriento,

Se murió dulcemente y resignado
Lo mismo que un pichón sin alimento;
Y después de una autopsia inoportuna
Que se le hizo á Ginés el sevillano,
Declaró un cirujano
Que se murió sin novedad alguna.
Y el difunto *ciento once*, al otro día,
Sin inquirir el nombre que tendría,
Las entrañas abiertas le juntaron,
Y envuelto en los andrajos que traía,
Por quitarle de en medio, le enterraron.
¡Oh suerte desdichada!
¡Cuánta noble ambición desvanecida!
¡Qué alegre es la existencia á la subida!
Y ¡qué llena de horror á la bajada!
Primero, ¡acordes, magnetismo, vida!...
Después, ¡silencio, desaliento, nada!...

XVII.

—Pero ¿y Dios?—me preguntas compasiva.—
Para él ¿dónde está el Dios sublime y tierno?—
El Dios tierno, hija mía, está allá arriba,
Sentado á la derecha del Eterno;
Y vive convencida
De que si ha puesto su paciencia á prueba,
Tendrá la recompensa merecida,

Y que al pobre Ginés en la otra vida
Le ha de dar Dios una guitarra nueva.
Modera tu aflicción, y ten presente
Que entre el cielo y la tierra hay un abismo;
Que no suele hacer Dios lo que consiente,
Y que es común, desventuradamente,
Que el bien produzca el mal, como el mal mismo.
Y ¿qué son bien y mal, placer y duelo
Mas que cosas fugaces cual la vida?
¿Me dices que para esto no hay consuelo?
Y yo ¿qué le he de hacer, Ana querida?
¡Así es la tierra!... y ¡ay!... ¡así es el cielo!...

FIN.

LOS CAMINOS DE LA DICHA

POEMA EN TRES CANTOS.

A mi querido sobrino

D. CAYETANO DE ALVEAR Y RAMÍREZ DE ARELLANO.

LOS CAMINOS DE LA DICHA.

CANTO PRIMERO.

CARTA DE UN TÍO PATERNO, DIRIGIDA Á SU SOBRINO EL AUTOR DE ESTE POEMA.

I.

Sé que te vas, y mi alma te acompaña.
Navia es de Asturias la región más bella,
Aun siendo Asturias lo mejor de España;
Mas véte á descubrir á tierra extraña
De tu ambición la misteriosa estrella:
Cual Mahoma al llamar á la montaña,
«Pues no viene ella á tí, vé tú hacia ella.»

II.

Véte á Madrid y arroja las cadenas
Que te atan á los seres
Que desde niño con el alma quieres,
Y busca, en horas de entusiasmo llenas,
El fuego tentador de los placeres,
De la pasión las adorables penas,
El goce de la gloria y las mujeres.

III.

No es el campo, sobrino,
La tierra en que germina la ventura
Del humano destino,
Aunque así lo asegura
Virgilio, que era un tierno campesino,
Con un talento igual á su ternura.
¿Quién en el campo á soportar se atreve
Los cambios incesantes
De la lluvia y la nieve,
Aunque nos juren antes
Que cada vez que llueve

Hace el cielo una siembra de diamantes?
¡No hay suerte á la verdad más importuna
Que tengan que gozar desde la cuna
Nuestros sentidos, de placer sedientos,
La insípida fortuna
De ver y oir atentos
Un día y mil, sin diferencia alguna,
Ruidos del mar, rumores de los vientos,
Rayos del sol, matices de la luna!

IV.

Mientras á Dios le ruego
Que te dé su ventura,
Y en tanto que con mística ternura
A su divina voluntad me entrego
(Pues en cosas de fe, según el cura,
Para ver algo claro hay que ser ciego),
Tú aléjate contento
Y realiza el feliz presentimiento
Que en tu viril naturaleza fundo.
Ese pueblo de Navia es un convento;
Si tienes corazón y entendimiento,
Echa el mundo á un rincón y hazte otro mundo.
Para darte, sobrino, estos consejos
Tengo hoy motivos graves,
Pues he visto ayer tarde á los vencejos

Volar de cierto modo; y tú ya sabes
Que los augures viejos
El porvenir leían desde lejos
El vuelo interpretando de las aves.
Ten en mí confianza
Y afronta la ambición con alma fuerte;
Así te evitarás la triste suerte
De ver, cual yo, pasar en lontananza
Después de una esperanza, otra esperanza,
¡Y luego otra! ¡Y luego otra! ¡Hasta la muerte!

V.

Y mientras corre la existencia mía
En ver cómo tu tía
El tiempo, el oro y la paciencia gasta
En vestir de la iglesia los altares
(Imitando en lo buena y lo entusiasta
La esposa del Cantar de los Cantares
Furiosamente enamorada y casta),
Tú, parodiando en su afición guerrera,
Y aunque sea también en lo hugonote,
A tu tío Fabián, el calavera,
Que es más loco y matón que un Don Quijote,
Véte á ser gran artista, ó gran guerrero,
Con frente altiva y corazón entero,
Pues no hay cosa mejor que ver á un hombre

Cómo eleva su nombre
A Pontífice, ó Rey, desde porquero.
Y aunque sé que en los campos hay momentos
En que templan del mundo los pesares
Rumores de las aguas y los vientos,
Flores, aves, amores y cantares,
Quiero que tengas siempre en la memoria
Que, más que este placer, vale la gloria
De sacar del olvido
Una raza, aunque noble, sin historia.
Y cuando, ausente del paterno techo,
El cielo te depare honra y provecho,
Y la envidia, encubriendo sus rencores,
Grabe en letras de molde tus loores,
Tu tío los leerá más satisfecho
Que una niña que escucha desde el lecho
En la alta noche una canción de amores.

VI.

¿La dicha de un lugar?... ¡Maldita sea!
Un sepulcro sin paz es cada aldea.
Estaba San Jerónimo en lo cierto
Cuando dijo una vez: «Roma, ó el desierto.»
Y aunque es mucha verdad que yo he sentido
Mil veces un placer desconocido
Cuando, al morir el sol en Occidente,

Se apaga todo ruido
Y se oye solamente
El himno de las aguas de la fuente,
La elegía sin fin del mar dormido,
Tú abandona los tiernos amorcillos
A esos pechos sencillos
Que hasta encuentran un són que los recrea
En el ritmo invariable de los grillos
Que cantan en los prados de la aldea;
Y lleno de ilusiones,
Ten, sòbrino, presente
Que del mundo en las múltiples regiones,
Sólo es vivir realmente
Cuando son nuestro pecho y nuestra mente
Un huracán de ideas y pasiones.

VII.

Y pues me deja el sol, también te dejo.
¡Adiós! que siendo de virtud espejo,
No aficiones jamás tu mano avara
Del oro y de la plata al vil manejo.
Fortuna grande y pronta es cosa rara,
Y, como dice un castellano viejo,
Nunca el Duero creció con agua clara.
En la pública escena
No adules para nada

La multitud, que es ignorante y buena.
Con la frente serena
Defiende con tu lengua y con tu espada
La noble condición de los Pompeyos;
Y, digno siempre de tu estirpe honrada,
No enrojezcas con ácidos plebeyos
La sangre de tu madre algo azulada.
Te mando esos cien duros. Hazte un traje
Que tenga mejor corte que los míos:
Es propio el buen vestir de un buen linaje.
No olvides que el más bueno de los tíos
Es *Celedonio Campoamor*.—¡Buen viaje!

CANTO SEGUNDO.

CARTA DE UN TÍO MATERNO, DIRIGIDA Á SU SOBRINO EL AUTOR DE ESTE POEMA.

I.

¿Me han dicho que te vas, y que nos dejas?
No lo quiero creer; mas si te alejas,
En tu vida azarosa
Verás por cada joven veinte viejas,
Y cien feas ó más por cada hermosa.
Tu espíritu anhelante
No encontrará en la tierra un solo amigo,
Ni una mujer constante...
Hago mal en decir esto que digo,
Pero, en fin, ya lo he dicho, y adelante.

II.

¿Insistes en partir? ¡Ay! Por lo visto,
Ebrio de amor, de gloria y de riqueza,
Comienza á fermentar en tu cabeza
La fecunda ilusión de lo imprevisto.
Márchate, pues; que mientras tú emponzoñas
Tu corazón, que es bueno como el mío,
En el campo tu tío
Con pedazos de caña hará zampoñas;
Y siendo ya además tan buen creyente,
Como esas almas bellas
Que candorosamente
Llaman cielo al espacio y las estrellas,
Con sano corazón y pura mente
Entre mozas de bien y lugareños,
Compondré mi ventura fácilmente
Con flores y con luz, música y sueños.

III.

Ya sabrás en Madrid, si no lo sabes,
Que de mí se ha de hacer larga memoria
Al relatar los escritores graves

Las grandes niñerías de la historia:
Pues en la guerra han sido,
Si mal reconocidos, muy sonados
Los golpes que yo he dado y recibido;
Aunque si he de ser franco, bien contados,
Son más los recibidos que los dados.
¡Oh término fatal de mi grandeza!
¿A quién no causa risa la memoria
De un héroe á quien le rompen la cabeza?
Es un tratado de moral mi historia:
Después de mucho amor y mucha gloria,
¿Qué he alcanzado? Este reuma y la pobreza.

IV.

Como ya en un rincón busco el reposo,
A la pobreza y la virtud me atengo;
Y, puesto que es forzoso,
Después que me he metido á virtuoso,
Desprecio mucho el oro que no tengo:
Pero, hablando, cual suelo, vivo y claro,
Te confiesa mi orgullo, aunque lo siente,
Que hoy bebo de lo tinto solamente,
Yo que siempre he bebido de lo caro;
Y vuelvo á confesarte con franqueza
Que, en mi suerte variada,
Después de haber gozado la riqueza,

No conozco una cosa más forzada
Que entrar en la virtud por la pobreza;
Y es que tener dinero y ser soldado
Sería un imposible realizado,
Como el milagro de tu tía Andrea,
Que es de Avilés, y sin embargo es fea.
¡Muy fea! Y tú no extrañes si atrevido
Hoy de tu tía el mérito rebaja
Un hombre como yo, que siempre ha sido
Soldado del amor hasta que, herido,
La fuerza de la edad le dió de baja;
Mas aunque yo en materia de placeres
Puedo jurar por Venus y por Baco
Que, excepto el vino, el juego y el tabaco,
No tuve más pasión que las mujeres,
Permíteme que escriba,
Aunque sé que te pesa,
Contra una lugareña tan altiva
Que, porque fué alcaldesa,
Se peina pelo arriba, pelo arriba,
Lo mismo que si fuese una duquesa.
¿No es natural que la paciencia pierda
Quien sabe que tu tía, aunque es tan lerda,
Domina á Celedonio de tal modo
Que bi-sexual, por imitarla en todo,
Se abrocha los botones á la izquierda?
Y es feliz sin embargo, y yo te juro
Que ya vivir oscuro
Como tu tío Celedonio quiero,
Que, sin saber que hay guerras ni pan duro,

Recita de memoria á Horacio entero;
Y entre un mastín y su mujer, seguro,
Vegeta sin pasado y sin futuro,
Siendo de Enero á Enero
Feliz como los cerdos de Epicuro,
De los cuales ¡oh dicha! es el primero.

V.

¡Qué vergüenza la mía!
Oye aparte una cosa reservada:
Al volver á esta patria abandonada,
Ha renacido en mí la idolatría
De una antigua pasión, tan adorada,
Que dí una vez por ella una estocada
A un inglés muy grosero que bebía,
Lo mismo que si fuese una ambrosía,
Un fermento de lúpulo y cebada.
Y pese á mis enormes desengaños,
Adoro, en cuanto es dable, con ahinco
A esta hermosa mujer de treinta y cinco,
Que tenía cuarenta hace diez años.
¿Me casaré con ella? Si me caso,
Será porque con maña paso á paso
Irá excitando la flaqueza mía
Con su austera virtud, coquetería
Con que Leonor enloquecía al Taso.

¡Cuántos héroes famosos
Acaban, como yo, por ser esposos
De mujeres cansadas
Que la suelen echar de desgraciadas
Después de hacer á pares los dichosos!
Tal vez sea mi síno
Ser feliz, siendo bueno y candoroso,
Probando que es verdad el desatino
De que hacen vivir siglos á un esposo
La castidad, las sopas y el buen vino;
Y ya en mi Rubicón la suerte echada,
Imitaré en mi santo matrimonio
El cariño de Andrea y Celedonio,
Que gozan de enramada en enramada,
Lo mismo que dos tórtolas dichosas,
La paz que hay en el seno de las cosas
Antes que Dios las saque de la nada;
Y siguiendo sus huellas,
¿Quién sabe si, abjurando mis errores,
Volveré todavía á encontrar bellas
La ruda sencillez de los pastores,
Las ovejas, las aves y las flores,
La tierra, el mar, la luna y las estrellas?

VI.

¡Ah! si cual yo demente,
Tomas un día estado,
Que te proteja Dios; mas ten presente

Que tienes que mandar ó ser mandado,
Pues todo esposo bueno y obediente
Vive en la hoguera de Abraham tostado.
Y no eches en olvido
Que no falta marido
Que, al mes de ser dichoso,
¡Oh tentación del fruto prohibido!
Quisiera ser de su querida esposo,
Volviendo á ser de su mujer querido.

VII.

¿Te vas al fin? Pues óyeme si quieres
Las reglas de moral que te aconsejo:
—De joven sé ateniense en los placeres,
Pues serás espartano en siendo viejo.
En lo real é ideal obra de modo
Que no choquen el alma y la materia.
Quien no aspira á ser nada, ya lo es todo.
No hay amor que resista á la miseria.
Cuando es cuerdo el placer, vive de poco.
Confía en tí primero y en tí luego;
Si el creer demasiado es ser un ciego,
El no creer en nada es estar loco.
Sé flexible y tenaz como el acero.
Lavarse bien es la virtud suprema.
Hoy el tener ó no tener dinero

Es el ser ó no ser, es el problema.
No busques la constancia en las mujeres,
Y si alguna te deja,
La volverás á conquistar, si quieres,
Colgándola un diamante en cada oreja.
Procura no encontrar en tu camino
Cierta clase de bellas
Que forman de la vida un remolino
En el cual todo muere, menos ellas.
Desprecia lo que va por lo que viene.
Todo negocio de mujer es malo.
¡Qué bien manda á los hombres el que tiene
En una mano el pan y en otra el palo!
En fin, nunca camines
Por cuestas empinadas y escabrosas,
Pues sólo triunfarás cuando te inclines
Del lado de la fuerza de las cosas.—

VIII.

¿Mis consejos te extrañan?
¿Qué quieres, hijo mío? Aunque te asombres,
Para mí ya los hombres
Sólo al decirme la verdad me engañan.
Siempre tendrás, ó pasarás por necio,
Como el deber mayor de los deberes,
Para todos los hombres el desprecio,

Y afecto para todas las mujeres.
Yo, del mundo olvidado,
Pobre y desengañado,
Con el humor más negro,
Los desprecio ya tanto, que me alegro
De verme por los hombres despreciado.

IX.

Adiós; no extrañarás que no te mande
Lo que nunca he tenido,
Porque yo siempre he sido,
En no tener un cuarto, Enrique el Grande.
Y como esto es notorio y tan notorio,
Con mucho amor, y sin ningún dinero,
No te mando ni un real, pero te quiero.
Piñera, á diez, *Fabián de Campoosorio*.

CANTO TERCERO.

CARTA DEL AUTOR DE ESTE POEMA, DIRIGIDA Á SU SOBRINO D. CAYETANO DE ALVEAR Y RAMÍREZ DE ARELLANO.

I.

Cayetano querido, ¿conque dices
Que en el mundo tú y yo somos felices?
Pues aunque tu alma de pesar destroce,
¡Oh prez de la española infantería!
Te juro por el Rey Alfonso-Doce
Que no creo en tu dicha ni en la mía.

II.

Yo, que en tiempos pasados
Dí mis pasos primeros
Por huertos que tenían alfombrados

Con arena del Navia los senderos,
Recuerdo que, llorando sin consuelo,
—«No te vayas»—mi madre me decía,
Cuando dejé en mal día
Aquel bello rincón del patrio suelo...
¡Ay, pobre madre mía,
Con cuánto desconsuelo
Y cuánta ingenuidad me prometía
Su voz la dicha y su mirada el cielo!

III.

Mas la patria dejé; y antes que siga
La historia de mis nuevos sinsabores,
Permite que, en honor de mis amores,
Me seque estas dos lágrimas, y diga
Que mi tío Fabián en sus estados
Viviendo, como un tiempo los cruzados,
Lloró, casi vecino á la pobreza,
Su tiempo y su dinero malgastados,
En cuanto echó de menos con tristeza
El vino de Jerez de veinte grados
Que se sube volando á la cabeza;
Y, olvidado y sin gloria,
Sintiendo, viejo ya, los sinsabores
De su variada historia,
Más que llena de amor, llena de amores,

Mi impenitente tío,
Probando, como siempre, junto á un río
Su pasión por las bellas castellanas,
Una noche, pescando hasta la aurora,
Cogió con un salmón unas tercianas
Al lado de una joven pescadora;
Y así una fiebre lenta
Puso fin á sus muchos desengaños
Por no tener en cuenta
Que el amor, que es un loco á los veinte años,
Es un necio del todo á los sesenta.

IV.

Y en cuanto al otro tío, que quería
Que hiciese yo, porque él nunca lo haría,
Como Dios otro mundo de la nada,
Con su vida feliz, algo anticuada,
Al lado, siempre al lado de mi tía,
Insoportablemente virtuosa,
Se murió, para hacer alguna cosa,
Por no morirse de fastidio un día;
Y ella después, de su marido ausente,
Y llena por lo mismo de pesares,
Siendo esposa más fiel y más ardiente
Que aquella del Cantar de los Cantares,
También murió otro día.

¡Mi generosa tía!
Que una vez con el aire más sencillo
Me dió un bolsillo en que guardar dinero,
Aunque nunca me dió su amor sincero
Dinero que guardar en el bolsillo.

V.

¡Sólo vivís en la memoria mía,
Mis pobres tíos y mi pobre tía!
¿Quién de aquí en adelante
Os nombrará con cariñoso acento,
Ahora que mi aliento
Se va apagando, instante por instante,
Como muere, extinguiéndose en el viento,
De un pájaro cantor la estrofa errante?
¡Adiós, adiós! ¡Aunque es un desconsuelo,
Ya vuestro nombre amado
Está tan olvidado
Como lo está el sepulcro que os encierra;
Pues nunca causan á los astros duelo
El que aflijan al suelo
Ni el dolor, ni las pestes, ni la guerra,
Así como no importan á la tierra
Las luces que se apagan en el cielo!

VI.

Te empezaba á decir, sobrino mío,
Que no hallando la dicha apetecida
Cuando seguí, como Fabián mi tío,
La izquierda del camino de la vida,
Con ciego desvarío
Mudé de rumbo, sin mudar de suerte,
Pues hallando allí sombra, aquí vacío,
Por el lado del bien llegué al hastío,
Por la senda del mal corrí á la muerte.

VII.

Ignorando mi ciega desventura
Que hoy luce más que el sol del oro el brillo,
Y que, aunque el verlo es una cosa dura,
Da más honor un real en el bolsillo
Que el llevar una espada á la cintura;
Yo con la fe de un ánimo sencillo
Tuve ambición, divinidad impura
A quien detesto, al ver en torno mío
Fabricantes de leyes
Que después de mandar á su albedrío,

Los augustos fastidios de cien reyes
No igualan todos juntos á su hastío;
Y agente vil de esta ambición de un día,
Con un pasar cercano á la pobreza,
Pensé en el oro; pero el alma mía
Aprendió en su dorada medianía
Que no siempre es alegre la riqueza,
Ni siempre la miseria da agonía.
¡No hay palacio sin algo de tristeza,
Ni choza sin un poco de alegría!
¿Qué importa que las almas codiciosas
Tengan por verdadero
Que aquello que más vale es el dinero,
Porque compran con él todas las cosas,
Si, al hacer un examen de conciencia,
Tengo el dolor profundo
De ver que, en el bazar de la experiencia,
No compra todo el oro de este mundo
La paz de un solo día de inocencia?

VIII.

¡Ay! ¿Y el amor? En el humano juego
Que es muy común no ignoro
Probar por la mujer que el hombre es ciego,
Como se prueba el oro por el fuego
Y la mujer se prueba por el oro.

De ese fatal amor, ¿hay medio acaso
De huir la acción, cuando impensadamente
La voz de una mujer que suena al paso
Se suele estar oyendo eternamente?
Yo al templo del amor corrí insensato
Cuando tenía apenas
La edad en que en las venas
La sangre juvenil toca á rebato;
Mas no me dió ventura
La suerte para mí siempre enemiga,
Ni en la santa abstinencia, ni en la hartura,
Pues ví con amargura
Que, así como el placer da en la fatiga,
La abstención del amor da en la locura.

IX.

Y como es el humano sentimiento
Una gran colección de ecos dormidos
A los cuales despierta en un momento
En el mundo inmortal del pensamiento
Cualquier cosa que llama á los sentidos,
Una mujer, un pájaro, un acento,
Admirado y sensible
Con sed inextinguible
Mudé de amor y cultivé las artes;
Mas bebí en todas partes
La eterna tentación de lo imposible.

X.

Después busqué el saber; mas tú no creas
En la base eternal de los derechos,
Pues, pese á las ideas,
Llevan el mundo á puntapiés los hechos.
No hay ciencias que no sean deleznables,
Pues, excepto la fe, que encuentra apoyo
Del cielo en los abismos insondables,
Solamente las piedras del arroyo
Pueden tener principios inmutables.
Yo con fe verdadera
Apuré del saber la ciencia entera.
¿Y qué he sabido al cabo?
Que el hombre, iluso, de sí mismo esclavo,
Lo que ve en su interior, eso ve fuera.
Nunca pude, rodeado de placeres,
Hacer de mis deberes sentimientos,
Porque á fuerza de penas y escarmientos
Troqué mis sentimientos en deberes;
Y es que los corazones
En las cosas humanas
Presumen ver lo real, viendo visiones,
Y los ojos, más que ojos, son ventanas
Donde á mirar se asoman las pasiones.

XI.

¿Qué ha conseguido al fin la ciencia mía?
Dudar y más dudar; tanto, que temo
Que he de ser algún día
Como Esquilo apedreado por blasfemo;
Y después de dudar, no he hallado el modo
De desechar el tedio,
Pues en un mundo de ignorancia y lodo,
No cabiendo en la fe término medio,
Ó se cree todo, ó se desprecia todo.
Por eso, con el alma destrozada,
Tras una juventud desvanecida
Llegué, ignorante, á esta vejez cansada,
Y en mi ansia de saber indefinida,
Buscando lo infinito de la vida,
Sólo hallé lo infinito de la nada!

XII.

No hay dicha, ó no la hallé, sobrino amado;
El caminar por el izquierdo lado
Es igual á marchar por el derecho.

Para purgar la pena del pecado
Dios hizo así este mundo malhadado,
Y hay que tomarlo al fin como Él lo ha hecho.
Jamás dieron la paz á mi conciencia
Ni la ambición, ni el arte, ni la ciencia;
Y corriendo de Oriente hacia Occidente,
Ni á izquierda, ni á derecha, ni de frente
Pude alcanzar de la ventura el precio;
Y al bien y al mal, también indiferente,
Hasta me vi abrumado tristemente
Por mi propio desprecio,
Pues fuí bueno, y me hallaron inocente,
Quise ser malo, y me encontraron necio.

XIII.

¡Ay! ¡feliz el que olvida
Que en el mundo no hay dicha verdadera;
Y dichoso también el que en la vida
Sufre, llora y trabaja, pero espera!
¡Esperar! ¡Esperar! ¿Tendré la suerte
De encontrar la ventura apetecida,
Al librarme la muerte
De este abierto presidio de la vida?
¡Sí! ¡Sí! ¡La fe me llevará mañana
A la inmortal Jerusalén divina,
Ya que no hallé la senda que encamina

A la ciudad de la ventura humana!
Y aunque la suerte aquí la espero en vano,
Si abajo hay una dicha como arriba,
Ruega á Dios, Cayetano,
Que, si no es un arcano,
En un término breve y perentorio,
Alguna alma piadosa se lo escriba
A Madrid, que es emporio
De todas las desdichas de este mundo,
Cortes, ocho, segundo,
A RAMÓN CAMPOAMOR Y CAMPOOSORIO.

FIN.

POR DÓNDE VIENE LA MUERTE

POEMA EN UN CANTO.

A mi muy querida amiga

EUGENIA MAC-CROHON Y BARUTELL.

POR DÓNDE VIENE LA MUERTE.

I.

Te lo vuelvo á decir, y yo no miento,
¡Gloria de los Mac-Crohones!
Era, cual tú, la Eugenia de mi cuento
Una enferma incurable de ilusiones.
Retrato verdadero
De tu rostro hechicero,
Mostraba, como tú, con mezcla rara,
La realidad de lo ideal su cara,
Lo ideal de lo real su cuerpo entero.
Hermosa niña que también tenía
Ojos azules irisados de oro,
Que juntando al talento la alegría,
Añadía un tesoro á otro tesoro.
Modelo de esos seres ideales

Que abrigan en su propio pensamiento
Tal horror por las cosas materiales,
Que tienen que bajar del firmamento
Para poder hablar con los mortales.
Raza privilegiada
De castas soñadoras
A quienes nunca afligen
De la vida mortal las tristes horas,
Pues su dicha es soñada,
Y en el sueño que eligen
Siempre hallan el amor que les agrada.
¡Gloria eterna á ese ejército divino
De grandes jugadores de ilusiones,
Que exponiendo á menudo su destino
A la carta ideal de sus visiones,
Alcanzan siempre en su pasión fingida
Una dicha infalible,
Pues si abruma lo real en esta vida,
Lo que nunca nos cansa es lo imposible!

II.

El padre de esta niña, el sabio Prieto,
Doctor en medicina y cirugía,
Amante de lo real, y que discreto,
Como aconseja Horacio, «coge el día»,
Cree que el alma, si existe, está vencida

Por la ley de las fuerzas naturales,
Y que no hay más criterios en la vida
Que los cinco sentidos corporales;
Que el contento moral, más que un contento,
Es de la pobre humanidad martirio,
Y que el alma es el sueño de un delirio,
Y el fruto de este sueño el pensamiento.
Es claro que, al decir que es nuestra mente
La fuerza de la vida trasformada,
Cree en muy poco, ó más bien, cree solamente
En el dios Pan, el Todo, esto es, la Nada.
Teniendo por sistema
Dudar de Dios, creyendo en sus hechuras,
Jamás le atormentaba el gran problema
De que hay un Criador, si hay criaturas.
Sienta el Doctor, por única certeza,
Que el hecho es la razón de las razones;
Y á abrigar ilusiones
Le llama tener aire en la cabeza;
Y, juzgándose un sabio muy profundo,
Con sonrisa altanera,
Como todos los fatuos de este mundo,
Él se alaba, y no poco,
De no tener un átomo siquiera
De poeta, de músico ni loco;
Y como es tan astuto, el matasanos
Todo el arte de Hipócrates lo encierra
En jurar por los ídolos paganos
Que, exceptuando en los trances de la guerra,
Para llegar la muerte á los humanos,

No tiene más caminos en la tierra
Que el frío y la humedad de los pantanos.
Y por eso á la niña, á la que quiere
Con sin igual terneza,
Seguro de que el hombre sólo muere
Cuando el desorden hiere
De los sentidos la exterior corteza,
Le dice sonriendo de esta suerte:
—«De la callada Parca el paso quedo
No vendrá á sorprenderte;
No tengas, hija mía, ningún miedo;
Yo sé por donde ha de venir la muerte.»

III.

Como nunca ha llenado su cabeza
La ilusión de un amante desvarío,
No conoce del padre la agudeza
Que, así como la gran naturaleza,
Tiene horror el espíritu al vacío;
Y aunque ve que en la edad de los amores
Eugenia sólo busca con anhelo
Los pájaros, las luces y las flores,
Lo que recuerda y lo que lleva al cielo,
Con mengua del honor de los doctores,
No advierte el sabio Prieto
Que la niña se entrega

A penas y á alegrías sin objeto.
Mas ¿de estas impaciencias el secreto
Cuál puede ser? La pubertad que llega.
Y es que, al lucir la nítida alborada
Del sol de la existencia,
Celebran los sentidos la llegada
De cosas que aun ignora la inocencia;
Pues este sol, con poderoso anhelo,
Llenando lo visible y lo invisible,
Circula ardiente de la tierra al cielo
La savia de un amor irresistible;
Y, siendo esta la clave
De su feliz tormento,
Ya de Eugenia el divino pensamiento
Desea alguna cosa; y ¿cuál? No sabe.
Sólo ve que pensando y más pensando,
Ya en sér su pensamiento convertido,
Sale al fin de su cuerpo adormecido
La mariposa del amor volando.

IV.

Y ¿qué sér ha inspirado
El fuego que de Eugenia el pecho inflama?
Lo ignoro. Algún ensueño acariciado.
Más que en el sér amado,
La causa del amor está en el que ama.

V.

Siente Eugenia impaciencias sin objeto;
Mas no quiere estudiar el doctor Prieto
El gran misterio que su pecho encierra,
Pues, como hombre discreto,
Cree que toda mujer tiene un secreto
Que nada importa al cielo ni á la tierra.
Y no ve que, en su estado visionario,
Eugenia, en la región del firmamento,
Da citas en un parque imaginario
A un novio que creó su pensamiento.
¿Quién detener podría la corriente
De ideas hechiceras
Que brotan de la frente
De una mujer que en su exaltada mente
Conduce diez legiones de quimeras?
Hay seres en amar de tal constancia
Y de alma tan ardiente y abstraída,
Que sacan de sí propios la sustancia
Con que tejen la tela de su vida.
Así Eugenia, soñando y más soñando,
De hablar tanto con ellas
Fué creando, creando
Un lenguaje especial con las estrellas;
Y de mirar la joven extasiada

A la celeste esfera,
Como era de esperar, quedó extenuada...
Mas la niña hechicera,
Por su padre adorada,
¿Qué tiene enfermo? Nada:
El pensamiento, esto es, ¡la vida entera!

VI.

Siendo el Doctor de lo ideal ateo,
De su ciencia seguro,
No cree, como yo creo,
Que un amor en estado de deseo
Es tanto más vivaz cuanto es más puro;
Y, en cambio, si veía
Que alguna hermosa joven se moría
Por tomar en las noches el rocío,
—«Abrígate»,—á su hija le decía,—
«Que ayer mató á una niña un aire frío»;—
Y, con ansias de padre verdaderas,
Ponía el algodón de sus cuidados
En todas las rendijas y vidrieras,
Arriba, abajo, enfrente y á los lados;
Y con tan nimio esmero
Todo frío exterior interceptaba,
Que en el cuarto de Eugenia, cuando helaba,
Podría cocer pan un panadero:

Y, cual siempre, pagado
De su feliz agüero,
Le decía á su hija confiado:
—«No tengo ningún miedo de perderte;
Tú fía en mi cuidado,
Que sé por dónde ha de venir la muerte.»

VII.

Mas lo triste es que un día,
Nuestra Eugenia del sueño en que dormía
Inquieta despertó de tal manera,
Que su alma empezó á amar como debía
Y su cuerpo á sentir como lo que era.
Y Eugenia sin amante, ¿á quien amaba?
Al amor, ¡qué sé yo! misterios de ellas.
El caso es que aquel tipo que adoraba,
¡Oh fuerza de los sueños! habitaba
Muy cerca... más allá de las estrellas.
Y es natural: un alma cuando es pura
Y vive en un estado visionario,
Como no tiene objeto su ternura
Lo aplica ¿á quién? á un sér imaginario.
Lo cual prueba, lectores,
Que, gracias á estos púdicos amores,
Para eterno consuelo,
Mientras haya mujeres y dolores
Será en la tierra una esperanza el cielo.

VIII.

Pero, á su ciencia natural atento,
Ni aun viendo cómo mata el sentimiento,
Nuestro Galeno advierte
Que alguna vez puede llegar la muerte
Envuelta en un amante pensamiento.
Y como es una fruta la experiencia
Que, ó está sin madurar, ó está podrida,
Apelando el Doctor á su conciencia,
Recuerda que en la edad de los placeres
Se murieron por él muchas mujeres,
Que vivieron después toda su vida;
Y aunque no se creía
Ni músico, ni loco, ni poeta,
Como él amaba un poco todavía
A una enorme coqueta,
Especie de animal de sangre fría,
Y al deducir, por la doctrina impura
De sus principios de malicia llenos,
Que muchos platonismos de ternura
No acaban en Platón, ni mucho menos,
Por si causar podría
De Eugenia los pesares,
A un primo, casi lelo, que tenía,
Le desterró el Doctor de sus hogares;

Pues, con ser tan notorio, no sabía
Que inspira todo primo una gran llama,
Ó, como éste de Eugenia, un gran desprecio;
Y que un primo es un dios cuando se le ama,
Pero un primo no amado es siempre un necio.

IX.

Y sin darse un momento de reposo,
Unas veces honrosas y otras viles,
El Doctor, como un viejo receloso,
Tomaba precauciones infantiles.
Y como ya es sabido
Que un padre es aún más tonto que un marido,
Con general sorpresa
Le echó un traje á una estatua de un Cupido
Que estaba sin vestir sobre una mesa;
Y les dió libertad á dos jilgueros,
Por si de ella los ojos hechiceros
Ya deleites secretos presagiaban
Al mirar, en los ratos placenteros,
El por qué, cómo y cuándo se besaban.
Inútil precaución que iba agrandando
De Eugenia los fantásticos amores;
Pues, conforme á sus ojos soñadores
Se iba el espacio de su amor cerrando,
Su puro corazón fué desplegando

Inmensas perspectivas interiores.
Así es que amando con leal vehemencia
La dulce creación de su existencia,
La hermosa Eugenia hacia la muerte avanza
Con un amor igual á su esperanza,
Y una constancia igual á su paciencia.

X.

¿Y el Doctor? Con un juicio algo tardío,
Pensando un día, por su buena suerte,
Que es un error tan necio como impío
El que son siempre la humedad y el frío
Las anchas carreteras de la muerte,
—«¿Por qué esta niña—el triste se decía—
Con cara de sonámbula risueña,
Ayer y hoy, por la noche y por el día,
Esté despierta ó duerma, siempre sueña?
¿Por qué en labios tan bellos,
Sin dejar de ser puros,
Ya parece que en ellos
Palpitan á granel besos futuros?»—
¡Desdichado Doctor! ¡Siendo tan diestro,
Y teniendo además tanta experiencia,
No sabe que el querer es una ciencia
Que todos aprendemos sin maestro;
Y que, al cerrar con diligencia vana

Por la noche la puerta á los amores,
Entran por la ventana
Enjambres de fantasmas seductores
Que dispersa la luz de la mañana!

XI.

Mas cuando, al fin, con ansia verdadera
Nota el Doctor cuán presto
Lleva á Eugenia hacia un término funesto
La casta consunción de una quimera,
Ya, aunque muy tarde, á comprender alcanza
Que es la niña adorable
Una enferma incurable
Del santo malestar de la esperanza.
¡Morir de amor! ¡Oh encantadores seres,
Fuentes de bien, refugios de consuelo!
¡Los ángeles amasan en el cielo
La pasta con que se hacen las mujeres!

XII.

Así hacia un fin cercano
Corría con el aire más risueño
La que en las nubes dió su blanca mano

A un cierto prometido de un ensueño.
Y entretanto que Eugenia se moría,
Nuestro Doctor ¿qué hacía?
Disparatar el pobre como un loco;
Por lo cual no veía
Que la muerte venía poco á poco;
¿Por dónde? No lo sé; pero venía.
¡Siempre fué así: yo sé por mis lecciones,
De realidad y de experiencia llenas,
Que, mejor que las penas,
Matan las ilusiones,
Pues he visto á docenas,
O más bien, á docenas de millones,
Lindas cabezas rubias y morenas
Morir de apoplejía de visiones!

XIII.

Y una vez que en la faz desencajada
De Eugenia moribunda
El candor hizo franca la mirada,
Así como el amor la hizo profunda,
Y cuando ya entreabiertos se teñían
De azul los labios rojos,
Y muriendo parece que tenían
Doble vida las niñas de sus ojos,
Convencido el Doctor de su torpeza,

Parecía, mirándola afligido,
Un náufrago que saca la cabeza
Desde el fondo del mar donde ha caído.

XIV.

Y cuando ya el Doctor no está seguro
Si es la niña á quien vela
Un espíritu puro
Que pronto va á volar, si ya no vuela,
A Eugenia una mañana contemplando
Con la pasión más tierna,
Vió que se iba en sus ojos condensando
La negra sombra de la noche eterna;
Y ante ella sus errores abjurando,
Lo mismo que á la imagen de una santa,
Le dió un beso en la frente de rodillas,
Dos en los ojos, dos en las mejillas,
Y otro y otro, hasta diez, en la garganta.
Y en el instante mismo en que, embebida,
A una cadena de ángeles asida,
Eugenia con el aire más risueño
Ya iba á seguir los sueños de su vida
A las mansiones del eterno sueño,
El Doctor, tristemente,
Con la voz de una tórtola que gime,
Le decía á la niña, en cuya frente

Dejó la muerte un estupor sublime:
—«¡Ten, por Dios! ¡ten, por Dios, ídolo mío,
Quieta la mente, el corazón en calma!
No matan sólo la humedad y el frío;
¡Viene también la muerte por el alma!»

FIN.

EL AMOR Y EL RÍO PIEDRA

POEMA EN TRES CANTOS.

AL SR. D. RAIMUNDO FERNANDEZ VILLAVERDE Y RIVERO

Recuerdo de cariño de

CAMPOAMOR.

EL AMOR Y EL RÍO PIEDRA

CANTO PRIMERO.

EL EDÉN.

I.

¿Queréis amar á Dios? ¡Pues id á Piedra;
A aquel Edén que con verdor eterno
Alegra hasta lo triste del invierno
Con sus musgos, sus mirtos y su hiedra;
Pues siendo un fiel traslado
De un sueño de Virgilio mejorado,
No hay mortal que lo vea
Que, como yo, encantado,
No admire, piense en Dios, se postre y crea!

II.

Así, creyendo y admirando, un día
Por este paraíso de inocencia
Van dos hijos de Dios, que todavía
No encontraron el árbol de la ciencia.
El por ella en un día de batalla
Desertó frente á frente al enemigo;
Y ella por él, al frente de su amigo,
Se escapó de un molino de *Cimballa*.
Mas, como dice en Aragón la gente,
Desertar por los ojos de una moza
Es cosa que perdona fácilmente
La Virgen del Pilar de Zaragoza.

III.

Juntos los dos, siguiendo su destino,
Bajaron por el río hacia el camino
Que á *Piedra* viene á dar desde *Tortuera*,
Después que con amor la molinera
Le dió un beso á la rueda del molino.

IV.

¡Qué felices serán dos desertores
Que tienen libertad en sus amores,
Calor de día y por la noche frío,
En la tierra placeres y dolores,
Aire y luz en la esfera,
Para poderse ahogar sitio en el río,
Pan caro y agua gratis donde quiera!

V.

Es Jaime, más que un quinto, un veterano
Que, puesto en guardia y con fusil en mano,
Le echa el ¿quién vive? á un pájaro que vuela,
Tanto que, el muy tirano,
Hallándose una vez de centinela
Vió á la Reina y la dijo: «¡atrás, paisano!»

VI.

Mas dejo de hablar de él, por decir de ella
Que en Daroca una vez la llamó bella,

Silbando como un mirlo, un lord muy rico;
Y otra vez, extasiado,
Le echó una flor, pasando por su lado,
Un Azlor de Aragón, casi un Rey chico.
Lleva un traje ceñido á las caderas,
Y anillos en los dedos de las manos
Como una valenciana con ojeras,
Que come arroz y vive entre pantanos.
Cruza enhiesta el pañuelo por delante
Para dejar al aire la cintura,
Mostrando el tallo erguido y ondulante
De la flor sin abrir de su hermosura.
Siempre lleva de andar por las praderas
Alpargatas de cáñamo olorosas,
Pues, según las nociones verdaderas
De los sabios que estudian estas cosas,
Cuando son tan hermosas
Todas las molineras,
Sabiendo á pan de flor, huelen á rosas.

VII.

Y, en medio del amor que los obceca,
¿Adónde van huídos
Jaime Cortés y Candelaria Ateca?
Llevados y traídos
En el mismo columpio de un deseo,

Se proponen morir los atrevidos
Lo mismo que Julieta y que Romeo.
Su plan de amor y horror era el siguiente:
Desertar, verse un día solamente,
Darse un adiós eterno,
Y hallar luego en el fondo de un torrente
La muerte y la esperanza del infierno;
Porque hay gentes tan locas
Que, con formal empeño,
No encontrando harto duras á las rocas,
Se rompen la cabeza contra un sueño!

VIII.

Ya hacia el final de la primer jornada
Buscando algún descanso
En la margen del *Vado* (una cascada
Que nace y que concluye en un remanso),
Miraban extasiados las corrientes,
Claras en los arranques,
Blancas en las rompientes,
Y azuladas después en los estanques,
Cuando al llegar la hora
De echarse entrambos de cabeza al río,
Poniéndose de pie, «ven, Jaime mío»,
Le dijo al desertor la desertora;
Y hacia un salto mortal ella camina

Enseñando al soldado á ser valiente.
¡Feliz pasión la que en morir se obstina!
¡El preferir la muerte á estar ausente
Es del amor la plenitud divina!

IX.

Ya en pie los dos medían el abismo
De la gran *Requijada*
(Otra hermosa cascada
Que parece caer del cielo mismo),
Cuando al mirar pintados en las ondas
De ella el rostro y gentil desembarazo,
Sintió el alma de Jaime aquel flechazo
Que pasó el corazón de Epaminondas;
Y volviendo á mirar en la cascada
Aquel talle que imita
La ondulación del cisne cuando nada,
Y el pecho de opulencia regulada
Que á amar las cosas de la tierra incita,
En ese atontamiento en que la mente
No se encuentra despierta ni dormida,
Asiendo de repente
El brazo de la hermosa molinera,
Perdiendo el sentimiento de la vida,
La dijo con afán:—«¡Espera, espera!»

X.

Y, después de esperar, con pies ligeros
Bajan corriendo la empinada cuesta
Los dos pobres viajeros
Que no llevan más ropa que la puesta;
Y llenos de pasión, aunque mojados,
Uno de otro en el talle
Muellemente apoyados,
A lo largo del valle
Se alejan poco menos que abrazados.

XI.

Y, siguiendo del *Piedra* la corriente,
Sus almas encantadas
Ven el amor tan casto como ardiente
De las cosas creadas
Que imantadas, y al fin desimantadas,
Se casan y descasan buenamente;
Pues era la estación que entre gorjeos,
Alumbrando los gérmenes que encierra,
La gran hembra del sol, la madre tierra,
Da los frutos de antiguos himeneos.

XII.

Y andando poco á poco, se olvidaron
De la parte febril de su aventura,
Y al fin no se mataron:
¡Quién no hace en este mundo una locura!
Luego, á la sombra de un nogal, notando
Que empieza el tiempo á parecerles breve,
Se comen unas nueces, enseñando
Unos dientes más blancos que la nieve.
Pero ¡oh esperanzas vanas!
Al sentir un amor inextinguible
Ellos creen que es posible
Vivir sólo de nueces y avellanas;
Sin saber los sencillos desertores
Que beber en el *Piedra* y comer nueces
Es hacer que se olviden los amores
Y aborten las más bellas redondeces;
Porque es sabido que el amor y el río
Tienen suertes iguales,
Pues así como el *Piedra* se endurece
Al romperse en las rocas sus cristales,
Perdiendo ciertos óxidos vitales,
Al moverse el amor se desvanece;
Y es que el amor y el río, andando, andando,
Por sus cauces los dos marchan dejando

El río cal y la pasión olvido,
Y así es como se van petrificando
El agua andada y el amor movido.

XIII.

Y al llegar estos míseros mortales,
Que alimentan su amor de vegetales,
A un monte empenachado de cascadas,
Miraron en los altos vericuetos
Las tranquilas moradas
Del abuelo, los hijos y los nietos,
De la raza feliz de los Muntadas.

XIV.

Y al ver el *Monasterio* frente á frente,
Con misterio inocente
Se llenaron sus almas de emociones
Pensando en las virtudes de un convento;
Y él se entregó á juiciosas reflexiones,
Y ella á un casto y profundo sentimiento.
Y hasta en aquel momento
Se despertó de Jaime en la memoria,

De San Benito, el fundador, la historia,
Que amando á una mujer, que era un portento,
Y por la cual su corazón ardía
Como un carbón que lo encendiese el viento,
En vez de acariciar como un profano
Las torpezas divinas
Que envidia el cielo al lodazal humano,
Se echó sobre un zarzal, cuyas espinas
Destrozaron sus carnes virginales:
Y añade en sus anales
Un cierto *Padre Yepes*, á quien creo,
Renunciando á probarlo en los zarzales,
Que en San Benito por heridas tales
El fuego se exhaló de su deseo.

XV.

Y en tal instante, aunque con gran frecuencia
No hay más Guardia civil que la conciencia,
Ya del día á los últimos fulgores
Los dos enamorados desertores
Creyeron ver, ó en realidad miraron,
Dos parejas de guardias que pasaron,
Y apresuradamente
Encontrando un zarzal junto á una fuente,
Con natural espanto,
No se echaron encima como el Santo,
Se escondieron debajo santamente.

XVI.

Y gracias al Señor, libres de sustos,
Jaime Cortés y Candelaria Ateca
Se durmieron después como dos justos
Sobre un lecho de amor de hierba seca.

XVII.

Pero ¿y qué más?—¿Qué más? Con amor puro
Él una vez al tropezar con ellos
Besó de Candelaria los cabellos...
— Y ¿nada más?—Y nada más: ¡lo juro!

CANTO SEGUNDO.

LA TENTACIÓN.

I.

Ya el sol emblanquecía las estrellas,
Y Jaime, aun no despierto,
Ni soñaba siquiera con aquellas
Tentaciones tan bellas
Que tuvo San Benito en el desierto;
Pues, como todavía
Al alborear la lumbre de aquel día
Le hacía poco peso la conciencia,
Fué su sueño profundo, muy profundo.
¡Qué dicha tan inmensa es en el mundo
Amar, en pleno amor, con inocencia!

II.

Cuando ya los llamaban á la vida
Los sones halagüeños
Que la tierra, aun dormida,
Murmura electrizada como en sueños,
A Jaime despertó la molinera;
Y abriendo un gran portillo en el ramaje
Para ver la primera
El teatral aspecto del paisaje,
Vió á la luz color gris de la mañana
Los huecos de las celdas del convento;
Y elevando hacia Dios su pensamiento
Se santiguó con gracia la aldeana,
Pues hija fiel de otro cristiano viejo,
Ella es una cristiana
Tan católica á un tiempo y tan galana
Que reza y se santigua con gracejo.

III.

Aunque es un bello nido
De inextintos amores
El *Parque*, sobre un monte suspendido,

Los tiernos desertores,
Después que el sol vino á borrar la aurora,
Dejaron una estancia peregrina
Que reune en su flora
El Africa, la América y la China;
Y hacia el *Verjel* bajaron,
Y al límite en que el *Parque* terminaba,
Un bello semicírculo encontraron
Que el tocador de Venus imitaba,
Y quedó admirado él y ella embebida
Al ver la *Caprichosa*, una cascada
Que parece, tendida,
El velo de una reina desposada;
Y á su influjo, sintiendo
Una feliz y casta soñolencia,
Porque el agua, al caer, baja moviendo
Las brisas de las playas de Valencia,
En torno de los tímidos amantes
Trazan al sol un círculo divino,
Saltando, como un polvo blanquecino,
Molidos en las peñas los diamantes.

IV.

Y entran luego en la *Gruta del Artista*
Por ver estalactitas agrupadas,
Que alegraban la vista

Como labores de cristal colgadas;
Y sigue admirando él y ella embebida,
Y pasa tiempo. . y tiempo... y de esta suerte
Se fueron olvidando de la muerte
Y acordándose un poco de la vida.
Mas ¿cómo de los fieros desertores
Ya, el que menos, olvida
Su deber de arrojarse en un abismo?
Porque en cosas de amores
Puede más que el deber el magnetismo.
No lo extrañéis, lectores;
Según Platón, ya en Grecia era lo mismo.

V.

Entrambos luego, de la mano asidos,
Bajando más y más, miran, pasando,
Que en el estanque del *Verjel*, nadando,
Ya se atusan los patos aburridos,
Después de ver y oir cómo, formando
Borbotones, cual pechos de Sirena,
Corriendo á unirse al río,
Bajo un dosel sombrío,
El dulce *Arroyo de los Mirlos* suena.

VI.

Y á la sombra de un álamo sentados
Para admirar el *Baño de Dïana*,
Poco después el quinto y la aldeana
Miraban los cristales azulados
De un río transparente
Que sería maldito en el Oriente
Por secar los contornos redondeados.

VII.

Se alzan después, y apresuradamente
Viendo una cueva enfrente
Llamada la *Carmela*, él en pos de ella,
Como quien huye de la luz del cielo,
Se entraron en la gruta, que es más bella
Que la gruta de Elías del Carmelo.
Mas si viese á los dos en compañía
Despacio, y sin pensar que el tiempo vuela,
¡Jesús! ¡qué colorada se pondría
La Carmen que dió nombre á la *Carmela!*
Y con razón, porque al seguir su ruta

Salieron pálido él y ella encarnada,
Aunque en aquella gruta
¡Admírate, lector! no pasó nada.

VIII.

Y ven después, entre el espeso ambiente
De perlas en las rocas machacadas,
Los *Fresnos*, que, cortando una corriente,
Imitan dulcemente
Un salterio formado por cascadas.
Y al ver que con su escala de colores
La *Cascada del Iris* sus primores
Sepulta en un estanque luminoso
Al pie de una vertiente encajonado,
Jaime exclama admirado
Como un viajero estúpido:—«¡Qué hermoso!»

IX.

Y, al fin del largo estanque,
Miraron en su arranque
La *Cola de caballo*, otra cascada
Que, en la cumbre entre rocas apretada,

Se pára, se acumula, se desborda:
El valle todo asorda,
Cae, y después se echa á dormir cansada.
Pero al caer arqueada y ondulante,
Es tal su gallardía,
Que no tiene una cola semejante
El caballo mejor de Andalucía.
Al ver la gran cascada
Brillando tan gentil y refulgente,
Casi duda la mente
Si, al caer despeñada,
Rompiéndose en las rocas, irritada
Lanza el agua una luz fosforescente.
Yo sé de un navegante, amigo mío,
Que viviendo en el mar constantemente,
Nunca vió el agua hasta que halló este río
Que, lanzando impetuoso su corriente
De pendiente en pendiente,
Recorre desde el cielo hasta el abismo,
Haciendo de esta tromba á un tiempo mismo
Chubasco, borbotón, racha y rompiente!

X.

¡Y gloria á Dios! Merced á la certera
Habilidad del dueño
Que abrió á pico en la roca una escalera,

Bajaron á la *Gruta*, que supera
En hermosura real al mismo sueño;
Gruta en la que es el día
Una noche de otoño húmeda y clara,
Que mezcla á una luz rara
Unas sombras más raras todavía;
Y cuando de repente
Entre tanto y tan mágico espejismo
Lleva el sol, al morir en Occidente,
La esplendencia del cielo á aquel abismo,
Se ve allí claramente
Aquel Dios misterioso que el ateo
Nunca ve en su nublada fantasía;
A quien vió por detrás Moisés un día;
A quien vió de perfil el gran Linneo;
Al que ve con su tierna idolatría
La esposa fiel por cuyos ojos veo,
Y al que la madre de mi amor veía
Con el santo candor del buen deseo!

XI.

Las aguas por las rocas exsudadas,
Forman allí variadas
Obras de arte, á la bóveda sujetas
Con primor tan gentil que sus labores
Afrentan á escultores,

A arquitectos, pintores y poetas.
¡Qué prodigio, gran Dios! Ninguno sabe
Si aquel templo escondido y soterrado
Es de una grande catedral la nave,
Ó algún horno ciclópeo ya apagado;
Si habrá formado un hada
Sus bellos arabescos de mezquita;
Si es gruta de Sibila exonerada,
O de un titán la cueva troglodita;
Pues la gruta hechicera,
Que á todo ingenio humilla,
Si como arte es la octava maravilla,
Como arte natural es la primera:
Y acaso en tan extraña arquitectura
Dios tuvo por objeto
Juntar en su hermosura
Los prodigios del orbe en miniatura,
Formando tan completo
Pandemonium de cosas celestiales,
Que alrededor se ven hombres y brutos,
Y dioses vegetales y animales,
Y fetiches de ritos naturales,
Flores, peces, y pájaros y frutos;
Ídolos despreciados
Que, del mundo barridos,
Y en la *cueva* de *Piedra* emparedados,
Fueron, después de ser amontonados,
Por el desdén primero confundidos,
Y por el tiempo al fin petrificados!

XII.

Mientras hacen las brumas condensadas
En lo hondo de la *Gruta* acumuladas
Un estanque sombrío
Donde al caer, medidas y contadas,
Van formando las gotas de rocío
Un joyero de perlas agitadas,
De tanta sombra y humedad mezclados
El perfume, el color y los sonidos,
Parece que también petrificados
Abruman con su peso los sentidos;
Y en tal caos de ruidos y fulgores,
Al ver y oir los brillos y rumores,
Cambiando de ilusión ojos y oídos,
Encuentran siempre allí nuestros sentidos
Voz en la luz, y luz en la armonía,
Siendo así de la humana fantasía
Quiméricos antojos
Ya el hallar armonía en los colores,
Ya el ver como parece á nuestros ojos
Que saltan de los ruidos resplandores!

XIII.

Saliendo de su asombro sobrehumano,
Ven luego que, á sortear acostumbradas
El furor de las aguas despeñadas,
Por la derecha y por la izquierda mano
Entraron asustadas
Dos palomas seguidas de un milano;
Y el milano no entró porque imprudente
A las aves de frente
Les fué astuto á cortar la retirada,
Y el rápido turbión de la cascada
Lo echó muerto en el fondo del torrente.
Y luego la pareja arrulladora
Tranquila y entregada á sus amores,
De aquellos infelices desertores
Vino á ser la serpiente tentadora;
Pues en tanto que extáticos seguían
Por los picos los pájaros unidos,
Ellos, desvanecidos,
Los miraban á un tiempo y los oían
Poniéndose en los ojos los oídos.
Y cuando aquella escena,
De peligrosos incentivos llena,
Convirtiendo en edén la hermosa cueva,
Les trajo á la memoria

El amor de Adán y de Eva,
Los grandes pecadores de la historia,
En ideal mutismo
Nuestros dos desertores
Sondeaban el abismo
Del vértigo feliz de los amores,
Y, como es natural, naturalmente,
Escena tan sencilla
Puso fuego á su amor adolescente,
Y empezó á arder en ellos de repente
La sangre de Isabel y de Marsilla,
Y como suele á veces
Un ejemplo liviano
Hacer hervir las heces
Del fondo vil del animal humano,
Mientras casta, apelando á sus deberes,
Ella devora en abstracción sublime
Ese instante en que incuban las mujeres
La idea que las pierde ó las redime,
Él miró á Candelaria de hito en hito
Para beber amor en sus miradas;
Pero ella, dando un grito,
Que hizo huir á las aves asustadas,
Salió de aquel lugar de incontinencia
Para ella maldecido,
Y—«¡jamás!»—murmuraba con frecuencia,
Respondiendo sin duda á un repetido
Misterioso argumento de conciencia.
Así la fugitiva
Salió rápidamente,

Como un ave cautiva
Cuya jaula se abriese de repente,
Mientras Jaime Cortés, desvanecido,
Ni á ver, ni á oir, ni á respirar se atreve,
Y sigue detrás de ella convertido
En fría estalacmita que se mueve.
Y, gracias al buen Dios, de esta manera
El idilio empezado en aquel día,
Por huir con pudor la molinera
Se quedó siendo idilio todavía.

XIV.

Y, después de unas horas,
Ya con planta segura
Siguiendo á las palomas tentadoras
Por sendas seductoras
Trazadas con ingenio á la ventura,
Llegaron á la *Fuente del Olvido*
Y á un *Lago* entre montañas detenido,
Con la *Peña del Diablo* por un lado,
Y al otro el *Monte Piedra*, en donde alzada
Con restos de una antigua fortaleza
Aun se ve una *Capilla* abandonada,
Con santos que no sirven para nada,
Pues ni unos tienen pies ni otros cabeza.

XV.

¡Oh *Fuente del Olvido* misteriosa!
¡Lola, Asunción, Eugenia, María Rosa!
¡Coro de alegres Musas!
¡Recuerdo entre memorias ya confusas
Que después de saltar con planta airosa
Los arroyos cortados por esclusas,
Para hallar el reposo apetecido
Prestó á vuestro cansancio y mis pesares
El húmedo verdín de sus sillares
La inolvidable fuente del *Olvido!*
¡Isabel, Carmen, Juana!
¿A que ninguna de las tres olvida
Lo que en el *Lago del Silencio* hablamos?
¿Olvidaréis jamás que allí pasamos
Tres horas las más dulces de la vida?

XVI.

Mas nos llaman de nuevo otros amores,
Porque Jaime, sintiendo trasudores,
De improviso gritó:—«¡Guardias civiles!»

Pues para un desertor, en la apariencia,
No hay más hombres que guardias y alguaciles;
¡Que es gran pintor de espectros la conciencia!
Y buscando un refugio, mira en torno,
Y alcanzando en el fondo del paisaje
Una cueva que sirve de hospedaje
A todas las palomas del contorno,
Uno y otro con ánimo esforzado,
Metiendo el pie en las grietas de las peñas,
Subieron á la *Cueva del Soldado*,
Que allá arriba, y oculta entre unas breñas,
El mismo Dios que la hizo la ha olvidado.
Y en tanto que los pobres desertores
Quedan solos, pensando en sus amores,
Mas sin faltar á la moral cristiana,
Por la altura del monte vigilando
Va la Guardia civil representando
Lo perspicaz de la justicia humana.

XVII.

¡Que Dios os dé fortuna,
Oh jóvenes amantes,
Que aun podéis comulgar sin duda alguna
Sin precisión de confesaros antes!
¡Yo espero que aun podrá vuestra inocencia
La hora retardar de la caída,

Creyendo lo que dice la experiencia,
Que es muy malo abusar de nuestra vida!
Desechad con empeño
Cuanto hay de realidad en las pasiones,
Dándolo todo, como yo, al ensueño.
Imitad mis fugaces ilusiones,
Pues en giro halagüeño,
Desenterrando y enterrando historias,
Ya saco una memoria para sueño,
Ya echo un sueño al rincón de mis memorias.
Y aunque en mis rasgos de virtud no imito
Lo que hizo en el desierto San Benito,
Procuro realizar en mis ternezas
Un amor superior á las flaquezas,
Porque sé en mi constante desconsuelo
Que si une de algún modo
Un hilo solo nuestro amor al suelo,
Sopla el viento una vez, se nubla el cielo,
Rompe un céfiro el hilo... y ¡adiós todo!

CANTO TERCERO.

EL CASTIGO.

I.

—«El amor se cree eterno y dura un día.»
Así á Jaime Cortés con grave acento
Un cura le decía,
Si es cura el capellán de un regimiento.
—«Vamos con calma, vamos—
El capellán seguía—
Confiésate despacio, que esperamos
Una dicha imprevista,
Pues sé que, siendo un ángel en la tierra,
Pidió ayer tu perdón una bañista
Que es algo del Ministro de la Guerra.
Háblame, pues, sin remontar el vuelo,
Y cuenta sólo la verdad humana.

Cuando se halla por medio un aldeana
Todos sabéis cómo se pierde el cielo,
Aunque nunca estudiáis cómo se gana.»

II.

—«¿Habrá una criatura—
Preguntó el desertor—que la ventura
Encuentre en las pasiones tormentosas?»
Y el confesor le dijo:—«Ten cordura;
Tú al hablarme te olvidas que soy cura,
Y sólo sé por relación las cosas.
Piensa bien que nos dice la doctrina
Que es el hurto un pecado,
Y la Ordenanza á declarar se inclina
Que, al robar una moza, es un soldado
Tan vil como al robar una gallina.
Confiesa que ese amor desventurado
De la Ordenanza el código destroza,
Mostrando el espectáculo adorado
De un quinto que secuestra á una real moza.
¡Si fueras oficial, pero un soldado!...»

III.

Bostezando en memoria de su amada,
Jaime exclamó con voz entrecortada:
—«¡Oh, qué cuarto de luna tan eterno!
Ocho días de dicha continuada
Hacen dulce la idea del infierno.
Amé en la gruta á Candelaria Ateca
Con todas mis potencias y sentidos.
¿Qué habíamos de hacer, allí metidos,
Sin tener yo un fusil, ni ella una rueca?
Duraron nuestras verdes alegrías
Tres días y tres noches... pero luego...
—Sí—dijo el cura—al cabo de esos días,
La hablabas tú en latín, y ella á tí en griego.
El que sepa la esencia de las cosas,
Sabrá que las mujeres siempre entienden
La ciencia de agradar, si son hermosas;
Pero, hermosas ó feas, nunca aprenden
El arte de no hacerse fastidiosas.—
Bien, y después ¿qué hiciste?
—Qué hice después?—Jaime pregunta.—Ay, triste!
Después me acobardé como un paisano.
¡Ningún héroe resiste
A un amor de ocho días mano á mano!
Mas ¿qué habrá sido de ella, padre mío?

¿Se habrá arrojado al río?
—Déjate de locuras—
Contestó el capellán—¿de qué te apuras?
Con respecto á cariños y placeres,
Sabemos bien los curas
Que se suelen cansar de sus ternuras
Tanto ó más que los hombres, las mujeres.
Pero tú, ¿no sabías, inocente,
Que el río el corazón solidifica,
Así como al tocarlas petrifica
Las ramas que detienen su corriente?
¿No oiste en *Piedra* hablar de dos inglesas,
Que amando con pasión y siendo obesas,
Por beber en estío
Los óxidos metálicos del río
Dejaron de querer y de ser gruesas?
—Yo sólo sé—Jaime siguió—que iguales
Los astros desde el cielo
Siguieron alumbrando mi fortuna
Cuatro días cabales;
Pero ya al quinto día de la luna
Noté con desconsuelo
Que me enseñaba el pie sin gracia alguna,
Mientras necias por valles y por lomas
Con sus eternos besos,
Aquella fiel pareja de palomas
Me llevaba el fastidio hasta los huesos.»

IV.

—«¿Y qué fué de esas aves, que os mostraron
El árbol de la ciencia?—
Preguntó el capellán.—Nos las pagaron—
Jaime exclamó,—pues si ellas me enseñaron
La primera lección de la experiencia,
Como es ley natural que el hombre coma,
Una tarde de amor nos las comimos,
Y el par nos repartimos,
Comiendo ella el pichón, yo la paloma.
—Pues ¿no tenías nueces?—
Preguntó el capellán.—Sí, pero á veces—
Respondió el desertor, que sollozaba—
Tanto el hambre apretaba
Que, además de las aves, padre mío,
Cuando hallaba cangrejos en el río
Encendía un tomillo y los asaba.
—¿Asar á su maestra? Eso da espanto—
Replicó el capellán;—tú, en amar tanto
Fuiste, hijo mío, un verdadero loco,
Y te lo digo yo, que soy un santo,
Por más que alguna vez lo olvide un poco.»

V.

—«Dormida un día, aproveché el momento—
Siguió Jaime—y con nuevas ilusiones
Me volví al regimiento,
Prefiriendo el fragor del campamento
Al amor siempre igual de los pichones;
Mas queriendo atajar, dejé el camino,
Y andando en línea recta y con premura
Para llegar más pronto á mi destino,
La Guardia me prendió cerca de Alhama.
— Es verdad—siguió el cura—
Y el idilio acabó, y empezó el drama;
Pues la Guardia civil es tan amiga
De pensar siempre el mal, que con trabajo
Cree que ninguno siga
La senda del deber por el atajo.
Por desertor cogido y sentenciado,
Preferiste al amor ser fusilado.
Lo comprendo, hijo mío,
Fuiste el ciervo asustado
Que teme ser cogido y se echa al río.»

VI.

—«Mas ¡ay! ya está el piquete en movimiento,
Y pues llegó el momento—
Continuó el capellán—vamos andando.»
Y después de decirle:—«Acaba, acaba»,—
Masculló una oración como implorando
La clemencia de un Dios de quien dudaba.
Luego siguió:—«Ya quedan conmutados,
En gracia de tu hastío, tus pecados;
El Papa actual es un señor muy bueno,
Que cree que son los malos desgraciados,
Y que el mundo está lleno
De santas y de santos ignorados.»—
Volvió á rezar un poco, á su manera,
Le echó después la bendición postrera,
Y—«Te perdono—dijo—
En el nombre del Padre; y quiera el Hijo
Que te perdone á tí la molinera.»—
Mas Jaime, horrorizado
De pensar si podría
Viviendo más, de Candelaria al lado
Pasar un día solo, un solo día,
Poniéndose de pie con el objeto
De ser en el instante fusilado
Por no quedar sujeto

A los trabajos del amor forzado,
Se preparó á la muerte, y en tal hora
El rostro se cubrió con las dos manos,
Diciendo con ternura encantadora:
—«¡Cuánto me aflige ahora
El dolor de mi madre y mis hermanos!»—

VII.

¿Cuál sería de Jaime la sorpresa
Cuando vió frente á sí la aragonesa
Que, vestida de quinto, le miraba
Con la cara tranquila
Que debía poner cuando jugaba
Con los cabellos de Sansón, Dalila?
Jaime Cortés, de confusiones lleno,
No quería creer lo que veía;
Mas la mujer con ánimo sereno
Mirándole, parece que decía:
«Caerá entre sangre el que me hundió en el cieno.»

VIII.

Mas ¿cómo la terrible molinera
Llegó á la ejecución? De esta manera:
Fué á *Nuévalos* un día,

Y en casa de una tía, audaz, se puso
Un traje de aldeano, que allí había,
De un paño sin color, á fuerza de uso;
Y hecho ya aragonés, la aragonesa,
Al salir de la casa de su tía
Con el pelo cortado á la escocesa,
Más bien que un aldeano, parecía
El paje más gentil de una princesa;
Y anduvo muchas horas, y aunque en vano
De Jaime preguntó por el destino
A todos los rumores y los ecos,
Le dió noticias de él por el camino
Un vendedor de miel y de higos secos;
Y de matar á Jaime haciendo voto,
Marchó á Alhama á cumplir su triste suerte.
¡Lechera con el cántaro ya roto,
No halló más esperanza que la muerte!
Llega en fin; sienta plaza de soldado;
Pide ser del piquete fratricida;
Y así en vengarse y en matar se empeña,
Al verse sin amor y envilecida;
Venganza, vive Dios, que nos enseña
Que el corazón á veces desempeña
Un papel importante en nuestra vida.

IX.

Jaime observa el piquete con espanto,
Y Candelaria en tanto,
Como le ama á pesar de los pesares,
Lo mira con furor, mientras su llanto
Por dentro de sus ojos corre á mares.
Y cuando vió que á Jaime le vendaron,
Unas nubes de sangre la cegaron;
Y, en el postrer momento,
Al consumar su intento,
Que se creyó casualidad horrible,
Mirando Candelaria al miserable,
Echa sobre él un odio irresistible,
O más bien un amor interminable:
Junta á su sien de su fusil la boca;
El gatillo después con el pie toca,
Suena de pronto un tiro,
Reza un—¡piedad, Señor!—dando un suspiro,
Y cae con el cráneo destrozado,
Un momento antes que él, y de esta suerte,
Si por verlo matar se hizo soldado,
Por no verlo morir se dió la muerte.

X.

Y un instante después, lleno de celo,
Hizo alguien la señal con un pañuelo,
Y el ángel del amor tendió sus alas
Y se escondió en el cielo,
Por no ver que de Jaime sin consuelo,
El pecho atravesaron cuatro balas.

XI.

Y como á ver morir á aquel soldado,
De emociones sediento,
Subió con gran contento
Al *Castillo Romano*, hoy arruinado,
Ese invariable público, formado
De mil inteligencias sin talento,
Cuando vió de dolor desvanecido
Que, pasando un segundo,
De una campana eléctrica el sonido
Trajo el perdón pedido,
Que llegó como todo en este mundo;
En un mismo dolor el pueblo unido
Lanzó fatal, desolador, profundo,
Un ¡ay! que más que un ¡ay! fué un alarido.

XII.

¡Altos juicios de Dios!—En aquel duelo
Un claro sol derrama
Tanta luz sobre el suelo
De la vega de Alhama,
Que parece que el cielo
Le dice al pueblo absorto:—«Vive y ama!»
¡Y hasta alegres, del *Piedra* los ambientes,
Llegando á confundirse sonrientes
Del *Jalón* con las ondas sonorosas,
Lo convidan á oir en lontananza
Ese canto inmortal de la esperanza
Que murmura el concierto de las cosas!

XIII.

Y ¿qué dirán del fin de estos amores
Los que hablan de lo real sin poesía?
Que mañana ocultando estos horrores,
El viejo sol que nace cada día
Alumbrando á leales y traidores,
Sobre tanta agonía

Un velo vendrá á echar de resplandores;
Y dirán además que aunque hoy sentimos
Estas y otras tragedias espantosas,
Sucediendo unas cosas á otras cosas,
Pronto han de ver cómo de nuevo oímos
Los himnos del otoño á los racimos,
Del Abril las canciones á las rosas.

XIV.

Y afrontando, por fin, de estos amores
El problema profundo,
Me preguntáis, lectores:
—¿Qué debemos hacer cuando, iracundo,
El destino consienta estos horrores,
Y entre *ser* y *no ser* medie un segundo?—
¡Echar en paz sobre las tumbas flores:
Verlo, sufrir, y despreciar un mundo
Tan lleno de *Doloras* y dolores!

FIN.

LOS BUENOS Y LOS SABIOS

POEMA EN CINCO CANTOS.

Á MI IDOLATRADO HERMANO LEANDRO.

LOS BUENOS Y LOS SABIOS.

CANTO PRIMERO.

JUAN FERNÁNDEZ.

I.

Tocó á Pedro la suerte de soldado;
Pero hombre sabio y sin ningún denuedo,
Todo desconcertado,
La sentencia escuchó verde de miedo.
Y como en casa había
Otro hermano más joven que tenía,
Como buen labrador, gustos sencillos,
Gran corazón, gran pie, grandes carrillos,
Y unos puños más grandes todavía,
El padre, por la madre aleccionado,

—«Si á Pedro le ha tocado ser soldado
Y tanto el traje militar le asusta—
Pregunta á todos de inocencia lleno—
¿Hay cosa más sencilla ni más justa
Que vaya por él Juan siendo tan bueno?»—
Y nadie, por temor ó hipocresía,
Contra esta vil sustitución reclama.
Y, pensándolo bien, Juan ¿qué valía,
Comparado con Pedro, que tenía
La ambición del saber y de la fama?
Y el cura, el alguacil y el cirujano,
Todo el género humano,
Encuentra natural que Juan, gozoso,
Sacrifique á la ciencia de su hermano
Su fortuna, su amor y su reposo.
Y á ninguno subleva esta injusticia
Hecha á un ser sin malicia,
De aspecto agreste y de carácter tierno:
¡Oh bondad! ¡Tú despiertas la codicia
De todos los demonios del infierno!

II.

Mientras de Pedro el párroco asegura
Que será en religión un alma pura
Y un genio sin rival en medicina,
Se burla él ya de la moral del cura

Amando sin virtud á su sobrina.
Es Pedro un hombre silencioso y grave,
Y, aunque ya tiene vicios,
¿Qué importan en un joven que ya sabe
Que fundaron á Cádiz los Fenicios?
Finge bien la modestia el petulante;
Y con genio y carácter volteriano,
Es un mal estudiante
Que estudia bien el corazón humano.
Y, aunque escaso de ciencia,
Como nació de escrúpulos ajeno,
Le enseñó desde niño su conciencia
Que ser sabio es más útil que ser bueno.
Dice él que no ama el oro, y no lo creo;
Y blanco de ira y por envidia flaco,
Material por placer, de instinto ateo,
De rostro afable y de intención bellaco,
Vive con la manía
De maldecir de su feliz estrella,
Y cual buen pesimista en teoría
Le va en la vida bien y habla mal de ella.

III.

Pero Juan, que era el bueno y trabajaba,
¿Qué puesto entre sus deudos ocupaba?
Un puesto tal que, al repartir la madre

Los dulces que á los hijos les feriaba,
—«¿No das á Juan?»—le preguntaba el padre—
Y ella decía:—«Es cierto, lo olvidaba.»—
Por cortedad huraño,
Sólo habla con las mulas y el rebaño
Que hacia los campos guía,
Sin saber qué hora es en ningún día,
Ni el día, ni aun el mes, en ningún año.
Siendo tan sobrio Juan, á falta de olla,
Con cebolla y con pan se desayuna,
Y ya alto el sol, sin diferencia alguna,
Se come por variar pan y cebolla.
Como es todo mortal falto de trato,
Según San Agustín, ó santo ó bestia,
Por su gran castidad y su modestia
Es Juan un Escipión y un Cincinato.
Para qué sirve el tenedor ignora,
Y coge con los dedos las tajadas,
Y ríe cuando ríe á carcajadas,
Y aúlla como un lobo, cuando llora.
Aunque tiene cierto aire de limpieza,
Dice Pedro su hermano
Que, al tiempo en que se rasca la cabeza,
Se peina con los dedos de la mano.
Prescinde en esta vida del deseo,
De la ilusión, del oro y de la gloria,
Y evita, dando vueltas á la noria,
Vendándose los ojos, el mareo.
Y este sér tan benigno ¿es destinado,
Sin tocarle la suerte, al heroísmo?

La bondad es el suelo preparado
En que siempre los sabios han criado
El pan con que se nutre el egoísmo;
Y por eso ya el vulgo ha sospechado
Que han de ser y que fueron un sér mismo,
Juan *Lanas*, el *buen* Juan y Juan *soldado*.

IV.

Juan tiene por amante
A una joven de carnes excedentes,
Que echa mano á la oreja á cada instante
Para ver si están firmes los pendientes;
Pendientes de cerezas
Que él recoge en el campo, de amor ciego,
Y que ella fiel, con bíblicas ternezas,
Antes los luce y se los come luego.
Es María, ó Maruja, una aldeana
Que, cual base de un sueño delicioso,
Tiene un tío riquísimo en la Habana,
Bonachón, algo verde y ya gotoso.
Tiene además los ojos como soles,
Y en las sienes, tocando á las mejillas,
Dos rizos sostenidos por horquillas,
Llamados en Triana caracoles.
Responde á los requiebros con cachetes,
Y, no estando de risa amoratada,

Parecen sus mofletes
Un compuesto de leche y de granada.
Ama Juan á Maruja tan de veras,
Que si algo le pedía,
Aunque ella le decía:—«lo que quieras»,—
No sabía él tomar lo que quería.
Mas será para mí gran maravilla
Si es fiel á Juan Fernández la aldeana,
Porque, más que á una doble cortesana,
Tengo yo miedo á una mujer sencilla;
Que el candor con sus grandes honradeces,
Tendiéndonos la red de sus patrañas,
Enreda al cortesano en sus dobleces
Lo mismo que á las moscas las arañas;
Y la fe campesina es muy paciente,
Pero, después de todo,
Muy candorosamente
En el campo la gente
Acomoda el amor á su acomodo.

V.

En conclusión; Pedro obligó á su hermano
A que fuese á cumplir su mala suerte,
Como aquel Espartano
Que en nombre de su honor, y lanza en mano,
Mandó á su esclavo á combatir á muerte.

Y al ponerle en camino,
Así Pedro habló á Juan:—«Pues que el destino
Suele hacer de un jayán un caballero,
Y un héroe de un furriel adocenado,
No olvides, Juan, que, para ser soldado,
El despreciar la vida es lo primero.»—
Después el cura, de latín henchido,
En vez de unos doblones,
Le echó, con un sermón, dos bendiciones;
Y el padre, algo afligido,
Como el cura, le dió buenas razones.
Total: muchos sermones;
Un sermón muchas veces repetido.
Sólo un viejo pastor ex guerrillero,
Sacó, rompiendo en llanto,
Dos monedas gastadas por el canto,
De un bolsillo de cuero;
Y—«toma, Juan—le dijo—
No te doy más, porque ya sabes, hijo,
Que es cobarde un soldado con dinero.»—
Y Juan, casi ofendido en su ternura,
Se alejó más que á prisa,
Porque á nadie afligió su desventura:
Y es que, según el cura,
Era tan bueno Juan que daba risa.
Víctima, en fin, de una implacable ciencia,
Partió Juan con magnánima paciencia.
¡Admira el ver de lo que son capaces
Esos hombres de bien que, pertinaces,
Nunca pierden la fe ni la inocencia!

VI.

Mas cuando, ya muy lejos, se extinguía
De un sol de otoño la postrera lumbre,
Oye Juan, ó cree oir, desde una cumbre
Que es su casa un delirio de alegría.
Y se esforzó en seguir; pero, notando
Que al llegar de su hacienda á los linderos
El perro con ladridos lastimeros
Le solía llamar de cuando en cuando,
Como en fin se reduce nuestra vida
Al humilde rincón en que nos aman,
Quiere ver con el alma enternecida,
Si en su mansión querida
Hay seres que le lloran y le llaman;
Y por la sombra nuestro Juan velado
Se volvió hacia su casa apresurado;
Porque es nuestro destino
Que pase el porvenir, como el pasado,
La mitad en andar por un camino,
Y otra mitad en desandar lo andado.

VII.

Al llegar, mira Juan por el postigo
Lo que en la choza pasa;
Mas se apoya en la esquina de la casa,
Lo mismo que en el hombro de un amigo,
Al ver desde la esquina
Que, alrededor del fuego que brillaba,
El gato de la casa ya ocupaba
El rincón que él llenaba en la cocina.
Y al notar con tristeza
Que olvidándose de él muchos reían,
Mientras pudo observar con extrañeza
Que en la cuadra las mulas no comían
Por volver, para verle, la cabeza,
El triste, en actitud desesperada,
A su dolor se entrega
Con la frente apoyada
Sobre el tronco del árbol de la entrada
Que da sombra á la casa solariega.
Luego el rostro volviendo hacia la puerta,
En tanto que su cuerpo sostenía
El árbol que en verano parecía
Una jaula de pájaros abierta,
Vió que algunos reían y cantaban;
Y al mirar que sus deudos le olvidaban,

Buscando en su dolor un compañero,
Abrazó con encanto verdadero
El árbol cariñoso en que sesteaban
Seis gallinas, un gallo y un cordero:
Y hasta creyó que, respirando amores,
Le daba un tierno «¡adiós!» por vez postrera
Aquel árbol, tan lleno, en primavera,
De perfumes, de ruidos y de flores;
Y entonces conoció su alma encantada
Cuánto al bueno alboroza
Esa canción, sin nombre, susurrada
Por el sauce llorón que está á la entrada
De la puerta sin puerta de una choza.

VIII.

Y, en fin, viendo afligido
Que el mundo de sus deudos, divertido
Por festejar á aquel que se quedaba,
Al desdichado Juan, que se marchaba,
Dejaban de nombrarle por olvido,
Humilde y humillado,
Lo mismo que un cachorro castigado,
De dolor traspasadas sus entrañas,
Se marchó á ser soldado,
Al alborear de un día en que, aplomado,
El cielo se apoyaba en las montañas;

Y huyó, y huyendo se mesó el cabello.
¡Ay del mortal que á conocer empieza
Por la primera vez lo que es tristeza!
¡Ay del que es bueno y se arrepiente de ello!
Y solo, y de sí mismo frente á frente,
Empezó á conocer, aunque con pena,
Que es la propia bondad cosa excelente
Para escabel de la ventura ajena.
Y al ver su porvenir desvanecido,
Maldijo... Pero luego, arrepentido,
Echó mano al bolsillo, en que tenía
Una estampa de un santo desollado,
Lo besó con furiosa idolatría,
Y después, alejándose de lado
Para ver bien la casa de María,
Los ojos se enjugaba, y resignado:
—«¡Cómo ha de ser! ¡cómo ha de ser!»—decía.

IX.

De este modo, obediente y con tristeza,
Vendido siempre Juan por su ternura,
Fué á abismar su cabeza
En esa bruma de la vida oscura,
Formada de altivez y de bajeza;
De injusticia, de envidia y de impostura.

X.

Y ahora que sabemos
Que lleva la bondad á esos extremos,
Ya escucho esta pregunta en vuestros labios:
—¿Quién sabe más, los buenos ó los sabios?—
¡En el día del Juicio lo veremos!

CANTO SEGUNDO.

JUAN SOLDADO.

I.

Ya vuelve Juan, entre himnos de victoria,
De laureles ceñido;
Y aunque llega, cual veis, tan mal vestido
Del campo del honor y de la gloria,
La luz del iris en su pecho brilla,
Pues lleva en él colgadas
Dos cruces encarnadas,
Una blanca, otra azul y otra amarilla.

II.

Fué tan grande de Juan la bizarría,
Que Pedro Antonio de Alarcón decía
Que en Tetuán se batió como una fiera,
Llevando en la batalla por bandera
Un pañuelo de hierbas de María;
Y añadía de Juan, que se quedaban
De lágrimas sus ojos arrasados,
Si alguna vez, luchando, destrozaban
Un sembrado de trigo los soldados;
Porque era tan buenazo,
Que cuando airado para herir movía
Aquel fornido brazo,
Tan solamente daba, si podía,
En vez de una estocada un puñetazo;
Así es que un día, exento de despecho,
De su fama en desdoro,
Por no romperle la cabeza á un moro,
Por poco el moro le atraviesa el pecho.

III.

¡Dichoso Juan, que viene
Ignorando en sus santas ilusiones
Que siempre alcanza el triunfo aquel que tiene

La razón de los muchos batallones,
Y que, volviendo vencedor del moro,
Ostenta sus laureles
Sin presumir que, cuando falta el oro,
La gloria y el honor son oropeles!
Nunca Juan entrevió, cual buen guerrero,
Feliz con su uniforme de jilguero,
El axioma profundo
De que, pese al rencor del mundo entero,
Toda la gloria militar del mundo
No vale ni la vida de un ranchero;
Por lo cual dejaremos que la historia
Cuente de Juan el indomable brío,
Porque yo, lector mío,
Tengo el honor de despreciar la gloria.

IV.

Ya al volver Juan, era doctor su hermano,
Que después que se hubo hecho
Médico-cirujano
Y estudió sin provecho
Lo material del organismo humano,
En clínica aprendió cuatro patrañas;
Mas siendo al parecer un hombre grande,
Ni siquiera observó como Lalande
Que saben á avellanas las arañas;

Y aunque el caso que cuento es horroroso,
Hasta su mismo padre embelesado,
Viendo á Pedro hecho un médico famoso
Se acordaba de Juan avergonzado;
Y no falta en la aldea quien opina
Que la madre murió de gozo loca
De pensar que era Pedro en Medicina
Un *Cortezo*, un *Corral* ó un *Sánchez Toca*.
Y ¡cuán grande es del hombre la simpleza!
Después que, ya famoso, probó el cura
De Pedro la antiquísima nobleza
Conforme á la verdad de la figura
De un árbol genealógico que empieza
Saliendo de una nube muy oscura,
Los arqueólogos dieron
Por cosa averiguada,
Que los tales Fernández no salieron,
Como todos los seres, de la nada,
Y el maestro de escuela
Probó también con árboles pintados
Que su décima abuela
Tuvo un poco que ver con dos cruzados.

V.

Pero ¿y Maruja? Como Juan creía
Que era invención del diablo la escritura,
Temiendo de la tropa la ironía,

No escribió á su futura
La más pequeña frase
Porque el cabo furriel no se enterase
De la inmensa pasión que le tenía;
Así es que no sabía
La historia lastimera
De que muriendo un día
El tío que en América vivía,
A su novia dejó por heredera,
Pasando así Maruja á ser María.
Después, Pedro Fernández Palomino,
Tenaz persecutor del sexo bello,
Como tenía el tino
De coger la ocasión por el cabello,
Faltando á la ternura y al decoro
De Juan, ausente, escamoteó el destino,
Con el ansia feroz de un campesino
Que buscase en el Sil pepitas de oro.
Y aunque ella no era hermosa,
Como hace el oro hasta á la fea bella,
Después que fué María poderosa
Resolvió Pedro enamorarse de ella.
Y María, con ánimo sereno,
Para no hacer á su riqueza agravio,
No se casó con Juan, aunque era bueno;
Con Pedro se casó, porque era sabio:
Y cierta frase del doctor explica
Esta exclusión del vencedor del moro:
¿Cómo se ha de casar con una rica
Quien nunca ha visto una moneda de oro?

María era algo tosca; pero ahora
Que tiene una fortuna y un marido,
Pasando de aldeana á gran señora,
Mudó de piel, se puso otro vestido,
Y hoy, teniendo María
Un corazón que late por oficio,
Mira pasar en procesión tardía,
Sin ninguna virtud y ningún vicio,
Un día y otro día y otro día:
Y como ya actualmente
No ha de llevar el cántaro á la fuente,
Se fastidia pensando en su riqueza,
Y muy feliz bosteza
Y vuelve á botezar dichosamente.
Resultado: que Pedro, hombre profundo
Más bien que en lo divino en lo profano,
Se casó con la novia de su hermano,
Y cual siempre sucede en este mundo,
Aunque esto clama al cielo, clama en vano.

VI.

Todo esto, corregido y aumentado,
Al llegar á su pueblo Juan soldado
Se lo contó con gracia extraordinaria
Un quinto de Sevilla
Que cree que es el gazpacho con guindilla

El *summum* de la ciencia culinaria.
Mirando al relator con extrañeza,
A pesar de su hercúlea fortaleza,
Al oir cada frase
Se quedaba el buen Juan cual si girase
Un rayo en derredor de su cabeza,
Y por instinto, al fin, creyendo ciertos
Los hechos del cronista sevillano,
Se echó angustiado al corazón la mano,
Y mano y corazón quedaron yertos:
Y al ir á andar, turbado,
Dió vueltas como un hombre enajenado,
Y emprendiendo una marcha, igual al vuelo
De un pájaro atontado,
Tambaleando de un lado al otro lado,
Resbaló, miró al cielo,
Y al caer, desplomado,
Se dió con la cabeza contra el suelo.
Y cuando Juan, herido,
Fue á casa del albéitar conducido,
Dos pobres del más pobre populacho
Le sirvieron de apoyo;
Y aunque algún sabio dijo—«es un borracho»—
Las hijas y los hijos del arroyo
Decían viendo á Juan:—«¡pobre muchacho!»—
Y en medio del dolor que Juan sentía,
Las sienes con las manos se apretaba,
Y nombraba á María,
Y por más que su nombre maldecía,
No queriendo quererla, la adoraba.

VII.

Mientras Juan en un lecho, cabizbajo,
Sólo piensa, entre sábanas metido,
En hacer que se olvide que ha existido,
Lo cual le costará poco trabajo,
Maldice en su quebranto
La ingratitud de aquella
Por la cual sabe bien el cielo santo
Cuántas veces comió, pensando en ella,
El pan de munición bañado en llanto.

VIII.

Pensando siempre Juan, como yo pienso,
Que, al morir, todo el que ama
Siente un cariño inmenso,
Porque el amor sin dicha es un incienso
Que hace eternas las vidas que embalsama,
Bendiciendo su estrella,
—«¡Mejor—dijo cual nunca enternecido;—
Si hoy me muero, ya en sombra convertido
Viviré cerca de él y cerca de ella!»—

Y es que la fe en amar un imposible
No acaba con la vida que declina,
Porque el amor es una sal divina
Que produce una sed inextinguible,
Por lo cual con su angélica inocencia
Y su inmensa bondad, que ya es paciencia,
Juan aspira á querer después de muerto...
¡Dios mío! ¿será cierto
Que el amor sobrevive á la existencia?

IX.

Después que Juan soldado
Al hallarse vendido
Sintió su corazón, ya lacerado,
Por un frío mortal entumecido,
Un helado sudor bañó su frente,
Y luego, tiernamente,
Recordando la casa de su padre,
Recitó mentalmente
Cierta oración que le enseñó su madre;
Y como al cielo su dolor eleva
Oirá el cielo esta vez sus agonías...
Aunque hay días de prueba
Y está muy lejos Dios en esos días.

X.

Sin fuerza y desangrado el pobre mozo,
Fijando en el albéitar la mirada,
Más blanco ya que el lienzo de la almohada,
Cada aliento que exhala es un sollozo;
Y en postración sombría
Cuando Juan respiraba todavía,
Como todos los tristes miró al cielo,
Y exclamó:—«¡Adiós, María!»—
En tanto que lucía
Muy cerca de su herida un escalpelo.
Y ya el dolor de su alma, confundido
Con el temor de una incisión sangrienta,
Unió á la fiebre del amor vendido
La fiebre de una muerte violenta;
Por lo cual, Juan rendido
Cayó, en su puro amor desvanecido,
De la vida en el último desmayo...
¡En negar el olvido
Dios es más duro que en forjar el rayo!

XI.

¡Así perdiendo á su adorado dueño,
Juan, al volver triunfante de la guerra,
Cayendo de la cúspide de un sueño,
Dió con el cuerpo y con el alma en tierra!

CANTO TERCERO.

JUAN DE LAS VIÑAS.

I.

¡Qué estrella tal fatal! sin duda alguna
Hubiese sido humano
Que al tiempo de nacer, cualquiera mano
Volcase sobre Juan su propia cuna;
Aunque hoy por su fortuna,
El viejo cirujano,
Que es también el albéitar de la aldea,
A Juan curó de modo
Que puso en un gran crédito la idea
De que vino y jamón lo curan todo.
Y entrando ya en la vida cotidiana,
Aparte del hechizo

Que le causó la voz de la campana
Que tocó en su bautizo
Y que en su entierro tocará mañana,
Supo Juan, al volver de su desmayo,
La muerte de su madre, y que vivía
Su padre, haciendo casi de lacayo,
En Madrid con su hermano y con María;
Porque siempre, mecidas al arrullo
De ideas ambiciosas,
Se agrupan las familias por orgullo,
Y las dispersa Dios por orgullosas.

II.

Y como Juan cuando se fué á la guerra
Más bien que la esperanza de la gloria
Por todos los espacios de la tierra
Llevaba á su lugar en la memoria,
Fué á ver con diligencia
Los sitios de sus penas y placeres;
Pero, después de su gloriosa ausencia,
Aunque en forma variada, halló en la esencia
Los mismos hechos y los mismos seres;
Pues siempre, como ley de la existencia,
Las cosas sucediéndose á las cosas,
Las flores crían granos,
Los granos van á rosas,

Las larvas se convierten en gusanos,
Los gusanos se vuelven mariposas;
Y cambiándose en odios los amores,
Formando vidas nuevas de las viejas,
Las abejas se comen á las flores,
Los pájaros después á las abejas;
Y así implacablemente
En incesante rueda
Va siendo todo igual, y es diferente,
Y todo va pasando, y todo queda.

III.

Fijo Juan en la idea
De honrar siempre á una imagen adorada,
Va á ver al cementerio de la aldea
La tumba en que su madre está enterrada.
Pero ¡oh rigor del hado!
El mismo enterrador que la ha inhumado
No recuerda siquiera
Dónde, de prisa y de cualquier manera,
Enterró aquella madre tan querida;
Y á Juan, al ver perdida
La imagen, más que todas, hechicera,
Le da el frío moral una ronquera
Que después le duró toda su vida;
Y entre lágrimas, ora

Por la madre que adora,
Teniendo sólo al cielo por testigo,
Secándose las lágrimas que llora
Con un jirón de una bandera mora
Conquistada por él al enemigo.
Y después, resignado,
Sobre un resto de lápida sentado,
Ambos codos clavando en las rodillas,
Sostiene con las manos las mejillas,
Y volviendo la vista á lo pasado,
De las memorias de su infancia lleno,
Recuerda con más pena que alegría
Las veces que su madre le decía,
Como si fuese un monstruo:—«Juan, sé bueno»:
Y, cual si aun fuera su bondad escasa,
Promete ser más bueno todavía
Por la memoria del postrero día
En que su madre le esperaba en casa.
Y viendo que buscaba inútilmente
El sitio en que su madre fué enterrada,
Cuando ya lentamente
Sumergía las cosas en la nada
La sombra, inmensamente prolongada,
Por un sol que se hundía en Occidente,
Al volverse al lugar, meditabundo,
De confusiones lleno,
Con la mayor ingenuidad del mundo,
Se decía á sí mismo: «¿Y qué es ser bueno?»

IV.

Unos días después de su llegada,
Con menos pena que ira,
Al pasar por la casa de su amada
No la quiere mirar, pero la mira;
Y hasta adulando á su esperanza vana
A sí mismo se enseña
Una puerta pequeña,
Que hace á un tiempo de puerta y de ventana,
Recordando dichoso la mañana
En que, turbado, requebró á María,
Mientras ella comía,
Oyendo hablar de amor, una manzana.
Y siempre de la dueña enamorado,
Unos días de frente, otros de lado,
Cuidadoso investiga
Piedra por piedra ese rincón amado...
No está más preso un pájaro en la liga
Que el pobre Juan á su cariño atado.
Y el día en que consigue
Pasar ante la casa sin ser visto,
Como si hubiese en lo interior un Cristo,
Hace un saludo á la ventana, y sigue;
Mas sigue convencido
De que, leal, nunca echará en olvido

A su ingrata María,
Porque en cuanto á querer y á ser querido
Por el alma de Juan no pasa un día.

V.

Y como es, para el bueno verdadero,
El sitio en que se nace el mundo entero,
A la choza, vendida, en que ha nacido,
Tan alegre y caliente como un nido,
Dando vueltas en círculo incesante
Aspira con placer, siempre que pasa,
La esencia, más que todas penetrante,
De las flores del huerto de su casa.
¡Cuánto el dolor su corazón taladra
Al recordar su loca fantasía
Aquel tiempo feliz en que dormía
Sobre un lecho de ramas en la cuadra!
Y siempre que pasando, iba y venía,
¡Con qué gozo tan puro
Columpiaba el cordel que se extendía
Desde el sauce llorón á un viejo muro,
Soñando ver en él que, al sol colgada,
De un lado al otro columpiada vuela
La ropa de blancura inmaculada
Que tomaba, con salvia perfumada,
El olor de los tiempos de su abuela!

En esa cuerda de feliz agüero
Veían con placer las campesinas
Que, al dar su adiós al nido del alero,
Descansaban sobre ella un día entero,
Antes de ir hacia el Sur, las golondrinas.
Y un día en que embriagaban sus sentidos
Oleadas de perfumes y de ruidos,
Al mirar con encanto verdadero
Que entonces festoneaban ese alero,
Entre nuevos y viejos, ocho nidos,
Perdió sus ilusiones,
Porque de él, ya olvidados,
No bajaron del techo descuidados
A comer en su mano los gorriones.
Y transido de pena
Por estas y otras cosas que imagina,
Juan, con su cara de paciencia llena,
Bendiciendo su casa, que era ajena,
Por no echarse á llorar, vuelve la esquina.

VI.

Probando de nuestro héroe la paciencia
El destino con todos sus azares,
Quiso la Providencia
Que tuviese una herencia
Que añadió un pesar más á sus pesares.

Si es curioso el lector, no habrá olvidado
Aquel probre pastor ex guerrillero
Que al partir á la guerra Juan soldado
Le regaló dinero;
Pues el mismo, de Juan, su compañero
Dé glorias, de fatigas y de males,
Hizo un *Juan de las Viñas* verdadero,
Dejándole al morir, como legado,
Derecho á dos *majuelos* nominales,
Un *burro*, treinta *ovejas* y mil *reales*,
Con lo cual quedó Juan, siendo heredero,
Más rico que cien reyes orientales.

VII.

Aunque él toda su vida
Aspiró el bienestar de los pequeños,
Tuvo Juan con la herencia recibida
Un enjambre de ensueños,
Pues pensó en la ventura exorbitante
De llegar en la guerra á subteniente,
Sabiendo que no hay honra semejante
A que todo oficial tenga asistente,
Y cualquier general un ayudante;
Y en lo civil, soñó desvanecido
En ser grande de España,
Porque, excepto en la Arcadia, siempre ha sido
Un palacio mejor que una cabaña.

VIII.

Mientras fué pobre Juan, fué despreciado;
Mas se hizo rico, y desde el mismo día,
Como hombre acaudalado
Tuvo primas sin fin que no tenía;
Y viéndole nadar en la opulencia,
Le declaró su amor con inocencia
Una muchacha guapa
De un pueblo de Valencia
Cuyo nombre no he visto en ningún mapa;
Porque en la humana historia,
Sin excepción ninguna,
Si algo hace la mujer por vanagloria,
Y el hombre por la gloria,
Lo hacen todo los dos por la fortuna.
Mas ¿qué le importa á Juan ser heredero,
Si no se pone á meditar despacio
Que no hay moral mejor que la de Horacio
Con juventud, con fuerza y con dinero?

IX.

La inocencia campestre es una cosa
Que sólo por bondad la sostenía

Virgilio el inocente, que creía
Que en el campo es la gente candorosa;
Y de acuerdo también con las ideas
Que brillan en las obras virgilianas,
A mí me gustarían las aldeas
Si no hubiese aldeanos ni aldeanas;
Pero el buen aldeano, hasta el más bueno,
A todo aquel que hereda
Contribuye á arruinarle, como pueda,
Con la tristeza vil del bien ajeno.
Por eso á Juan, cierto vecino honrado,
Con la mala intención de dos beatas,
Le envenenó el ganado
Untando el desalmado
Con jugo de baladre unas patatas;
Y nadie hallará extraño
Que priven en el pueblo estas ideas,
Pues las gentes de bien de las aldeas
Sólo saben gozar cuando hacen daño.
Y el Fisco, por supuesto,
Su escaso haber fué convirtiendo en humo,
Imponiéndole impuesto sobre impuesto
Por la herencia, la industria y el consumo;
Por lo cual el riquísimo heredero
Supo por experiencia
Que Dios suele mandarnos con frecuencia
La desdicha hasta en forma de dinero.

X.

Y el vulgo desalmado
Cuando ve que no tiene Juan Soldado
Ni un cuarto en el bolsillo,
No le llama *Don Juan*, ni *Juan* siquiera,
Pues de cualquier manera
Le llama uno *Juanete*, otro *Juanillo;*
Y, hasta gracias también á la lejía,
Perdió el carácter militar un día
Su traje de soldado,
Pues, sin saber el pobre lo que hacía,
Un pantalón de grana que tenía
Lo dió á colar y se quedó azulado.
Así es que, avergonzado,
Huyendo de la aldea
Pensó en la corte y emprendió el camino
Montado en su pollino,
Como un rey fugitivo de Judea.
Y lejos ya, cuando al caer el día,
El sol, bajando al mar de una montaña,
En una confundía
Las sombras del palacio y la cabaña,
Viendo á la luz del astro que moría
Que el perro que fué suyo le acompaña,
Juan se apea, y espanta con empeño

A aquel único amigo que tenía,
Porque fiel se volviese á la alquería
De su reciente dueño.
Pero al ver que se apea,
Con más ingratitud que una persona
El asno puso en práctica una idea
Muy digna de un doctor de la Sorbona;
Dió á Juan un par de coces,
Rebuznó, y rebuznando, llamó á voces
A toda la ralea
De sus buenos amigos,
Echó á correr, y se volvió á la aldea
A vivir merodeando por los trigos.

XI.

Al verse aquel ex rico, que creía
Ser émulo feliz de los sultanes
Y que pensaba disfrutar un día
La dicha de los ricos holgazanes,
A la vista del valle en que ha nacido,
A pie, solo y herido,
Y herido por un asno tan vilmente,
Sintió la humillación del desaliento,
Porque acaso ignoraba el inocente
Que todo hombre de bien lleva en la frente
La señal de la coz de algún jumento.

Mirando al cielo airado,
Quiso desesperado
Maldecirlo en su amargo desconsuelo...
¡Calla, desventurado!
Porque caiga una teja de un tejado,
¿Qué culpa tiene de eso el pobre cielo?

XII.

Viendo en fin más allá de las montañas
La choza en que miró la luz primera
Y en que su madre por la vez postrera
«El hijo le llamó de sus entrañas»,
Después de un gran silencio de agonía,
Perdida ya por el dolor la calma,
—«¡Adiós, madre del alma!»—
Con voz mojada en lágrimas decía;
Y de nuevo gimiendo,
Mientras que da su corazón, latiendo,
Más vueltas que la rueda de un molino,
La grande esclusa de su llanto rota
Perdiendo de sus ojos el camino,
Fué cayendo en su pecho gota á gota.
Y como en cierto modo
Son las obras de Dios hasta piadosas
Con las almas honradas y amorosas,
Y hay horas de dolor en que habla todo,

Los seres animados y las cosas,
Mientras va hacia Madrid con paso lento,
Por la madre que llora en tal momento,
Como ecos de la pena que sentía
Oir y ver creía
Temblar la tierra y suspirar el viento...
¡Yo ví también, cuando murió la mía,
A las piedras llorar de sentimiento!

CANTO CUARTO.

JUAN LANAS.

I.

Marchaba hacia Madrid, y á Juan rendido,
Después de andar hambriento un día entero,
Cuando se iba á caer desfallecido
Le da un melocotón un pordiosero,
Y con esto ya el hambre con sus iras
La intrepidez estomacal no abate
Del que fué hasta Madrid, desde Algeciras,
Con un pan, dos arenques y un tomate.
Y, después de comerse al otro día
Un trozo de jamón que suelta un gato
Que persigue el mastín de una alquería,
En vez de dos, muy malos, que tenía,
Triunfante entra en Madrid con un zapato;

Y al ver una plazuela
Que, siendo occidental, llaman de Oriente,
Se sienta á descansar tranquilamente
Sobre un banco que el moho aterciopela.
Era una noche de verano, y viendo
Que la gente afanada, discurría
Cual si anduviese huyendo
De la lluvia menuda que caía,
Oyó hablar—«de cuartel»,—«de infantería,»
«De motín»,—«de sargentos»,—y, temiendo
Por el doctor su hermano y por María,
Se fué á buscarlos, de ternura lleno,
Que aunque celoso, de rencor ajeno,
Recordó que su madre le decía
—«Que seas bueno, Juan, que seas bueno»;
Y, su estancia por Pedro autorizada,
En casa de su amada,
Muy cerca de la cuadra, y junto al coche,
Como en los tiempos de su edad pasada,
Juan durmió aquella noche
Sobre un lecho de hierba embalsamada.

II.

¿Qué pasaba en la corte? Al fin de un día
De un triste mes de Junio, se sentía
Una paz sepulcral que daba miedo.

Madrid aquella noche parecía
Una ciudad más muerta que Toledo.
No dejó desterrada
La maldita ambición del mundo entero,
Cuando el César Severo
—«Yo he sido todo—dijo—y todo es nada»,—
Pues todos luchan ya por ser mejores;
Los pobres por ser ricos;
Los ricos por ser reyes ó señores;
Por ser grandes los chicos;
Los reyes por llegar á emperadores;
Y por esta razón se combatía
Al Duque de Tetuán, que presidía
Un paternal Gobierno;
Y aunque nada se oía,
Aquel silencio, al despuntar el día,
Se convirtió en el ruido de un infierno;
Pues al rumor de las balas y sablazos,
De gritos de furor, de cañonazos,
Se une el himno de Riego,
Ese vino español alcoholizado
Que embriaga y acalora como el fuego,
Y que, en calles y plazas derramado,
Las almas apasiona,
Y hace que sea el aire electrizado
Un héroe macedón cada soldado,
Cada casa una puerta de Gerona.
¡Luchando aquí á traición, allí con gloria,
A degollar se lanza
Más bien que el patriotismo la venganza,

Pues, si es fiel mi memoria,
No igualan á aquel día de matanza
Las más grandes tragedias de la historia;
Y no habrá tanta sangre y tanto arrojo
En la hora en que, aleve,
Alzando por señal el pendón rojo
Traiga á este mundo el general despojo
La negra pascua de la hambrienta plebe!

III.

¿Quién vencerá? La buena estrella. ¡Es loco
El que cree en los prodigios de la espada,
Pues si una gran virtud estriba en poco,
La heroicidad mayor pende de nada:
Por eso siempre en los azares funda
Sus triunfos en la guerra
La gran casualidad, madre fecunda
De todos los sucesos de la tierra!
Y ¿qué importa á los pueblos ofuscados
En lo real, ni el honor ni la victoria,
Si, ilusos ó engañados,
Con falsedad notoria
Van llenando los templos de la gloria
Con héroes por los necios fabricados;
Y en lo ideal, turbada su memoria,
Cuando están por el cielo arrinconados,

Con pedazos de dioses destrozados
Terraplenan los huecos de la historia?
¡Mas dejad que el que todo lo gobierna
Permita de la guerra el don funesto
Que el corazón y la virtud consterna!...
¡Ya acabará todo esto
Cuando dé al mundo Dios la paz eterna!

IV.

Y volviendo al horror de la jornada,
Motín y rebelión á un tiempo mismo,
La soldadesca armada
De la plebe inocente y confiada
Inflama hasta la rabia el patriotismo.
¡Oh, Libertad querida!
Por tí, ciegos, en lucha fratricida
Se matan sin clemencia
Héroes sin nombre que la historia olvida.
Y al fin será menor tanta demencia
Si creen en su conciencia
Que epílogo la muerte de la vida
Es prólogo á su vez de otra existencia!
¡Oh, Igualdad imposible! ¡En vano, en vano,
El freno sacudiendo de las leyes,
Un día, por envidia hacia los reyes,
El pueblo hace de rey puñal en mano;

Pues ni espadas, ni sables, ni puñales
Nos han de hacer en condición iguales,
Y, pese á su patriótica constancia,
Jamás podrán romper los liberales
La eterna esclavitud de la ignorancia!

V.

Pido á Dios en mis grandes devaneos,
De mi madre en memoria,
Que el cielo al ambicioso le dé gloria
Y á Juan y á mí templanza en los deseos.
A Juan, de quien ya he dicho y repetido
Que en tanto que en su casa, aunque querido,
Como un esclavo el infeliz vivía,
Su hermano Pedro ha sido
Criado de tal modo, que creía
Que el pan lo da la tierra ya cocido,
Y por eso en sus gustos consentido
Solía presumir de tal manera
Que por ser aplaudido
Pondría fuego al mar, si el mar ardiera.
Y aquel día, ambicioso sin cautela,
Supuso estar febril de patriotismo,
Y hasta se hizo orador de callejuela
Y habló de honor, de patria y heroísmo.
Mas próximo el motín á ser vencido,

Fingiendo estar contuso, estando ileso,
Fué Pedro conducido
A un hospital en calidad de preso;
Y al verse recibido
Por su amigo querido
Un médico castrense, calvo y grueso,
Que llevaba en el frac cinco ó seis placas,
Con un bordado de oro tan espeso
Que con sólo el exceso
Se podrían bordar veinte casacas,
Pedro de astucia lleno
Dijo al castrense con fingida calma:
—«Yo sé que Juan, mi hermano, que es tan bueno,
Se pondrá en mi lugar con vida y alma.»
Y al verle ya sin ganas
De aspirar al honor de ser guerrero,
A Pedro preguntó su compañero:
—«¿Tan bueno es ese Juan?»—«Es un *Juan Lanas*»,
Pedro responde. Y sin perder momento,
Se llama á Juan, el que acudió contento;
Porque esto es lo que pasa:
Hombre ó mujer, el bueno de la casa
Siempre es la cenicienta ó ceniciento;
Y dócil por costumbre,
Obedeció sin desplegar los labios;
¡Funesta mansedumbre
Por la que suelen condenar los sabios
La bondad á una eterna servidumbre!

VI.

Poniendo á Juan, por fin, en vez del preso,
El médico castrense calvo y grueso
El porvenir trocó de los dos hombres
Después de sobornar á un centinela.
Estos cambios de cosas y de nombres
Siempre harán de la historia una novela.
En tanto que falaz de aquella suerte
El médico ex guerrero
A fuerza de matar temió á la muerte,
Juan, no temiendo nada,
Ponía en su mirada
Más bondad que en los ojos de un cordero;
Y al mirar que su hermano se alejaba
Con un traje de noble advenedizo
Y aquel aire enfermizo
Que tenían los muertos que mataba,
Creyendo ver en él la imagen santa
De su infancia querida,
Hacia sus ojos se agolpó la vida
Y se anudó el dolor en su garganta.

VII.

Mas Pedro, que era un hombre abominable,
De tal hipocresía,
Que el fin de sus acciones consistía
En no dejarse ahorcar ni aun siendo ahorcable,
Poniendo á Juan en su lugar, y haciendo
A la verdad agravio,
De su castigo se excusó ejerciendo
La explotación del bueno por el sabio.
Y al verse libre, de imperial manera
Con mirada altanera
Honró á los practicantes
Sin ver á Juan siquiera,
Que es, á pesar del inmortal Cervantes,
La fuerza de la sangre una quimera,
Y se alejó en seguida,
Siempre orgulloso de su buena suerte,
Como un enterrador que en plena vida
No respira más que hálitos de muerte.

VIII.

Y cuando Pedro disfrazado huía,
Y azorado veía

Los muertos por la calle amontonados,
Renunció á la ambición desde aquel día,
Y con fe volteriana repetía
«Que es muy bueno el laurel en los guisados»;
Y su alma, desde entonces espantada,
Jamás volvió á pensar en rebeliones;
Que en muchas ocasiones
Nuestra vida, maestra consumada,
Prueba con sus lecciones
Que enseña más moral una estocada
Que Fray Luis y Bossuet con sus sermones.

IX.

Mientras llega el momento
En que, juzgado Juan, vea contento
Que, en lugar de su hermano sentenciado,
Ó solo va á presidio, ó es fusilado,
Diré que en la batalla dió la suerte
La razón al más fuerte,
Pues, aunque ya decía Saladino
Que no calla la sangre que se vierte,
Como un torpe dramático el destino
Lo suele arreglar todo con la muerte.
Y así tras largas horas de agonía,
Con tanta destrucción y tanto muerto,
Haciendo de Madrid en aquel día

Una gran catacumba á cielo abierto,
Puso al motín remate
Q'Dónnell, que sabía
Que entre todas las armas de combate
Protege siempre Dios la artillería;
Y altivo, fiero, y por valor sañudo,
Con el cañón ensangrentó la tierra,
Porque era la divisa de su escudo:
«Paz en la paz, pero en la guerra, guerra.»

X.

Tal fué el gran Duque de Tetuán primero,
Quien, cortés, valeroso y caballero,
Las serpientes ahogó de la anarquía,
Amó la libertad como Espartaco,
Y en santa unión para formarle un día
Dió su cuerpo Escipión, y su alma Graco.

XI.

Como es caso olvidado por sabido
Que no hay enterrador como el olvido,
Midiendo á todos por igual la suerte,

Se durmió el vencedor con el vencido
En el común regazo de la muerte:
Y el hecho aquel, cuyo recuerdo aterra,
Acabó, como acaba toda guerra,
Que se entierra al final, ó no se entierra
En lugar del amigo al adversario;
Trabajo innecesario,
Pues de todas maneras en la tierra
Lo que no es cementerio es un osario.

XII.

La gloria y la ambición no tienen cura:
Y el que haya un vencedor frente á un vencido
Excluye de la tierra la ventura;
Pues ¿qué es nuestra ambición? Una locura;
Y nuestra gloria ¿qué es? Ruido y más ruido.
Siempre es menor del alma la grandeza
Que la miseria en que se ve abismada;
Porque ¿en qué acaba todo? En la tristeza;
Pero ¿y después de la tristeza? ¡En nada!

CANTO QUINTO.

EL BUEN JUAN.

I.

Después del día en que terriblemente,
Por la espalda una vez, y otras de frente,
Se mataron los hombres á millares,
La lluvia indiferente
Fué llevando la sangre al Manzanares,
Y el río se fué al mar por la pendiente;
Y antes de la llegada
Del silencio que sigue á todo ruido,
Y después de aplicada
La moral vencedora «¡ay del vencido!»
Acabó nuestro Juan en presidiario;

Pues el hado enemigo,
Llevándolo hasta el fin de su calvario,
Lo hizo mandar á Ceuta por castigo
Al primer batallón disciplinario;
Y es fama que su fama de asesino
Por su hermano arrostró noble y sereno,
Pues cuando un blanco, como Juan, es bueno,
Ese blanco es un negro del destino.

II.

Había en Ceuta una fatal Roseta
Que, adiestrada en amor por un tal Nelo,
En el cuartel del Fijo echó discreta
La caña de pescar de sus encantos,
Siendo Juan el primero que, entre tantos,
Picó como un mal pez en el anzuelo.
Juan, con el alma inquieta,
Engañado tal vez por su deseo,
Creyendo que Roseta,
Hermosa valenciana con *seseo*,
Se parecía un poco
A su novia María,
Con honda idolatría
La adoró como un ciego y como un loco,
Y ella, hasta el fin artera,
Por Juan idolatrada,

Se empeñó en olvidar que era casada
Y se dejó obsequiar como soltera.
Valenciana notable
Por el subido azul de sus ojeras,
Tiene un alma irascible y entrañable
Que sabe amar y odiar como las fieras.
Roseta, que servía
A un criado de un Duque de Gandía,
Aunque huertana y gruesa, era tan bella
Que no se hallaba en Cádiz ni en el Puerto
Una mujer más andaluza que ella
Por la sal que vertía;
Y si alguno dudase de mi aserto,
Que suba al cielo, y le dirá si es cierto
El sol, que es natural de Andalucía.

III.

Era Nelo un gentil aventurero
Que con el alma para el mal nacida
Fué el que á Roseta administró el primero
El bautismo de fuego de la vida.
Roseta, desposada con Segundo,
Se quedó como muchas en el mundo,
No por causa del cura, mal casada;
Y aunque era religiosa á su manera,
De veinte se cansó de ser soltera,

Y casada de un mes se halló cansada.
Y Nelo, acaudillando
Cierta mañana un enemigo bando
De turcos españoles con careta,
Robó á Roseta antes de entrar en misa;
Y es fama, aunque lloraba, que Roseta
Se dejó secuestrar muerta de risa.

IV.

En Valencia á un Manuel le llaman Nelo,
Y el Nelo de quien hablo,
Siendo mejor que el diablo,
Es un poco peor que Maquiavelo;
Pues el traidor, lo mismo
Que lo pudiera hacer un abogado,
Sabía dar de lado
Al Código penal y al Catecismo;
Y siendo un presidiario sin grillete
Que ardoroso, y con hábitos sensuales,
No tiene más que siete
De todos los pecados capitales,
Hace pensar su tez amarillenta
Que en su sangre hay más bilis que fibrina,
Y en su boca se ostenta
La sonrisa feroz de un Catilina;
Y malo desde el día que ha nacido,

Si nunca roba, con frecuencia mata,
Y siendo más pirata que bandido,
Es más contrabandista que pirata.

V.

Ya venían de fuera
A España á veranear los ruiseñores,
Y empezaba á inquietar la primavera
Con sus linfas turgentes á las flores;
Y más que aquí, ya en Ceuta se sentía
La atmósfera templada
Del aliento fecundo de aquel día
En que salió la tierra de la nada,
Cuando Nelo, encargado
De una misión secreta,
Fué el que en su barca de pirata honrado
Llevó á Ceuta al marido de Roseta.
Mas ésta, que á Segundo no quería,
Llamándolo hacia sí ¿qué pretendía?
Lo ignoro, porque tengo la evidencia
De que, aunque sea joven por derecho,
Según dicen mujeres de experiencia,
Todo marido es un anciano de hecho:
Y creo en consecuencia
Que al llamar al esposo aborrecido,
Roseta, que algún día

Para ser libre se casó en Gandía,
Hoy piensa hacer matar á su marido
Para hacerse más libre todavía.

VI.

Ya indiqué de pasada
Que sólo por recuerdo de María
Con alma enamorada
Juan Fernández servía
De criado á Roseta, la criada
De un criado de un Duque de Gandía;
Siendo también una verdad probada
Que si él la amó con sumisión completa,
Por su parte Roseta
Pagaba sus servicios con tesoros,
Pues muchas veces con sus propias manos
Ya le daba *alcuzcuz*, plato de moros,
Ya *caballa* y *boniato* de cristianos.
Y un día en que roseta,
Que con calma aparente vive inquieta,
Convida á Juan á manzanilla y luego
Le da un plato de callos que echan fuego,
Mientras él de Roseta la belleza
Contempla enamorado como un loco
Y se le va subiendo poco á poco
El vino y el amor á la cabeza,

Neló, falaz como el traidor de un drama,
Encima de la estancia de la que ama,
A Segundo en un cuarto introducía,
Y dando fin á una horrorosa trama,
Cuando éste confiado se dormía,
En vez del pobre esposo que vivía,
Dejó un muerto acostado en una cama;
Y dos horas después, Juan, conducido
Con modos insinuantes
Por Roseta hasta el cuarto maldecido,
Lo encerró en compañía del marido
Que Nelo asesinó dos horas antes.

VII.

Turbado por el vino y casi inerte,
Al caer sobre el lecho
Juan sintió junto al pecho
El hielo de las manos de la muerte.
Dudó, temió, palpó, y aunque embriagado,
En medio de un horrible desvarío
Le hirió, al tocar á un hombre asesinado,
Una descarga eléctrica de frío.
Juan, todavía incierto,
Turbada la razón, si no perdida,
Volvió á palpar, pero, al tocar al muerto,
Sintió el horror más grande de su vida.

Y corriendo después hacia la entrada
Para buscar salida,
Encontrando la puerta bien cerrada,
Puso, al ver imposible toda huída,
Una cara espantosa de espantada.
Consigo mismo entre las sombras lucha;
De nuevo el lecho á registrar se atreve;
Hasta el pulso en su sien se ve y se escucha,
Y el muerto, que mueve él, cree que se mueve.
Y tomando el rumor de sus pisadas
Por pasos sigilosos de un malvado,
Toca el puñal por Nelo abandonado,
Y con manos crispadas
Lo coge, y defendiéndose, aterrado
Da al muerto, por error, dos puñaladas.
Volvió á querer huir, pero no pudo.
Furioso, fué á gritar, y se halló mudo.
¡Va y viene y vuelve; y de sudor cubierto,
Da vueltas como un loco rematado,
Y después dè girar, de espanto yerto
Su cuerpo se quedó petrificado
Y por fin cayó en tierra como un muerto!

VIII.

Roseta en tanto el ondulante talle
En la nube envolvió de un negro manto,
Y gritando «¡asesino!» con espanto

Del Rebellín alborotó la calle;
Y aquella mal casada,
Que sabe quién ha muerto á su marido,
Llamando á Juan «¡infame!» á grito herido
Quiere á Ceuta hacer ver que está aterrada.

IX.

Delatado por Nelo,
Fué preso Juan Soldado
Por cierto capitán muy delicado,
Que tenía más reumas que su abuelo,
Héroe de tal fiereza
Que á dejarse arrastrar por sus instintos
Alinearía á un batallón de quintos
Cortando á los más altos la cabeza.
—«¿Es cierto que amas á Roseta?»—«Es cierto.»
—¿Luego eres el que ha muerto á su marido?»
—«Yo juro»—dijo Juan—«que no he sabido
Si he muerto á un vivo, ó asesinado á un muerto.»
Así pregunta el mozo,
Y así Juan le contesta;
Quien después con la cara descompuesta
Los labios se mordió y ahogó un sollozo.
¡Mas no pidió ni gracia ni consuelo,
Presintiendo sin duda el desdichado
Que hace ya mucho tiempo ha renunciado
Al reino de la tierra el rey del cielo!

X.

Un consejo de guerra,
Tan discreto por mar como por tierra,
Condenó á Juan Soldado,
Porque encontró evidente
Que, estando de Roseta enamorado,
Fué el que, arrastrado por su amor impuro,
Al marido mató cobardemente
A traición y además sobre seguro.
Así por el vil Nelo,
Cobarde de una audacia calculada,
Aunque no la del cielo,
La justicia del mundo fué engañada.
Y como nadie ve que Juan Soldado
Traspira por los poros la inocencia,
Que era un hombre culpado
Fué de tal evidencia
Que un General, sin letras muy letrado,
Al firmar la sentencia,
Exclamó de esta suerte:
—«Siempre el mundo pecó por ese lado
Dilema del amor, ó tú, ó la muerte.»—
¿Será preciso que inocente muera
El calumniado Juan? ¡Será preciso!
¡Y pues la ley falló de esta manera,
Honremos á la ley que así lo quiso!

XI.

Como suelen hallarse en las honduras,
El sol ya no penetra en las cabañas,
Y del mar del Estrecho en las llanuras
Hacen leguas de sombras las montañas.
Es la tarde en que Nelo
En la nave en que el vil contrabandea
Desde el peñón de Gibraltar á Altea,
Se embarcó con Roseta, cuyo duelo
Es hoy tan grande, al parecer, que gime
Como una esposa honrada y sin consuelo,
Mientras Nelo, esta infame criatura,
Ampara su orfandad, virtud sublime
Que tanto ha bendecido la Escritura:
Y los dos, ella triste, y él clemente,
Juntos á Ceuta apresurados dejan,
Por no ver fusilar á Juan Soldado;
Y contentos se alejan
Con angustia aparente;
Mientras que, tristemente,
Parece que hasta el sol, avergonzado,
Por no ver lo que ve se hunde en poniente.

XII.

De este modo Roseta con su amante,
Afectando el dolor de esposa tierna,
Salió para las costas de Alicante
Dejando en Ceuta una tristeza eterna.
Y en mengua de lo humano y lo divino,
El pérfido asesino
Partió amante y amado,
Sin temor á la ley ni al fuego eterno,
Porque dice un autor muy afamado
Que acaba por vivir un condenado
Como el pez en el agua en el infierno,
Y ¡oh deshonor de la olvidada Astrea!
¡Lo que hace aquí más grande el desconsuelo
Es que hasta el mismo Altea
De Roseta y de Nelo
El viaje iluminó con luz febea
El Dios que con el rayo alumbra el cielo!

XIII.

Después de confesar muy de mañana
A aquel gran homicida sin grandeza

Un cura que llamaba con tristeza
Su camisa de fuerza á la sotana,
Muy cerca de la fuente
Donde frecuentemente
Toman agua las niñas casaderas,
Fusilaron á Juan sencillamente
Contra un seto de pitas y chumberas.
Murió ahogado en sus últimos gemidos,
Y aunque la fe de Juan era tan viva
Que creía que hay seres elegidos
Que alguna vez se inclinan desde arriba
Para echar una mano á los caídos,
Fué infeliz su bondad de tal manera
Que tuvo algún escéptico el recelo
De que en la hora de morir postrera
Ni una sombra siquiera
Se inclinó á recibirle desde el cielo.

XIV.

Dejémosle morir á Juan Soldado.
Ya el Génesis decía sabiamente
Que el hombre de dolores agobiado
No conviene que viva eternamente.
Nació y vivió inocente.
Fué bueno, y por ser bueno, desdichado.
Ayudó de su patria á la victoria.

Y aunque vivió tan útil como honrado
Y creyó á pies juntillas en la gloria,
Murió del todo, pues murió olvidado.
Aquí da fin la historia
Del buen Juan, es decir, de Juan Soldado.

XV.

¡Como en alma tan buena y tan amante
Nadie ha visto una pena semejante,
Por la salud del ser á quien más amo
Juro que en este instante
Moja el papel el llanto que derramo!
Y ya que hay en la tierra tanto duelo
Que mi madre decía
Que lo bueno del mundo es que hay un cielo,
Porque, cual Juan, creía
Que en el último día
Todo el que sufre ha de tener consuelo,
¡Mandad, Señor, puesto que estamos ciertos
De que es la vida una incurable peste,
Que convierta á los pueblos en desiertos
Ese día en que un hálito celeste
Ha de barrer los vivos y los muertos!

FIN.

LOS AMORÍOS DE JUANA

POEMA EN DOS CANTOS.

A mi consecuente amigo el ilustrado literato

SR. CONDE DE SANTIAGO.

CAMPOAMOR.

LOS AMORÍOS DE JUANA.

CANTO PRIMERO.

DE REY Á CORONEL.

I.

Con un amor fatal por lo ilusorio,
Siendo en lo real más casta que Susana,
Era un Don Juan Tenorio,
En la región de las ideas, Juana.
Muerta por fuera, aunque por dentro viva,
Suele traer á la memoria el beso
Su boca de salud provocativa;
Y aunque grandes y abiertos con exceso,
Son bellos como el sol, á pesar de eso,
Sus ojos con caídas hacia arriba.

II.

Vivía con honor de su trabajo,
Y obrera incomparable en sus cosidos,
Sabiéndolos volver de arriba abajo,
Estrenaba diez veces los vestidos.
Es su casa un convento
Donde, exceptuando el són de aquel acento
Que habla más bien al alma que al oído,
La preciosa cartuja
No hace en su cuarto de labor más ruido
Que el clava que te clava de la aguja.
Y cosiendo y soñando entretenida,
Idealiza sus propias sensaciones
Porque cree, como yo, que en esta vida
Lo que hay más verdadero es ver visiones.
¡Ver visiones! Dios mío, ¿estaré loco
Al presentir que me parezco un poco
A esas castas doncellas
Tan llenas de ilusiones,
Que malgastan su amor y sus pasiones
En la luna, en el sol y en las estrellas?

III.

En esa edad tan bella
En que el amor se cae de maduro,
Se empezó á ver en ella
La grave enfermedad del amor puro,
Enfermedad tan grave, aunque tan pura,
Que un día de parada
Se quedó (y perdonadle su locura)
Del Rey enamorada.
Cuando es bien parecido
Un Rey, es una imagen de marido
Que las niñas fantásticas adoran.
¡La mujer y la alondra se enamoran
De todo lo que brilla y hace ruido!

IV.

Fué el caso que, al hacerle algún saludo,
Detrás de sus cabellos escondida,
Vió que el Rey su mirada distraída
Echó hacia ella; mas ¿la vió? Lo dudo.
Pero Juana infirió, según infiero,

Que el Rey le dijo con los ojos: «Te amo»;
Y ella, pensando en responder: «Te quiero»,
Ocultó su rubor oliendo un ramo.
Y luego echa á correr avergonzada,
Y cuando va pensando
Si el Rey irá besando
Las huellas de sus pies con su mirada,
Así como al descuido, con cuidado
Juana mira de lado
Con tanta gentileza,
Que no puso en su huída
Más gracia natural ni más belleza
Galatea, volviendo la cabeza
Por ver si era en su fuga perseguida.

V.

Juana, que se veía
Hermosa y con salud, dos veces bella,
Llegó á creer que se quedó aquel día
El Rey de España enamorado de ella.
Y aunque es tan pudorosa
Que no abraza á sus sueños ni en el viento,
El día aquel, por excepción honrosa,
Le dió de pensamiento
Un beso... ó dos... ó tres... muy poca cosa;
Y prometiendo al Rey su blanca mano,

Con el amor más tierno,
La mitad del verano
Y parte del invierno
A su futuro esposo el Soberano
Lo adoró como á un Dios sin culto externo.
Y al pensar, la inocente,
Que su gracia de un Rey hará un vasallo,
En el Palacio Real cristianamente
Aspira á ser sultana sin serrallo.
Y ¡lo que es la ilusión! desde el gran día
En que el Rey la inflamó con su mirada,
Por elegancia fría,
Ya muestra aires de Reina fastidiada,
Aunque tiene un reinado todavía
Más chico que el Rey Chico de Granada.

VI.

Mas ¡ay! cuando, creyéndose en su mente
Reina de ambas Castillas,
Ya extraña que la gente
No empiece á contemplarla de rodillas,
La luz de una mañana
Vino á eclipsar su estrella,
Pues supo un día, al despertarse, Juana
Que el Rey se iba á casar, y no con ella.
Y como es un refrán tan verdadero

Que el mayor desengaño es el primero,
Al caer de su trono,
Creyó con el candor más hechicero
Que del Rey lloraría el abandono,
Vistiéndose de luto, el orbe entero.
Y cuando vió apagado
El esplendor de su ideal soñado,
Y después que perdió la confianza
De alcanzar la esperanza
De tener un vasallo coronado,
La consoló aquel día
Del triste fin de su pasión dichosa
El mirar que el espejo le decía:
«¡Consuélate, hija mía,
Que es más que Reina ya la que es hermosa!»
¡Cuánto celebro, por su bien y el mío,
Que su amor no pasase de amorío,
Y que su fe, sin experiencia alguna,
Ignorase en su noble desvarío
Que el ir de la pobreza á la fortuna
Es marchar de la dicha hacia el hastío!
¡Ya ha muerto su ilusión! Pero entretanto,
El destino iracundo
No le hará ver con verdadero espanto
Que también en el mundo
Hay en los ojos de las Reinas llanto!
Y al poner fin á sus amores reales,
No quedará por dicha convencida
De que son las grandezas imperiales
Las más grandes miserias de la vida!

VII.

Siempre ha sido y será cosa corriente
Que, mientras dure el malestar divino,
En alas de la mente
Llega el alma hasta el fin de su destino;
Siendo un hecho evidente
Que si un amor se va muy fácilmente,
El amor venidero está en camino.
Así, paseando un día,
Más ligera que un pájaro ligero,
Vió Juana á un diplomático extranjero
Que, sin ser General, lo parecía;
Y, como es de inferir, fiel á su estrella,
Al volverse á la paz de su retiro,
Un corazón tan tierno como el de ella
Le dedicó al dormir la noche aquella,
Después de un «¡es buen mozo!» un gran suspiro.
Mas no fué poco enorme
El suspiro que dió su alma doliente,
Cuando supo después por accidente
Que aquel Embajador con uniforme
Era un monstruo civil, un ser deforme,
Que no era ni siquiera subteniente.
Y como en ella obra el discurso tanto
Que, aunque la ciencia lo contrario mande,

Escribe siempre Amor con A muy grande,
Y un busto de Nerón lo juzga un santo,
De buena fe asegura
Que el que no es militar es casi un cura;
Y conforme al saber de muchas gentes,
Ignora las razones oficiales
Que hay para dar patentes
Del uso de uniforme á los mortales
Que no son por lo menos subtenientes.

VIII.

Porque ¿es hombre un paisano?
Aunque Juana creía
Que en el género humano
Puede á ratos, y en término lejano,
Un paisano ser hombre todavía,
Ella piensa que es nada, ó casi nada,
Grandeza que no es hija de la espada,
Y que, aun siendo brutal como todo hecho,
La fuerza, pese al cielo, es un derecho;
Y en honra de las glorias militares
Cree, como todas, por instinto, Juana
Que el verter sangre humana
No es deshonor cuando se vierte á mares;
Por lo cual, resolviendo que el paisano

Es, más que un hombre, un papagayo humano,
Lo olvida muy aprisa, muy aprisa,
Recordando más triste que Artemisa
Que ya puede sumar dos desengaños
En quince años que cuenta:
¡Quince años, ¡ah! quince años!...
¡La edad que yo tenía hace cincuenta!

IX.

Mas, dejando mi edad, tened por cierto
Que hay siempre un vivo que reemplaza á un muerto,
Y por raro que sea,
El corazón humano
Es como el *yo Fichtiano*,
Que lo que piensa en su interior, lo crea,
Y Juana, que en su amor se lisonjea
De lograr para esposo al heroísmo,
Si es necesario en Don Pelayo mismo
Realizará su idea...
¡Lo que tiene de bueno el platonismo
Es que alcanza en Platón lo que desea!

X.

Sintiendo el inmortal desasosiego
De una sibila en éxtasis y loca,
Juana consagra á un militar su fuego
Para quitarse luego, luego, luego
El sabor á paisano de la boca.
Y buscando otro amor precipitada,
Quiso la mala suerte
Que Juana, nuestra Reina destronada,
Oyese hablar, si bien muy de pasada,
Del coronel Roldán, alias «La Muerte»,
Un militar de historia acrisolada,
De quien cuenta la fama pregonera
Que, al empuñar la espada,
Se creía un Titán, aunque no lo era.

XI.

Pero ¡Señor! Para que el alma honrada
De tan casta doncella
Estuviese vencida y dominada

Por la pasión aquella,
¿Qué había entre ella y él? ¿Qué había? Nada:
La mucha fama de él y un sueño de ella.

XII.

Supo Juana también que, osado y fuerte,
El coronel «La Muerte»,
Como algún día Condillac, opina
Que el tacto es la razón de los humanos,
Y que el mundo termina
Donde acaba el alcance de las manos.

XIII.

Y como es tan común entre las Juanas
El tentar á los hombres atrevidos,
Una de esas mañanas
En que hierve el volcán de los sentidos,
Soñó con el candor más halagüeño
Que dormía muy cerca de su ensueño;
Y en el supremo instante
En que soñaba más... ¡Jesús, qué loca!
Supuso que aquel hombre delirante,

Como Pablo á Francisca la de el Dante,
Le escondía los besos en la boca...
Y aunque esto, si no en Dante, lo ha leído
En la historia de un santo arrepentido,
Al ver su corazón pundonoroso,
Que tocan en lo real sus ilusiones,
Perdiendo para siempre su reposo,
A aquel amante, que alardeó de esposo,
Le echó más maldiciones
Que Fray Diego al murciélago alevoso.
Y espantada del hecho
De dormir, sin querer, con sus visiones,
Al fin de su explosión de sensaciones,
Como flor arrancada de un barbecho,
Creyó sacar, cuando saltó del lecho,
Su ropa de inocencia hecha jirones.

XIV.

¡No temas, soñadora empedernida,
Por tu pudor, que la final caída
De tu virtud retarda;
A pesar de tus faltas de dormida,
Todavía tus pasos en la vida
Ve sin rubor el Angel de la Guarda!
Y en tanto que á tu amante devaneo
Falte el imán del material deseo,

En tu mundo de a mor imaginario
Siempre serán tu casto mobiliario
Las cosas de los seres ideales,
Oro, diamantes, perlas y cora'es,
Luz, susurros, perfumes y colores,
Risas, suspiros, pájaros y flores.

CANTO SEGUNDO.

DE CAPITÁN Á SOLDADO.

I.

¿Volverá Juana á amar? Naturalmente.
¿Qué ha de hacer aquella alma adolescente,
Cuando en el campo, respirando amores,
Los pájaros gorjean
Y se hinchan los estambres que rodean
Los fecundos pistilos de las flores?
Ella, después que olvida
La imagen que ama ciega,
A otra imagen fingida
Con alma, vida y corazón se entrega.
¿Quién no ha visto mil veces repetida
Esa crisis suprema de la vida
De un amor que se va y otro que llega?

II.

Juana, esta vez, por su fatal destino,
Yendo á una feria un día
Se encontró en el camino
A un capitán buen mozo, que tenía
La ordinaria manía de ser fino.
Y una mujer que, por favor del hado,
No conoce el pecado ni de oídas,
Conoció al capitán «Perdonavidas»,
Que, á más de ser la imagen del pecado,
Por falta de ocasión, sólo ha probado
Que es muy bravo en vencer á sus queridas.
Este hombre, tan pagado de sí mismo
Que con frente altanera
Se suele despedir como un cualquiera,
Y él cree que dice «¡adiós!» con heroísmo,
En la feria llevaba
Un traje de montar, que suponía
Un enorme caudal que le faltaba,
Y un caballo andaluz que no tenía.

III.

Mas ¿cómo pudo soportar sin ira
A un hombre que en amor sólo suspira
Por todo lo sensual de vuelo bajo,
Juana, que altiva hasta á los grandes mira,
Desde que fué algo Reina, de alto á bajo?
Porque en cosas de amores,
Por afición sin duda á los laureles,
Suele gustar á las que crían flores
El penetrante olor de los cuarteles.

IV.

Pero como era en Juana
La castidad más fiera que en Diana,
Cuando á aquel capitán, de su alma dueño,
Lo vió casado, se acabó su sueño.
Y aunque Juana al principio se acongoja,
Porque á su amor sincero
Le prueba que es un monstruo verdadero
Una rubia, muy rubia, casi roja,
Que le sirvió de negro un año entero,

Ella, ya indiferente,
Hoy le ve acompañar galantemente
A una mujer muy fea y á otra hermosa;
Y como es natural y muy frecuente,
La hermosa es su mujer, la otra su esposa.

V.

Mas no lloréis, lectores,
Por un alma excelente
A quien constantemente
La consuela el amor de sus amores,
Pues tengo la certeza
De que le hará soñar otra grandeza
Esa mala ventura que la trajo
A amar á un capitán mala cabeza.
¡La gran naturaleza
Va siguiendo en secreto su trabajo,
Y después que nos mueve, ella nos guía
Al fin de nuestro fin por el atajo
Con la fuerza brutal de su inocencia!...
¡Oh madre universal de la existencia!
Tu ley es la inmortal sabiduría.

VI.

Diré, por fin, para abreviar mi cuento,
Que bajando de un golpe muchos grados
En la escala social de la grandeza,
Juana quiso á un sargento
De los más afamados,
Que cuando grita «¡firmes!» con firmeza,
Clava un metro en el suelo á los soldados.
Es raro en un candor tan verdadero
Que amase una semana
Al sargento «Metralla», un gran guerrero,
Que era primo tercero
De una prima trigésima de Juana,
Y un hombre tan ardiente y tan bizarro,
De quien su prima, que le amó, decía
Que al mirarla parece que quería
Encender en sus ojos el cigarro.
¿Decís que amar á ese hombre es gran locura?
Lo será con certeza;
Pero el mal del amor no tiene cura
Cuando es por desventura
Más grande el corazón que la cabeza;
Y cuando un cuerpo lleva
Un alma como un horno acalorada,
Cualquier cosa, una voz, una mirada,

Es la serpiente tentadora de Eva.
Así es que fué querido
Por la prima de Juana el tal sargento,
Porque un día, atrevido,
Vistió de falda corta un pensamiento,
Se fué hacia ella, se acercó á su oído,
Y en frases más fosfóricas que bellas,
Aunque sólo de nombre,
Le regaló la luna y las estrellas.
¡No engaña á las mujeres ningún hombre:
Por regla general, se engañan ellas!

VII.

El sargento Metralla,
Que llamaba á la tropa
La «gente de mi ropa»,
Y á las gentes civiles «la canalla»,
Era un matón de audacia tan fingida,
Que siempre en el fragor de la batalla
Procuró, más que herir, no ser herido;
Y buscando socorro,
Mientras gritaba «¡A ellos!» en la huída,
Como el gran Napoleón, pasó su vida
Haciéndose el león, siendo un gran zorro.
Pero ella, que en la edad de la hermosura,
Aspirando á un amor que nunca alcanza,

Metida en una nube de esperanza,
Cuanto hace y dice es poesía pura,
Exaltado su amor probablemente
Por los informes de su prima, Juana
Sólo pudo querer á aquel valiente
De prisa y de memoria una semana,
Porque el pobre sargento,
Con esta precisión con que lo cuento,
De pendiente en pendiente,
Ganó rápidamente
Los cuatro grados que á la letra copio:
Ascendió á subteniente,
Subió desde el Jerez al aguardiente,
De éste al alcohol y del alcohol al opio.
Mas si helaron al pronto estos horrores
En Juana los amantes sentimientos,
Vendrán otros momentos,
Y vendrán, como siempre, otros ardores;
Que en palacio, en la choza, en los conventos,
Al llegar la estación de los amores,
Sólo se hallan amantes pensamientos,
Cantos de aves, perfumes de las flores.

VIII.

Mas ¿vivió el tal sargento? El tal sargento
Ignoro si ha vivido ó no ha vivido;
Mas sé que fué querido, y muy querido,

Por Juana, que le amó de pensamiento.
Y ¿quién duda un momento
Que lo que fué en un corazón, ha sido?
¡Tan cierto es que lo real es lo fingido,
Que á veces duda el mundo
Si César y Colón han existido:
Los verdaderos hombres que han nacido
Son Fausto, Don Quijote y Segismundo!

IX.

Como se ven las cosas más extrañas
En aquella cabeza,
Más movible que un viento entre montañas,
Juana, en noches de insomnio y de flaqueza,
Sin perder la pureza,
Tuvo hijos sin dolor de sus entrañas.
¿Me vais á preguntar que cómo es eso?
Pues eso es que, fundidas al exceso
Del calor de sus sueños juveniles,
De las frías muñecas infantiles
Se convierte el cartón en carne y hueso.
¿Que no es verdad? ¿Cómo diré, Dios mío,
Sin que de horror se abra á mis pies el suelo,
Que Juana, entre amorío y amorío,
Tuvo hijos sólo por favor del cielo?
Hijos de ella ¿y de quién? De las estrellas,

Que, inspirando ternuras visionarias,
Hacen ser á castísimas doncellas
Madres imaginarias
De hijos hermosos de ninguno y de ellas;
Por lo cual la que más y la que menos,
Al condensar el fuego que la abrasa,
En sus delirios, de ternura llenos,
Tiene hijos sanos, rubios y morenos,
De los novios de luz con quien se casa;
Y por eso, la niña de este cuento
Aunque viuda ya de pensamiento,
Si virgen por el cuerpo todavía,
En ese corto plazo
Que precede al crepúsculo del día,
Soñando, convertía
En un nido de soles su regazo;
Y como el alma encierra
El germen de los bienes y los males,
Es feliz con sus hijos ideales
La madre menos madre de la tierra:
Y en su amor sin amante,
Dejándole volar á su deseo,
Soñando, se llevaba de paseo
Dos niños de la mano y dos delante;
Y ¡cosas de la vida! como estaban
Formados del vapor de los ambientes,
Los hijos de su amor se evaporaban
Cuando, al venir la aurora, se llevaban
Los céfiros los sueños de las frentes!

X.

¡Dios del amor! ¿Preguntas en qué autores
He aprendido á pintar tantos amores
Y escenas de pasión tan misteriosas?
¡Dios del amor, Dios del amor! ¿qué quieres?
¡Como soy viejo ya, sé muchas cosas,
Y entre ellas, lo que piensan las mujeres!

XI.

Ya hemos visto que es Juana tan vehemente
Y en amar tan voraz, aunque inocente,
Que, arrastrando tenaz sus desengaños,
Moralmente, y tan sólo moralmente,
Gastó varios esposos en dos años;
Y en su ilusión, cual si estuviese cierta
De cumplir de su madre el pensamiento,
Imitando á la Infanta de aquel cuento,
Que á la suya oyó hablar después de **muerta,**
Se fué á buscar su mente
Al vecino de en frente,
Que, siendo carpintero, hizo la caja

Y se prestó á poner piadosamente
A su madre difunta la mortaja.
Mas como obra á traición lo inesperado,
Quiso el destino fiero
Que fuese el carpintero,
Mientras ella era Reina, á ser soldado.
Y si bien, desdeñosa,
Cuando era hombre civil no le quería,
Ya un poco menos fría,
Al ver que es militar, piensa otra cosa;
Y de este modo, Juana,
Que tenía á aquel joven olvidado,
Al verle ya soldado,
Lo halló en su corazón una mañana;
Y aunque sólo es soldado el buen vecino,
Ella, en su sed de amor inextinguible,
Sabe bien que el destino
Suele hacer de un soldado un Rey posible.
Y ¿quién duda que en caso semejante,
Cuando era Juana de Arco una pastora,
Elevaba en su amor, como ella ahora,
Algún pastor á Príncipe reinante?
Jura, pues, por el sol y por la luna,
Y por todo lo humano y lo divino,
Que al volver de la guerra aquel vecino
Se casará con él sin duda alguna;
Y aunque ignora su nombre todavía,
Conserva Juana de él una memoria
Tan tierna como el día
Del santo de su madre, que está en gloria.

XII.

No hablando ni pensando en otra cosa
Más que en ser pronto esposa
De un militar que es bueno y de su clase,
Para estar muy hermosa,
Discute algo dudosa
Si su traje nupcial, cuando se case,
Ha de ser blanco ó de color de rosa;
Y esperando al ausente,
Sólo tiene en su amor por confidente
A aquel que ve nacer los pensamientos,
Y vaga por el campo alegremente
Oyendo en el ambiente
La música sin letra de los vientos.

XIII.

Pero ¡ay! un día, de dolor transida,
Aquella Ofelia cuerda y mal vestida
Con traje de percal descolorido,
Supo que el prometido
Dió con gloria la vida,

Y que, al fin de una lucha fratricida,
Su gloria y él se los tragó el olvido,
Siendo así de aquel hombre,
La fama, el ruido, la virtud y el nombre,
La extincion tan completa,
Cual lo serán las dichas y los duelos
De este inútil planeta
El día en que, al pasar algún cometa,
Lo arroje á los abismos de los cielos!

XIV.

Y como es Juana, al fin, de esas mujeres
Que tienen el consuelo
De suponer que hay seres
Que las miran y llaman desde el cielo,
Cuando ya lentamente
Su endeblez se iba haciendo transparente,
Siguió al héroe olvidado
Que á la sombra murió de su bandera,
Y ella, de esta manera,
Después que tuvo á un Rey esclavizado,
Vino á acabar su militar carrera
Muriéndose de amor por un soldado.

XV.

Mientras Juana ha existido,
Sólo vió en los objetos sus ficciones,
Y al fin, para acabar como ha vivido,
En una compendió sus ilusiones:
Y soñando, al morir, que se moría,
Vió, en su sueño, formado
Un numeroso ejército mandado
Por aquel Rey que la miró aquel día;
Y, mientras duda con dolor la tierra
Si es Juan un general muerto en campaña,
La despide del mundo el Rey de España
Con todos los honores de la guerra.
¡Marcha real! En sus honras funerales
Le presentan las armas los soldados,
Y tienen con dolor los oficiales
En el cielo los ojos abismados.
¡Y en tanto que hace de pasión extremos
Un cierto coronel que ya sabemos,
Y un capitán, con el mayor cariño,
Le promete, mirándola, ser bueno,
Alivia el pecho de suspiros lleno
Un sargento que llora como un niño!
Marcha real, marcha real! ¡Aunque encantados
Queriendo sus sentidos apagados

Dar fin á su calvario de venturas,
Con ojos por las penas agrandados
Mira Juana, espirando, á las alturas,
Donde han de ser los tristes consolados;
Y, virgen coronada de jazmines,
Mientras haciendo el duelo
Ensordecen el suelo
Tambores destemplados y clarines,
Oye también por la región del cielo
Los coros de los santos serafines!
¡Y cuando su alma honrada,
Que no pensó sin éxtasis en nada,
Dió un adiós á sus sueños terrenales,
Su frente levantó, sólo tocada
Por la luz y los besos maternales;
Y volviendo tranquila la cabeza
A la vaga región de lo invisible,
Murió con la firmeza
De un mártir de la fe de lo imposible!
¡Y feliz con el duelo
Que la tierra le hacía,
Logrando el fin de su constante anhelo,
Fué á gozar de la gloria, en que creía,
Aquella alma tan grande, que tenía
Por base el mundo y por corona el cielo!

FIN.

UTILIDAD DE LAS FLORES

POEMA EN UN CANTO.

A mi constante y buen amigo

EL EXCMO. SR. D. JOSÉ DE CÁRDENAS

EX DIRECTOR DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

CAMPOAMOR.

UTILIDAD DE LAS FLORES.

I.

No lo dudéis, lectores,
Si hay un cielo, hay en él aves y flores.

II.

Hállanse en una estancia
Compitiendo en belleza y en fragancia,
Frente á un espejo, una mujer hermosa,
Que tiene al lado izquierdo y al derecho,
En aquél una cuna, en éste un lecho,
Y en la mesa, en un búcaro, una rosa;
Y en tanto que la rosa la embalsama,

Mira la madre, tierna cual ninguna,
Con el afán del que ama,
A una niña menor que está en la cuna
Y á otra enferma y mayor que está en la cama;
Y con madre tan bella
Y con hijas tan niñas y agraciadas,
Hace la rosa de la estancia aquella
Un jardín habitado por las hadas.

III.

Nieves, que es un modelo
De humanas y divinas perfecciones,
Tiene algunas pasiones,
Mas todas pasan antes por el cielo.
En su noble apostura,
Acaso lo de menos es ser bella,
Porque, además de hermosa, brilla en ella
La bondad que hermosea la hermosura;
Y al mismo tiempo encantadora y pura,
Le sale tan de adentro ser graciosa,
Que cuando va á la iglesia y presurosa,
Uniendo lo gentil á lo sencillo,
Hacia el altar sus pasos se aproximan,
Creen que ven á la Virgen, y se animan
Unos niños de un cuadro de Murillo.

IV.

Hay hombre que sediento,
No á gotas, á oleadas
Bebe el opio volátil de su aliento,
Pues Nieves es un hada que en el viento
Escribe himnos de amor con las miradas;
Y si en casos de fe cree en lo increíble,
A toda presunción indiferente,
No cree que es su belleza irresistible.
Contempladla de frente
¿Fué Venus más hermosa? Es imposible.
Miradla ahora de perfil. ¿No es cierto
Que es mi madre en persona?...
Pero ¡ay! lector, perdona;
¡Siempre me olvido que mi madre ha muerto!

V.

Aunque la niña grande es ya perita
En coordinar las flores que diseca,
Lo que escucha á los hombres en visita
Se lo cuenta después á su muñeca.

Y si aun ve como sombras los reflejos
Del sol de las pasiones,
Y encima de sus ojos, aunque lejos,
Ya cierne el porvenir sus ilusiones,
Flotando vagamente sus razones
De la inocencia en las tranquilas aguas,
Ya sabe por sus propias reflexiones
Que una niña es un niño con enaguas,
Y un hombre una mujer con pantalones.

VI.

Y aunque la grande á la menor desdeña
Con todas sus potencias y sentidos,
Porque viste de encajes cuanto sueña
Y sabe un cuento ó dos de aparecidos,
La niña más pequeña,
Que no quiere por celos á su hermana,
Siempre está más risueña
Que al abrirse una flor por la mañana;
Y si la grande encanta
Por su rostro expresivo,
La más niña es alegre sin motivo,
Como el pájaro canta porque canta.

VII.

Al alumbrar la luz, casi apagada
Por una bomba de cristal filtrada,
Madre é hijas tan bellas,
Parece aquella estancia iluminada
Por la luz interior que sale de ellas.
Y como Nieves, por amor, prudente,
Para verlas á un tiempo y fácilmente,
Sin que estén las dos niñas envidiosas,
Pone el espejo enfrente;
Mirándolas con aire indiferente
De una á otra, ya fijas, ya indecisas,
Envueltas en miradas cariñosas,
Vienen y van, y vuelan las sonrisas,
Lo mismo que si fuesen mariposas.

VIII.

Son flores y mujeres tan iguales,
Que forman en la estancia de la hermosa
Cuatro flores cabales
La madre, las dos niñas y la rosa.

Y cuando llamo á las mujeres flores
Es que quiero, lector, que consideres,
Aunque ya lo sabrás por tus amores,
Que aseguran doctores, muy doctores,
Que son flores con alma las mujeres.

IX.

La niña de la cuna, que veía
Aquella rosa fresca y sonriente
Que acaso, acaso, al asomarse el día
Se le cayó á la aurora de la frente,
Cual si fuese algún pájaro pequeño
Que ansiase comer flores en el nido
Pedía con empeño
La rosa que en el búcaro veía,
Y que por cierto para verla abría
Unos ojos de á metro mal medido;
Y una vez y otra vez, voluntariosa,
Como todas las niñas muy mimadas,
Poniendo el alma entera en sus miradas
Pedía aquella rosa
Pronunciando unas frases mal formadas
Que podían decir cualquiera cosa.
Y sabiendo las niñas muy pequeñas
La lengua universal de hablar por señas,
Lo que la niña ansía

Con señas del más puro castellano
Haciendo líneas curvas con la mano
En el viento lo escribe.
¡Qué modo de decir tan soberano!
¡Sería un orador ciceroniano
Si supiera charlar lo que concibe!

X.

La madre encantadora y encantada,
Después de oirla hablar con la mirada,
Con un celo, por gracia, algo tardío,
Dijo al darle la flor: —«¡Toma, bien mío!»—
La niña, alegre y con presteza rara,
Se aproximó la rosa á aquella cara
Más fresca que otra rosa con rocío;
Y, apretando la flor apetecida,
Poco después la niña caprichosa,
En hechicera desnudez dormida,
Cayó en un sueño de color de rosa.
¡Oh trasunto feliz de mis amores!
¡La niña es una imagen de la vida;
Pide con ansia flores,
Las disfruta... se duerme... y las olvida!

XI.

Mas Nieves cuidadosa,
Sabiendo la presteza
Con que puede la niña ajar la rosa,
La coge presurosa
Y da asilo á la flor en su cabeza.
Pero como hoy, lo mismo
Que en los días de amor del tiempo viejo,
Atrae á las mujeres un espejo
Como atrae á los hombres un abismo,
El verse con la flor en la cabeza
Del muerto amor le recordó las glorias,
Y, excitada de nuevo su terneza,
Dando un tierno repaso á sus memorias
Le recuerda la flor en los cabellos
Que son el fruto de su amor perdido
Los ángeles aquellos;
Y al mirar á uno enfermo, á otro dormido,
Se llenaron, pensando en su marido,
De lágrimas y luz sus ojos bellos!
Y siendo interminables las mujeres
En recorrer memorias hechiceras
Cuando idolatran seres
Elevados al rango de quimeras,
Después, con embeleso,

Vió un diamante muy grueso
Que en su anillo nupcial resplandecía
Como la chispa eléctrica de un beso,
E inclinándose á un lado y otro lado,
En memoria del padre idolatrado
Dió á sus hijas con labio enardecido
Un beso muchas veces repetido;
Porque al besar la madre á un hijo amado
Besa á un tiempo al amor de que ha nacido.

XII.

¡Así, la misma rosa
Que el sueño perfumó de la inocencia,
Honró con su presencia
El sueño del amor de aquella hermosa,
Viuda sin consuelo y madre tierna,
Que tan sólo comprende
Ese amor absoluto que se extiende
De la vida mortal hasta la eterna!

XIII.

Mas ¡oh Dios! de la niña agonizante
En las formas divinas
La vida se enfriaba á cada instante,

Cuando puso de pronto en su semblante
La tisis unas manchas purpurinas;
Y al ver por la tristeza de su risa
Que la muerte llegaba á toda prisa,
La madre, desolada,
Se preguntó con la mirada:—«¿Es cierto?»—
Y la niña, más pálida que un muerto,
—«Es cierto»—dió á entender con la mirada.
Y siguiendo un gemido á otro gemido,
Cuando ya sus mejillas
Pasaban de amarillas
Hasta un azul subido, muy subido,
Su garganta hechicera
Imitaba en su angustia lastimera
El rítmico sonido
Que hace la hoz segando en la pradera.
¡Y al ver la madre que de angustia llena
Se quedará viviendo
Como un marino en tierra que sintiendo
La nostalgia del mar muere de pena,
Jura al cielo sufrir cristianamente,
Verdadera creyente
De esas que van con valerosos pechos
Luchando con las penas, frente á frente,
Porque saben que flota providente
Un eterno ideal sobre los hechos!

XIV.

Y en aquel mismo día
En que ya se veía
Que quemaba los pámpanos el hielo,
La niña, que al morir se sonreía,
Se trasladó desde la cama al cielo:
¡Y la madre, entre tanto,
Con las manos en cruz y de rodillas,
Saboreaba, besando sus mejillas,
El dejo amargo de su propio llanto:
Pero, en sufrir experta,
Ni siquiera solloza,
Por no turbar el sueño de que goza
La niña viva ante la niña muerta!

XV.

Así acabó esta historia sin historia.
Y al protestar mi pecho compasivo,
Que ve Dios desde el trono de su gloria,
Que es por la niña mi dolor tan vivo
Que el llanto que me arranca su memoria
Humedece esta página en que escribo;
Diré que Nieves, de pesar transida

Junto á la niña muerta,
Aunque al verla tan bella, queda incierta
Si está muerta ó dormida,
Para aumentar sin duda su belleza
Le puso entre las manos, afligida,
La rosa que arrancó de su cabeza.
No hay para los humanos
Ni honor más grande ni mayor consuelo;
¡Morir con una flor entre las manos,
Es morir abrazados con el cielo!

XVI.

De este modo en un día
Aumentando el dolor ó la alegría
De fantasmas ya tristes, ya risueños,
La única rosa que en la estancia había
Fué el honor y el testigo de tres sueños.
Y ¿no es verdad, lectores,
Que pueden ser en casos semejantes
Más útiles las flores
Que las perlas, el oro y los diamantes,
Cuando pudo una rosa de esta suerte
Perfumar y adornar con su presencia
El sueño angelical de la inocencia,
El sueño del amor y de la muerte?...

FIN.

EL AMOR Ó LA MUERTE.

Dedicado

Al Sr. Marqués de Vallejo,

cuya discreción y trato ameno son el encanto de su amigo,

CAMPOAMOR.

EL AMOR Ó LA MUERTE.

POEMA EN UN CANTO.

MONÓLOGO REPRESENTABLE.

Sala con dos puertas laterales.—Una mesa en medio.—A la derecha del espectador un balcón que da á un parque.—Sale Marta por la izquierda y llega hasta la puerta de la derecha siguiendo con ansiedad los pasos de alguno que se aleja.

I.

Se matarán. Todo hombre enamorado
Es un loco de atar, que no está atado.
Y serán, al batirse sin padrinos,
Más bien que caballeros, asesinos.

(Leyendo un papel que está sobre la mesa.)

Hé aquí el papel copiado. De esta suerte
Dejarán la justicia escarnecida:
—«Que no se culpe á nadie de mi muerte:
Me mato por cansancio de la vida.»—

II.

Entre Iván y mi esposo
Que uno muera es forzoso.
Si yo evitar pudiera...
Ya está echada la suerte.
Se batirán los dos, aunque yo muera:
Sólo hay para los celos guerra á muerte.
No, no hay remedio; esperaré con calma
El término del duelo.
¿Por qué escogió para vaciar mi alma
El molde de los mártires el cielo?
Con calma aguardaré. Pero, ¡Dios mío!
Mi sangre asaetea cruelmente
Un intenso y eterno escalofrío;
Y este sudor que salta de mi frente
Lo voy sintiendo alternativamente
Aquí tibio, aquí ardiente y aquí frío.

III.

¡Mi marido! ¡Con qué arte, el fementido,
Sus cartas verdaderas me ocultaba,
Y luego en otras falsas me contaba
Que estaba Iván á otra mujer unido!

¿Podré, después de infamias semejantes
Admitir en mi hogar á tal marido?
¡Pegaría fuego antes
A esta casa paterna en que he nacido!
Al ver cómo mis celos inocentes
Explotó con el dolo y la mentira,
Desgarro las palabras con los dientes
Y trituro los dientes con la ira.

IV.

¡Pobre Iván! ¡pobre Iván! ¡Con qué contento
No creyendo leal mi casamiento
Con el alma rendida
Me venía á cumplir su juramento!
Si le vuelvo á ver más estoy perdida.
Ya no es posible para mí la vida
Sin respirar un poco de su aliento.

V.

(Mirando al parque.)

No llegaron al parque todavía.
Si durase esto más me moriría.
Bien, Marta; y ¿qué es primero?

¿El amor ó el deber? ¿Qué es lo que quiero?
¿Qué quiero yo? Quiero engañarme en vano.
Tú sabes, corazón, lo que deseas...
¡Me duelen aquí tanto las ideas
Que quisiera arrancarlas con la mano!
Sí, desolado corazón, te engañas.
Mientras odio por pérfido al marido
Que me perdió con sus innobles mañas,
Del amante vendido
No me cabe el amor en las entrañas.

VI.

¡Ay! ¡Desde el triste día
En que un hombre falaz y enamorado
Me juró que sabía
Que estaba Iván casado,
Siendo imposible para mí el olvido,
Con cuerpo frío y con el alma yerta
Viví con mi marido
Dejándome querer como una muerta:
Y á mi deber atada,
Siempre he aspirado á disfrutar en vano
El placer soberano
De la mujer amada
Que apura enamorada
La hez divina del amor humano!

VII.

(Mirando desde cerca del balcón.)

Hé allí á mi esposo. El vil tiene en su abono
Que su amor, más que loco, le hace necio.
Por caridad, si muere... le perdono.
Si vive, le honraré con mi desprecio.
¡Con qué febril encanto
Al duelo se prepara!
Su vista me da espanto,
Y eso que me ama tanto,
Que hasta encuentra sabrosas en mi cara
Las sales nauseabundas de mi llanto.
Como duelista experto,
Después que á su rival ha calumniado,
Va á matar ó á ser muerto.
Me tiene ese malvado
Una pasión de fiera del desierto.

VIII.

Ya llega Iván, el único deseo
De mis días felices;
Sin poderlo evitar, cuando le veo,

Mis ojos en su cara echan raíces.
¡Iván! si me casé, saben los cielos
Que lo hice por celosa y no por tierna.
¡Con un día de celos
No puede competir la vida eterna!
Tal vez no me creería
Si hoy mismo le dijera
Que le amé y le amo tanto, que podría
Refrescarse mi amor en una hoguera.
¡Con qué ánimo tan fuerte,
Mirando á su contrario, desafía,
Cruzándose de brazos, á la muerte!
Parece que va al duelo
A despreciar las iras
Del vil que con mentiras
Ha puesto entre los dos un mar de hielo.

IX.

Huele á incendio la tierra en el verano.
Dejo este sitio porque el aire quema.
Hoy se respira un no sé qué malsano.
No quiero ver ni oir. ¡Empeño vano!
¿Cómo alejarme en la ocasión suprema?
Pues no puedo impedirlo, que se batan.
Sólo mueren los celos cuando matan.
O el amor, ó la muerte: hé aquí el problema.

X.

(Suena un tiro en el parque.)

¡Horror! ¿Qué es lo que ha hecho
Con Iván indefenso aquel malvado?
Al verle desarmado,
Con los brazos cruzados sobre el pecho,
El cobarde á traición, lo ha asesinado.
¡Yo quisiera gritar enfurecida!
Pero mi rabia es tanta,
Que por ella agrandada y comprimida
No me cabe la voz en la garganta!
Nada iguala á mi cólera y mi pena.
¡Oh Dios! ¿Quién pensaria
Que aquél que el alma fué del alma mía,
Hoy vendría á caer sobre la arena
Que mi madre pisó cuando vivía?
¡No puedo respirar de sentimiento!
¡Ya para mí no hay esperanza alguna!
Después de conquistarlas una á una,
Perdí mis ilusiones ciento á ciento.
¡Cuántas veces soñó mi pensamiento
Ver su amor hecho carne en una cuna!
Mas ¿qué escucho? Es su voz. Oigo en el viento
Los tétricos gemidos
De su postrer momento...

¡Aún son para su acento
Todos los poros de mi cuerpo oídos!
Fué su voz, fué su voz la que escuchaba,
Porque llega hasta mí, como esperaba,
Un céfiro cargado de un «te adoro.»
¡Gracias á Dios que lloro,
De llorar hacia dentro me abrasaba!
¿Qué luz se alza del suelo
Ante la cual con misterioso anhelo
Mi espíritu encantado se prosterna?

(Arrodillándose.)

¡Es la estela de su alma que va al cielo!
¡Adiós! ¡adiós! ¡Hasta la vida eterna!

XI.

¿No es el otro el que sube? ¡Ay de mí triste!
Me vendrá á recordar que aún soy su esposa.
No; que venga, y verá cómo resiste
A un hombre audaz, una mujer furiosa.
¿Cómo, al ver mi ternura
Ese ciego, no advierte
Que el amor cuando raya en la locura
No tiene más salida que la muerte?
¿Tendrá en estos momentos la vileza
De insultar mi tristeza?

¡Oh! ¡de pensar en tan atroz injuria
Se me enrosca el cabello en la cabeza
Lo mismo que en el cráneo de una furia!
¡Qué obscuridad! Mi turbación es tanta
Que ve entre sombras mi mirada incierta
En el aire flotar algo que espanta.
¡Jesús! ¡cuánta visión! Mi pie no acierta
A salir al encuentro á ese villano.
¡Valor! ¡valor! ¡Veré si hallo la puerta
Apartando fantasmas con la mano!

XII.

(Llega á la puerta de la derecha, y después de cerrarla, arroja la llave.)

¡Atrás! ¡atrás! Digo que ¡atrás, perjuro!
No quiero ser mujer de un homicida
Que quita á otro la vida
Además de á traición, sobre seguro.
No pudiendo matarte á puñaladas,
Antes que todo acabe,
Al menos por el hueco de esta llave
Te podré apuñalar con las miradas.

(Empujan la puerta desde fuera.)

El destino te ciega, y ten presente
Que mi amor es más ciego que el destino,

Y decididamente
Como abras esta puerta te asesino.
No llames, imprudente,
Pues si eres como Iván asesinado
Puede saber la gente
Que tu sangre es un cieno colorado.
¿Que abra y calle? Comprendo.
No quieres que te llame
El traidor de este drama, en que estás siendo
Vil á la entrada, á la salida infame.
No callaré ni ocultaré, maldito,
La rabia que me anima.
Ahora que la muerte se aproxima,
Ya sólo necesito
Seis piés de tierra y tu desprecio encima.
En medio de mi bárbara tortura
Al verte padecer siento un consuelo.
¿Que si no abro me matas? ¡Oh, ventura!
¡Estar muerta con él! ¡Frase del cielo!
Cuando caiga á pedazos esta puerta
Ya no hallarás á la mujer vendida.
¿Que á dónde voy? ¡Infame! Y ¿no lo acierta
Tu alma envilecida?
¡Voy á estar con Iván ó viva ó muerta!
¡Voy á unirme con él á la otra vida!

(Al ver caer la puerta, Marta se arroja por el balcón.)

(Cae el telón.)

FIN.

CÓMO REZAN LAS SOLTERAS.

CÓMO REZAN LAS SOLTERAS.

POEMA EN UN CANTO.

MONÓLOGO REPRESENTABLE.

Galería de un templo.—Á la izquierda del espectador la puerta de salida.—A la derecha, la puerta que da entrada á la iglesia.—Personas de diferentes sexos y edades se agrupan á esta puerta para oir misa.—Durante el oficio divino se estará oyendo un armonium.

I.

(Petra cogiendo una silla.)

Voy á rezar sentada, porque creo
Que de no usar, bien cómoda, las sillas,
Se me ha formado un callo en las rodillas,
Que será bueno y santo, pero es feo.
Y así despacio, porque estoy de prisa,
Veré si llega Pablo;
Y en esta posición, oyendo misa,
Tendré un oido en Dios y otro en el diablo.

II.

Petra, comienza tu oración del día:
Padre nuestro que estás... (distraída) estoy furiosa
De no ser pronto esposa...
¡Si en vez de madre acabaré yo en tía!
No, no soy fea; y para el mundo entero
No tienen más que este uso las hermosas.
Me casaré, ¿no he de casarme? Pero...
¡Dios tarda tanto en arreglar las cosas!...
Estaba... ¿dónde estaba?...
Creo que ya llegaba
A *los cielos*, esto es, á mi elemento;
Porque dicen las viejas
Que, como es sacramento,
Cae siempre del cielo el casamiento...
Todo cae del cielo... ¡hasta las tejas!

III.

Santificá... Santificá... ¡Dios mío!
Oigo un rumor extraño...
¿Será él? Voy á ver. (dirigiéndose á la puerta de salida y dejando caer al descuido el abanico, el rosario, etc.)
¡Qué desengaño!

No es su yegua, es el mulo de su tío.
Un tío que es un hombre atrabiliario,
Que llama estar muy malo á ser muy viejo,
Que al que le pide un real le da un consejo.
¡Qué inmortal es un tío millonario!
No viene, y yo deseo hacer alarde
De lo mucho que sufro con su ausencia,
Y darle rienda suelta en su presencia
A un gran suspiro que empecé ayer tarde.
¡Nadie! No llega. Mi esperanza es vana.
¡Ni un pájaro interrumpe con su vuelo
Esa línea lejana
En que se une la tierra con el cielo!

IV.

(Se vuelve á su asiento.)

Volvamos á la mística tarea:
Santificado sea...
Pero antes de seguir mis oraciones,
Quisiera yo saber ¿por qué razones
De su casa á la mía, escalonadas,
El Dios de las alturas
De viudas, solteras y casadas,
Tendió una vía láctea de hermosuras?
Ó tiene hoy pies de plomo,
Ó Pablo está de broma.

En viendo una paloma
Se vuelve un gavilán, siendo un palomo.
¿Habrá visto á Paulina,
La púdica sobrina
Del deán de Sigüenza?
Quiso ser monja ayer, y hoy, por lo visto,
Ya á preferir comienza
La milicia del rey á la de Cristo.
Tiene, además de un rostro peregrino,
Un pelo de oro fino;
Y cuando Dios reparte
A una mujer ese color divino,
Le hace un ser doblemente femenino.
¡Ay del que va en el mundo á alguna parte
Y se encuentra una rubia en el camino!...
Se me está figurando
Que estoy rezando mal, como cualquiera.
¿Estaré yo pecando?
De ninguna manera.
Mis tiernas distracciones no son raras.
Y, en materia de amores,
Saben los confesores
Que la moral suele tener dos caras.

V.

A Pablo con el aire de la ausencia
Se le constipa el alma con frecuencia,

Y me causan cuidados
Mujeres tan expertas,
Porque entre ellas, mejor que entre las puertas,
Suele haber en amor aires colados.
¿Estará con Vicenta, esa viuda
Que él dice ¡el embustero! que desprecia?
Pero ¿podrá engañarle? ¿Quién lo duda?
No hay sabio á quien no engañe cualquier necia.
Mas ¿cómo ha de engañar esa Vicenta
De tan pérfidos tratos
A un hombre tan sutil, que, según cuenta,
Estudia á las mujeres en los gatos?
Venga á nos... ¡Qué sospecha impertinente!
Quisiera continuar mis oraciones,
Mas no puede apartarse de mi mente
La viuda que aspira á reincidente
Con más hambre de amor que diez leones.
¿Y él? ¿y él? Con los del cielo equiparados
Las mujeres son ángeles menores.
En cambio, con nosotras comparados,
Los hombres no son malos, son peores.

VI.

Venga á nos... ¿Si estará con Nicolasa
Que llama amor á amar á su manera?...
¿Que no la ama ni el perro de su casa,
Pues tiene peor sombra que la higuera?

¡Horror! Esa casada arrepentida
Que hunde el globo terráqueo con su peso
Y que está ya en sazón para comida,
Pues tiene mucha carne y poco hueso,
Dice que en su inocencia
Se equivocó de esposo;
Y añade, como ley de su experiencia,
Que todo el que se casa se equivoca.
Y, aunque aun existe, su difunto esposo,
Con cara de canónigo dichoso,
Todo cuanto sostiene
Lo jura por el alma de su esposa...
Sin duda no le importa una gran cosa
Que alma de su esposa se condene.
¡Amar á una casada! Cree mi tía
Que eso es común hoy día.
¡Esos hombres traidores
Nunca quieren tener en sus amores
Ni registro civil ni vicaría!
¡Amar á una casada! Vamos, vamos,
Si á mí me diera San Miguel su espada,
Ya estaría á estas horas traspasada...

(Rezando.)

Así como nosotros perdonamos...

VII.

Ese hombre se ha dormido,
Y yo tengo entretanto
La sangre hecha un vinagre enrojecido.
¡Cuán maldita es mi suerte!...

(Suena dentro la campanilla.)

(Dándose golpes de pecho) *¡Santo! ¡Santo!*
Como estoy tan de prisa
Sigo haciendo del rezo un embolismo.
¿Quién podría creer que estoy en misa
Rezando y maldiciendo á un tiempo mismo?
Mas ¿no he de maldecirlas? Abomino
A las viudas, casadas y solteras
Que salen á un camino
Haciendo eses de amor con las caderas,
Y luego dan posada al peregrino
Metidas por bondad á posaderas.

(Se oye la marcha Real en la iglesia y el trote de un caballo en la calle.)

¡Qué rumor! ¡qué rumor! Se me figura...
No parece sino que lo hace el diablo.
No hay duda, pasa Pablo
Ahora que va á alzar el señor cura.

Me voy; si ofendo al cielo
Le pediré mañana mil perdones.
¿Dónde están mi abanico y mi pañuelo,
Mi rosario y mi libro de oraciones?...
¡Están, como la tropa en las acciones,
Cubriendo de cadáveres el suelo!
Diré que los recoja al monaguillo
Que todas las mañanas,
Más bien que por demócrata, por pillo,
Toca el himno de Riego en las campanas.

(Habla con un monaguillo que, haciéndose cruces, va recogiendo los objetos nombrados.)

Voy, voy. Con estas idas y venidas
Me expongo á no llegar antes que pase...

(Arrodillándose frente á la puerta de la iglesia.)

¡Señor! ¡Señor! Después que yo me case,
¡Qué misas he de oir tan bien oídas!...

(Vase Petra por la izquierda.)

(El telón cae al son de la marcha Real tocada en el armonium.)

FIN.

LA ORGÍA DE LA INOCENCIA.

LA ORGÍA DE LA INOCENCIA.

POEMA EN UN CANTO.

I

La buena Ana María
Llevó á rezar al cementerio un día
A dos niños cogidos de las manos.
Como estaba alto el sol, la tierra ardía;
Y á causa de unos céfiros malsanos,
Con el calor que hacía,
En aquel cementerio se sentía
El narcótico olor de los pantanos.

II.

Mientras los tres marchaban,
Las nubes, por el cielo divididas,
Como sombras huídas,

Sin pie en la tierra ni en el mar, volaban.
Y cuando Ana María
Entró en el cementerio, en compañía
De un niño de seis años no cumplidos,
Que á la edad que tenía
Ya era un Colón, descubridor de nidos,
Y otra niña menor, y más querida,
Con su timbre de voz sin consonante,
Que aunque se halle dormida
Jamás duerme la risa en su semblante,
De su marido al contemplar la huesa
Crecieron sus ojeras amarillas;
Y poniendo á los niños de rodillas
«Rezad»—les dice—«aquí.» La tumba besa,
Y de sus hijos escondiendo el duelo,
Sepultó entre los pliegues de un pañuelo
Sus mejillas de lágrimas bañadas,
Y hacia un rincón marchó, con sus pisadas
Hollando el césped que acolchaba el suelo;
Y allí apartada, con la fe invencible
De todo el que ve á Dios en lo invisible,
Rezaba con angustia verdadera,
Fijándose en un punto de esa esfera
A donde no hay orientación posible.

III.

Ya alejada la madre,
Los niños no pensaron ni un momento

En el nombre del santo de su padre,
Obre todo al mirar con gran contento
Que por cierta hendidura
Brotaban de la santa sepultura
Dos zarzas que, cual plantas trepadoras,
Tendiéndose de un lado al otro lado,
Tenían el sepulcro coronado
De rositas, de ramas y de moras.

IV.

Y como es tan corriente
Que hasta en el trance del vivir más triste
En toda sangre juvenil existe
Cierto calor de sedición latente,
Los niños piensan al mirar las moras
En imitar de Lúculo la suerte.
¡Qué tremendas doloras
Va haciendo á todas horas
La vida en sus batallas con la muerte!

V.

A la vista del fruto
Venció la tentación á la tristeza,
Como un justo tributo

Pagado á la brutal naturaleza,
Y sirviéndole al niño en su ardimiento
El busto de su padre de escalera,
Se sube á comer moras, tan hambriento,
Que el infiel las reparte de manera
Que echando una á su hermana, come él ciento,
Mientras la niña ansiosa
Para coger el fruto, cuidadosa
El faldellín levanta,
Mostrando desnudeces seductoras,
Y así cogiendo y devorando moras
Se unta á un tiempo la cara, come y canta.

VI.

¡Perdonad la ignorancia
De dos niños alegres que comían
Frutos sabrosos que tal vez tendrían
Del cuerpo de su padre la sustancia!
¡Esta es la ley impura que sufrieron
Cuantos seres nacieron y murieron!
En los huertos romanos
Los pájaros se comen los gusanos
Que á los dueños del mundo se comieron.
Y esta fuerza, ora muerta y ora viva,
Logrará eternizar nuestra miseria
Con la fuerza atractiva y repulsiva
Que agrupa y desagrupa la materia,

Pues por nadie ni nada interrumpida,
En misteriosa evolución convierte
La ley de nuestra vida en ley de muerte,
Y la ley de la muerte en ley de vida!

VII.

Cuando el niño atrevido,
Haciendo la mayor de las locuras,
Realiza, sobre el busto sostenido,
Una de esas diabluras
Que le soplan las brujas al oído,
Y la niña menor, de gozo loca,
Que, en vez de hablar, gorjea,
Abre á un tiempo los ojos y la boca,
Salta, corre, se ríe y palmotea,
Se acerca Ana María,
Y viendo en los hermanos
Aquella borrachera de alegría,
Frotándose los ojos con las manos,
No quería creer lo que veía;
Y sintiendo la madre
La angustia que anonada la existencia,
Al ver á aquellos monstruos de inocencia
Bailar sobre los huesos de su padre,
Ya perdida la calma,
Suprimiendo rodeos y cariños,
«Vamos», grita á los niños,

Sintiendo un frío que le llega al alma;
Y para verlos, aunque malos, bellos,
Arregló seis mechones de cabellos,
Cuatro de ella y dos de él, les dió la mano,
Y arrastrando á la hermana y al hermano,
Transida de dolor, huyó con ellos.

VIII.

Y andando, y recordando aquella orgía,
Ya siente con horror Ana María
Las acres ironías del destino,
Y cree ver por la tierra y por los cielos
Las cenizas volar de sus abuelos
Mezcladas con el polvo del camino;
Y perdiendo la magia
De todas sus primeras ilusiones,
Su corazón ya herido le presagia
Que es el mundo una selva de leones
Y la vida un festín de antropofagia.

IX.

Y camina y camina,
Y al entrar en su albergue sin aliento
Aun ve en su pensamiento

La creación amenazando ruína.
Mas, vuelta en sí después, halla consuelo,
Pensando en que el espíritu no muere,
Y que el Dios de bondad, que tanto quiere,
Lo que separa aquí, lo une en el cielo.
Y volviendo á su alma una por una
La fe sus perspectivas celestiales,
Cuando cree, entre otras cosas inmortales,
Que es el sepulcro una segunda cuna,
Cayendo en Occidente el sol rendido
Puso fin por fortuna,
Tras un día de horror sin parecido,
A una tarde siniestra cual ninguna;
Y después, sobre el mundo adormecido,
Derramando la calma y el olvido,
Su nevada de luz echó la luna.

FIN.

EL ANILLO DE BODA.

EL ANILLO DE BODA.

POEMA EN UN CANTO.

MONÓLOGO REPRESENTABLE.

Lugar de la escena: una plaza. Á la izquierda del espectador, hacia el fondo, una tienda de bisutería.—Aparecen hablando, de pie, María y el mozo de la tienda.

I.

¿Dar mi anillo de boda
Por tan poco dinero?
¡Ah! no, este emblema de mi vida toda
Vale más, mucho más, que el mundo entero.

(El mozo se retira y sigue María adelantándose hacia el proscenio.)

Mas sin razón me inquieto.
Este hombre ignorará sin duda alguna
Que, al pasear por el mundo mi esqueleto,
Para hacer menos mala mi fortuna
Me ha servido este anillo de amuleto.

II.

(Mirando con éxtasis al cielo.)

¡Perdón! ¡perdón! idolatrado esposo,
Si no puede tu amor mirar con calma
La venta de este anillo tan precioso!
¡No ha comido hoy tu hijo, y es forzoso
Por un poco de pan vender el alma!
Ya ves desde ese trono inaccesible,
Que tu esposa María
Podrá ser desgraciada todavía,
Pero más desgraciada es imposible.
Soy una miserable
Al vender tu recuerdo; mas ¿qué quieres?
En materia de leyes y deberes
La vil naturaleza es implacable.
¿Recuerdas aquel día
En que diste este anillo á tu María?
¡Oh, indeleble memoria!
Te contaré la historia
Con tenue voz, porque no me oiga alguno:
Aquel día; tú loco y yo más loca,
Nos dimos en la boca
Un doble beso, que sonó como uno,
Y de él quiso el destino
Que brotase aquel sol, llamado Ernesto,

Un sol que, por supuesto,
Como es igual á tí, nació divino.
¿Que si es bello? Es tan bello,
Que, no igualando á su hermosura nada,
Parece en su cabeza iluminada
Una raya de luz cada cabello.
Es, por lo reflexivo,
Un hombre enteramente,
Aunque por ser tan vivo
Aun toma el chocolate por la frente.
El oirle charlar me vuelve loca,
Pues cuando quiere con esfuerzos vanos
Contarme lo que mira y lo que toca,
Además de los ojos y la boca,
Dialoga con los pies y con las manos.
Para él soy lavandera,
Madre, sastra, nodriza y pordiosera,
Y si pasa mucha hambre algunas horas,
Tanto en su bien me afano,
Que le llevo, en verano,
Al campo á comer gratis zarzamoras.
Y aunque hay días enteros
En que su hambre con pan no satisfago,
Contándole unos cuentos hechiceros
Le entretengo con sueños venideros,
Y con pedazos de papeles le hago
Mesas, pájaros, flores y sombreros.

III.

(Queriendo dirigirse de nuevo hacia la tienda.)

Mas ¡qué memoria! Voy, voy al momento.
Se me había olvidado
Que hoy me han contado un cuento
De un niño por los cerdos devorado.
¡Justo Dios! De pensar que mi tardanza
Puede causar la muerte al hijo mío,
Me dan todas las clases de ese frío
Que media entre el terror y la esperanza.
Pronto ha empezado á declinar el día.
Ya hay más sombra que luz en mi mirada,
Y al circular tardía
En mis venas la sangre congelada
Parece que me enfría
La niebla de una noche anticipada.
¡Qué desdichada soy! ¡Qué desdichada!
Tal vez cansado de mi eterno duelo,
Y sordo á mis querellas,
Va echando sobre el mundo un denso velo
Por creerme ya el cielo
Capaz de hacer mal de ojo á las estrellas.
¡Maldita suerte mía!
Mas sufre aún, sin maldecir, María,
Porque lleno de celo

Te dijo el señor cura el otro día
Que es mal hecho el que un pobre acuse al cielo.

IV.

(Apoyándose en la esquina de una casa.)

Voy. Llegaré, como la hiedra, asida,
A darle el postrer beso de mi vida.
No sé lo que me pasa...
En ella sostenida,
Tal vez compadecida
Esta pared me llevará á mi casa.
¿Si llorará esperando el hijo mío?
¡No! Como es tan pequeño,
Aunque se halle muy triste de hambre y frío,
Ya pondrá fin á su tristeza el sueño.

V.

(Cayendo al suelo desvanecida.)

Mas pretendo seguir inútilmente.
No hay para mí consuelo.
Se me van las ideas de la frente,
Y me caigo hacia el suelo

Con ganas de dormir eternamente.
¡Qué confusión! Entre las sienes siento
Cierto vago rumor que crece... y crece...
Tanto que me parece
Un diálogo de espíritus el viento.
¡Con qué implacable saña
Me zumba algo siniestro en los oídos!...
¿Si serán los sonidos
De la muerte que afila su guadaña?...

VI.

(Con voz desfallecida.)

Llamaré.—¿Mozo?—Aquí.—Pero estoy loca,
¿Cómo han de oir los ecos de mi duelo,
Si ya tengo en la boca
La lengua como un témpano de hielo?

(Besando el anillo.)

Vé tú, querida prenda
Del único amor mío,
Y al mozo de esa tienda,
A quien no puedo ver sin sentir frío,
Le dirás que, por Dios, presto muy presto,
Le lleve pan á Ernesto,
Que él en cuanto oiga ruido,

Con la boca entreabierta,
Se acercará á la puerta
Como se asoma un pájaro á su nido.
¡Corre! ¡corre! Que él viva aunque yo muera.
¡Cuán débil estoy ya!... ¡Si yo comiera
Algún poco de pan, me aliviaría!
¡Pan! ¡pan! ¡Pobre María,
Para el hijo de mi alma lo quisiera!
Pero, Señor, ¿qué es esto?
Esto es que muero de hambre aquí entre el lodo.
¡Ernesto!... ¡Anillo mío!... ¡Ernesto!... ¡Ernesto!
¡Adiós!... ¡Os dejo á entrambos!... ¡Adiós todo!...

(Muere.)

FIN.

LOS AMORES DE UNA SANTA.

LOS AMORES DE UNA SANTA.

POEMA EN CARTAS.

CARTA PRIMERA.

El Autor á Florentina.

El Autor escribe á Florentina, á quien sacó de un convento por encargo de su familia, para que le dé noticias de una monja misteriosa, llamada Carmela del Castillo, la cual entre la comunidad gozaba de opinión de santa.

I.

Por ésta que te escribo, Florentina,
Verás que, fiel á mi galante historia,
No es tu nombre, como otros, una ruina
Que en el polvo enterré de mi memoria.

II.

¿Te acuerdas? Soy aquel que, si no miente
El cronicón de las memorias mías,
Te amó, más bien ausente que presente,
Uno..... dos..... justamente.....

Te amó un año, dos meses y tres días.
¡Yo amar! ¡yo amar! No sé cómo te diga
Que aquel joven de ayer ya es un anciano
Que para ir á buscar á alguna amiga
Se apoya en la pared con una mano!
Y aunque echo mal la cuenta
De los años que escondo,
Y después que he cumplido los sesenta
Dí una vuelta en redondo
Volviéndome otra vez á los cuarenta,
Es lo cierto que hoy día,
Si he de hablarte en conciencia,
Soy un viejo, muy viejo en la apariencia,
Y en realidad más viejo todavía;
Y del mundo aburrido,
Al marcharme á morir en el olvido,
Renuncié á los placeres,
Del todo arrepentido
De haber siempre querido
Con algo de mal fin á las mujeres.

III.

Aun recuerdo la insólita ventura
Del día en que, al sacarte de clausura,
Dejando mi virtud acrisolada,
Te entregué á tus parientes bella y pura,
Es decir, *sana, salva y perdonada.*

¡Con qué honradez y natural sosiego
Te acompañé aquel día,
Aunque era en Julio, y de emociones ciego
Al marchar junto á tí, me parecía
Un rescoldo la tierra, el aire fuego!
Hoy de seguro causará tu espanto
El que un galán que te admiraba tanto
No te hablase de amor, ni mucho menos,
Y eso que, al verte, pecaría un santo,
A no ser algún santo de los buenos.

IV.

Ya sé que te han contado
Que, en mis vicios constante,
Como eterno estudiante,
Continúo obstinado
En buscar á la gloria un consonante,
Procurando en mis versos, como Dante,
Gustar á las mujeres del mercado;
Y que, mal rimador y vil prosista,
Por la bondad de mi feliz estrella,
Aunque indocto humanista,
Siempre es el arte mi pasión más bella,
Y eso que soy, como moderno artista,
Un soldado de honor racionalista
Que muere por la gloria y no cree en ella.
¡Sí! mientras voy con el mayor cuidado,

Entre burlas y veras,
De mi antiguo tejado
Tapando las goteras
Con trozos de papel en que he trazado
Las más santas quimeras,
De mis días risueños
Va cortando las alas de los sueños
La maldita razón con sus tijeras.
Y por eso, ya incrédulo ó cansado,
Para no ser ó preso ó excomulgado,
Voy sorteando á la iglesia y al gobierno,
Poniendo con cuidado
Un pie en lo temporal y otro en lo eterno.

V.

Mas, suponiéndote harta
De oir tanta miseria,
Para acortar mi carta,
Dejando todo exordio, entro en materia:
Después de tu salud, saber deseo
La historia de una Sor que, según creo,
A un joven militar rico y honrado
Le dejó tan plantado
Como yo, cuando vuelvo de paseo,
Me dejo las acacias en el *Prado*.
¿Cuál era el nombre de la monja aquella?
¿Era fea? ¿Era bella?

Quiero hacer un poema de su historia,
Ya que hoy topé con el recuerdo de ella
En un viejo rincón de mi memoria.
En el solemne día
En que fuí á romper con honra mía
Por orden de tus padres tu clausura,
Cuando acaso envidiando tu ventura
Todo un corro de monjas me veía
Con esa candorosa bobería
Con que contempla un aldeano á un cura,
—«¿Quién me daría un libro?»—de repente
Grité al corro embobado y reverente.
Y una monja, cubierta con un velo,
Solícita á mi anhelo,
—«¿De qué clase?»—me dijo cortésmente
Con el aire triunfal de una romana.
—«La clase me es del todo indiferente»—
Me atreví á replicar;—«pues solamente
Suelo leer para dormirme, hermana.»—
Y al volver con dos tomos en la mano,
Me dijo, hecha una sabia, de este modo:
—«¿Queréis un libro místico ó profano?»
—«Me es igual, contesté, todo está en todo.»
—«Pues si todo está en todo, ahí va cualquiera,»
Me replicó, arrojándome una *Guía*
Con la acre mansedumbre de una fiera.
Y al irme yo á quedar, mientras leía,
Dormido como un santo de madera,
Oí que te decía:
—«A ese ilustre jumento

Que ha venido á sacarte del convento,
Le son indiferentes, por lo visto,
El Angel sin igual *de las escuelas*,
La *Imitación de Cristo*,
Ó el *Arte de tocar las castañuelas*.»

VI.

¡Jumento! Fué muy justa su sentencia,
Pues aunque yo, sin lágrimas, lo lloro,
De moral y de ciencia
En la humana experiencia
Hallé tan gran tesoro,
Que será un pozo de virtud y ciencia
El que llegue á saber lo que yo ignoro.
Mas, respondiendo al juicio
Que hizo de mí la Sor ultra-dengosa
Con sus aires de reina en ejercicio,
Hoy en verso y en prosa
Le probaré que ella es, más que otra cosa,
Una monja cansada de su oficio.
¡Ah, no! No es de un jumento la existencia
Del que en larga, aunque estéril enseñanza,
Bebió el opio del arte y de la ciencia;
Y que, al fin, cada grano de experiencia
Le ha costado cien onzas de esperanza,
Y además mil arrobas de paciencia!

VII.

¡Adiós! ¡adiós! y espero que me pruebes
Que aún cuentas como amigo
A aquel bribón que cometió contigo
El cuerdo error de unas locuras breves;
El que tanto te quiere y te ha querido,
Que soñó una mañana
Que se echaba por tí de una ventana
Quedando, si no muerto, mal herido;
Que á Dios le pide y conseguir espera
Que convierta tu invierno en primavera,
Mientras él, moribundo,
Combate con paciencia verdadera
La gota, esa constante compañera
De todos los felices de este mundo.

VIII.

Oye esto bien: de todas mis amantes,
Sólo de tí me acuerdo;
Y es que ya, como el héroe de Cervantes,
Después de vivir loco, muero cuerdo.
Pero antes de ser cuerdo, locamente
Con el candor de un niño

Hoy beso con cariño
El pedazo de cielo de tu frente;
Pues créelo, vida mía,
Desde que te idolatro
De las horas del día
Duerme doce, y te quiere veinticuatro;
Tu amigo y algo más, *Ramón María*.

CARTA SEGUNDA.

Florentina al Autor.

Florentina, la ex novicia, le remite al Autor las cartas de Carmela, la monja protagonista del poema.

I.

¿Recuerdas la persona
De la gran Catalina?
Pues eso es hoy tu amiga Florentina:
Fea, adulta, pequeña y gordinflona.
Soy ya la más vulgar de las mujeres,
É indigna de tus frases ardorosas.
¡Tú amar! ¡tú amar! Hasta creeré, si quieres,
Que, aunque no un genio en tus ficciones, eres
Un poeta de acciones generosas;
Pero siempre diré que son mentira
Tus viejas ilusiones amorosas.
¡Amar cuando la vida se retira!..
¿No he de dudar un poco de estas cosas
Yo que leí las *Ruinas de Palmira?*

II.

¡Infiel! aunque lo dudes,
Nunca he sido á tu amor indiferente;
Y como sólo soy por mis virtudes
Una mujer de hielo exteriormente;
Hoy mismo, al comentar tus desatinos,
Turbada y con más fuerza que donaire,
Agito el abanico, haciendo un aire
Que podría mover cuatro molinos.
¿Tú amarme? ¿Será cierto?
De escucharlo, mi frente soñadora,
Que vive aún sobre mi cuerpo muerto,
Con su espíritu árabe está ahora
En lo más abrasado del desierto;
Y aunque soy virtuosa
Como una actriz que hace el papel de santa,
No extrañaré que, extática y nerviosa,
Me dé una amigdalitis amorosa
Que me extinga la voz en la garganta,
Al ver cuán cariñoso y cuán risueño
Me recuerda mis tiernas alegrías
Aquel que, siendo el dueño
De las entrañas mías,
Fué de mis noches el constante sueño
Y la ambición eterna de mis días.

III.

¿Conque por burla singular del hado
Ya es la cara del hombre que me escribe
Un espejo empañado
Que no vuelve la imagen que recibe?
El tiempo á nuestra edad no pasa en vano;
Tu vejez á la mía sobrepuja;
Mas yo en mal genio y fealdad te gano.
Si todo hombre, ya viejo, es un anciano,
Toda mujer puede acabar en bruja.
No me causa extrañeza
Que un cuerpo tan traído y tan llevado
Parezca en lo averiado
Que ha servido á otras almas de corteza.
Pero ¿y yo? pero ¿y yo? Si tú eres viejo,
A mí me desconsuela
El mirar que mi cara en el espejo
Ya parece el reflejo
Del rostro octogenario de mi abuela.

IV.

Como te iba diciendo,
Recuerdo con tristeza

La tarde aquella en que te estaba viendo
Recostado en un poyo, y cometiendo
El pecado mortal de la pereza.
El dormirse leyendo
Será muy natural; pero ¿qué quieres?
Es uno de los casos más extraños
Ver á todo un Prefecto, de treinta años,
Roncando en un convento de mujeres.
Mas, haciendo á tus méritos justicia,
Declaro que, en la tarde de que te hablo,
Probaste á la malicia
Que puede vigilar á una ex novicia
El ángel de la Guarda, en vez del diablo.
¡Honor á tí, que, ardiente y en verano,
En la ocasión suprema,
Ni intentaste besar mi blanca mano,
Aunque en las luchas del amor humano
Encontráis natural, dado el sistema,
Que se coma á una tórtola un milano!

V.

Pensé en tí muchos meses. Pero un día
Me amó un primo artillero;
Y como soy una mujer que fría
Pongo en mis ojos el amor que quiero,
Con mezcla de cristiana y de judía
Me casé con el primo y su dinero,

Porque aprendí de una mujer astuta,
Que, aunque sea del todo verdadero,
Nunca es muy duradero
El amor que bebe agua y come fruta.
Pero ¡ay! muerto mi esposo, me contaron
Que alguna vez, para aliviar sus penas,
Sus ojos ¡ah traidor! se equivocaron,
Y á menudo miraron,
En vez de su mujer, á las ajenas.
Mas ¿qué ley autoriza estos horrores?
A todos tus lectores
Les gustan las enormes pecadoras;
Y, en cambio, tus lectoras
Se prendan de los grandes pecadores;
Lo que prueba que somos en amores
Número igual traidores y traidoras.
Por esto, escarmentada, no he podido
Caer en la torpeza
De volver al altar, pues ya he sabido
Que la mayor belleza
Se casa para ver á su marido
Hecho un tronco y dormido
Con gorro de algodón en la cabeza.
¿Quién comete el estúpido heroísmo
De exponerse á un segundo desencanto
Después que ha descubierto con espanto
Que sois todos los hombres uno mismo,
Y que, por ser tan santo,
Es el rezo nupcial un exorcismo
Que hace huir al diablillo del encanto?

VI.

En fin, á tus deseos obediente,
Va adjunto el expediente
De dos ángeles tiernos,
Que han hecho en su cabeza santamente
Unos viajes de amor á los infiernos.
En las cartas que envío
Hallarás las razones
De por qué tan hermosos corazones
Vivieron con amor y en el vacío;
Y notarás también con qué cuidado
Por motivos de honor particulares
He omitido ó alterado
Nombres, fechas, sucesos y lugares;
Y en cuanto á aquella Sor del velo obscuro
A quien tanto calumnias, te aseguro
Que tenía el encanto inexplicable,
De que, viendo lo real abominable,
Nunca halló lo ideal bastante puro.
Dejó á un novio, es verdad, mas se adivina
Que al faltar por ser monja á un juramento,
No fué por inconstancia femenina.
La causa la sabrás al fin del cuento.
Como á todas nosotras nos fascina,
O la toca monjil ó el casamiento,
Cuando Dios no nos lleva al Sacramento

Del viejo matrimonio,
Como hizo á Ofelia Hamlet, un demonio
Nos manda á las mujeres al convento.
Sólo yo, como escéptica viuda
Que en cuestiones de amor de todo duda,
Para fijar mi suerte
Ni me quiero casar ni gastar toca,
Y pues soy, por desprecio al sexo fuerte,
Una mujer más dura que una roca,
Voy á ver si me toca
Ser la excepción de un juicio sin segundo,
Hoy que un inglés va recorriendo el mundo
Buscando una mujer que no esté loca.

VII.

¿Conque estás, según veo,
Atacado del reuma y otros males?
Pues ten paciencia, hermano, porque creo
Que quien, cual tú, todo lo dió al deseo,
De todas sus fatigas corporales
No debe echar la culpa al jubileo.
El reuma y el hastío que maldices,
Son las plagas felices
Con que el cielo irritado
Castiga á ciertos seres;
Salomón, circundado
De seiscientas mujeres,

Todas alegres, dóciles y hermosas,
Se retiró del mundo y sus placeres
Proclamando la nada de las cosas.

VIII.

Y doy punto final, pues no hallo justo
Que turbe yo con las tristezas mías
La salud y las viejas alegrías
De un hombre como tú, que está robusto,
Y come, y come bien todos los días.
Se me acaba la luz y me despido,
Haciéndote saber que á Dios le pido
Que le dé, si es posible, más reposo
Al hombre que, dichoso,
De pasarlo tan bien, vive aburrido;
Mientras yo aquí olvidada,
Quedo muy ocupada
En el quehacer plebeyo
De arreglar una funda
A unos muebles del tiempo de Pompeyo
Que los perdió con la batalla en Munda.

IX.

No olvides que tu letra es un remedio
Para este esplín que á ratos me entristece,

Y que, á pesar del tedio
Que con mis años crece,
Cuando veo tus cartas, me parece
Que me quito de encima siglo y medio.
Por Dios que al escribir á tu ex futura,
Si no me quieres ya, no me lo digas;
Pues aunque sea mi mayor locura,
Prefiere á tu desdén la sepultura
La más boba y mejor de tus amigas,
Florentina Segura de Segura.

CARTA TERCERA.

De Carmela á Pablo.

Carta de Carmela, en la cual le participa á Pablo su amante, que ha profesado, mas sin decirle los motivos secretos que ha tenido para hacerlo.

I.

Quien tanto te esperó, ya no te espera.
Obedezco al destino, aunque me quejo.
No me preguntes hoy por qué te dejo;
La causa la sabrás cuando yo muera.

II.

Ya sé que, al profesar, lleno de luto
El alma de un perfecto caballero
Que presiente y adora lo absoluto
De lo bueno, lo bello y verdadero.

III.

Mas la suerte es más móvil que la luna,
Y es quererla fijar empeño vano.

No hay libertad. Todo poder humano,
Bueno ó malo, es un golpe de fortuna.

IV.

Ya ves que no disculpo mis traiciones,
Aunque sé como todas las mujeres
Que en materia de amores y placeres
Para obrar sin razón siempre hay razones.

V.

Respeta mi sagrado juramento.
¿Seré yo la primera que afligida
Por miedo á los pesares de la viva
Sin tener vocación se fué á un convento?

VI.

No me vuelvas á ver, pues sé que quieres
Penetrar el dolor que me atormenta,
Y el alma es una luz que en las mujeres
A través de su piel se transparenta.

VII.

Ya está sin remisión la suerte echada,
Pues por causas mejores ó peores
Se ha cerrado mi alma á los amores
Lo mismo que una iglesia excomulgada.

VIII.

Mientras Dios de la vida me destierra,
A tí, dando al olvido mi memoria,
Te quedan otro amor, la fe y la gloria,
Las grandes ilusiones de la tierra.

IX.

No aspires, ciego, á la esperanza vana
De alcanzar la ventura un solo día.
¿No conoces que el mundo algo valdría
Si fuera una verdad la dicha humana?

X.

Pero ¡ay de mí! mi corazón no alcanza
A desterrar de sí tu pensamiento,
Por más que en los umbrales del convento
Arrojé á puntapiés á la esperanza.

XI.

¡Ilusa! ¿Querrás creer que aunque valiente
Entierro en flor las esperanzas mías,
Aun pienso que aquel sol de aquellos días
Alumbrará mi vida eternamente?

XII.

Aun en sueños extática te llamo,
Y en todas las ventanas del convento
Empaño los cristales con mi aliento
Para escribir en ellos:—«¡te amo! ¡te amo!»

XIII.

Yo te quise olvidar, y no he podido;
Mas tal vez me dé el claustro horas serenas,
Aunque corre una sangre por mis venas
Más ardiente que el plomo derretido.

XIV.

Doy, llorando, la eterna despedida
A nuestro amor de un día, al que reemplazan
Las dos eternidades que se enlazan
Al principio y al fin de nuestra vida.

XV.

¡Cuánto angustia la eterna divergencia
De estas cosas humanas y divinas
Que dan grandes batallas submarinas
En el fondo del mar de la conciencia!

XVI.

El valor me abandona, cuando veo
Que, ni orando, mi espíritu se exalta.
No tengo de la fe más que el deseo,
¿Y la gracia de Dios? Esa me falta.

XVII.

¡Que se incline mi espíritu, Dios mío,
Del santo amor por la inmortal pendiente,
Pues, así como al mar corre la fuente,
La fe es al alma lo que el cauce al río.

XVIII.

Vine á buscar la dicha, y es lo cierto
Que, presa de ese amor que nunca olvida,
Está el rincón que ocupo en esta vida
Más triste que un lugar donde hay un muerto.

XIX.

Lucho, y lucho con bárbaro heroísmo,
Pero, luchando, es mi tortura tanta,
Que aparto con las manos ahora mismo
La sangre que se agolpa á mi garganta.

XX.

¡Dad ánimo, Señor, á la que tierna
Siente en su pecho ese anhelar profundo
Que da por una dicha de este mundo
Las dichas todas de la vida eterna!

XXI.

La acción de mi tremendo sacrificio
Ha de ser por los ángeles cantada
Hasta después que terminado el Juicio
Circule en paz la tierra despoblada.

XXII.

¡*Adiós!* oigo en el templo el *Miserere*.
¡Voy á pedir por mi eternal reposo,
Herida como el héroe religioso
Que cae, mira al cielo, reza y muere!

CARTA CUARTA.

De Carmela á Florentina.

Carmela escribe á su amiga Florentina que atrayendo á Pablo frecuentemente al convento por medio de su habilidad en el canto consigue que no la olvide.

I.

¡Con qué placer tan grande te lo cuento!
Víctima fiel de las memorias mías,
Para escuchar mi acento,
El sol de mis primeras alegrías
Acude á presenciar todos los días
Los oficios divinos del convento;
Y yo que aunque soy monja rigorista,
Sin faltar á las leyes del decoro,
Por mis fueros de artista
Puedo bien desde el coro
Ser oída y oir, ver sin ser vista,
Le atraigo dulcemente
Con el arte bendito
Que sin formas ni líneas, vagamente

Consigue en lo interior de cuanto siente
Juntar lo indefinido á lo infinito;
Y aunque ayer contagiado
De mi canción por el ardiente fuego
Me oía embelesado,
Aguzando el oído como un ciego,
Pasó nuestra pasión desconocida
Para el alma dormida
De estas monjas honradas
Que tristes y en sus celdas encerradas
Ven vegetar sin atrición la vida;
Y nadie en el convento,
Mientras duró mi canto, ha conocido
Que, el uno al otro unido,
Desde su pecho al mío era mi acento
Un reguero de plomo derretido.

II.

No en vano pretendía
Que él oyese algún día
El temblor de mi voz apasionada,
Por que yo bien sabía
Que una mujer amada
Oída es más temible que mirada;
Y así al buscar, oyéndome, consuelo,
Dando ciego al olvido
Que es el amor en nuestro obscuro cielo

Un sol que para siempre se ha extinguido,
En su pura inocencia
El infeliz no sabe
Que siempre es cosa grave
Someter el amor á la experiencia,
Y por eso no advierte
Que oir la voz de una mujer querida
Hace adorar la vida,
Como un clarín hace afrontar la muerte;
Y aunque yo, siempre honrada,
Como una salamandra ya aguerrida
De mi edad más florida
La hoguera atravesé sin ser quemada,
Hasta á mí misma su pasión me aterra,
Pues temo que el volcán que mi alma encierra
Ante el calor de su recuerdo estalle,
¿Dónde hay amor tan puro en que no se halle
Levadura del limo de la tierra?
¡Quiera Dios, quiera Dios, que sus dolores
No reanimen de nuevo mis ardores,
Como algún día, de sudor cubierto,
Recordaba sus íntimos amores
Al darle á San Jerónimo temblores
Las ráfagas de viento del desierto!

III.

Al llegar el instante
En que á hurtadillas veo

Su extático semblante
Envuelto en una nube de deseo,
Del órgano primero acompañada
Pulsé con diestra mano
Una tierna balada
Difundida y mezclada
Al monótono són del canto llano,
Y así, juntando á las divinas glorias,
Algo del cieno del humano goce,
Con varias inflexiones que él conoce,
Mis notas impregné de sus memorias,
Y en tanto que él me mira
Con grandes ojos, de ternura llenos,
Yo, con el genio que el amor inspira,
Hice, apelando al día de la ira,
Al órgano lanzar rayos y truenos.
Y cuando estaba de dolor postrado,
Sintiendo una agonía permanente,
A un altar apoyado,
Para oirme, los ojos dulcemente
Abría como un niño embelesado,
Y á la postrera nota
En que el amor de lo pasado evoco,
Más bien que como un loco
Miraba el infeliz como un idiota.
¿Qué fué de la ventura
De este hombre de nobleza inmaculada,
Que hoy lanza en su terrible desventura
Relámpagos de sangre su mirada,
Corriendo á toda prisa á la locura?

¡Oh! ¡Cuán honda tristeza
Inspira al alma esa común flaqueza
De ver rodar, caída por el suelo,
La indómita fiereza
Con que levanta con orgullo al cielo
Su torre de Babel toda cabeza!

IV.

Conforme él iba atento,
Como un ciego de amor de nacimiento,
Traduciendo mis notas en cariños,
Pues ven por sentimiento
Los ciegos, las mujeres y los niños,
Toda el alma en el timbre del acento;
Yo, iniciando con ánimo tranquilo
Cierto tema de amor idealizado,
Que es Fray Luis de León en el estilo,
Por supuesto añadiéndole el pecado,
En escala ascendente
Parodiando más tarde vagamente
El plácido gorjeo
Del céfiro sutil del mar Ejeo
Que el sol suele traernos del Oriente,
Copié luego los giros de la brisa
Que agitando indecisa
Las flores con sonoro movimiento
Va imitando la risa

De niñas que están locas de contento;
Y al acabar mi canto, santamente
Pedí con voz doliente
Para él la dicha y para mí el olvido
A ese gran Dios de las tristezas mías
Que la inmortal naturaleza adora,
Y á quien manda sus himnos ó alegrías
Cuando en la tarde, y al brillar la aurora,
La tierra es un delirio de armonías.

V.

Miradle allí rendido,
Como si fuese por un rayo herido,
Pensando en su locura
«¿Por qué entré en el convento?»
Cuya triste y eterna conjetura
Hace su desventura,
Pues no hay carga mayor que el pensamiento.
De este misterio, el sin igual tormento
Será su torcedor hasta que muera,
Y como el sér que espera desespera
El vivirá desesperado y loco,
Y sin dar con la causa verdadera,
Así lo irá matando poco á poco
La fiebre intolerable de la espera.
Y yo ¿qué espero? Nada.
Aunque ya escarmentada

No olvido, para andar con pie seguro,
Que el presente es el filo de una espada,
Y el pasado lo mismo que el futuro,
Un sueño entre una nada y otra nada;
Con humildad cristiana
Ya vivo convencida
De que en toda la vida
Ni por Dios bendecida hay dicha humana,
Y sólo espero, por la muerte herida,
A la tumba cercana,
Que el voto que del mundo me destierra
Me abra un día en el cielo otra esperanza,
Que en el amor, lo mismo que en la tierra,
Cuando un mar se retira el otro avanza.

VI.

Soy dichosa de veras,
Ahora es cuando creo
Que la lira de Orfeo
Convertía en corderos las panteras,
Pues cuando, como un reo,
A locura y á muerte condenado,
Me escuchaba aterrado,
Dando á mi voz, con afectada calma,
Una tierna inflexión que él no ha olvidado,
Reanimando su amor, nunca apagado,
Le herí de frente en la mitad del alma;

Y su dolor fué tanto,
Que, apresuradamente,
Huyendo con vergüenza de la gente,
Del convento salió rompiendo en llanto;
Y yo, al verle salir, enardecida,
Mandándole una eterna despedida,
Con voz, mezcla de hachazo y de lanzada,
Hice febril apresurar su huída
Al que lleva la imagen esculpida
Del Dios de mi niñez en su mirada...
¡Adiós, noble esperanza defraudada!
¡Adiós, único sueño de mi vida!

CARTA QUINTA.

De Carmela á Florentina.

Anunciándole la muerte de Pablo y revelándole el secreto de su profesión.

I.

Antes que mi memoria
Venga á falsear la intemperante historia
Que no calla lo suyo ni lo ajeno,
Desde este jardín lleno
De flores ignoradas
En donde, aunque no es moda ser cristiano,
Se ejercen con esfuerzo sobrehumano
Unas viejas virtudes desusadas,
Con el alma partida de tristeza
Mi espíritu iracundo
Se despide de un mundo
En que no hay más virtud que la belleza.

II.

Murió presa de un éxtasis divino
El hombre enamorado
Que siendo tan cortés como un Cruzado
Tenía el corazón de un Antonino.
Y aunque por él sentía
El ciego amor que en el delirio toca,
Tengo, al saber que ha muerto, una alegría
Más triste que el contento de una loca.
Pues por más que ahora mismo el sentimiento
Mi corazón destroza
Al recordar cuando á escuchar mi acento
Se mostraba en la iglesia del convento
Como un rey á la puerta de una choza,
Sin querer ni saber en qué consiste,
Al llegar para mí la eterna ausencia
De un ser que era mi vida y ya no existe,
Te declaro en conciencia
Que siento, como hay Dios, no estar más triste;
Y es porque considero
Que para mi alma ardiente es gran fortuna
El que, muerto él primero,
No pueda ser querido de otra alguna,
Y bendigo al Señor porque ha dejado
Mi espíritu en reposo.
¡Qué alegre está un celoso
Cuando muere antes que él el sér amado!

III.

¡Tiene burlas que espantan el destino!
¡Cuando era más cantada mi belleza
Me convirtió en un monstruo el Dios que vino
A hacer una virtud de la tristeza!
Yo soy, amiga mía,
La que pasé por bella entre las bellas,
Y á quien Pablo algún día
—«Para verte, Carmela», me decía,
«Hacen alto en el cielo las estrellas.»—
Pero ¡ay de mí! cuando llegó el instante,
De ser la esposa fiel de un fiel amante,
Un rayo repentino
Cayendo en mi semblante
Partió de medio á medio mi destino.
Hoy ya puedo contarte que apartado
Este velo que ampara
El recuerdo feliz de mi pasado,
Parecen las arrugas de mi cara
Oquedades de un mármol oxidado;
Y más muerta que viva
Te diré que unas pérfidas viruelas
En esta frente altiva,
Dejando de su paso las estelas,
Hicieron de mi cutis una criba.
Y cauta, en previsión de que el amante,

Próximo á ser mi esposo,
No viese este semblante
Que es de un ídolo indiano en lo espantoso,
Para ocultar las huellas
Que dejó en mí la enfermedad traidora,
Fuí buscando la sombra protectora
Que hace iguales las feas y las bellas;
Y, sin perder momento,
Huyendo del amor con heroísmo,
Me vine á este convento
Que me atrajo hacia sí como un abismo,
Y en él, haciendo al cielo
Una noble promesa,
Además de mis votos de profesa
Hice voto especial de llevar velo;
Pues aunque yo sabía
Que es sólo la belleza flor de un día,
Quise huir del mayor de los horrores,
Y es que Pablo me viese de este modo,
Sabiendo que en amores
La realidad lo desencanta todo;
Y cierta de que el mundo embelesado
Más bien que al corazón, mira á la cara,
Pues siempre para el hombre enamorado
Vale más y es más bello un pie torneado
Que un palacio de mármol de Carrara,
Del mundo huí con varonil firmeza,
Pues, por más que el decirlo es cosa dura,
Lo que encanta en la vida es la belleza,
Y el alma en la mujer es la hermosura.

IV.

Visto el mundo á través de mi tristeza,
Y estando convencida
De que el hombre sólo ama la belleza
Y en faltando el amor ¡adiós la vida!
Voy á pensar ahora en mi pasado
Para poner en orden mi conciencia,
Porque es limpiar el alma del pecado
El último pudor de la existencia.
En vez de ir imitando
A estas hijas de Cristo
A quienes va matando
La nostalgia de un cielo que no han visto,
Yo, fingiendo una santa penitencia,
Es tanto lo que lidio
Por terminar cuanto antes mi existencia,
Que entregada al cilicio y la abstinencia,
Es mi vida ejemplar un suicidio.
¡Morir! nada hay que consolarnos pueda
De una ilusión perdida,
Y más cuando en la vida
La hermosura se va y el amor queda.
¡Morir y morir pronto! he aquí la suerte
Que anhelo con empeño:
Como el hombre cansado llama al sueño,
Busca el triste el consuelo de la muerte.

V

Al ver el santo celo
De estas pobres mujeres
Que atentas á cumplir con sus deberes
Por el camino real marchan al cielo,
Deseo arrepentida
Morir creyendo en Dios y en la otra vida:
Y aunque ruegan por mí con fanatismo
Estas monjas honradas
Que creen que purifican mis miradas
Lo mismo que las aguas del bautismo,
Aun temo por el fin del alma mía,
Porque yo siempre he sido
Una grande impostora que ha sabido
Inspirar una fe que no tenía;
Y aunque hoy, crédula y tierna,
El recuerdo del ser por quien suspiro
Es el cristal de aumento con que miro
Los horizontes de la vida eterna,
Tengo dudas si, al fin de la jornada,
Podrá morir del todo arrepentida
Esta desventurada
Que ha pasado la vida
Mirando á lo infinito sin ver nada.

VI.

¡Qué malestar! ¿Si empezará, Dios mío,
La muerte del planeta?
¡Los mármoles estallan con el frío,
Y una bruma pesada el mar aquieta!
¡Adiós, adiós! ¡Voy á morir en breve,
Pues cual si fuese, como yo, otro muerto,
Sobre el mundo desierto
Echa el cielo una sábana de nieve,
Y oculta entre la atmósfera sombría,
Alguna mano fría
Parece que me entierra
Entre esa nieve que será algún día
El último ropaje de la tierra.

VII.

¡Cuánto adoré y sufrí! ¡Pero, adelante!
¿Qué importa lo sufrido y lo gozado,
Si después que los días han pasado
Lo mismo son un siglo que un instante?
¡La leyenda irrisoria
De mis tristes errores
Pasó ya, como pasa la memoria

De los grandes placeres y dolores!
¡Reyes y emperadores,
Siglos de horror y de pasada gloria,
Todo caerá en la sima de la historia
Como el hoy y el ayer de mis amores!

CARTA SEXTA.

De Florentina al Autor.

Florentina da noticia al Autor de la muerte de Carmela, explicándole las circunstancias por las cuales murió en olor de santidad.

I.

¡Y vuelta á repetirme que me quieres!
Galante en procederes
Y en las palabras tierno,
Cualquiera dirá que eres
Un ave que hace nidos en invierno.
¿No ves, querido monstruo sin entrañas,
Que al ponderar tu amor como un falsario
A esta pobre aldeana á quien engañas,
Te dirán que nos habla un millonario
Del placer de vivir en las cabañas?
Es de tu ciencia el singular secreto
Que la vida es un viaje sin objeto;
Y yo, llamando monstruo al que me olvida,
No encuentro más que monstruos en la vida;
Y así uno engañador, y otra engañada,

Somos dos seres de experiencia llenos,
Que si tú sabes que la ciencia es nada,
Yo sé que la pasión es mucho menos.

II.

Empezaba á decir... ¿qué te decía?
¡Ah! sí; que el alma mía
No es fácil que deteste
A un hombre que algún día
Estudió en mi garganta anatomía,
Y en mis ojos mecánica celeste;
Pues recuerdo, embriagada de contento,
Que apelando á la noble poesía,
Hija y madre á la vez del sentimiento,
Tu lira bondadosa
Me llamó un día hermosa,
É hizo un canto impregnado de tristeza
A la última rosa
Que llevé de novicia en la cabeza.

III.

Voy, pues, ya que lo ordenas,
De una vida que amé más que la mía
A pintarte las últimas escenas,

Mitigando el dolor con mi alegría,
Pues sé, Ramón María,
Que te fastidian como á mí las penas.
Y ocultando, si puedo, mis dolores,
Al rendir el tributo
De mis tiernos loores
A una mujer que tuvo en sus amores
La estúpida virtud de lo absoluto,
Te diré que ha acabado su existencia,
Sintiendo la influencia
De ese inmortal deseo no pagado
De que vuela empapado
El soplo de la brisa de Valencia,
Fascinadora brisa
Que hizo que ambos tuviesen la gran suerte
De imitar en la vida y en la muerte
El amor de Abelardo y Eloísa.

IV.

Sabrás que de la vida de Carmela
Hizo al fin el milagro una novela,
Pues la hermana Consuelo y otra hermana,
Ignoro si por sueño ó desvarío,
Refieren que á la luz de la mañana
Encontraron su féretro vacío;
Y la hermana Consuelo,
Que cree que todo el mundo ha de ir al cielo,

Y que al velar, durmiéndose, á la muerta,
Pudo soñar despierta,
Como el hecho del mundo más sencillo
Cuenta de fe exaltada,
Con su voz natural desafinada,
Que á un fantástico brillo
Vió vestida y calzada
A María Carmela del Castillo
Subir á lo inmortal transfigurada.
Y como no hay manera
De evitar que en milagros y en agüeros
Una madre embustera
Pueda engendrar mil hijos embusteros,
La historia de esta monja milagrera
Será la que tendrán por verdadera
Los bobos de los siglos venideros.

V.

Y como en cosa de ilusión tan rara
Siempre ha habido encontrados pareceres,
Me dicen que Sor Clara,
Una monja que mira cara á cara
Lo mismo que en el siglo las mujeres,
Y Sor Juana, que inspira
Al Capellán, que fué de regimiento,

Y que, hipócrita, aspira
A ser la superiora del convento,
Andan diciendo ahora
Que entre un criado mío y el portero
La sacaron, poco antes de la aurora,
En el carro del pan del panadero.
¡Inútil presunción! pues siempre ha sido
El imán de nuestra alma lo imposible,
Y como esto es tan real y tan creíble
Por lo mismo será menos creído.

VI.

Por lo dicho verás que me consagro
A dar fuerza á la idea del milagro,
Y es porque así preveo
Que el pueblo con su inmenso clamoreo
De mi amiga Carmela hará una santa,
Idea que me encanta,
Pues además de merecerlo, creo
Que la virtud que hay en la tierra espanta.
Fué admirada de tantos,
Que es natural que aquellos que la lloran
Ya muerta multipliquen sus encantos,
Porque siempre los seres que se adoran
A la fuerza han de ser héroes ó santos.

Y por eso declaro
Que mi empeño lo fundo
En que este caso de histerismo raro
Se quede en el secreto más profundo.
¡Oh fuerza del misterio! En este mundo
Nadie se hace matar por nada claro.

VII.

Mas, juzgando el milagro una impostura,
Un recto magistrado
Que todo el mundo sabe
Que es tonto, y para un tonto es todo grave,
Con mucha gravedad ha encomendado
A otro insigne letrado
Que busque con premura
El rincón de la tierra
En que estén de ella y de él la sepultura
(Secreto impenetrable que se encierra
En mi pecho con triple cerradura),
Y que, poniendo mano
En esa indiscernible
Frontera de lo real y lo invisible,
Certifique por medio de escribano
Lo que haya en el milagro de creíble;
Y como es su torpeza

Igual á la destreza
De otras muchas y grandes dignidades,
Que aunque no hacen ni dicen necedades
Son necios de los pies á la cabeza,
El famoso letrado
Con el mayor cuidado
Desplegará cuanta malicia quepa
En un majín de textos incrustado,
Probando que el cadáver fué robado
Por quien ya se sabrá cuando se sepa.

VIII.

Y yo que con rodeos,
Entre las malas condiciones mías
Acostumbro á ocultar mis baterías
Marchando en línea recta á mis deseos,
Para hacerle creer cualquiera cosa
Ya cuento con su esposa,
Mujer por los milagros entusiasta,
Y buena de tal modo,
Que si fuese tan limpia como casta
Sería una virtud pura del todo;
Pues ella es de esos seres elegidos,
Santos hasta el exceso,
Que nunca á sus maridos

Les dan en tiempo de cuaresma un beso,
Y que, con alma de rezar sedienta,
Amontonando preces sobre preces,
Suele leer, de fe calenturienta,
Los libros de moral hasta las heces,
Y en este año leyó, según me cuenta,
El dichoso *Telémaco* diez veces,
Que, después de otras treinta, hacen cuarenta;
Y ella al fin, anulando con su celo
De su esposo los planes,
Inútil hará de él todo el desvelo,
Y, por grandes que sean sus afanes,
Como suelen decir los alemanes,
No llegarán los árboles al cielo.

IX.

Y como siempre Maquiavelo ha sido
Para mí una inocente criatura,
Pues han hecho entre el médico y el cura
De mi mente un estanque corrompido,
Suceda, en conclusión, lo que suceda,
Más que la curia he de poder yo sola,
Porque, en último caso, á mí me queda
Lo que llama Argensola
La grave autoridad de la moneda;
Y, al peso del dinero, en el sumario

Del milagro se hará pleito ordinario,
Y el tiempo, ese tirano sin segundo,
Encauzará en lo real lo imaginario,
Pues el vulgar deber es el sudario
Que envolverá el cadáver de este mundo.

X.

¡Carmela del Castillo, alma bendita
Confía en mis cuidados,
Sé que el sepulcro es un lugar de cita
De todos los amantes desgraciados,
Y ya ves que no olvido
Que hablándome de Pablo, me decías:
¿No habrá algún ser querido
Que mezcle sus cenizas con las mías?
¡Los dos en un sarcófago ignorado
Reposaréis en paz, almas inquietas,
Y uno del otro al lado
Os verá el sol del día en que cansado
Deje Dios de su mano á los planetas!

XI.

¡Cuánto envidio á estas almas tan honradas,
Que, no estando tocadas

De la común miseria,
Viviendo en lo fantástico, elevadas
Cual Platón, llaman *lo otro* á la materia!
¡Bendigo el santo fuego que redime
A esos seres benditos
Que están por su pasión por lo sublime
Ebrios siempre de sueños infinitos!
¡Candorosos ensueños de mi cuna,
Renovad mis primeras emociones!
¿Qué realidad hace feliz? Ninguna.
Pues si sólo hay verdad en las ficciones,
Si sólo, en lo ideal, da dicha alguna
La fe que hace latir los corazones...
¡Quítame, oh Dios, el oro y la fortuna,
Pero vuélveme á dar las ilusiones!

FIN.

ÍNDICE CRÍTICO

con el extracto de las advertencias de las primeras ediciones.

SEGUNDA PARTE.

XV.

Páginas.

La música. 9

Como entendemos poco de música, dudamos si este poema es una aria coreada ó un cuarteto lírico-poético que ejecuta, trasportada á uno de los sitios más deliciosos del Parnaso, la ilustre familia del primer Marqués de Molíns.

Problema: el arte divino de la música ¿dice lo que quiere, ó más bien, suponemos que nos dice lo que nosotros queremos?

Un pájaro que canta, ¿ríe ó llora?

¿Por qué la misma música que alegra á unos, entristece á otros? Cuestión importante de psicología. El mundo exterior no es como parece, sino como nosotros queremos que sea.

XVI.

La lira rota. 23

Ginés el Sevillano, al cual una niña le rompe la guitarra por arrojarle una moneda, es el tipo eterno de esos talentos desconocidos que, aspirando á la gloria, se encuentran detenidos en su camino, lo mismo por una dicha que por una mala ventura de la suerte.

XVII.

Los caminos de la dicha.. 39

Un tío paterno aconseja al autor que busque la dicha por la *izquierda* del camino de la vida, por que él la ha buscado por la derecha y no la ha encontrado. Otro tío materno le amonesta lo contrario, aconsejándole que tome por la *derecha*, porque, según su experiencia, por el lado izquierdo no se encuentra jamás la dicha deseada.

El autor vacila entre estos dos extremos, y tomando un término medio, unas veces encuentra por la derecha el hastío del placer no alcanzado, y otra vez halla por la izquierda el hastío del goce ya agotado. Resumen: que en la tierra no hay camino posible para ir á la dicha.

XVIII.

POR DÓNDE VIENE LA MUERTE. 71

La eterna cuestión: la lucha entre lo real y lo ideal.

Creemos con el Sr. Revilla que ésta es una obra de arte perfecta.

XIX.

EL AMOR Y EL RÍO PIEDRA. 89

Dos amantes no pueden soportar el dolor de la ausencia. Ella huye del hogar doméstico; y él, que es soldado, deserta de su regimiento. Se van á arrojar al río Piedra, y al verse en las aguas, un sentimiento de amor los llama á la vida. Se cansan del amor, y él se vuelve á las filas, abandonando á su amada. Han delinquido por amor, y el amor primero los castiga por locos, y después la justicia los castiga por delincuentes.

Esta historia se conoce que es el pretexto para describir las maravillas del Monasterio de Piedra, donde dicen los que las han visto que allí la poesía nunca llega á la realidad.

XX.

LOS BUENOS Y LOS SABIOS. 133

Juan es el bueno y Pedro es el sabio. El bueno

trabaja y sufre, para que el sabio ni sufra ni trabaje. Los hombres todos son ó Juanes ó Pedros. La humanidad se divide en dos partes: en explotadores y en explotados.

El Sr. D. Leopoldo Alas (*Clarín*), después de llamar á este poema un *portento de poesía* y la *obra maestra* del autor, añade:

«Juan Soldado es el santo sin talento, sin cultura, casi sin conciencia de su santidad, que hasta el cristianismo ha ensalzado y cantado en sus libros y tradiciones populares: si es real esta figura, díganlo las lágrimas que arranca su triste y poética historia.

»He aquí someramente indicados los medios que han contribuído á dar á la figura de Juan Fernández el relieve, la fuerza plástica que todos admiramos, que le hace entrar en la categoría de los personajes semihistóricos que creó el genio: de los Quijote, Sancho, Gil Blas, Tenorio, etc., etc.

»El arte que Campoamor ha desplegado en este punto, no es comparable con nada que se haya escrito por acá en poesía; figuras de este género no las conocía nuestra lírica (¡ay! ni nuestro teatro), donde el idealismo impera todavía, siendo imposible que consienta semejantes creaciones, y más imposible, si vale la frase, que las sepa concebir y expresar.

»También contribuyen á dar realidad al buen Juan de Campoamor el medio en que está colocado, y el arte exquisito con que personajes, lugares,

sucesos y cuanto tiene relación con el carácter de Juan está tratado; pues todo lleva el mismo sello de realidad bien observada y retratada fielmente.

. . . . . .

»¡El asunto es tan fecundo en reflexiones! Pero por no hacerme eterno, pongo esos puntos suspensivos, que indican que la materia aun da mucho de sí. ¡Cómo no! Es el caso que un gran poeta, nuestro mejor poeta, es el que emprende en la lírica, en el género que parece á muchos idealista por naturaleza, el camino de la nueva vida literaria, el que baja á los abismos de la sociedad á conversar, como Cristo con los publicanos, con presidiarios y rameras, y esto, sin mengua de los santos fueros de la verdad y sin mengua de las inmaculadas alas de la santa poesía!»

XXI.

LOS AMORIOS DE JUANA. 197

Juana es la antítesis de D. Juan: ella es la ilusión y él es la realidad.

Después que Juana se juzga amada por un rey, de desengaño en desengaño acaba de morirse de amor por un soldado. Como dicen los filósofos modernos, todos los amoríos de Juana son subjetivos. Pero ¿son por esto menos reales para el alma humana que las aventuras de D. Juan? Si éste, en asunto de amores, es el alma más sensual de los hombres, la ideal Juana es la más mujer de las mujeres.

XXII.

UTILIDAD DE LAS FLORES. 229

Una flor que va sirviendo para adornar el primer sueño de una niña, el sueño de amor de una mujer y el sueño de la muerte de una joven, es el asunto de este idilio, tan tierno como original.

XXIII.

EL AMOR Ó LA MUERTE. 243

Haciendo la crítica de este poema el popular escritor D. Leopoldo Alas extractó de él algunas frases, asegurando que eran dignas de Shakespeare; á lo cual otro crítico añadía que de cualquiera de los pequeños poemas se pueden sacar mayor número de frases ingeniosas que de muchos de los autores más celebrados.

XXIV.

CÓMO REZAN LAS SOLTERAS. 255

Leyendo este poema, decía una joven á otra señora de edad madura:—«Y la verdad es que así es cómo rezan las solteras!» A lo cual la señora contestó: «Y las que no lo son.»

XXV.

La orgía de la inocencia. 265

Para probar la trascendencia de este poema, recordaremos que el insigne orador D. Francisco Silvela decía, en una de las sesiones del Congreso, «que las oposiciones, entretenidas en hacer escarceos parlamentarios ante el espectáculo de los peligros de la patria, le recordaban la escena de los niños de la «Orgía de la inocencia», que comiendo zarzamoras bailaban de alegría sobre la tumba de su padre.»

XXVI.

El anillo de boda. 275

Es de una gran verdad psicológica el que una mujer amante se deje arrancar la vida antes que desprenderse del único objeto que le recordaba la dicha de su primer amor.

XXVII.

Los amores de una Santa. 285

En el prólogo de este poema dice con mucha razón el autor: «La pasión de Carmela, que después de verse desfigurada, no consiente que su amante la vuelva á ver para que no pierda el amor

que era el encanto de su vida, es de un carácter si no místico, por lo menos ultra-ideal.»

Terminemos ya esta larga reseña con dos palabras. El género literario de Los Pequeños Poemas es tan sencillo y tan trascendental al mismo tiempo, que á los jóvenes nos hace pensar con seriedad, y á los hombres de edad madura les inspira frases como las siguientes, escritas por el célebre poeta portugués D. A. Feliciano del Castillo, en una carta que nosotros hemos visto dirigida al ilustrado embajador de España en Lisboa, el Sr. D. Angel Fernández de los Ríos: «*Cuando leo* Los Pequeños Poemas, *á pesar de mis setenta años cumplidos, siento renacer en mi corazón todos los ardores y todas las alegrías de la primera edad de mi vida.*»

De los veintisiete poemas de que consta nuestra publicación, se debe asegurar lo que decía un ilustre escritor definiendo la poesía: «No se puede *sentir más hondo, pensar más alto,* ni *hablar más claro.*»

Concluiremos con una afirmación absoluta, aun á riesgo de desafiar á la crítica más severa y más preocupada de lo extranjero y de lo antiguo.

Una colección de poemas cortos, escritos con la naturalidad, la elevación y la trascendencia de éstos, es un fenómeno literario, del cual no hay ejemplo en ninguna literatura del mundo, ni antigua ni moderna.

El Editor.

LOS PEQUEÑOS POEMAS

La presente colección se compone de **27 poemas**; es la más completa y la más barata, á la vez que correcta, de cuantas se publicaron hasta el día; su precio, 5 pesetas en Madrid y 5,50 en provincias. Encuadernados á la inglesa, con elegantes planchas, 1,50 pesetas más.

También se venden divididos en siete volúmenes en la forma siguiente:

El tren expreso.—La novia y el nido.—Los grandes problemas.—Dulces cadenas: un tomo, 1,25 pesetas.

Historia de muchas cartas.—El quinto no matar.—La calumnia.—Don Juan: un tomo, 1,25 pesetas.

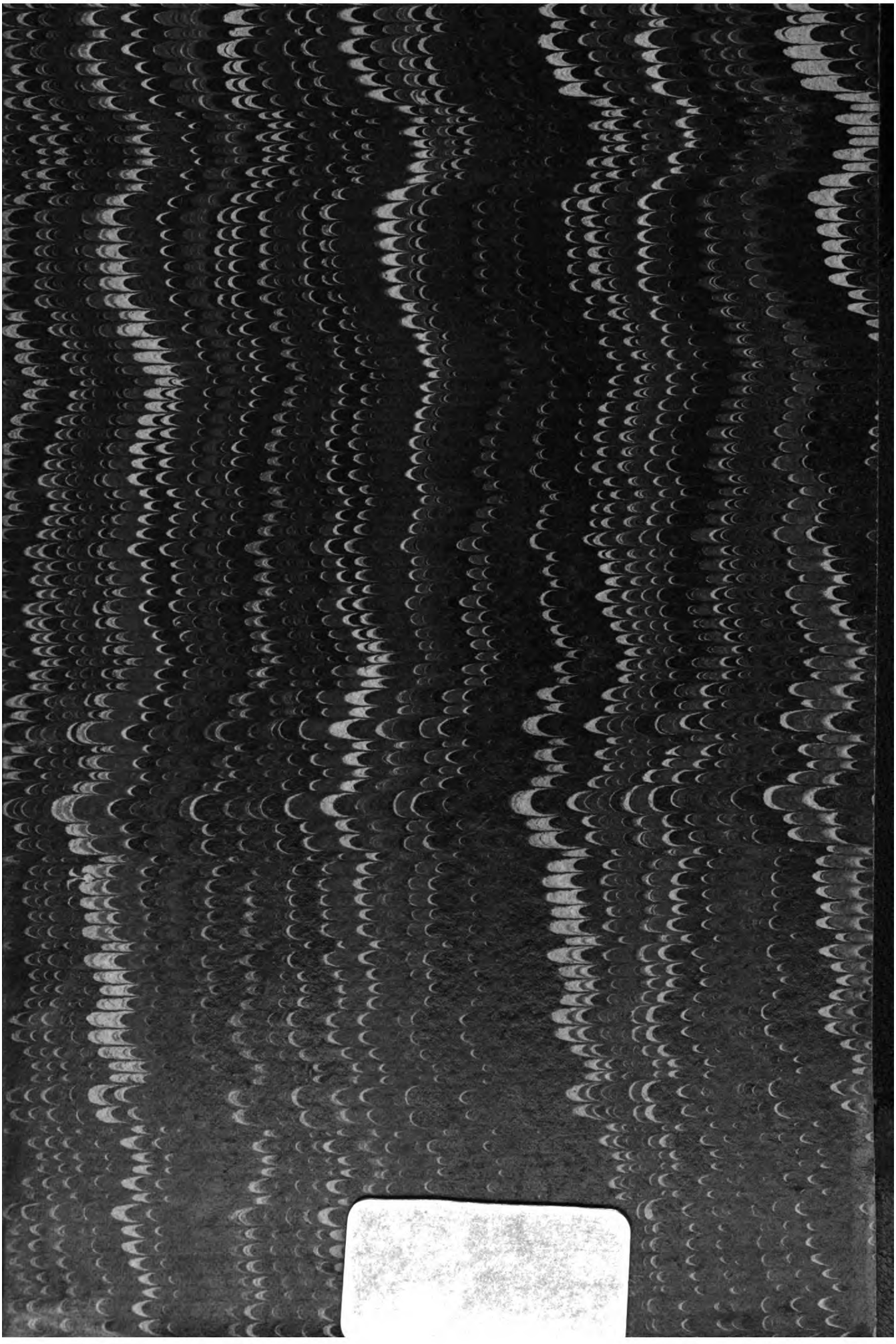
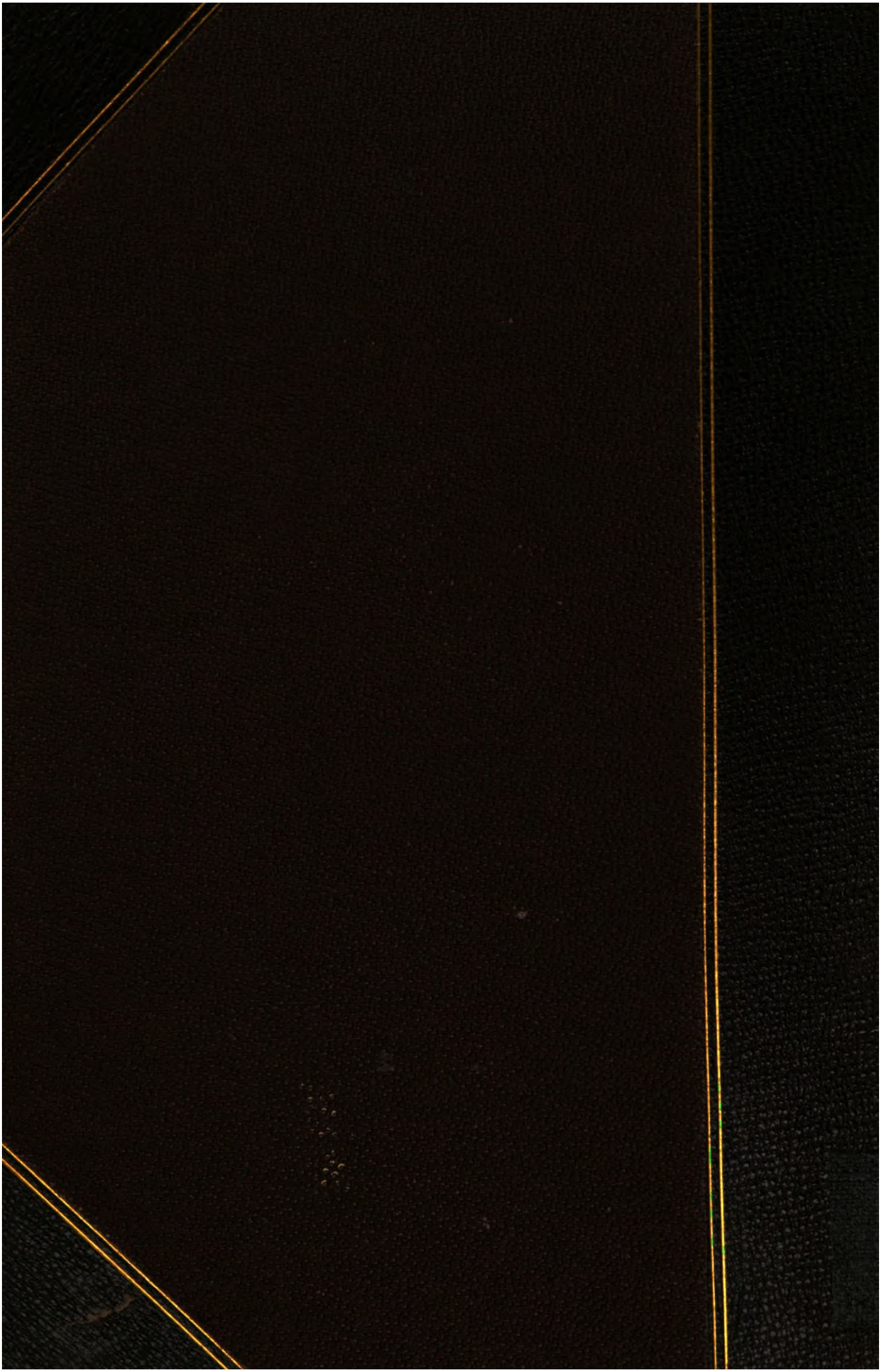
Las tres Rosas.—Dicha sin nombre.—Las flores vuelan: un tomo, 1,25 pesetas.

El trompo y la muñeca.—La gloria de los Austrias.—Los amores en la luna.—La música.—La lira rota: un tomo, 1,25 pesetas.

Los caminos de la dicha.—Por dónde viene la muerte.—El amor y el río Piedra: un tomo, 1,25 pesetas.

Los buenos y los sabios.—Los amoríos de Juana.—Utilidad de las flores: un tomo, 1,25 pesetas.

El amor ó la muerte.—Cómo rezan las solteras.—El anillo de boda.—La orgía de la inocencia.—Los amores de una santa: un tomo, 2 pesetas.

Los pedidos á **VICTORIANO SUÁREZ, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid.**

T. 168